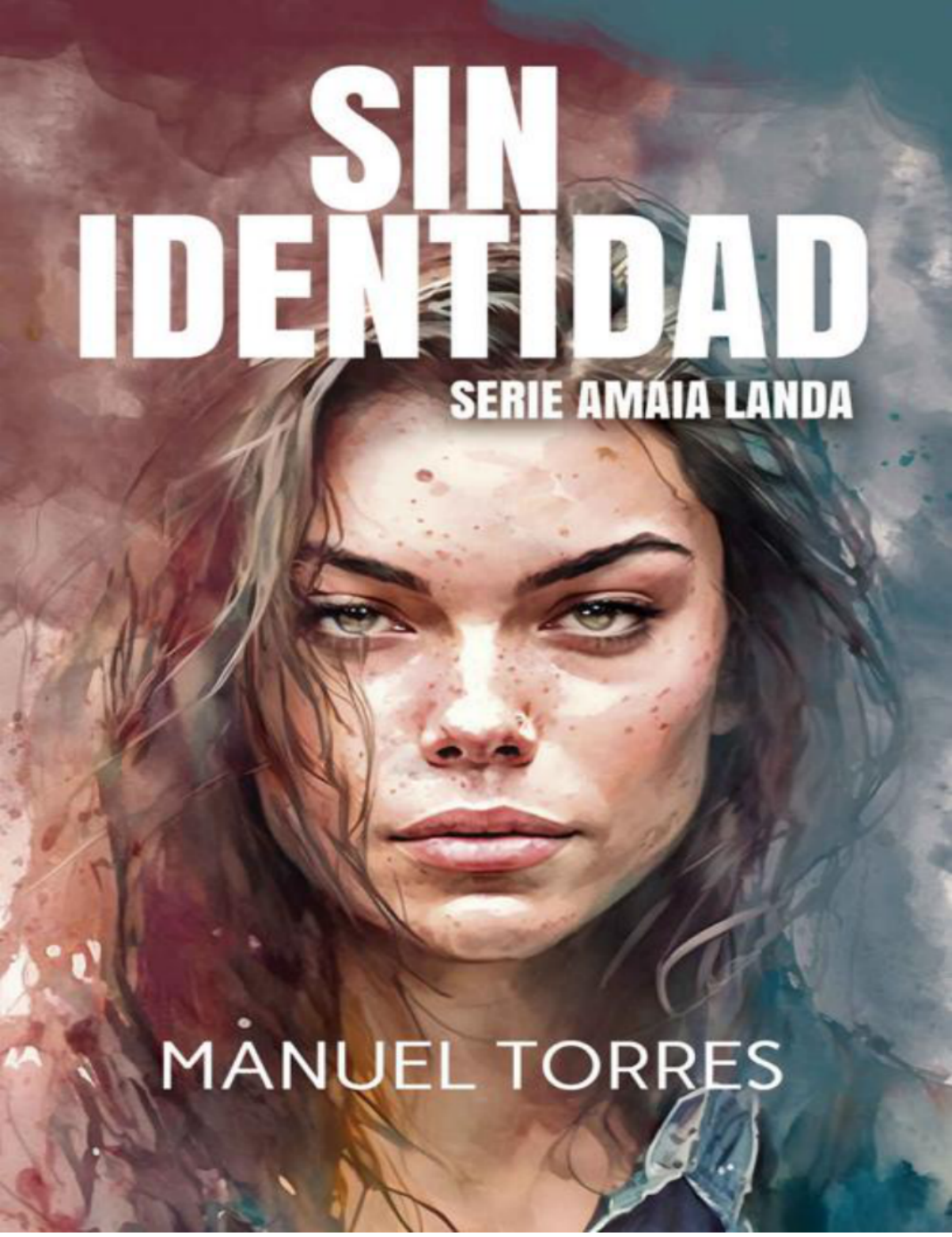

SIN
IDENTIDAD
SERIE AMAIA LANDA
MANUEL TORRES

SIN

IDENTIDAD

SIN

IDENTIDAD

MANUEL TORRES

Título: Sin identidad
copyright © 2023 by Manuel Torres
Primera Edición: 9/06/2023
ISBN:
Corrección: © Lara Fuentes
Cubierta: © Mónica Gallart

Printed by Amazon

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

Este libro es para Mónica Gómez Pedreira. Gracias por estar siempre ahí, por tus sabios consejos y tu apoyo incondicional. Tu luz, como la de una rutilante estrella del cielo, jamás se extinguirá. Eres un ejemplo a seguir. ¡Gracias por tanto!

Contenido

0
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38

0

La única luz del despacho provenía de la pantalla de un pequeño portátil, cuyos breves destellos deslumbraron las pupilas dilatadas del empresario, sin que por ello desviara la mirada. Su mente estaba lejos de allí, mientras sus dedos temblorosos jugaban con el borde del vaso de manera distraída. Se concedió el pequeño lujo de disfrutar del *whisky*, que empapaba sus sentidos con su aroma a madera añeja. El líquido quemó su garganta y un largo escalofrío recorrió su cuerpo. Cerró los ojos y suspiró. Los años pesaban en su maltrecha figura. Una vida de excesos tenía consecuencias. Varios mechones de pelo grisáceo caían sobre su frente poblada de arrugas. Era tarde. El reloj de pulsera marcaba las tres de la madrugada. Otra noche sin dormir, volcado en un trabajo poco agradecido, culpable de una fuerte tensión que atenazaba su espíritu. Las mangas, dobladas hasta el codo, le conferían un aspecto desaliñado. Se inclinó hacia delante y estiró los brazos encima del escritorio, lleno de enseres inútiles, como aquellas viejas fotografías, carentes de significado alguno. Simple atrezo. Objetos sin alma, igual que su dueño.

Apenas pudo escuchar el estruendo de la tormenta desatada bajo aquel cielo plomizo; las gotas de lluvia salpicaban con energía el vidrio laminado, y Pedro Morales no pudo evitar desviar la vista hacia el cristal. Lo mantenía aislado de un mundo extraño, con el que había perdido todo contacto. Ya nada le importaba. El alcohol era un potente anestésico, capaz de enmascarar la cruda realidad. Había alguien más en la estancia, agazapado tras el enorme sofá, del que sobresalía una capucha holgada, sumida en una extraña negrura.

Un incontestable impulso le impelió a mirar en esa dirección y, aunque su visión era borrosa, se dio cuenta de que algo no iba bien. Trató de incorporarse, sin éxito. Sus pies carecían de coordinación alguna, tropezó y se golpeó la sien con la esquina de la mesa.

Ni siquiera fue capaz de vomitar unos exabruptos comprensibles. Sonaron igual que una retahíla de incoherencias indescifrables. Se palpó el costado de la cara, con enorme dificultad distinguió el líquido rojo que manchaba sus dedos.

Emitió un gruñido y, después de apoyarse en la moqueta, logró ponerse en pie. Su cerebro reconectó con la realidad al reconocer el contorno de un cuchillo de grandes dimensiones. Un grito ahogado murió en su garganta, apoderándose de su organismo un miedo atroz

que atenazaba todos sus músculos.

La figura salió de su escondite y se alzó ante él como una amarga maldición. Vio la muerte en el filo dentado del arma.

Aquel sujeto permitió que la hoja se deslizara por encima de un guante negro, en un alarde de soberbia inesperado. Dejó que el acero descansara en la palma de su mano, para instantes después aferrar el mango con determinación.

Morales se quedó quieto, petrificado por completo. Murmuró unas palabras carentes de emoción, y vomitó sangre cuando el cuchillo penetró en sus tripas con violencia.

El metal estaba frío. Sus rodillas fueron incapaces de sostener su peso por más tiempo, y se derrumbó hacia delante. Una mano recia y fuerte sostuvo su pecho. No le permitió caer. La hoja abandonó su estómago con lentitud, sostenida por la firme mano del hombre.

El empresario contempló a su verdugo con los ojos llenos de lágrimas, que consintió en otorgarle su última voluntad: le seccionó la garganta mediante un movimiento rápido, casi imperceptible.

Se apartó de él, y el cuerpo de Morales se derrumbó sin vida. El suelo se tiñó de rojo mientras el asesino esbozaba una sonrisa escalofriante.

1

Las manos de la mujer se aferraban al volante con fuerza mientras un torrente de lágrimas se deslizaba por su rostro. Una terrible desesperación la dominaba y era incapaz de controlar los nervios. Todas las ventanillas estaban bajadas por completo, la lluvia se colaba en el vehículo, si bien, no aparentaba notarlo. Su cara estaba cubierta por una sombra de locura, adherida a sus finas facciones por medio de una expresión furibunda. La melena lisa se confundía bajo el manto de la oscuridad, y solo la luz de las farolas situadas a ambos lados de la carretera permitía observar unos rasgos elegantes, perturbados por un enorme sufrimiento. Su tez era morena, de un hermoso tono semejante al caramelo y sus ojos verdes refulgían igual que dos hermosas joyas arrancadas de las entrañas del mundo. Su figura permanecía rígida, sujeta por el cinturón de seguridad. Un viento creciente desordenó sus cabellos y trajo un caos mayor. Miró de soslayo a ambos lados de la calzada, olvidándose de utilizar los retrovisores laterales. Su visión se tornó borrosa, las líneas blancas desaparecieron, engullidas por el asfalto. Su reloj, uno de esos de esfera diminuta, dificultaba distinguir los números con claridad, se había detenido a las once de la noche. Ni siquiera se había percatado de ello. Los truenos retumbaban a su alrededor, pero no se inmutó.

Los relámpagos emitían fogonazos que iluminaban la noche madrileña. El coche circulaba a toda velocidad, impulsado de manera frenética. Apenas había tráfico por la A-1 y los pocos vehículos se apartaban de su camino mediante bruscos volantazos.

El rugido de los cláxones persiguió al Audi de forma implacable. El paisaje pasaba como una exhalación a su alrededor. No sabía dónde estaba, tampoco a dónde se dirigía.

Sentía la necesidad de huir, de alejarse de todo lo antes posible. No era capaz de concentrarse. Sus pensamientos eran regidos por una anarquía absoluta, dueña de sus actos.

Ignoró todas las salidas. Dejó atrás San Sebastián de los Reyes y también Fuente del Fresno. Su corazón latía desbocado, por unos segundos apartó una mano del volante a fin de palparse el tórax. El dolor era intenso, apenas podía soportarlo. Solo su orgullo le permitió ignorarlo. Debía alejarse a toda costa.

Desviaba la mirada hacia el asiento contiguo con frecuencia. Zarandeada por la lluvia, una tarjeta doblada varias veces trataba de

resistir los embates del creciente viento. Estiró la mano, aferró el cartón y lo escondió dentro de su puño. De alguna forma, creyó que así podría mantenerse a salvo. Necesitaba ocultarla, y al mismo tiempo, no podía permitirse perderla.

Endureció el gesto y centró su vista en la carretera. El limpiaparabrisas apenas daba abasto, superado por la fuerza de la tormenta. Su piel se erizó bajo el contacto del aguacero. Le gustaba aquella sensación, refrescante y caótica al mismo tiempo.

Trató de poner en orden sus pensamientos, lo que le resultaba difícil. Las lágrimas cesaron, no así su angustia.

El rugido del motor trató de imponerse a la furia de la tormenta, sin lograr su propósito.

A la altura de Pedrezuela, el estridente sonido de una sirena irrumpió de repente en sus oídos. Ajustó el espejo retrovisor interior y poco después vio un vehículo empecinado en acortar la distancia que los separaba. No fue capaz de reconocer las formas del automóvil, en cambio, sí pudo distinguir las luces que acompañaban al molesto alboroto. Mordiéndose los labios, pisó a fondo. No iba a dejarse atrapar.

La adrenalina se adueñó de su cuerpo, y una oleada de energía recorrió cada rincón de su piel. Una sensación placentera, casi olvidada. Sumida en un estado de euforia, le dio la bienvenida. No duraría mucho tiempo, así que estaba decidida a aprovecharla. Apretó los dientes y aumentó la velocidad. El motor respondió enseguida y surgió de la oscuridad como un espectro de la muerte. Esbozó una sonrisa traviesa. Adoraba esa sensación de ingravidez y coquetear con el peligro. Aún escuchaba el lamento repetitivo de la maldita sirena, su estridente sonido le puso el vello de punta. No podía ver a sus perseguidores. Comenzó a reír, sin poder remediarlo. Se sentía libre, esa sensación le sirvió de salvavidas. Estaba segura de que la ayudaría a enterrar aquellas imágenes escalofriantes.

Sus visión enrojecida distinguió una curva orientada hacia la izquierda. Relajó los brazos y levantó el pie del acelerador. El fragor de la sirena se extinguió, mientras que el golpeteo de la lluvia se acrecentaba, haciéndola sonreír. Su ánimo se dulcificó a la vez que la tensión disminuía.

Desaceleró, adaptándose al trazado de la calzada. Una larga recta se extendía delante de ella. Representaba la huida, la vida, la libertad. El tacto del cartón escondido en su puño volvió a perturbarla. El efecto de la adrenalina comenzó a diluirse de forma paulatina, una vez que la sensación de peligro se reducía. Su cerebro experimentó una absurda desconexión y notó cómo retornaba al punto de partida. La angustia. La desesperación. El dolor…

Y la estupidez.

Un vehículo de la Guardia Civil irrumpió en escena, desprovisto de las luces V-1[1] y de la estridente señal acústica. La distancia que los separaba moría de forma inexorable.

Pisó el freno con violencia. Los neumáticos chirriaron sobre el asfalto erizando la piel de la mujer. Intentó reaccionar con rapidez, en vano. Sus movimientos eran torpes y predecibles.

—¡A la chingada! —exclamó, furiosa.

El humo negro brotó del tubo de escape al acelerar de golpe. Por desgracia, era demasiado tarde. El vehículo oficial siguió su estela sin la menor dificultad. Las luces volvieron a brillar en la oscuridad y deslumbraron a la conductora del A3. No iba a rendirse. Cambió de marcha con un movimiento brusco. Por un instante logró alejarse y soñó con salir de aquella situación indemne. Fue un espejismo. No había revolucionado el motor lo suficiente y empezó a ahogarse. De sus labios brotaron varios improperios ininteligibles.

Seiscientos metros.

La carretera vomitaba agua al verse sacudida por los neumáticos. No podía apartar la vista del espejo interior. La distancia disminuía cada segundo, pese a todos sus esfuerzos. El auto perseguidor se asemejaba a un heraldo de la muerte. No la dejarían marchar. Su corazón bombeaba sangre a toda velocidad.

Cuatrocientos metros.

Las palpitaciones se hicieron más fuertes. Dejó escapar un pequeño gemido. No era el momento, pero no sabía cómo detenerlas. No con ellos tan cerca.

Trescientos metros.

Le costaba respirar. El dolor se extendió por el cuello y la espalda. Numerosas gotas de sudor cayeron encima del volante. Reconoció los síntomas, solo que le costaba asumirlos. Era muy joven…

Doscientos metros.

El Audi dejó atrás una señal sin verla siquiera. Segundos después derribó la fila de conos destinada a cerrar el carril derecho; salieron despedidos a ambos lados de la calzada, sin orden ni concierto.

Más adelante se apreciaban las luces artificiales de diferentes focos adheridos al techo de dos máquinas expendedoras de asfalto. La tormenta había obligado a los operarios a postergar su trabajo y a refugiarse en las casetas que les servían de vestuario. La lluvia golpeaba con rabia la tejavana, y apenas pudieron percibir el estruendo producido por la carrera hacia la muerte de aquella conductora enloquecida.

Cien metros.

Los agentes Manuel Fuentes y Silvia Ferreras observaron la

escena boquiabiertos. No tenían constancia alguna de que esa zona estuviera en obras. En tal caso se hubieran visto obligados a dejar marchar a aquel loco que conducía como si estuviera en una película de Hollywood de bajo presupuesto, y tratar de interceptarlo más adelante, a la altura de Venturada o, tal vez, Redueña.

La agente dio un volantazo, pues se había acercado demasiado a la baliza de señalización intermitente. Había perdido la concentración de manera inesperada. Los gritos de su compañero la devolvieron a la realidad.

—¡Frena, Ferreras! ¡O nos iremos también a tomar por culo!

La guardia civil pisó el freno con cautela. Sabía que debía hacerlo de forma controlada, o de lo contrario se verían abocados al desastre. Por puro instinto había levantado el pie del acelerador al ver al Audi llevarse por delante los conos, y disponía del tiempo justo para detener el vehículo antes de que todo se fuera al infierno. Fuentes, sin saber muy bien la razón, se agarró a la manija del miedo, próxima a su cabeza. El sonido de la goma quemada fue ensordecedor, pese a que el pavimento mojado atenuó en parte la fricción.

Estuvo a punto de volcar, por fortuna, la conductora logró mantener la estabilidad de un modo precario. Se detuvieron varios metros antes de las obras, siendo testigos de excepción de la colisión del vehículo con las enormes máquinas que ni siquiera se perturbaron por el impacto. No así el coche. Salió rebotado y se desplazó hasta el quitamiedos del otro lado de la calzada, sobrepasándolo.

—¡Vaya una mierda! —exclamó Fuentes al salir del vehículo—. Llama al 112, Ferreras.

Se apresuró a hacer lo que su compañero demandaba. La conversación fue corta y concisa. No tardarían demasiado. Los operarios volvieron a la carretera al disminuir la intensidad de la tormenta, profundamente turbados. Algunos maldecían al conductor, tildándolo de loco. Ninguno de los dos agentes consideró el reprochárselo.

Ferreras observó a Fuentes. Llevaba en la Guardia Civil más tiempo que ella y, aunque poseían el mismo rango, le gustaba asumir la responsabilidad en situaciones comprometidas. Se lo permitía y, a cambio, le hacía la vida mucho más fácil. A pesar de su expresión ruda, su rostro cuadrado y aquel bigote pasado de moda, era un excelente compañero. La miró con aquellos ojos marrones, profundos como el desierto del Sáhara, y apoyó la mano en su hombro. Un gesto habitual, destinado a darle su aprobación.

El humo reptaba desde el fondo de la depresión, alrededor de los grandes pilares que elevaban la estructura. A pesar de la oscuridad, pudieron seguir su estela perderse en el cielo plomizo de Madrid.

Ferreras se ocupó de señalizar el accidente y, tras colocarse el

chaleco reflectante, se dispuso a detener los coches que pudieran aparecer por la calzada. No serían muchos. Fuentes cruzó la vía. Quería ver el estado del vehículo.

Al asomarse, sintió un escalofrío recorrer todo su ser. El Audi se había convertido en un amasijo de hierros, apenas reconocible. Los cristales, rotos en mil pedazos, se esparcían por el suelo, y logró distinguir un abundante rastro de sangre procedente de una de las ventanas del automóvil. Sus ojos se movieron de un lado a otro, en una búsqueda desesperada. Entonces, la encontró. Apoyada contra una de las enormes columnas que sujetaban el entramado de la autovía, yacía una mujer de rasgos indefinidos, cuyo cuerpo se encontraba acomodado en una postura imposible.

Contempló lo que quedaba del automóvil. No apreció ningún olor a gas. Era inusual que un coche explotara, para ello debían evaporarse los gases del combustible, y darse unas circunstancias bastante especiales. Ni siquiera se había producido un pequeño incendio.

Utilizó su linterna y logró vislumbrar un rostro de piel morena manchado de sangre. Al sentir la luz sobre su cara, se movió a fin de evitar aquel molesto resplandor.

2

Amaia Landa decidió ignorar la mirada hostil de su compañero. Sus intenciones eran evidentes, pero no la arrastraría a una discusión pública. La tentativa estaba destinada al fracaso, pese a ello, insistía una y otra vez, empecinado en hacer gala de una testarudez carente de todo sentido. Una máscara impenetrable cubría el semblante de la mujer y resultaba imposible adivinar sus pensamientos. Esa indiferencia frustraba a Andrés Muñoz, acostumbrado a recibir respuestas cortantes a su comportamiento indisciplinado. Sus provocaciones caían en saco roto y eso le hacía sentirse pequeño e insignificante. Antes de salir del vehículo lo miró preguntándose si continuaría con esa actitud infantil durante mucho tiempo. Él desvió la vista, incapaz de desafiarla de forma directa. Abrió la puerta del coche y, mediante un gesto estudiado, se ajustó la gorra. Alto y fornido, admiraba su propio cuerpo y dedicaba todo el tiempo posible a esculpirlo. De rostro anguloso y nariz ancha, renunciaba a esconder su arrogancia, una inconfundible seña de identidad. La brigada cerró el coche de forma manual. Se trataba de una vieja manía. Esbozó una leve sonrisa, a pesar de ser reacia a mostrar sus emociones. Sus camaradas lo achacaban a su procedencia. Los estereotipos, cuando se trataba de bromear a costa de otros, eran frecuentes. Había nacido en Donostia, y llevaba tres años en Madrid. Muchas historias corrían acerca de los motivos de su traslado. Detestaba las habladurías, por lo que jamás dio explicación alguna al respecto.

El complejo Azca se alzaba ante ellos, rodeado de sus enormes edificios de cristales oscuros. Albergaba el corazón económico de Madrid, situado entre el Paseo de la Castellana y las calles Orense, Raimundo Fernández Villaverde y General Perón. Terminado de ejecutar en los años noventa, el proyecto aprobado en 1964 planteaba el ordenamiento de esa parte de la ciudad, cuyo modelo era el Rockefeller Center de Nueva York. En aquella zona se encontraban varios de los principales rascacielos de la capital, con permiso de los localizados en Chamartín. Contaba con diferentes niveles inferiores, un laberinto de pasajes por los que transitaban miles de personas.

Landa consultó su reloj. Las siete de la mañana. Había cierta actividad alrededor de la Torre Europa, donde se encontraba ubicada la empresa Netsolutions. Decenas de personas se agolpaban junto al cordón policial, con ojos curiosos y preguntas repetitivas. Varios de

ellos trabajaban allí, otros solo estaban de paso. Muñoz los apartó a empellones, y la brigada optó por seguirle sin articular una sola palabra.

Los agentes de la UCO[2] custodiaban los aledaños del edificio. Eran hombres experimentados, profesionales, con una dilatada carrera a sus espaldas. La saludaron con un leve movimiento de cabeza, e intercambiaron unas palabras con su compañero, al que conocían desde hacía muchos años. Fue paciente, y esperó. La conversación terminó de manera abrupta y ambos se encaminaron a la puerta principal.

La mirada de Landa se desvió al enorme vestíbulo, por encima del hombro del agente apostado allí. No lograba recordar su nombre, tenía la certeza de que lo había visto con anterioridad. La montaña de músculos y testosterona se apartó, permitiéndoles el paso.

Las baldosas negras del suelo brillaban con intensidad. Sus ojos grises examinaron cada rincón, en busca de cualquier detalle, por insignificante que fuera. Demasiado limpio. Un leve aroma a desinfectante penetró en sus fosas nasales. En las paredes había diferentes cuadros con imágenes de zonas emblemáticas de la ciudad, como el Parque del Retiro, la Puerta de Alcalá y el Museo del Prado.

En la mitad del pasillo se erigía el centro del control del edificio. Desde allí se supervisaba el circuito cerrado de cámaras, tanto exteriores como interiores. El sistema informático debía de ser muy avanzado; no en vano, Netsolutions era una organización importante en el sector de seguridad cibernética, y su relevancia dentro de la economía mundial crecía de manera exponencial. Tenían delegaciones por todo el globo, pero aquella era de las más importantes. El fundador de la compañía era madrileño y había retornado a la capital en el 2010. La inmensa mayoría del sector financiero alababa su trabajo y sus enormes capacidades. En su momento lo consideraron un visionario.

Román García, presidente de la Junta Directiva, los esperaba con expresión sombría. Era un hombre entrado en canas, con el pelo brillante debido al exceso de fijador. Poseía una mirada triste, y sus ojos brillantes confirmaban el rastro de unas lágrimas que aún pugnaban por abandonarlos. Saludó a los agentes con una sonrisa forzada. El apretón de manos fue poco enérgico. Las arrugas marcadas de su frente no lograban esconder la congoja que sacudía su rechoncha figura. Se acercó a Muñoz, separó los labios y se dispuso a hablar, encontrándose con la negativa de aquel. Landa no quiso entrar en polémicas y, si ese reincidente comportamiento le molestó, no dio señal alguna de ello. Percibió la mirada burlona del teniente y resolvió ignorarla.

—¿Fue usted quien encontró el cadáver? —indagó la brigada,

tras permanecer unos segundos en silencio.

La pregunta fue concisa y directa. García se tambaleó, abrumado por la situación. Asintió despacio, cabizbajo.

—Pedro solía pasar muchas noches en el despacho. Es… era un hombre incansable. Establecimos una especie de rutina. A las seis de la mañana acudía a su despacho con una taza de café y nos poníamos al día.

—Entiendo… —manifestó la mujer sin rastro de emoción alguna en su voz. El empresario esperaba hallar cierta empatía por su parte, sin encontrarla.

—¿Las cámaras funcionan? —intervino Muñoz, deseoso de contribuir.

—Sí, no tenemos constancia de que hayan fallado. No hay ninguna instalada en el último piso. Motivos de seguridad. Espionaje industrial, ya sabe. Es más seguro de esta forma.

—¿Y el responsable de seguridad? No se habrá marchado a casa… —inquirió el agente, malhumorado.

—No —respondió García con incomodidad—. Ha desaparecido.

—Joder…

—¿Pueden acceder al registro de las grabaciones? —preguntó Landa. No le gustaba el cariz que tomaba aquello. Marcaba un patrón evidente.

—No hasta que aparezcan las llaves del sistema.

—Déjeme adivinar —teorizó Muñoz—. Las tiene el tipo que se ha ausentado.

—Me temo que así es —reconoció García, cabizbajo.

—¿Creen que él ha podido …?

—¡Por Dios, no! Franco es una buena persona, sería incapaz de algo así. Lleva más de dos años trabajando con nosotros. Además, ni siquiera puede subir a la última planta. No con su nivel de seguridad.

—¿Y las escaleras? —insistió Muñoz.

—Las puertas se bloquean después de las diez de la noche y, repito, no tenía posibilidad alguna de llegar allí.

—Necesitamos examinar las grabaciones, señor García —solicitó con amabilidad la brigada—. Seguro que lo entiende.

—Claro, agente. Buscaremos una solución. Tiene que haber una copia de esas malditas llaves por alguna parte.

—Muñoz, asegúrate de que David Juriasti esté presente.

El analista era un chico joven, de apenas veinticinco años, perteneciente al departamento de delitos telemáticos. Se escondía detrás de unas enormes gafas, que no podían ocultar una mirada avispada y curiosa. Natural de Pamplona, llevaba el mismo tiempo que Landa en la UCO. Su relación era cordial y congeniaban de maravilla. Muñoz asintió despacio, no le sorprendió en absoluto la

petición. Solicitaba su presencia con cierta frecuencia. Una sonrisa cínica se dibujó en su cara. Cada conclusión se encaminaba siempre hacia el mismo terreno. Después de una concisa conversación telefónica, le indicó a la brigada que podían continuar.

—Llévenos al despacho del señor Morales —solicitó Landa con un tono amable.

Román García asintió y los guio por el vestíbulo hasta los ascensores. Un silencio incómodo se instauró entre ellos, interrumpido por un zumbido apenas perceptible. El hombre utilizó una tarjeta desgastada por los bordes con un código de barras impreso en un tono azul añil. El testigo del último piso se encendió con una luz roja parpadeante. El aparato era uno de aquellos silenciosos y al llegar a la última planta emitió un leve pitido. A Landa le recordó al sonido de cualquier microondas al cumplir su cometido. El presidente de la Junta les explicó que en aquel piso apenas había despachos. Solo el de Pedro Morales, el suyo propio, la sala de reuniones y un par de baños, pegados a dicha estancia puerta con puerta. Muñoz miró de soslayo a los cuadros que adornaban las paredes. Fotos de diferentes sucursales de la empresa, repartidas por diferentes ciudades del mundo. Reconoció las imágenes de Nueva York, Los Ángeles y Buenos Aires. La voz del empresario le devolvió a la realidad.

El acceso se encontraba abierto de par en par. La estancia era un caos. Los muebles se hallaban desperdigados, fuera de sitio, y el portátil descansaba encima de la silla operativa, apagado, con la esquina superior derecha mellada. El cuerpo de Pedro Morales yacía sobre una enorme mancha de sangre.

Landa dejó entrever una mueca de desagrado en su semblante. Sintió un escalofrío al observarlo. Amargos recuerdos acudieron a su mente, recobrando enseguida su frialdad acostumbrada. En la espalda del cadáver se apreciaba un profundo surco de sudor y la piel de su cuello había adquirido el típico tono lívido *post mortem*. Se enfundó los guantes de látex y aguardó a que Muñoz hiciera lo mismo.

—Ayúdame a darle la vuelta —solicitó, con un hilo de voz.

Muñoz se apresuró a hacerlo por sí mismo y, tras acuclillarse frente al difunto, logró su propósito. Landa lo miró con frialdad y se limitó a encogerse de hombros. Su estado no iba a empeorar.

La camisa de Morales estaba abierta; y la parte inferior, teñida de rojo. Tenía un enorme boquete en el estómago, del que todavía emanaba un fino hilo de sangre. Observaron una hendidura considerable en la yugular, y unos cortes en pleno rostro. La mujer ladeó la cabeza, intrigada. Él la miró con curiosidad y, una vez más, hubiera deseado conocer lo que rondaba por su cabeza. Ambos se incorporaron.

—Llama a Javier Marín —ordenó sin titubear.

—¿Es necesario molestar al jefe?

—Tú hazlo. Necesitamos que un juez ordene el levantamiento del cadáver lo antes posible. Estoy segura de que a él no le pondrán ninguna clase de trabas.

—¿Y cómo le convenzo? —rezongó Muñoz. No le gustaba acometer dichas tareas.

—Usa tu encanto —respondió con un remarcado tono cínico, extraño en ella—. Seguro que no es capaz de resistirse.

Landa odiaba la burocracia, una parte ligada a su actividad de la que no podía escapar. Ya no permanecía bajo el ala del comisario Elosegui. Nadie la protegía, solo era una agente más. Necesitaba volar sola y olvidar. Había trabajado muy duro con la finalidad de lograr aquel puesto, se lo había ganado a pulso. Le había prohibido a su protector intervenir de alguna forma en su futuro y, aunque le había arrancado una promesa a regañadientes, no se fiaba de su palabra. Era un individuo testarudo y de carácter muy difícil.

No se equivocó respecto a Marín. Una hora después apareció en la escena del crimen acompañado por la juez Ariadna Castro, y el jefe del Servicio de Patología Forense de la Comunidad de Madrid, Mario Gamil. Formaban un viejo equipo, y eran la mejor baza si querían acelerar los dichosos trámites.

Detrás del médico, permanecía encogida una joven de cabellos de fuego, cuya melena ondulada le caía como una cascada sobre la espalda. Muñoz se la quedó mirando, embobado, y Landa le propinó un codazo en las costillas con la intención de obligarlo a comportarse de manera profesional.

Era una mujer delgada, de piel blanquecina, repleta de diminutas pecas, imposibles de contabilizar. Observaba el escenario con los ojos abiertos, con sus labios carnosos sellados. De su mano colgaba un maletín de considerables dimensiones. Suspiró, se acercó a los restos mortales de Pedro Morales y se arrodilló junto a ellos mediante un gesto rápido. Gamil la observaba con atención mientras trabajaba en silencio. Solía delegar en sus subordinados a fin de que adquirieran experiencia. Muñoz tenía la vista fijada en la mujer. No le importó la posibilidad de incomodarla. Marín miró de soslayo al teniente, pero guardó silencio.

La juez Castro esperaba con el rostro turbado. No podía negarle nada a Marín, al que le unía una estrecha amistad desde hacía muchos años. Era uno de los pocos hombres de su círculo personal que no trataba de llevársela a la cama de manera insistente. Un amigo como él era un bien escaso en aquel mundo de locos. Sus dedos delgados recorrían con impaciencia su propio brazo. No era una persona demasiado paciente. Respetaba mucho la labor de la policía, y trató de ocultar sus emociones, sin conseguirlo ni por asomo.

El coronel observaba a Amaia Landa. Le intrigaba esa expresión de melancolía inscrita en su cara. Era seria, metódica y eficiente. Cuando llegó al cuerpo tenía dificultades relacionadas con el trabajo en equipo, sin embargo, acabó por adaptarse. Sabía delegar y confiaba en sus compañeros; al menos, en la mayoría. Representaba el futuro de la UCO. No podían estancarse, ni vivir en el pasado. Debían avanzar. Su intuición le había llevado a cargarla de responsabilidad.

Su mente se centró en Miguel Rojo, el anterior responsable de la Sección de Homicidios, Secuestros y Extorsiones. Atropellado por un coche en la M-100 mientras cambiaba la rueda debido a un pinchazo. No le sirvió de nada señalizar su posición de forma adecuada y estar pegado al arcén. El conductor se dio a la fuga. Ni siquiera pudieron identificar al vehículo. Se debatió unas horas entre la vida y la muerte. Era un luchador, por desgracia, no se podía ganar siempre. Una gran pérdida para la institución, y también a título personal. Era un fenomenal compañero de póker.

Más adelante tendría que tomar una decisión definitiva. Se avecinaba una etapa de transición. Deseaba ver cómo se desenvolvía la brigada. Estaba convencido de que sería un espectáculo digno de ver. La figura de Mila Rubio entró en su campo visual. Buscaba a Gamil, que conversaba con la juez acerca de algo trivial. El forense asintió con la cabeza, y la miró de soslayo. Una expresión de orgullo se dibujó en su mirada. Cada día era más eficiente. Tal vez pudiera empezar a pensar en la jubilación. De manera casual apoyó su mano derecha en el hombro de la magistrada, tal vez con demasiada familiaridad.

—Ya puedes ordenar el levantamiento del cadáver, Ariadna. Mi trabajo aquí ha finalizado.

La juez Castro suspiró, aliviada. Ya debería haberse acostumbrado a ver cuerpos sin vida. La presencia de la muerte la intranquilizaba. En esa ocasión, el aspecto del finado no era demasiado macabro, o al menos no era de los peores que hubiera visto. Se apresuró a cumplir con su cometido, y rellenó los impresos como un autómata. Se dispuso a abandonar la estancia. Antes de hacerlo se acercó a Landa y Muñoz. Les dio un leve apretón en el brazo y les habló con una voz un tanto grave.

—Les deseo suerte, agentes. Cojan a ese cabrón.

Amaia Landa no se esperaba aquella diatriba. Parpadeó brevemente, sorprendida. Asintió despacio e inclinó la cabeza hacia un lado. Muñoz exhibía una sonrisa altanera, cargada de soberbia. De pronto, una gota de sudor se deslizó por su sien ante los perspicaces ojos de la brigada. El rostro de él palideció por una breve fracción de tiempo, reforzando lo absurdo de su pose. Ariadna Castro era toda una mujer. Su cargo y presencia intimidaba a muchos hombres,

acomplejados por su arrojo y determinación.

Marín se marchó con Castro y Gamil, tras despedirse de sus subordinados con un saludo casual. Momentos después el equipo forense se dispuso a trabajar sobre el cadáver, dirigidos por Mila Rubio. Les trató con familiaridad, a pesar de que nunca los había visto antes. Al fin y al cabo, todos estaban en el mismo barco.

Cuando se llevaron el cadáver al Instituto de Medicina Legal de Madrid, irrumpió la policía científica. El equipo de seis personas, dirigido por Kiko Gómez y María Soria, se encargó de procesar la escena con eficiencia y rapidez. Salieron del despacho, y se miraron a los ojos durante un instante fugaz.

—Toca la parte divertida, jefa —señaló Muñoz.

3

Landa y Muñoz se apropiaron de la sala de Juntas con el objetivo de llevar a cabo los interrogatorios. Un proceso tedioso, del que no esperaban demasiado. Utilizaron a Román García como enlace, asegurándole que su cooperación era de la mayor importancia para la investigación. El hombre estaba bastante afectado por la muerte de Pedro Morales, y accedió a colaborar de buen grado, si bien, en ocasiones se ausentaba de manera apresurada. No quería mostrar sus lágrimas en público, delante de los otros empleados. Al fin y al cabo, tenía su orgullo. Según pasaban las horas, se percataron de la enorme importancia del director general dentro de Netsolutions. Sin su participación jamás se habría abierto la delegación en Madrid. En realidad, se trataba de una concesión del grupo internacional a la buena marcha de la compañía. El crecimiento económico era constante; y las previsiones, muy buenas. Landa no hablaba mucho, prefería dejar en manos de Muñoz las preguntas rutinarias, y así centrarse en la fisionomía de los sujetos cuando las respondían. No podía sacarse de su cabeza aquel viejo mantra repetido por Elosegui una y mil veces:

«La gente miente».

La mujer no se consideraba cínica, no obstante, aquel mundo perfecto que rodeaba a Morales le resultaba demasiado cercano a una utopía. Formaba parte de un discurso elaborado, sin visos de autenticidad. Aquella ficción acabaría por derrumbarse como un castillo de naipes tarde o temprano. Un hombre sin vida propia, entregado en cuerpo y alma a su trabajo. Bastante típico. A pesar de su edad cargaba con una montaña de responsabilidades. La mayoría de las operaciones financieras las llevaba él mismo, y la Junta poco más o menos las autorizaba sin plantearse el cuestionarlas. ¿Por qué hacerlo? Los resultados avalaban su gestión.

Muñoz permanecía sumido en un extraño mutismo. Su cara angulosa revelaba unas arrugas en la frente, indicadoras de un hartazgo considerable. No era una persona muy paciente y le costaba mantener el control sobre sus emociones.

Iba a proponerle un receso cuando en la sala de irrumpió un hombre con la cara enrojecida. En su semblante no había el menor rastro de la cautela del resto. Los miró con gesto desafiante y tomó asiento frente a ellos sin pestañear siquiera. Era calvo, de facciones

piriformes, y debajo de un elegante traje negro se adivinaba un cuerpo fornido. No podía ser otro que el subdirector de la empresa, Máximo Mendes. Landa sonrió. Por fin un poco de autenticidad. Estaba segura de que él tomaría la iniciativa. Sin duda, era ese tipo de hombre. Miró de soslayo a su compañero, encogido en el asiento, absorto en su propio mundo. Tal vez fuera mejor así.

—Mi nombre es…

—Sabemos quién es —le interrumpió Landa—. Me preguntaba cuándo se dignaría en aparecer por aquí.

—Dudo mucho que sepa lo que representa una compañía de esta magnitud. —Mendes reaccionó de malas formas, con una mueca de desagrado esculpida en su semblante—. Tenía una importante reunión con unos clientes. Llevaba meses trabajando en ello. Pedro tenía muy claras nuestras prioridades. Somos responsables de muchas personas.

—¿Puede demostrar la existencia de esa reunión? —acertó a preguntar Muñoz.

—Mi secretaria la tiene agendada, eso no será un problema. Preferiría que no molestaran a nuestros clientes, a no ser que sea imprescindible.

—¿Qué relación tenía con Pedro Morales? —preguntó Landa, sin el menor rastro de empatía en su rostro de mármol. Esperaba aumentar su turbación y hacerle reaccionar de manera espontánea.

—Cordial. Trabajábamos codo con codo. Compartíamos proyectos, planes de inversiones. Nuestros negocios se expanden más allá de nuestras fronteras y de las de la UE[3].

—No confiaba en usted —se aventuró la brigada—. La mayoría de los proyectos los llevaba en solitario.

—Pedro era un tipo de la vieja escuela —admitió Mendes—. Levantó la compañía desde cero. No hay muchas personas capaces de semejante hazaña. Era reservado respecto a los proyectos que venían desde los Estados Unidos. No por falta de confianza en nosotros, sino porque se trataba de una exigencia de los inversores.

—¿Sabe de alguien que quisiera hacerle daño? —preguntó Muñoz, tras carraspear con energía.

—Morales era un tiburón de los negocios, pero no veo la forma de que nadie se beneficiara de su muerte. La seguridad cibernética es el área principal de nuestro sector. Nuestra reputación es excelente. Es virtualmente imposible robar información de nuestro servidor.

—Siempre hay maneras, amigo —comentó Muñoz mientras se colocaba la gorra.

—No tiene la menor idea de lo que habla —replicó Mendes, enfrentándose a él. Ambos hicieron amago de levantarse, aunque ninguno se atrevió a dar el paso.

—Muñoz, vaya a buscar a Juriasti. Quiero ver el contenido de las cámaras de seguridad. Está tardando demasiado.

Su compañero asintió, estaba feliz de perder de vista a Mendes, una actitud extraña por su parte, ya que adoraba los enfrentamientos, y solía sentirse respaldado por su placa. Sus ojos estaban enrojecidos y tenía aspecto cansado. Se rumoreaba que su vida personal era un caos absoluto. Jamás consideró la posibilidad de preguntarle acerca de ello.

Un silencio incómodo se instauró entre Máximo Mendes y la brigada. El subdirector siguió los pasos de Muñoz, clavándole los ojos en la espalda hasta que la puerta se cerró con brusquedad. Los gruesos dedos del hombre acariciaron la enorme mesa, y por fin logró relajarse. Los músculos de su cara se despojaron de la tensión que soportaban y dejó escapar un largo suspiro. Landa soportó el escrutinio al que la sometió, considerándolo incomprensible. La estudiaba como un boxeador a su rival desde su esquina del cuadrilátero. Landa no se sintió en absoluto intimidada. Si esa era su pretensión, le resultó divertida.

—Entonces, el móvil del crimen no ha tenido relación con su actividad profesional, según su opinión —valoró la mujer, cruzándose de brazos.

—Es imposible que la tenga. No tendría ningún sentido.

—Curioso…

—¿Por qué dice eso?

—Para alguien que no tenía vida fuera del ámbito laboral, resulta bastante conveniente que su muerte no guarde relación alguna con ello, ¿no cree?

Mendes se quedó mudo. No esperaba aquella afirmación. Carraspeó con el afán de ganar tiempo, sin duda, una maniobra estúpida. La frialdad de la mirada de la mujer le resultó escalofriante. Era complicado intuir sus pensamientos. No cometería la torpeza de subestimarla.

—*Touché*.

—Necesito una lista de los proyectos en los que trabajaba Morales —solicitó Landa con firmeza—. No me importa su relevancia, quiero conocerlos al detalle.

—Me temo que eso va a ser imposible, agente —negó el empresario con la cabeza.

—¿Le resulta familiar el concepto de obstrucción a la autoridad?

—¿Y a usted el de acuerdo de confidencialidad?

—No juegue conmigo, Mendes.

—No lo hago, nada más lejos de mi intención. Por descontado, haría mejor su trabajo si entendiera la posición de Netsolutions respecto a sus clientes. Les ofrecemos protección de información

comprometida, inversiones bursátiles, carteras de valores…

—Evasiones de impuestos, paraísos fiscales…

—Voy a olvidar su última insinuación —señaló Mendes con cierta condescendencia—. Este suceso puede hundir nuestro negocio. La pérdida de Pedro es un golpe del que tal vez no nos recuperemos nunca. Y no solo pienso en la delegación de Madrid, sino en el *holding* por entero. Si permitiéramos que los datos cifrados salieran a la luz, iríamos a la quiebra.

—¿Qué es lo que ocultan ustedes?

—Vendemos privacidad. Sin ella, nuestro valor se reduce a cero.

—No colaborar con la policía no creo que sea una elección inteligente, y parece una persona sensata.

—No soy yo quien decide, Landa —insistió el hombre, frustrado por los derroteros de la conversación—. Román García le dirá lo mismo. Fue una imposición *sine qua non* de Morales cuando creó la compañía hace ya muchos años. Todos los trabajadores firmamos dicho acuerdo y no podemos saltárnoslo.

—Lo harán si un juez lo dictamina.

—Le deseo suerte con eso…

—Hay algo que nos quita el sueño —prosiguió la brigada con tono amenazador. El empresario miró con frialdad a la mujer.

—Será un placer escucharla —declaró con un remarcado cinismo.

—El acceso a la última planta está restringido a cierto número de personas. Miembros de la Junta, supongo.

—Así es.

—Entonces, ¿cómo pudo llegar el asesino hasta allí? García comentó que Franco Hernández no tenía acceso. Eso significa que tenía en su poder una de esas tarjetas blancas con el código en letras azules.

Mendes dejó entrever una gota de sudor deslizándose por su sien. Apenas un suspiro, en el que sus labios temblaron, presa de un temor inconsciente. Recuperó la compostura enseguida, y mostró una pose desafiante.

—Hoy en día hay muchas formas de hackear un sistema de acceso como el de un ascensor. —Las palabras hedían a excusa barata e improvisada.

—No a una empresa experta en ciberseguridad —le cortó la brigada—. No sea ridículo. Quiero todas y cada una de las tarjetas de los miembros del Consejo. Nos las llevaremos.

Mendes se quedó paralizado. En sus ojos se adivinaba el deseo de negarse, finalmente, claudicó. Asintió despacio, pese a que su mirada era hostil. Landa no estaba segura del motivo. El empresario

cogió su móvil y vomitó unas palabras malsonantes. Se apresuró a buscar su tarjeta y la depositó en la mesa, a escasa distancia de las manos de la brigada. Ella le correspondió con una sonrisa forzada, y sacó de su bolsillo una bolsa trasparente de plástico. Le pidió que la depositara dentro.

En los minutos siguientes todos los miembros de la Junta Directiva se personaron en la sala de reuniones. Cada uno de ellos depositó su tarjeta en la bolsa de pruebas mediante un gesto mecánico. Estudió cada rostro con atención, en busca de una señal de flaqueza que la pusiera en la dirección correcta. Le llamó la atención que Román García no acudiera. El semblante de la brigada permaneció inmutable durante todo el proceso. El trámite no duró demasiado. Volvieron a quedarse solos. Mendes la miró con desprecio, y cruzó los brazos, en espera de alguna petición que terminara de sacarlo de sus casillas. La mujer soportó el desafío en silencio, esbozando una leve sonrisa. Le gustaba pararles los pies a tipos como aquel. Un placer culpable, sin duda.

El móvil de Amaia Landa empezó a sonar. Ella lo ignoró al principio, concentrada en Máximo Mendes. Su expresión arrogante la ponía enferma. El sonido no iba a detenerse y, al final, se vio obligada a aceptar la llamada. Escuchó la voz grave de Muñoz al otro lado de la línea.

—Será mejor que bajes al vestíbulo, jefa. —La brigada frunció el ceño. Cada vez que su compañero pronunciaba aquella palabra, lo hacía con un remarcado sarcasmo. En la mayoría de las ocasiones lo ignoraba, en aquel momento le resultó cargante.

—¿Tenemos las imágenes?

—Lo que tenemos es al guarda de seguridad; o, mejor dicho, lo que queda de él.

4

Landa salió del ascensor con la cara transfigurada. Se apresuró a reunirse con Muñoz, que la esperaba junto al centro de control. El hombre intentaba transmitir tranquilidad, sin conseguirlo en absoluto. Su frente se hallaba perlada en sudor, y cambiaba de postura cada pocos segundos. El control de sus emociones era una asignatura pendiente. La gravedad de la situación al menos le había quitado las ganas de hacer comentarios inapropiados, y por una vez recordó al excelente agente que fue en el pasado. Román García yacía recostado en la enorme silla, víctima de un desfallecimiento. Demasiadas emociones. Dos sanitarios le tomaban las constantes vitales, y trataban de tranquilizarlo. Un grupo de guardias civiles mantenían apartada a la pequeña muchedumbre amontonada alrededor de la entrada, con cara de pocos amigos. La brigada buscó a Juriasti con la mirada. Lo encontró apoyado en una pared cercana, con el rostro lívido. La gorra descansaba en la palma de sus manos, y la movía de un lado a otro, presa de una inquietud evidente. Sus ojos marrones brillaban tras los enormes cristales de sus gafas, sin llegar a enfocarse en ningún lugar. El flequillo rubio caía sobre el lado derecho de su frente, y su fino bigote desaparecía ahogado por una aflicción imposible de esconder. Las palabras de su compañero habían sido claras y concisas.

«Lo ha encontrado Juriasti».

Landa se acercó al analista informático y le apretó el hombro con fuerza. Aquel gesto pareció devolverlo a la realidad, y trató de dedicarle una sonrisa a la brigada. David era su único amigo en el departamento, conectaron a las mil maravillas desde el principio. Ambos tenían un carácter reservado, aunque él no escondía sus sentimientos, solo era introvertido.

—Cuéntame lo sucedido —pidió Landa, utilizando un amable tono de voz.

—Intenté conectarme de manera remota al servidor nada más llegar. Resultó imposible. El cortafuegos que tienen instalado es de primera categoría. Probé todos mis trucos, pero fracasé. Ningún empleado sabía cómo entrar, faltaría más. Muy conveniente. Me sentía muy frustrado, pensé que lo mejor sería despejarme y buscar otras alternativas. Al alejarme por este pasillo, noté un olor a desinfectante bastante fuerte. Lo seguí hasta una puerta, allí al fondo. Hablé con García, y me aseguró que no se había limpiado la planta desde la

última hora de la tarde. Por suerte, sí tenían llaves del cuarto de limpieza. Lo abrió, y allí estaba.

Landa se inclinó hacia delante. Sintió una punzada en el estómago, y una presencia amarga en su saliva. Los malos recuerdos se agolparon en su mente, mas los rechazó. Ella también percibió ese potente olor a lejía, a pesar de ello, no le dio importancia. Asumió que habrían limpiado por la noche o a primera hora de la mañana. Un error de novata. Una mueca desagradable apareció en su rostro. Por culpa de su negligente comportamiento habían perdido un tiempo precioso, y Juriasti había pasado un mal trago. Uno innecesario.

—Enséñamelo —solicitó, con una mueca de incomodidad cincelada en su semblante.

El analista asintió, y la condujo por el pasillo hasta una puerta entornada. La luz de un fluorescente titilaba y emitía un pequeño zumbido. Landa se colocó un nuevo par de guantes de látex y empujó la puerta con el codo con mucho cuidado. El cuerpo del guarda de seguridad se encontraba colocado en posición fetal, y su perfil miraba a la derecha. Las manos deberían haber estado cruzadas sobre el pecho, si bien solo se intuían los grotescos muñones ocultos en unas bolsas de basura negra de la que emanaba sangre. El líquido empezaba a acumularse en el suelo y su fétido olor se combinaba con el de la lejía, y daba lugar a una mezcla anómala, difícil de clasificar. Landa no se inmutó en absoluto, acostumbrada a esa clase de escenarios. Las primeras veces le había resultado complicado lidiar con ese tipo de imágenes. Entendía a la perfección el desasosiego de Juriasti.

—Llama a Mila Rubio —ordenó en voz alta. Aquellas palabras iban dirigidas a Andrés Muñoz. Sabía que Gamil estaría a cargo de la autopsia de Pedro Morales.

No recibió una respuesta. Tampoco la esperaba. Sus ojos grises volvieron a examinar el estrecho habitáculo. No vio las llaves a simple vista, y eran demasiado grandes para llevarlas en el bolsillo. De su cuello pendía una larga cadena plateada de escaso brillo, con el extremo próximo al pecho partido. Debía llevarlas allí cuando hacía la ronda. El asesino se las había llevado. No acababa de entenderlo. Representaba un contratiempo, por suerte, nada serio. Más pronto que tarde tendrían acceso a las grabaciones. Netsolutions era una compañía líder en ciberseguridad, por tanto, el sistema era complejo, y difícil de manejar. Aquella absurda maniobra iba destinada a hacerles perder tiempo. Las imágenes debían seguir allí. Solo un informático de alta pericia podría borrarlas. Y eso lo llevaría a autoincriminarse.

—David. —Landa llamó su atención. Aguardó a que sus ojos se encontraran. Aún continuaba afectado por la aparatosa visión del cuerpo mutilado.

—Dime, jefa…

—Márchate a casa —le ordenó. Encontró una mirada de reproche en el joven, de la que hizo caso omiso—. Nosotros nos ocuparemos de todo. Lo has hecho muy bien.

—Lo mismo digo —añadió Muñoz al acercarse a ambos.

El gesto la sorprendió, totalmente contradictorio respecto a la personalidad de aquel tipo arrogante. No se lo esperaba. Tal vez pudiera redimirse, después de todo. El hombre soportó el escrutinio de Landa sin articular una sola palabra. Ningún comentario fuera de tono, ni rastro de su retórico cinismo. Observó cómo el sudor se deslizaba por la frente de Muñoz. Todos estaban nerviosos.

—Tarde o temprano conseguiremos al sistema y entonces te necesitaremos. Ten el móvil cerca, David.

El informático asintió y se dirigió a la salida. Recibió el apoyo de los compañeros situados en la puerta, y se alejó a paso vivo del edificio. La muchedumbre había sido dispersada por otros agentes. Juriasti contabilizó tres coches de la Guardia Civil en las inmediaciones del edificio. Un cordón policial alrededor de la calle principal preservaba la intimidad de la empresa de ciberseguridad. Se sintió mucho mejor cuando ocupo el asiento de su coche. Un profundo desasosiego se extendía por su mente. Si bien había encontrado el cadáver, consideraba que había hecho el ridículo. Era obvio que le faltaba experiencia en ese aspecto. Lo suyo era medrar entre ordenadores y circuitos. Albergaba la esperanza de no haber decepcionado a Amaia Landa. Su opinión era muy importante. Arrancó el vehículo y se dirigió a su apartamento. Unas horas fuera de aquel lugar no le vendrían nada mal.

En el interior de Netsolutions, Muñoz apartó de malas formas a los paramédicos que atendían a Román García. Agarró la silla con ímpetu y estuvo a punto de arrojar al presidente de la Junta al suelo. Por una vez, Landa se mantuvo al margen. Aquella pantomima duraba demasiado. Era evidente que ocultaban información, y no descansarían hasta averiguar de qué se trataba. Las arrogantes palabras de Mendes acudieron a su mente, y se preguntó si la soberbia que manifestaba era real. No tardarían en averiguarlo.

—Por favor, entiéndalo —rogó García, hecho un ovillo—. Ha sido un golpe muy duro. No puedo pensar con claridad.

—Déjese de juegos, amigo. ¿Quiere que lo detenga por obstrucción a la autoridad?

—No…

—Eso me parecía. Mueva el culo.

Román García se incorporó con torpeza y estuvo a punto de caerse. Ofrecía un aspecto lamentable, desaliñado y con su lujoso traje lleno de arrugas. Varios surcos de sudor se apreciaban en la espalda y

las axilas, su ordenado cabello fijado por una cantidad excesiva de gomina era lo único que se mantenía impasible. Realizó unas llamadas, y en cada una de ellas su estado de nerviosismo aumentaba.

—Estos idiotas no tienen intención de colaborar —señaló Muñoz con expresión contrariada.

—Ocultan algo —opinó la brigada—. No me fío de ellos.

García volvió con la cabeza gacha y decidió evitar a Muñoz. Centró toda su atención en Landa, más tranquila y razonable a sus ojos. Movía las manos sin parar y su respiración era acelerada.

—Enseguida llegará uno de nuestros técnicos con unas llaves de acceso al sistema. No habíamos logrado localizarlo hasta ahora.

—Sí, claro —respondió Landa. García mentía muy mal. No vio oportuno presionarle más por el momento. Lo identificó como el eslabón más débil y lo anotó en su cabeza.

—Le daremos acceso a las cámaras, pero la información de los ordenadores permanecerá oculta, así como sus archivos. Si tienen algún inconveniente, nuestros abogados hablarán con ustedes. No podemos romper el acuerdo de confidencialidad. Nos lloverían las demandas.

—Está bien —consintió la mujer, resignada—. Nos conformaremos por ahora.

Una vieja sensación malsana volvió a invadir el cuerpo de Amaia. Se acercó a su compañero y le susurró al oído:

—Quiero a dos agentes pegados a este centro de control, de día y de noche. De tu máxima confianza. No vamos a permitir que nos la jueguen.

5

El doctor José Dávila miró con atención a la mujer. Respiraba con regularidad, a pesar del aparatoso accidente. No tenía aspecto de una conductora temeraria. Su tez morena poseía un brillo especial. Era muy atractiva, aunque demasiado delgada. Los pómulos se acentuaban de manera notable, sus labios carnosos aparecían cuarteados, víctimas de unas minúsculas heridas. Se agitaba en la cama, angustiada por sueños inquietantes. De vez en cuando abría los ojos, inundados por unas lágrimas amargas. Parecían dos gemas extraídas de las profundidades de la tierra. Era sencillo perderse en ellos, albergaban un poder hipnótico del que le resultaba imposible desprenderse. En diferentes ocasiones escuchó varios murmullos acerca de su presencia allí, en la UCI[4] del hospital Gregorio Marañón. Había sido el encargado de atenderla cuando una ambulancia del Sámur la trajo a urgencias escoltada por un vehículo de la Guardia Civil. Aquella situación era muy frecuente; en realidad, casi rutinaria. Los agentes se quedaron varías horas pendientes de su estado, hasta que hastiados terminaron por marcharse. El médico no estaba seguro de si les interesaba su bienestar o querían llevársela detenida; lo que resultaba imposible, dada su condición.

Retenía en su mano rota una tarjeta doblada y arrugada. La aferraba con desesperación, víctima de una necesidad imposible de negar. Aquel enigma le fascinaba hasta el punto de llevarlo a cometer una irregularidad. Se la había arrebatado cuando dormía y la había guardado en el bolsillo de su bata. Podría meterse en un lío, lo sabía a la perfección. Le encantaba el riesgo. No se arrepentía en absoluto.

La noticia del asesinato de Pedro Morales se había extendido como la pólvora. Le resultaba difícil de creer en su culpabilidad. No la veía capaz de acometer un acto tan atroz, lleno de violencia. Aquel cuerpo menudo, ese olor dulce que emanaba de él, le empezaba a obsesionar. El facultativo dedicó breves instantes a pensar en el accidente. La caída podría haberla matado, por suerte solo se había fracturado la mano y luxado un hombro. Algún ángel de la guarda debía protegerla. Le hicieron un escáner a fin de descartar una lesión cerebral, y no detectaron ninguna anomalía. Descubrieron que había padecido una angina de pecho, lo más probable debido a un fuerte estrés. Le administraron clopidogrel vía intravenosa y mejoró con rapidez. Aparentaba ser un suceso fortuito y la monitorizaron por lo

que pudiera pasar. La paciente continuaba desorientada. Necesitaba tiempo.

Dávila se acarició la barba que cubría su rostro. Había finalizado la ronda por las diferentes habitaciones que conformaban esa zona del centro sanitario. Sin darse cuenta había llegado de nuevo a la habitación. Ardía en deseos de sentarse al borde del lecho, y coger su mano entre las suyas. Su corazón latía bajo su pecho con fuerza cuando estaba cerca. Un suave hormigueo recorría sus músculos, y el vello se le erizaba. Pura química. No llevaba documentación alguna. No sabían quién era. Esa aura misteriosa le atraía como la luz a las polillas. Miró a ambos lados del pasillo, libre por fin del ajetreo de las enfermeras con los carros de curas. Un silencio anómalo reinaba a su alrededor. ¿Por qué no? Roció sus manos con gel hidroalcohólico y entró. Una sonrisa se dibujó en su rostro al verla.

Tenía la mascarilla de oxígeno descolocada y procedió a ajustarla con un leve movimiento de su mano izquierda. Ella se agitó, nerviosa. Su larga melena caía encima del camisón añil como un regalo. Dávila se inclinó sobre la cabecera y percibió un aroma a castaño y frutas del bosque emanar de sus cabellos. Le fascinaba aquella fragancia, enardecía sus sentidos. Sus rasgos latinos lo excitaban, desprendían una sensualidad cautivadora. Apretó los puños. No debía perder el control. Deseaba acariciarla, palpar la fruta prohibida oculta por aquella ropa insulsa. Su frente se llenó de sudor y, debido a ello, una mueca de desagrado apareció en su semblante. Se limpió con uno de los pañuelos de papel colocados en la mesilla, en una de esas cajas de cartón blando. La mujer gimió, presa de un sueño terrorífico. Sus constantes se elevaron de forma abrupta, y el agudo pitido del monitor alertó al doctor. Una leve taquicardia.

Consideró la posibilidad de inyectarle un sedante, pero decidió intentar calmarla de otra forma. Colocó su mano en la mejilla sonrosada y la acarició despacio. Las yemas de los dedos percibieron cada poro de piel, cuyo rubor crecía por momentos. Deseaba despertar, y un tranquilizante la sumiría de nuevo en un sueño profundo y, vista su agitación interna, tal vez no fuera la mejor decisión. La frecuencia cardiaca descendió poco a poco, y unos incoherentes balbuceos se abrieron paso a través de sus labios al mismo tiempo que movía la cabeza, desconcertada. Tenía las pupilas dilatadas; nada alarmante, dadas las circunstancias. A pesar de todo, el iris despedía un brillo cautivador. Dávila apartó la mirada, temeroso de revelar sus deseos más oscuros.

La paciente comenzó a toser, y el médico le retiró la mascarilla de oxígeno con el fin de que pudiera respirar por sí misma. Elevó la cabecera de la cama y de inmediato las convulsiones cesaron. Sonrió, agradecida. Dávila le ofreció un vaso de agua con una pajita, que

aceptó de buen grado. Sorbió la mitad del contenido con avidez hasta que se vio obligada a detenerse. Miró de soslayo a su otra mano, cubierta por una escayola, y a su hombro, cubierto en parte por una férula. Su mirada revelaba una profunda incomprensión.

—¿Dónde estoy? —preguntó con voz marcada.

Mexicana. Reconocería ese acento meloso en cualquier parte. Tenía una musicalidad especial y una cadencia única.

—En el hospital Gregorio Marañón —respondió Dávila con una sonrisa—. Tuviste un accidente.

—No me suena ese nombre —replicó, aturdida.

—Está en Madrid —puntualizó él.

—¿Madrid?

—Sí, eso he dicho —replicó, intrigado por la respuesta de su paciente—. Estabas indocumentada. ¿Podrías decirnos quién eres?

Abrumada por un sinfín de emociones, guardó silencio y puso los ojos en blanco. Sintió una repentina sacudida de electricidad. Sus labios se separaron de manera leve, en busca de una respuesta, sin éxito. Tabula rasa.

—No lo sé —balbuceó asustada—. No recuerdo nada.

6

Una pequeña victoria. Así es como vio Amaia Landa la orden judicial cursada por Ariadna Castro. Se vio obligada a recurrir de nuevo a Javier Marín, y aquel actuó con diligencia, tal y como esperaba. Un solo día. Dados los tiempos manejados por la fiscalía, en realidad se habían dado mucha prisa. El coronel era víctima de una palpable tensión. Había tenido que pedir de nuevo un par de favores, circunstancia que detestaba con todas sus fuerzas. Aquello no podía convertirse en una costumbre. Su rostro, serio e imperturbable, revelaba cierta incomodidad. Entregó a la brigada los documentos, y se volvió a su despacho. La puerta se cerró con ímpetu, y el cristal encajado vibró con fuerza, hasta el punto de estallar en mil pedazos. Las maldiciones del jefe de la UCO resonaron por toda la planta, y la mayoría de los agentes huyeron despavoridos hacia el exterior del edificio. Los que se vieron obligados a quedarse se refugiaron en sus habitáculos y no levantaron la cabeza en toda la mañana. Muñoz ocultó su sonrisa con el dorso de su mano. No le convenía crear más problemas. Siguió a la mujer al vestíbulo y juntos cogieron un ascensor a la planta baja.

—El jefe está hecho una furia —observó el hombre, con una estúpida expresión dibujada en su rostro.

—No sé a lo que te refieres —le cortó, con frialdad.

El elevador llegó a su destino y abrió sus puertas con un pequeño zumbido, característico y familiar. Muñoz persiguió a la mujer, cuyas largas zancadas tenían la clara intención de alejarse de él y sus polémicas. A él no le importaron sus reparos. La alcanzó en el umbral, y la agarró por el brazo a la vista de todos. Lo traspasó con una mirada cargada de indiferencia. No tenía ningún efecto sobre ella, y eso lo enfurecía. Sus ojos centelleaban furiosos, manifestando sus propias frustraciones. Era uno de esos que culpaban al resto de sus problemas. En definitiva, un inmaduro. A lo largo de su vida había conocido a muchos así.

—Todo es más fácil cuando tienes al jefe en el bolsillo, ¿verdad? Primero el tal Elo… lo que sea, y ahora Marín…

Landa estiró el cuello con una mueca de aversión, lo que para Muñoz suponía un pequeño triunfo. Muchos pares de ojos los observaban. A él le encantaba la atención de la gente, ser el centro de las miradas. La brigada aferró la enorme manilla, y se dispuso a

abandonar la comisaría directa a su coche. Las malas formas de su compañero la impidieron continuar.

—¿Siempre te funciona huir de tus problemas? Dejaste San Sebastián para venir a Madrid. ¿A dónde irás cuando la vida te ponga en tu sitio?

—Veo que te encantan los chismes, Muñoz —replicó elevando la voz. Si quería un espectáculo, se lo daría—. Crees saber mucho, pero solo escuchaste ruido y decidiste tomar lo que te interesaba. Realizar suposiciones no es nada especial, todas las viejas chismosas lo hacen.

El hombre abrió los ojos de par en par, sorprendido por su respuesta. Había dado por hecho que ella se marcharía sin replicar, con la cabeza gacha. Escuchó las risas de algunos viejos compañeros, y al mirarlos ni siquiera se molestaron en disimular. No gozaba del respeto de antaño.

—Echar balones fuera no te servirá de nada…

—Déjalo estar, Muñoz —le aconsejó con tono paternalista—. No tengo nada en tu contra, en serio.

—¡Yo sí tengo algo en tu contra! —gritó, fuera de sí—. ¡Tu puesto me pertenece, maldita zorra! Sé cómo has ascendido tan rápido…

—¿Vas en serio? ¿De verdad? ¿No era yo otra vasca fea como el pecado? Te lo he escuchado decir muchas veces. ¿Ahora he ascendido follando? Vamos, Andrés. Puedes hacerlo mucho mejor.

—Vete a la mierda…

—El único culpable de haber sido degradado eres tú mismo. No deberías quejarte, teniente, no tienes motivos. Tu expediente continúa limpio cuando ambos sabemos que la realidad es bien diferente. ¿No sabes por qué conservas tu trabajo? ¿O finges no saberlo?

—Cállate de una puta vez…

—Querías hablar, montar una escena. Pues aquí la tienes.

—No sabes con quién estás tratando.

—Lo sé perfectamente. —Landa sacó el látigo y lo utilizó sin piedad—. Con una vieja gloria, un irresponsable que solo se siente bien humillando a otros. Así de pequeño eres. La próxima vez que te emborraches, supongo que esta misma noche, moléstate en observar tu reflejo en el fondo del vaso.

Muñoz endureció su rostro, y cerró el puño. Alzó el brazo, rojo de ira. Los murmullos crecieron a su alrededor y pudo escuchar con nitidez un montón de pasos apresurados en su dirección. Landa alzó la mano de manera enérgica. No quería la ayuda de sus compañeros. Sus ojos grises centelleaban, y su rostro lucía impasible. El hombre se detuvo. Quería intimidarla, exponer su debilidad delante de todos, por el contrario, ella ni siquiera pestañeó.

—Te faltan pelotas, admítelo —le retó la mujer—. Entiendo que no te guste estar a las órdenes de una simple brigada. Ahora mismo tu rango es simbólico, comprendo tu orgullo herido. La nómina la conservas intacta. Fue una de mis peticiones. Quería trabajar contigo.

Muñoz, por una vez en su vida, se quedó sin palabras. Su rostro, rojo de ira, palideció por momentos. Las venas del cuello del teniente parecían a punto de estallar. Despreciaba a su compañera, aun así, era consciente de su honestidad. La espiral autodestructiva en la que se hallaba inmerso no aparentaba tener final. Demasiado orgulloso para cambiar, pese a que era no muy mayor. Tenía cincuenta y cinco años. Estaba en forma. Su cuerpo le respondía a la perfección, no así sus emociones. Un matrimonio destruido, un descenso a los infiernos, una adicción insana que creía poder dominar. Los otros agentes lo miraban de forma hostil. Recuperar su respeto se había convertido en misión imposible.

—¿Por qué ibas a querer trabajar con alguien como yo? ¿Por qué cargar con un problema con patas?

—Porque creo en las segundas oportunidades.

—Lástima que yo no —rezongó Muñoz, pasando a su lado como una exhalación. Atravesó el umbral, arroyándola en el proceso. No se dignó a mirar atrás.

La mayoría de los guardias civiles se acercaron, a fin de interesarse por ella. Se encontraba bien, aunque no había disfrutado del espectáculo. Aquello llevaba tiempo gestándose y tenía que estallar más pronto que tarde. En mitad del caso de Pedro Morales no era lo más conveniente, por lo que trataría de manejar la situación con cautela. Deseaba contar con él. No había mentido. Alcanzar la redención suponía un reto, mas no era imposible. Necesitaba creer en eso con todas sus fuerzas. De lo contrario, aquella sensación de culpabilidad permanecería siempre con ella. No todo fueron buenas palabras, tuvo que escuchar reproches por parte de algunos agentes veteranos. Los aceptó de buen grado, esbozó una sonrisa y abandonó por fin el recinto.

El edificio de Netsolutions había recuperado su actividad habitual tras la tragedia que suponía la pérdida de Pedro Morales. Incluso se habían acostumbrado a la presencia de los agentes y a sus ojos vigilantes. Juriasti les había advertido de lo inútil de aquella maniobra. Estar pegados al centro de control no les impediría volcar la información de forma remota. Eso sí, confiaba en poder rastrear esos movimientos cuando tuviera el respaldo de una orden judicial. Amaia Landa le saludó con un leve gesto de su cabeza al salir de su coche. Se la veía preocupada. Renunció a preguntarle nada, sabía que sus labios estaban sellados. Solo le mostró una carpeta y sin articular

palabra penetró en el interior. El analista la seguía de cerca, deseoso de poner fin a aquella pesadilla. El semblante de la brigada le creaba dudas, no parecía satisfecha.

Al lado de la enorme consola estaban plantados Manuel Fuentes y Silvia Ferreras, con cara de pocos amigos. Se les veía hastiados, sin embargo, conservaban una pose profesional en todo momento. Él era un viejo amigo de Muñoz. Confiaba en que no le dieran ningún tipo de problema, y se saludaron de la manera habitual. Román García y Máximo Mendes los esperaban. El jefe del Consejo de administración había perdido aquel semblante asustadizo, y ofrecía un aspecto sereno. Landa creía que había perpetrado una interpretación digna de un premio Goya, destinada a ganar un tiempo precioso. El director —intuía que había ascendido con la muerte de Morales— presentaba el mismo aspecto arrogante, con un aire de superioridad cincelado en su rostro que resultaba molesto para el resto. Ambos directivos iban ataviados con trajes diplomáticos de corte ejecutivo. Sin duda, una indumentaria costosa. Al final habían alegado problemas técnicos para no mostrarles las imágenes de las cámaras de seguridad. Nada que no esperaran, por otra parte.

—Veo que el negocio no se ha ido pique —comentó Landa con un remarcado cinismo—. Enhorabuena por el ascenso, señor Mendes.

Ambos hombres la miraron, sorprendidos. No esperaban aquella actitud desafiante por su parte. Fuentes y Ferreras sonrieron, conteniendo a duras penas las ganas de ovacionarla. Llevaban desde el día anterior vigilando la compañía, y tuvieron que soportar algún desplante. No les gustaba verlos por allí, era evidente.

—¿Qué intenta decirnos, agente? —replicó Mendes de mala gana.

—Nada en absoluto —respondió ella—. Me alegra que sus previsiones tan poco optimistas no se hayan cumplido.

—Supongo que ya han conseguido lo que querían —intervino Román García.

—No del todo. En eso tenía usted razón —se lamentó la brigada mientras miraba a Mendes con interés.

El empresario recibió la orden judicial en sus enormes manos y, después de examinarla, asintió despacio. Se dirigió a un tipo menudo con cara de susto y le ordenó que mostrara a los agentes la grabación de la fatídica noche. Al final, el caos había jugado en favor del asesino. Más de veinticuatro horas perdidas. Ninguno se fiaba del otro y, si no fuera por la intervención de Ariadna Castro, ambas partes continuarían enfrentadas sin dar su brazo a torcer. No habían podido conseguir acceso al disco duro. Juriasti se mostró decepcionado, pese a que lo intuía. Cero sorpresas. El mundo funcionaba a base de poder e influencias. El dinero podía comprar mucho de esas últimas.

Las imágenes desfilaron ante sus ojos como una vieja película, fotograma a fotograma. Las cámaras exteriores mostraban la negrura de la noche madrileña, hasta que alrededor de las tres de la madrugada una figura envuelta en sombras apareció a continuación de doblar la esquina del edificio. Llevaba ropa holgada, con una capucha ancha que impedía ver su rostro. La luz de las farolas era escasa. La mitad de ellas estaban estropeadas, y el ayuntamiento se tomaba con calma el arreglarlas. Aquella figura caminaba con seguridad, pegada a la pared de la calle, y de vez en cuando se quedaba inmóvil sin razón aparente, a fin de reanudar la marcha segundos después.

—El muy cabrón sabe cómo funcionan las cámaras, y los ángulos muertos que dejan cuando cambian de posición —expuso el informático, concentrado en la pantalla.

—Es alguien de dentro de la empresa —se aventuró a decir Fuentes.

—Eso es ridículo —protestó Mendes—. Si así fuera, bastaba con quedarse en el edificio, no merodear alrededor como un jodido *ninja*.

Tenía sentido. Landa permaneció en silencio atenta a cualquier detalle. El sujeto acabó por llegar a la puerta principal y rozó el cristal con una mano cubierta por un guante negro. El guarda de seguridad acudió a abrirle el acceso. Se saludaron de manera amistosa y caminaron hasta el centro del control. El visitante se cuidó mucho de acercarse a la luz de los halógenos, y permaneció rodeado de sombras. Sabía lo que se traía entre manos. Rechazó un café del termo del vigilante. Aquel se encogió de hombros y volcó el contenido en una taza roja sin adornos. Apartó varios vasos de plástico con la mano libre, y los tiró a la papelera. Parecían tener una conversación, pues vieron los labios del guarda moverse. El encapuchado cambiaba de posición cada pocos segundos, lo que impedía ver su rostro. De improviso dio un paso adelante y propinó un puñetazo a su anfitrión debajo del mentón. El hombre cayó al suelo, sin sentido. Su agresor lo agarró por los brazos y lo arrastró por el piso. Ya sabían dónde lo llevaba. No había ninguna cámara enfocada a ese pasillo. Quince minutos después volvió a aparecer en el encuadre, con las manos vacías. Se dirigió a los ascensores y desapareció.

Estaba segura de que tenía una tarjeta de acceso. En el ascensor no había huellas, y el techo no había sido movido. Juriasti se ocupaba del análisis de las originales, y no se había mostrado optimista. Era fácil clonarlas con una banda magnética, no solía dejar rastro alguno.

Una hora después las puertas volvieron a abrirse. El encapuchado reapareció, con una postura encorvada, y sin dar muestras de tener ninguna prisa por abandonar el edificio. Volvió a desaparecer por el pasillo y al cabo de unos minutos regresó con unas

bolsas de basura negra que colgaban de su mano izquierda. Landa dio un respingo. Era obvio lo que llevaba en ellas. Le impresionó la calma de la que el sujeto hacía gala. Carente de pasión, se movía como pez en el agua. Lo tenía todo muy controlado. No había rastro de tensión en su cuerpo. No era personal. El asesino abandonó Netsolutions sin apresurarse, mientras la lluvia salpicaba sus ropas. Se alejó por la acera sin inmutarse hasta que salió del encuadre de la última de las cámaras adheridas a la pared exterior.

Aquello era todo. Los presentes intercambiaron una mirada incómoda, y a Muñoz le resultaba tan difícil controlar su ira que resolvió alejarse del centro de control sin despedirse siquiera. Landa carraspeó un par de veces y miró con frialdad a Máximo Mendes. El mensaje era diáfano.

«No hemos terminado».

El nuevo director de Netsolutions aceptó el desafío con una sonrisa traviesa. Su postura arrogante mostraba de forma manifiesta su menosprecio hacia las autoridades. Landa entrecerró los ojos durante un lapso insignificante, y le devolvió la sonrisa. Un mero artificio, lamentablemente no fue capaz de dar otra respuesta. Román García entregó a la brigada un pequeño *pendrive*. Lo aceptó sin titubear e inclinó la cabeza por pura cortesía. Debían marcharse. Indicó a sus compañeros que la siguieran, y los cuatro salieron del edificio con una amarga sensación adherida a sus cuerpos. Improvisaron una pequeña reunión alrededor del coche de la cabecilla. Muñoz estaba allí, sentado en el capó, con un cigarrillo humeante entre sus labios. Sus ojos estaban inyectados en sangre, y por una vez a ninguno pareció molestarle aquella actitud beligerante. Un silencio tenso se adueñó del ambiente. Nadie deseaba romperlo. David Juriasti miraba con nerviosismo a su alrededor, intimidado. No se sentía cómodo fuera de su escritorio, y debía esforzarse al máximo en vencer su timidez. Todos le observaban con atención. Landa le entregó el lápiz USB.

—Ya sabes lo que tienes que hacer, socio.

7

Alejandra. Solo un nombre, una palabra que flotaba adherida al subconsciente de la mujer. Ni siquiera estaba segura de si se trataba de un recuerdo o la manifestación de un viejo anhelo perdido en los recovecos de su memoria. El tiempo transcurría con lentitud, sometiéndola a un tormento prolongado y difícil de soportar para una psique presa de una enorme confusión. Los sedantes mantenían controlado el dolor físico, aunque aquel no era su principal problema. Un pequeño zumbido reverberaba en sus oídos. El doctor Dávila le aseguró que los resultados del escáner eran normales, e incluso repitió la prueba en busca de proporcionarle cierta tranquilidad. Las buenas noticias no contribuyeron a levantarle el ánimo. No con su memoria sumida en una negrura absoluta. Se sentía atrapada entre aquellas cuatro paredes. Por desgracia, no tenía dónde ir. Sufría varias crisis nerviosas cada vez que una pareja de guardias civiles se personaba en el hospital a interesarse por su estado. El equipo médico les informaba por pura cortesía, en cambio, no les permitió interrogarla. Con la amnesia sería inútil hacerlo. El agente hizo patente su desacuerdo de forma enérgica, y su compañera se vio obligada a interceder con el fin de calmar los ánimos. Una agorera sensación perseguía a la paciente. Sabía que regresarían tarde o temprano. Empezó a asistir a rehabilitación todas las mañanas. No podía hacer demasiado. Era un fisioterapeuta con aspecto desaliñado y enormes manos el que se encargaba de mover su hombro con sumo cuidado. Era molesto, no obstante, tenía la impresión de estar acostumbrada al dolor. Jamás se quejaba y observaba al resto de pacientes con una sonrisa en su rostro de caramelo. La soledad la ponía nerviosa y temía a sus sueños. La recurrente pesadilla de un hombre asesinado con un cuchillo la perseguía y la hacía despertarse con el cuerpo empapado en sudor.

Dávila siempre estaba allí, dispuesto a ayudarla. Lograba tranquilizarla con el simple roce de sus manos. Su tacto era cálido y agradable. Pasaba día y noche en el hospital, pendiente de ella. El interés del médico trascendía lo profesional, y no sabía cómo sentirse al respecto. Un intenso rubor brotaba en su piel cuando él estaba cerca. Los ojos del facultativo despedían un brillo intenso, supo reconocer el deseo y la lujuria en ellos.

Pronto conoció a la hermana del médico. Una chica joven, muy divertida, de finas facciones y cabello castaño. Le contaba anécdotas

de la vida de ambos, centrándose en sucesos pintorescos difíciles de creer. En aquellos momentos su falta de memoria le parecía lejana y sin sentido. María le preguntaba acerca de México, en busca de un leve gesto capaz de despertar algún recuerdo, por desgracia, no funcionó. Alejandra agradeció el esfuerzo. Tal vez solo necesitara tiempo. Las largas horas de conversaciones las convirtieron en amigas, o al menos, así lo sintieron. Le arrancó la promesa de irse a vivir con ella cuando recibiera el alta. Necesitaba ayuda, eso era evidente, y María estaba encantada con la idea. La casa se le hacía muy grande desde la huida de su novio. Bueno, exnovio, mejor dicho. Ella se refería a él como PC[5].

Alejandra apenas pensaba en el accidente, pese a que la misma pesadilla insistía en repetirse una y otra vez. En los días siguientes recuperó fuerzas, y el dolor en el hombro remitió bastante gracias a los cuidados de Raúl, según María, el Fisio *Hippie*. Tenía la costumbre de poner motes a todo el mundo. Cuando quiso saber el suyo, la sorprendió apodándola Chavela Vargas. Le puso un fragmento de la canción de la espléndida intérprete con su móvil. Le pareció divertido.

«No sé qué tienen las flores, llorona,
las flores del camposanto.
No sé qué tienen las flores, llorona,
las flores del camposanto˝

˝Que cuando las mueve el viento, llorona,
parece que están llorando.
Que cuando las mueve el viento, llorona,
parece que están llorando».

Alejandra la escuchó con atención, y sin darse cuenta empezó a acompañarla con su voz grave y rota. Una vieja canción grabada a fuego en el corazón de muchas mexicanas. María le aplaudió como si estuviera en mitad de un concierto, no por lo brillante de su interpretación, sino porque había conectado con una parte de su memoria. Ya no era una tabula rasa.

José Dávila las observaba desde la puerta entreabierta, satisfecho. El carácter alocado de María era la mejor medicina que podía darle. No daba el tipo, pero era una excelente abogada penalista. Le había explicado su caso varias veces y había consentido en defenderla si llegara a ser necesario.

No sería extraño que la acusaran de conducción temeraria. Dependía del juez al que presentaran el caso. Debían decidir si procesar la demanda como delito contra la seguridad vial, o continuar por vía administrativa. Según el relato del agente Fuentes, lo más probable era que optaran por la primera opción. El desastre

organizado había sido de proporciones épicas. Por fortuna, nadie había resultado herido, salvo ella misma. No había una norma escrita respecto a aquel trastorno. Podría recuperar la memoria con el tiempo; o, incluso, no hacerlo nunca. Las pruebas cognitivas habían ofrecido resultados esperanzadores, y tenía la esperanza de que se repondría por completo.

Dávila acarició la tarjeta doblada con la yema de sus dedos. Era importante y podría utilizarla en su propio beneficio. Una sonrisa sádica se dibujó en su rostro cuadrado. Solo debía aguardar el momento adecuado.

8

David Juriasti llevaba unos días de locura. Apenas dormía, obcecado en avanzar en la investigación. El analista se veía obligado a ajustar sus enormes gafas de fino cristal con frecuencia. Era un tipo introvertido, le costaba socializar de una manera normal y prefería pasar las horas muertas delante de la pantalla de un ordenador. Allí ejercía un control imposible en la vida real. La red era un submundo, diferente, caótico y tan lleno de mentiras como el auténtico, pero sabía ocultarse en su interior. Su habitáculo de trabajo era reducido, y se asemejaba a una pequeña prisión. Cada departamento estaba separado del contiguo por una fina plancha de metal.

Los agentes de su unidad —el departamento de delitos telemáticos— tenían fama de personajes raros y extravagantes. Rastreaban la *deep web*[6] en busca de delitos de toda índole, en especial los vinculados a explotación sexual y tráfico de vídeos pedófilos. Aquel asunto les tenía muy preocupados. En los últimos tiempos se había producido un aumento de más del 500% y eso les traía de cabeza. Habían incorporado más agentes al departamento, con el fin de cubrir más campo. No podían dedicarse con exclusividad a ello, debían atender a las peticiones de otros grupos de la Guardia Civil. Su trabajo era esencial y por ello estaban desbordados. Los viajes a la máquina de café eran continuos y allí se celebraban pequeñas reuniones de pocos minutos de duración, donde comentaban de manera superficial su trabajo. Casi todas las noches había personal en las oficinas, ansiosos por realizar averiguaciones de gran importancia. La mayoría de las veces se volvían a casa de vacío, con la amarga sensación de haber perdido un tiempo que jamás podrían recuperar.

Miguel Alonso, jefe del departamento, autorizó a Juriasti a trabajar con Amaia Landa en el caso Morales. Ella solía solicitar su concurso, concedérselo se había transformado en mera rutina. Era un hombre tranquilo, de carácter sosegado y mirada avispada. Lucía un bigote de otra década, pasado de moda. Tenía una relación cordial con el joven. Le auguraba un gran futuro, pese a su falta de experiencia. Era demasiado impulsivo en ocasiones.

Juriasti había vuelto a ver las imágenes de las cámaras de seguridad de Netsolutions más de mil veces. No había encontrado nada importante. Su intuición le había fallado. No habían manipulado

el contenido de los archivos, lo que le supuso una pequeña decepción. Resultaba imposible averiguar la identidad del asesino. Era evidente que tenía controladas las cámaras y cómo esconderse de ellas.

«Huele a podrido en Dinamarca».

Netsolutions debía estar implicada. Todo apuntaba a que Pedro Morales había sido asesinado por alguien vinculado al *holding*. La respuesta estaba allí, oculta en alguna parte. Solo tenía que encontrarla. Las tarjetas de acceso a la última planta estaban limpias o, al menos, no evidenciaban nada en absoluto. Si alguna había sido clonada, no tenía forma de averiguarlo. Solo les quedaba buscar a los delincuentes habituales con el fin de averiguar qué sabían al respecto. Un tiro a ciegas destinado al fracaso, fuera de sus posibilidades.

Pedro Morales era una persona muy conocida. Resultaba bastante sencillo encontrar información sobre él. Estaba seguro de que Landa ya había realizado una búsqueda exhaustiva. Natural de Madrid, cursó estudios universitarios en la Eastern New Mexico University, en la facultad de Económicas y Finanzas. Le pareció curioso. No era una de las universidades más prestigiosas de Estados Unidos. La elección de la Universidad Carlos III resultaba más lógica. Juriasti se acarició el mentón. Podría haber muchos motivos lógicos para tal decisión, sabía que se movía alrededor de la fina línea entre la especulación y la fantasía. Apuntó sus impresiones en un bloc de notas virtual y continuó indagando.

Al graduarse permaneció varios años allí, a caballo entre Albuquerque, Ciudad de México y Tijuana. Entendía su presencia en los dos primeros lugares, en cambio, no le cuadraba el último emplazamiento. Las cosas debieron de irle muy bien. Trabajó en varias empresas de México y acabó por crear Netsolutions en el año 1990. Fue un proceso rápido, en apenas cinco años pasaron de vender *hardware* a desarrollar un *software* propio, muy innovador. Abrieron sucursales por todo América. Se convirtieron en un grupo empresarial muy importante, y se especializaron en ciberseguridad, lo que les permitió expandirse por Asia y Europa. Morales supervisó la apertura de la sucursal en Madrid. Un triunfador, sin duda.

No le fue difícil averiguar que viajaba a México con frecuencia. Netsolutions tenía una sede importante en la capital del país azteca. Al llegar al Aeropuerto Internacional Benito Juárez, alquilaba un vehículo y desaparecía del mapa hasta que regresaba a España. Aquellos viajes se sucedieron de manera periódica durante seis meses.

Juriasti se revolvía en su pequeño asiento. El hilo estaba allí, aunque no sería sencillo tirar de él. Necesitaba evidencias sólidas a fin de continuar por aquel camino. Con las manos temblorosas abandonó su mesa y se dirigió al despacho del jefe del departamento. Los nudillos acariciaron el marco de la puerta con suavidad. Aguardó a

escuchar la voz de su superior invitándolo a pasar. Se adentró en la estancia con cuidado, y miró al suelo con inquietud. La alfombra color verdemar seguía allí, y la observó con inquina. Al poco de entrar en el cuerpo se había tropezado con ella y caído de bruces al suelo, lo que provocó las burlas de sus compañeros. Estuvieron riéndose de él durante meses. Alonso recordaba el incidente, mas no dijo nada al respecto. Cruzó los brazos encima de la mesa y le invitó a tomar asiento.

—¿En qué puedo ayudarte, Juriasti?

—Necesito su consejo, jefe.

—¿Mi consejo o mi permiso?

El analista observó al rechoncho hombre situado detrás de aquella enorme mesa de pino. Todo permanecía en un perfecto y escrupuloso orden. Alonso representaba el dominio de su entorno y una personalidad envidiable. Su larga experiencia le permitía distinguir lo trivial de lo importante, y no dejarse arrastrar por sus emociones. Trabajaban en asuntos complicados, y era de suma importancia conservar la cabeza fría. Aquello evitaba la posibilidad de cometer errores. Tenía una extraña capacidad de leer la mente de sus subordinados, o, mejor dicho, de descifrar lo que necesitaban por la expresión de sus rostros.

—Supongo que ambos —respondió por fin mientras se sentaba.

—Tú dirás…

—El caso de Morales es complejo. Tengo una pista que seguir, y no sé si puedo hacerlo.

—Ya deberías saber lo que puedes hacer y lo que no.

—Hay cierta ambigüedad en la ley, a mi entender.

—No necesitas una orden judicial si quieres revisar la información financiera de un sospechoso. Dada la naturaleza del caso, supongo que te refieres a eso.

—Máximo Mendes aseguró que el acuerdo de confidencialidad que tenían con sus clientes convertía a esa información en intocable. Ya sabe, en un secreto bancario. Vulneración al derecho de la intimidad.

—Bueno, seguro que cree haberse salido con la suya. Este tipo de situaciones son muy complejas —aclaró Alonso con tranquilidad.

—Se mostró muy seguro de sí mismo.

—No lo dudo. Esa gente debe proyectar una imagen sólida en sus negocios. Es difícil que se derrumben por muy manchado que tengan el trasero.

—Joder…

—La ley permite a los Cuerpos de Seguridad del Estado invadir la intimidad de personas que están siendo investigadas. Deben existir sospechas de que se está cometiendo un delito grave y el acceso a la

información ha de resultar esencial con el objetivo de esclarecer las sospechas de crimen. En ese caso, Mendes puede decir lo que le plazca. Si existe una causa probable dicho acuerdo se convertiría en papel mojado.

—La cartera de clientes de Netsolutions es de decenas de miles de personas —se quejó Juriasti.

—Necesitas nombres concretos, cuya implicación con la muerte de Morales quede demostrada o, al menos, se establezca una duda razonable al respecto.

—Eso va a resultar muy complicado, jefe.

—Lo sé. No te desanimes, Juriasti. Estoy seguro de que encontrarás un camino.

Aquella noche tenía pinta de ser larga. El desánimo había hecho presa en él. Se sentía pequeño. Una red oscura cubría a cada miembro de aquella empresa del demonio. Intentó rastrear sus operaciones, incluso las más sencillas, sin lograr vincularlas a nada ilegal, ni a ninguna identidad en concreto. Sabían ocultar su rastro a las mil maravillas, y aquello empezaba a sacarle de quicio. Decidió que tomaría el último café y se iría a dormir un par de horas. Estaba destemplado. Eran las tres de la madrugada y hacía bastante frío. Ajustó la chaqueta sobre su cuerpo, permitiendo que el líquido negro descendiera por su garganta. No podía quitarse de la cabeza la soberbia expresión del nuevo director. Un temblor sacudió su cuerpo delgado. Las enormes gafas se desprendieron de su rostro y tuvo que alargar la mano, evitando que cayeran al suelo.

Se olvidó de Netsolutions. Buscó la actividad financiera de Máximo Mendes al margen de la compañía. Tenía diversas cuentas en diferentes entidades nacionales e internacionales. Rastreó los movimientos de los últimos meses. Cada viaje que Morales realizó a México coincidía con un ingreso a un banco de las Bahamas por parte del entonces subdirector. Aquella cuenta pertenecía a una sociedad fantasma, y sería muy difícil asociarla a Morales, pero la pauta parecía clara.

¡Bingo!

9

Máximo Mendes no había querido cambiar de despacho. Ocupar el de Pedro Morales le parecía mal, su sombra era alargada, no se sentía cómodo con la idea, a pesar de no considerarse supersticioso. Todavía sentía un terrible escalofrío recorrer su cuerpo cuando pasaba frente a la puerta. En esos días tenía muchas más responsabilidades, a las que dio la bienvenida. Esbozó una sonrisa de satisfacción. Se sentía preparado para ser el líder que la compañía necesitaba. Conocía el método de trabajo de su mentor como si fuera propio. Era responsable de las últimas innovaciones de I+D de Netsolutions. Pronto se aplicarían en todas y cada una de las delegaciones a lo largo y ancho del globo. Aquel tanto le había colocado en una posición inmejorable dentro del entramado empresarial. Ansiaba ocuparse de las operaciones internacionales, y confiaba en ser elegido. Ya tenía el respaldo de la Junta Directiva representada por Román García y confiaba en convencer a los directivos norteamericanos. Se acarició el mentón, y se dispuso a sumergirse de nuevo en los informes que tenía encima de la mesa. No le gustaba examinar los documentos más relevantes en el monitor, le acababan por arder los ojos. La pantalla del ordenador llevaba un protector que al cabo de muchas horas se volvía casi inservible. Tras exhalar un largo suspiro, se ajustó la corbata granate y abrió la primera de las carpetas. Los datos de crecimiento en Asia eran esperanzadores. Su cerebro se vio inmerso en un laberinto de cifras y transacciones. El sistema de la compañía era sencillo de implementar, y a las empresas de tecnología más prestigiosas de Japón les interesaba mucho proteger los datos de sus activos más importantes. Querían comprar el *software*, y ocuparse ellos mismos. No confiaban en los extranjeros. Aquella percepción era muy difícil de cambiar, estaba arraigada a su cultura y manera de ver la vida. A pesar de eso, no podía darles lo que pedían. Confiaba en obrar el milagro de hacerles cambiar de opinión.

Miró su reloj de pulsera, un modelo caro y pretencioso. Le encantaba la marca Patek Philippe, representaba un lujo exclusivo, no exento de excentricidad. Cada vez que viajaba a Berna le gustaba añadir una nueva pieza a su colección. Combinaban muy bien con sus trajes sobrios de seda italiana. La ansiedad se fue apoderando de él. Necesitaba un café. Solo sin azúcar. Pulsó uno de los botones de la terminal, carraspeó brevemente, y le habló a su secretaria.

—Gemma, ¿podría prepararme un café?

La mujer tardó en contestar, lo que le molestó enormemente. Detestaba a la gente incompetente. Repitió la pregunta, y en esa oportunidad pudo escuchar un murmullo al otro lado de la línea. La señorita Martínez no estaba sola. Hablaba con alguien, y se hallaba sobrecogida por un ataque de nervios, lo que le sorprendió de manera notable. Era una persona tranquila, dueña de sus emociones. Por fin respondió, con un tono de voz tembloroso, como si temiera importunarlo.

—Señor Mendes, la policía ha acudido a verlo e insisten en entrevistarse con usted en su despacho.

—Hazles pasar, Gemma —respondió enseguida. No quería ser responsable de mantenerla en un estado de crispación por más tiempo. No le sorprendía la visita; de hecho, la estaba esperando.

El zumbido de la puerta al abrirse impulsada por el mecanismo llenó sus oídos. Era un aparato viejo, de esos que salían en aquellas series americanas ambientadas en los años cincuenta. Le pareció divertido tener uno. Los agentes penetraron en el despacho, con semblante serio, y sus uniformes en perfecto estado de revista, como siempre. Se despojaron de sus gorras por unos momentos, e inclinaron la cabeza a modo de saludo cortés. La misma pareja de guardias civiles. La mujer, estirada y con aspecto de sabelotodo. El hombre, poco avispado y con tendencia a ejercer la violencia.

Los recios músculos de él se percibían por debajo del uniforme que portaba con elegancia. Esbozó una sonrisa. Al empresario le gustaba cuidar de su cuerpo. Debían de ser de una edad similar, valoró sin pestañear. Su rostro rudo y anguloso se le hacía familiar. Amaia Landa se percató del escrutinio que Mendes sometió a Muñoz, y le pareció un tanto extraño. Su compañero no articuló palabra alguna. Una expresión hierática adornaba su semblante. Se había propuesto reconducir su comportamiento, y le satisfacía recibir una nueva oportunidad.

—Agente Landa, ¿verdad? —indagó con una falsa inseguridad. Se acordaba a la perfección de su nombre. Ambos lo sabían. Ella lo miró sin ninguna clase de emoción.

—La misma —respondió por fin—. Y este es mi compañero, el teniente Andrés Muñoz.

—Sí, claro. —Mendes se encogió de hombros como si aquello careciera de importancia. Ella estaba al mando—. ¿A qué debo el honor de su visita? Ya tienen las imágenes de las cámaras. No veo qué más podemos hacer por ustedes.

—Será un placer sacarle de dudas —señaló Landa, y dejó encima de la mesa una carpeta verde oliva sin ninguna clase de anotación—. ¿Puede explicarme esto?

Mendes decidió que no era el momento de hacerse el duro. Si habían vuelto debían de tener un buen motivo. Abrió la carpeta y comenzó a leer los papeles con calma. Sus pupilas se dilataron y se vio obligado a morderse los labios. Volvió a examinar cada palabra, cada cifra, y al final dejó el *dossier* de lado. No se esperaba aquella situación, en absoluto.

—¿Necesita un vaso de agua? —le preguntó Muñoz, con un tono cortante, lleno de cinismo.

—Estoy bien —respondió Mendes. Decidió ignorar al teniente, pues trataba de provocarlo—. Veo que juegan fuerte. Felicite a su analista informático.

—Ya lo hice. —Landa lo traspasó con la mirada. Las marcadas arrugas del rostro de Mendes transmitían una tensión inusual. Pronto recuperó su temple habitual y la miró con atención.

—Mi abogado tendrá algo que decir acerca de este atropello.

—Amenazar a la Guardia Civil es un asunto muy serio, amigo —observó Muñoz con los brazos cruzados.

—No he hecho tal cosa.

—Puede cursar una denuncia, si lo considera necesario —valoró Landa, cansada de aquel absurdo tira y afloja—. Estoy segura de que su abogado le informará de las peculiaridades de la ley. Le recuerdo que han muerto dos personas.

—¿Están acusándome?

—Si lo hubiéramos hecho, lo sabría —anunció Muñoz, incapaz de desaprovechar cualquier oportunidad para hacerse notar.

—Solo queremos que responda a nuestras preguntas —solicitó Landa con tono amable—. Si rehúsa, tendrá que acompañarnos a las dependencias de la UCO. Usted elige.

Mendes sopesó las palabras de la brigada. No se trataba en absoluto de una elección. Debía consolidar su posición dentro del *holding*. Ya era bastante malo ser interrogado por las autoridades. Si se lo llevaban y trascendía, se vería perjudicado. La situación era compleja y no podía permitirse dar un solo paso en falso. Ella lo sabía, y jugaba con él. Debía de estar disfrutando, pese a que aquel rostro impasible no lo revelaba. Asintió, entrelazó sus dedos, y comenzó a hablar.

—Bueno, ya lo tienen —manifestó con resignación—. Morales se veía obligado a viajar mucho a México. Todos pensábamos que la empresa tenía algún problema, aunque me aseguró que eran negocios personales que nada tenían que ver con Netsolutions.

—¿Y usted le creyó? —preguntó Muñoz.

—¿Por qué no iba a hacerlo? Nuestra relación era excelente. Jamás tuvimos ningún problema —relató Mendes—. Afirmó tener problemas de liquidez, nada serio, y esperaba resolverlos más pronto

que tarde.

—Supongo que se ofreció a ayudarle —teorizó Landa.

—Bueno, no exactamente…

—Explíquese, amigo —insistió Muñoz.

—Soy un hombre de negocios —se excusó Mendes encogiéndose de hombros—. Vi una oportunidad y la aproveché.

»Morales buscaba una salida, a pesar de que tenía unos asuntos pendientes. Necesitaba resolverlos en primer lugar. Le prestaron una cantidad de dinero importante, por desgracia, lo perdió todo. La sociedad en la que lo invirtió fue a la quiebra de manera inesperada. Estaba nervioso. Me ofrecí a comprarle todas sus acciones. De esa forma podría saldar sus deudas, y retirarse después de toda una vida dedicada en cuerpo y alma al trabajo. Le exigí que la operación se hiciera en secreto, no quería interferencias a la hora de hacerme con el control de Netsolutions. Como ya saben, no cotizamos en bolsa. Hacerlo podría perjudicar a nuestros clientes.

—Imagino el motivo —intuyó Muñoz, con gesto contrariado. Mendes no se molestó en responder y continuó con su exposición.

—Morales me fue vendiendo los paquetes de acciones poco a poco, certificados ante un notario de confianza. Después de cada transacción viajaba a México. Estaba satisfecho con el trato. Hace un par de semanas me dijo que estaba limpio. Pensábamos hacer el anuncio a la Junta en un par de meses. Por desgracia, todo se ha ido a la mierda.

—¿Por qué realizar las transacciones por medio de un paraíso fiscal? —preguntó Landa.

—Es el *modus operandi* de la compañía. Utilizar una jurisdicción *offshore* supone un ahorro del 40%. Esto permite a la mayoría de los inversores operar a través de gran parte de las jurisdicciones especializadas en servicios bancarios destinados a no residentes. Sus operaciones de bolsa, cuyos datos ciframos y protegemos, les permite generar al máximo las plusvalías.

Landa y Muñoz se miraron con idéntica expresión. No entendían apenas nada de aquel galimatías.

—Morales no era ningún estúpido, ni yo tampoco. Esta gestión protegía nuestros activos y los mantenía ocultos, pero la operación es legal. Al 100%. Hacienda está al corriente, por supuesto.

Muñoz emitió un gruñido. No le gustaba aquel tipo. Su soberbia le irritaba.

—No tenía ningún motivo para matarlo. —Su voz creció en intensidad. Quería remarcar sus palabras—. De hecho, su muerte me trae muchos problemas.

10

Mendes abandonó su despacho al filo de la medianoche. El traspaso de poderes se retrasaba. Román García había insistido en dejar pasar el tiempo como medida de prevención. La presencia de la UCO tenía a toda la Junta en un estado descontrolado de histeria. Debían ser prudentes y mantener sus operaciones en el anonimato a toda costa. No podía cometer ninguna clase de error. Había mucho dinero en juego. Proteger sus activos era esencial o lo perderían todo. El hombre endureció el gesto con el fin de infundirse determinación. No tenía miedo a las autoridades. Estaba convencido de que todo saldría bien. El ascensor abrió sus puertas sin hacer ruido y se dispuso a bajar a la planta baja. Fijó la vista en el espejo mientras su dedo índice rozaba el botón digital. El mecanismo reaccionó de inmediato y se puso en marcha. Dedicó unos pocos segundos al estudio de su propia fisionomía. Las manchas situadas debajo del párpado inferior se dejaban notar cada día con mayor intensidad. Las noches sin dormir se cobraban su precio. Al pasar por el vestíbulo saludó con la cabeza al nuevo guarda de seguridad, a pesar de no tenía ni idea de cuál era su nombre. Tampoco le importaba. Tenía muchas cosas en las que pensar. Descendió por las escaleras que llevaban a la planta inferior. Con un pequeño salto dejó atrás el voladizo y abrió la pesada puerta de hierro con una llave de latón medio oxidada. Era de las pocas puertas del edificio sin automatizar. Manías de Morales. La luz se encendió al detectar su presencia junto al rellano. Avanzó por la estrecha avenida de coches hasta alcanzar las plazas de los directivos, situadas al doblar un recodo, hacia el fondo de la planta. Apretó el botón del mando y las luces de su vehículo parpadearon durante unos momentos fugaces. Le encantaba aquel coche. Las formas metalizadas en negro del BMW X1 brillaban bajo los fluorescentes del techo. Se acomodó dentro y se permitió disfrutar de los asientos de cuero y del aroma que desprendían. Clavó la mirada en el espejo retrovisor interior y esbozó una leve sonrisa. Para tener éxito era indispensable proyectar una imagen perfecta en todo momento. Había dedicado toda su vida a crear un personaje ambicioso, sin fisuras. Se había metido tan dentro de su piel que le costaba distinguirlo de su verdadera personalidad. Tal vez había devorado a aquel chico lleno de sueños que salió de la Universidad Complutense de Madrid. Las mejores notas de su promoción y una ambición sin medida. Había trabajado muy

duro con el propósito de alcanzar sus metas. No estaba dispuesto a parar.

El motor del coche rugió como una bestia. Era hora de volver a casa. Salió del garaje despacio, con la cabeza ocupada en mil pensamientos. La noche madrileña le dio la bienvenida. Le gustaba el mes de septiembre. El calor aún era intenso, por fortuna, otorgaba pequeñas treguas tras la puesta de sol. Bajó la ventanilla hasta la mitad y se permitió sentir la suave brisa sobre su marcado rostro. El trayecto era muy corto. Apenas cinco minutos desde la sede de Netsolutions hasta su ático, situado cerca del Paseo de la Castellana. Ni siquiera se molestó en poner música. Había bastante tráfico. Dejó a un lado el estadio Santiago Bernabéu y pasó por delante del *parking* público del Palacio de Congresos. Tomó la salida a la plaza Joan Miró y a media altura abrió la puerta del garaje con el control remoto. Maniobró con sumo cuidado y estacionó el vehículo marcha atrás. Necesitaba una copa. Solo una.

El acceso del ático se abrió con suavidad. Mendes depositó las llaves encima de un aparador de color plomizo. El recibidor era luminoso gracias a los enormes ventanales que ofrecían unas vistas espectaculares de la ciudad. La planta baja era enorme, con un despacho abierto, dos grandes salones y una zona de bar. Todo conectado con una inmensa terraza de orientación sur, que le proporcionaba luz natural durante los doce meses del año.

Le apetecía un *whisky* bien cargado. Escogió el Hibiki Japanese Harmony, ligero, fresco y equilibrado, poseedor de un sabor exótico muy agradable. Dejó que el líquido descendiera por su garganta con lentitud, así retuvo su sabor y disfrutó al máximo. Se dispuso a salir, mas no llegó a hacerlo. Vio un reflejo en el cristal, una forma oscura situada detrás de él. Ropas holgadas, guantes negros y botas del mismo color. Un largo escalofrío recorrió el cuerpo del empresario y por un instante fugaz pensó en su mentor. Miraría a la muerte a la cara.

Mendes suspiró profundamente. Su pulso se aceleró a un ritmo vertiginoso. La figura permaneció quieta, en una pose solemne. Era un hombre —supuso que lo era— musculoso, de anchas espaldas, pero no demasiado alto. La capucha cayó hacia atrás, impulsada por la inercia de sus manos. Avanzó un paso, y por puro instinto, el empresario retrocedió hasta chocar con el cristal de la terraza que permanecía cerrada. El vaso, con un tercio de *whisky*, golpeó la mullida moqueta, y manchó el tejido francés. La luz de los halógenos tocó aquel rostro bronceado. Poseía una expresión ruda, acentuada por su forma cuadrada y un fino bigote negro como el carbón. Llevaba un corte de pelo estilo militar, con los lados casi al cero y una capa fina sobre la cabeza.

Lo conocía.

11

Alejandra se sentía abrumada. Su memoria se negaba a regresar, permanecía sumida en una inquietante oscuridad. La alegría de María Dávila le proporcionaba una enorme dosis de realidad y se aferraba a ella como un chaleco salvavidas. El poder de las risas compartidas se convirtió en un bálsamo imprescindible. Aun así, era propensa a ciertos ataques de melancolía. Se esforzaba en llegar a un pasado fuera de su alcance. Sin memoria no era nadie, solo una cáscara vacía, sin identidad. Los agentes de policía habían dejado de rondar el hospital, lo que contribuyó a relajar la enorme tensión acumulada en sus hombros. Los nervios parecían aumentar el dolor. Le pareció psicosomático, reprendiéndose por ello. Había recuperado parte de la movilidad perdida, desgraciadamente todavía debía llevar la férula y la escayola unos días más. Las visitas de los hermanos se habían reducido bastante. Ambos tenían una vida. Le sorprendió enterarse de la profesión de ella. Nunca hubiera imaginado que ejerciera una tan seria como la abogacía. El doctor pasaba a verla cada noche, con una sonrisa amable y una mirada llena de fuego. Su comportamiento era cauto en esas ocasiones, ya no se aproximaba tanto, por lo que mantenía una distancia prudencial. Había detectado la barrera erigida por la paciente y temía ser demasiado agresivo. La mujer se sentía culpable. Le debía mucho al médico. Podría estar incluso privada de libertad si no fuera por él, aunque su cuerpo rechazaba la proximidad de cualquier hombre. El roce de las manos del fisioterapeuta sobre su piel le creaba un malestar inexplicable. La respuesta debía de estar enterrada en algún rincón de su mente. La abogada acudía cada mañana, llena de planes locos, con nuevos estímulos enfocados en revitalizar su cerebro, sacados de la revista Cosmos con toda probabilidad.

Una mañana ambos hermanos llegaron juntos. Ella los observó con expresión sombría. El semblante del doctor no irradiaba buenas vibraciones. Se sentó al borde de la cama, lejos de ella, y entrelazó sus dedos con parsimonia. Su hermana, en cambio, estaba exultante. Daba pequeños saltos a su alrededor, como haría una adolescente al ver a su cantante favorito. Ese día iba muy elegante, con un traje gris de chaqueta y pantalón, y el cabello recogido en un moño.

—He alargado tu estancia todo lo posible, Alejandra —explicó Dávila, incómodo por no poder hacer más por la mujer—. Esto es un

hospital y tu evolución es favorable. La dirección me ha presionado para darte el alta. Lo lamento.

—Ya has hecho demasiado por mí, José —respondió ella con una sonrisa—. No sé cómo podré agradecértelo. Ni siquiera tengo dinero…

—No te preocupes, me he ocupado de eso. Todo está arreglado.

Alejandra lo miró a los ojos. No encontró nada en ellos. La inexpresividad que transmitían la desconcertó, pues hasta ese instante la mirada del hombre había sido reveladora. Debía de ser a causa de su propia frialdad y volvió a experimentar un creciente sentimiento de culpa.

Apretó la mano del médico, cuyos dedos largos y finos podrían pertenecer a un pianista. Los imaginó acariciando las teclas de un piano, sumidos en un trance prodigioso. En aquella oportunidad no sintió rechazo, sino un hormigueo agradable e intenso por cada poro de su piel. Sus labios se humedecieron y, turbada, se apartó de él a fin de abrazar la almohada, en busca de protección, movida por su instinto. Dávila le entregó un sobre con la solapa abierta. No lo abrió. Sabía lo que era.

María se interpuso entre ambos, y le dio un abrazo enorme. Después la besó en la mejilla, abrumándola un tanto. No protestó, ella era así de intensa, llena de alegría. Hablaba de manera atropellada, en ocasiones debía aguardar un breve intervalo si quería procesar sus palabras. Seguía empeñada en acogerla en su casa, y le fue imposible convencerla de lo contrario. No tenía ningún lugar al que ir, sus protestas no fueron vehementes, lo que supuso un motivo de vergüenza para Alejandra. En su mano derecha la abogada traía una bolsa con ropa. La depositó a los pies de la cama. Ambas eran delgadas, de una estatura similar. Sus prendas le servirían.

—Tengo un juicio dentro de media hora —explicó, llena de júbilo—. Volveré a las doce. Iremos a mi apartamento. Es grande y hay mucho sitio ahora que PC no está.

Los tres se rieron ante la ocurrencia de María, y compartieron unos breves minutos, repletos de risas. El médico no pudo asegurar su presencia antes de que abandonara el hospital. Tenía programada una operación aquella mañana, y era imposible acotar la duración con seguridad. Le prometió estar pendiente de ella. Alejandra tembló al sentir la proximidad del hombre, y notó cómo sus sentidos se despertaban de nuevo. No lograba entender las señales de su cuerpo, y se mordió el labio inferior, presa de una severa inquietud. Dávila se alejó del lecho y se marchó con su hermana. Se sintió aliviada y cerró los ojos durante unos segundos. Sus párpados pesaban una tonelada y, sin pretenderlo, volvió a quedarse dormida.

Le daba miedo soñar, pues la misma pesadilla sangrienta la

perseguía sin descanso. Una oficina envuelta en sombras, un cuchillo afilado… y la muerte de un hombre, profanado por el frío acero. Sus entrañas desparramadas por el suelo; y la yugular, inagotable fuente de sangre. Quería despertar, la escena se repetía de forma cruel, en un bucle infinito. Solo sus propios gritos la sacaban de aquel terrible sueño. Al abrir los ojos encontró la mirada compasiva de una enfermera, con la mano posada en su frente. Iba a administrarle un sedante. Alejandra lo rechazó. De alguna manera debía enfrentarse a ello y averiguar su significado.

Contemplaba el reloj de pulsera, en un intento inútil de controlar su impaciencia. Otro detalle de María, imposible de corresponder por el momento. Le pareció que el segundero avanzaba más lento, víctima de uno de esos fenómenos inexplicables pertenecientes a una película de serie B de bajo presupuesto.

Se vistió pronto, con el deseo de abandonar el hospital arraigado con ímpetu en su mente. En la bolsa había unos *jeans* desgastados, una blusa blanca, una chaqueta vaquera, unas zapatillas de lona con cordones y una gorra azul con las letras FBI bordadas en un hilo amarillo chillón. Alejandra se rio ante la ocurrencia de su nueva amiga. Siempre le sacaba alguna sonrisa. Entró en el baño de la habitación, y se miró al espejo. Tenía un aspecto gracioso, a pesar de su delgadez. Había recuperado algo de peso, a causa de eso, los pómulos no se le marcaban tanto.

María Dávila entró en la estancia como un huracán. La sacó del baño a empellones al ver su rostro compungido y la abrazó con fuerza. Le desagradaba tanto contacto, pero no se atrevió a proferir una palabra de queja. Le debía demasiado. La abogada era una de esas personas positivas, cuya energía desbordante lo invadía todo. Imaginó que la seriedad de su profesión la constreñía y, cuando se veía fuera de ese entorno, daba rienda suelta a toda aquella euforia contenida. Un rato después salieron de la habitación. Ofrecían una curiosa estampa, una ataviada con un traje elegante y otra con ropa informal. El zumbido del ascensor provocó una extraña turbación en Alejandra. Su piel se erizó, y a pesar de la ropa la invadió un frío intenso y desagradable. Al salir del hospital sintió el calor del sol, dibujándose una sonrisa en su rostro bronceado.

María llamó a un taxi, y pronto llegaron al barrio de Hispanoamérica, un lugar tranquilo donde se puede pasear por el Parque de Berlín y disfrutar al mismo tiempo de una amplia oferta gastronómica. Alejandra miraba por la ventanilla, con una incontenible emoción garabateada en su semblante. Parecía verlo todo por primera vez. El vehículo se detuvo al lado de los 100 Montaditos, un local de tapas al que la abogada le gustaba acudir. Su apartamento estaba justo al lado, en la calle del Príncipe de Vergara. María tiró de

ella al interior del recinto, y ocuparon una mesa rectangular cerca de la entrada. Las jarras de cerveza vacías y los platillos recubiertos de migas de pan iban siendo retirados por las camareras cada cierto tiempo. Las palabras fluían de los labios de la madrileña de manera atropellada, una perorata interminable, a menudo con escaso sentido. Las sonoras carcajadas reverberaban en sus oídos, animadas por su estado desinhibido. El alcohol hizo su trabajo.

A María le sorprendió la capacidad de aguante de Alejandra; apenas podía seguirla, a pesar de que su estado. Alrededor de las ocho de la tarde dieron por concluida la fiesta, y decidieron subir al apartamento. Caminaban con torpeza, entre risas, y les llevó varios minutos abrir el portal. La abogada vivía en el ático, en un apartamento con decoración minimalista. Le aclaró que aquella no era su intención, al dejar el piso PC se había llevado un montón de muebles. Lo veían todo borroso, y apenas tuvieron tiempo de acomodarse en el lecho. La habitación de invitados era pequeña y funcional. La cama era grande, y estaba colocada de manera transversal con el fin de evitar el ángulo bajo del edificio. Ambas se durmieron a los pocos minutos, con la ropa puesta.

Alejandra esperaba no visitar el reino de Morfeo aquella noche, anestesiada por toda la cerveza ingerida. No tuvo suerte. La misma pesadilla recurrente volvió con el siniestro deseo de atormentarla. Su cuerpo se retorcía, víctima de violentas convulsiones, y perlada en sudor, murmuraba frases inconexas, imposibles de desentrañar. Sus ojos se llenaron de lágrimas, incapaz de detener aquella violencia carente de sentido. El filo del cuchillo se llenó de sangre, una y otra vez, en un ciclo sin fin. Un intenso color rojo salpicaba la moqueta, y el cuerpo del hombre se derrumbaba tras el estertor final. El sonido de la muerte penetraba en sus oídos. La piel lacerada, el agónico y último grito… ¿Por qué no podía ver su rostro? Una oscuridad se cernía sobre el semblante de aquel hombre, impenetrable, siniestra. Deseaba tanto ver su cara…

Y por fin su deseó se cumplió.

Las facciones del hombre, sometidas a una tortura implacable, se revelaron ante sus ojos. Un rostro anguloso, de arrugas marcadas, y un flequillo plateado que caía sobre una frente llena de cortes. Sus ojos se encontraron, y le dio la impresión de que ambos podían desnudar el alma del otro. Los mismos ojos verdes, profundos como un mar de hierba esmeralda. Alejandra lo supo en ese mismo instante y se despertó en mitad de la noche, con el corazón desbocado. Murmuró una única palabra, arrancada de las tinieblas de su cerebro.

—Padre…

12

Víctima de la popularidad. Aquel era un hecho innegable y perturbador. La muerte de Franco Hernández, el guarda de seguridad de Netsolutions, había sido cruel. Las grabaciones lo vinculaban a su propio asesino, y la amputación de sus manos tenía un significado más allá de la terrible violencia ejercida sobre su cuerpo. El homicidio escondía un mensaje diáfano. Estaba implicado, y había cometido un error imperdonable. Era la clave. Debía encontrar el hilo y tirar de él. Amaia Landa optó por un enfoque diferente. Abordó a los empleados de menor perfil fuera de las oficinas, cuando estaban a punto de marcharse a casa después de una jornada agotadora. Personal de limpieza, de mantenimiento, mensajeros…, gente ajena a los tejemanejes de la compañía, y que pudieran darle información de interés acerca de la personalidad del trabajador. Días de encuentros furtivos, y grandes dosis de paciencia. De manera paulatina construyó un puzle cuyas piezas formaban un entramado atractivo a la par que inquietante.

Hernández era mexicano, pese a que no lo hubiera dicho por su aspecto. La imagen estereotipada que residía en su cabeza la llevó a sorprenderse. Tuvo que reprenderse a sí misma una vez más. Debía mantenerse centrada. Decía ser de Monterrey, y había venido a España en busca de sustento. Mandaba parte de su salario a su país, pues tenía a su madre enferma, y un hermano pequeño que apenas iba a la escuela. Una historia bastante típica. La había escuchado mil veces. Tenía un carácter alegre y le gustaba gastar bromas cada vez que le era posible. Era soltero, demasiado insistente en sus intentos de flirteos con las mujeres de la empresa. Rara vez tenía éxito en sus pretensiones. Siempre trabajaba en el último turno. Libraba tres noches a la semana. Aprovechaba esos días para trabajar en el Mercadona de Puente de Vallecas, en la zona de carga y descarga. Vivía en un pequeño apartamento cerca de allí, solo. La brigada había podido recrear un perfil de la víctima, sin embargo, era presa de una inquietud que la reconcomía por dentro.

Aquella tarde esperó con paciencia a una mujer de aspecto serio, ataviada con ropa elegante y sobria. La había estado vigilando, y sabía que aparcaba su coche en el *parking* exterior. Solía salir disparada a su casa. Una vecina cuidaba de su hija, a la que recogía del colegio. A ella le resultaba imposible hacerlo. Una de tantas

madres solteras. Landa respetaba eso. No sabría si algún día sería capaz de cargar con esa responsabilidad. Su mente divagaba y dibujó la imagen de Pete, la única relación estable que había tenido en toda su vida, acabada en un desastre absoluto. Los pasos de Erica Rollán la devolvieron a la realidad. Una mujer atractiva, de generosas formas, con un corte de pelo bob, que acentuaba su rostro alargado. Al ver a la agente apoyada sobre su coche, se sobresaltó. Landa se ajustó el uniforme con el fin de intimarla un poco. Con un gesto firme de su mano derecha, la obligó a detenerse.

—¿Hay algún problema, agente? —logró balbucear, presa de un nerviosismo creciente.

—Brigada Landa —la corrigió con mirada severa. La mujer se estremeció.

—Lo siento —se disculpó, avergonzada—. Tenía prisa. He de recoger a mi hija…

—No le robaré mucho tiempo. ¿Qué puede decirme acerca de Franco Hernández?

—Ha sido una tragedia. Debe de ser horrible morir así…

—¿Está al cargo del departamento de RRHH[7]?

—Sí, desde hace bastante tiempo.

—Intuyo entonces que entrevistó al señor Hernández con relación al puesto de guarda de seguridad—aventuró la brigada—. Si no me equivoco, llevaba en el puesto dos años.

—En Netsolutions somos muchos empleados. —Rollán trató de defenderse, aunque se la veía incómoda—. Recurrimos a una subcontrata con el fin de cubrir los puestos de vigilante de seguridad, de modo que no pasan por una entrevista la mayoría de las veces.

—¿Y Hernández fue contratado de esta manera?

Erica miró a los lados. Quería asegurarse de que no hubiera oídos indiscretos alrededor. Se mordió el labio inferior y tosió levemente.

—Hubo irregularidades —admitió—. Fue contratado por Pedro Morales. Una imposición de su cargo. ¿Qué podíamos hacer? Los enchufes son habituales, incluso hoy en día.

—Un poco raro, ¿no cree? —inquirió Landa—. Puestos a colocarlo, ¿no hubiera sido más adecuado un puesto mejor?

—Supongo que encajaría con sus aptitudes —razonó la empleada—. No sé si tenía experiencia. Nunca vi su currículo.

—Interesante.

—¿Puedo irme ya?

—Sí —concedió Landa, apartándose del Toyota blanco al que la mujer trataba de acceder—. Gracias por su tiempo, señorita Rollán.

Erica asintió despacio, feliz por salir de aquella encerrona. Subió al vehículo y abandonó el aparcamiento con rapidez. Landa

siguió la estela del humo blanco que abandonaba el tubo de escape mientras su cerebro ordenaba la información y la separaba en pequeños compartimentos. Tenía una teoría acerca de lo sucedido. Demostrarlo sería en verdad difícil. El siguiente paso era evidente, y buscó apoyo con el propósito de realizarlo. Se trataba de una cuestión de imagen, en realidad. Sin mayor dilación, llamó a Andrés Muñoz.

Román García los recibió en la sala de Juntas, ya convertido en un espacio familiar. Aceptaron una taza de café bien cargado, y se dispusieron a interrogar una vez más al empresario. Cada día parecía más avejentado. Su elegante traje estaba ajado, y unos arcos de sudor se marcaban bajo sus axilas. Las arrugas de la frente se habían multiplicado en los últimos días, y las ojeras habían crecido de manera exponencial. Muñoz lo observaba malhumorado. Tenía ganas de volver a zarandearlo. Tomó aire con lentitud, le había prometido a Landa un comportamiento profesional. Apuraron la humeante bebida y fue entonces cuando la brigada comenzó el interrogatorio.

—Esperaba a su perro guardián con usted —señaló Landa, con una sonrisa irónica.

—Mendes lleva un par de días sin venir —explicó García, cariacontecido—. Parece gripe.

—Vaya, vaya —comentó Muñoz. En el fondo se alegraba de la ausencia de aquel. Detestaba su altanería y le frustraba el no poder quitársela a golpes.

—Quisiera ver el contrato de Franco Hernández —solicitó Landa. La petición sorprendió al presidente de la Junta. Arqueó las cejas, extrañado—. También el de los otros miembros del equipo de seguridad.

—¿Está usted sordo, amigo? —intervino Muñoz.

—No entiendo qué… —balbuceó, nervioso—. Puede tardar un tiempo. Debe de estar en el archivo.

—No quiero ni una tontería más, García —le increpó Muñoz—. No vas a volver a reírte de nosotros. Accede a la base de datos, o donde sea que lo guardéis, y tráelo de inmediato. Si no lo haces, juro por Dios que te detengo en el acto.

Román García palideció en su asiento y miró al teniente con ojos asustados. Temía su carácter impulsivo y violento, y de ninguna manera quería verse esposado. Mendes se hubiera puesto hecho una furia si atraían la atención sobre la empresa más allá de lo necesario. Dos muertos eran suficiente problema. Bajó la mirada y sacó el móvil del bolsillo de la chaqueta. La conversación fue breve. Diez minutos después una mujer de mediana edad, con unas enormes gafas de pasta penetró en la sala tras acariciar la puerta con unos vulgares anillos de bisutería. Depositó una carpeta de color caqui encima de la mesa,

junto al empresario. Sin mediar una sola palabra abandonó la estancia con idéntica discreción. El hombre empujó el expediente hacia Landa. La brigada lo sostuvo en sus manos brevemente, antes de hojear su contenido. Examinó los papeles con atención, hasta que los devolvió a su lugar y se los pasó a Muñoz.

—¿Qué explicaciones les dio Morales al imponer la contratación de Franco Hernández? —Landa soltó la pregunta sin pestañear. Quería ver la reacción de García. Fue la que esperaba. La duda apareció en su mirada.

—No nos dijo nada, solo lo hizo —respondió por fin—. Apenas se molestó en comunicarlo a RRHH. Un buen día apareció Franco con el contrato firmado por Pedro.

—Por lo que veo, es la excepción —señaló Muñoz con los dedos entrelazados—. El resto del equipo de seguridad fue subcontratado.

—¿No les pareció extraño? —insistió Landa.

—Solo impropio —admitió García—. Jamás había tirado de influencias. Fue la única vez. El tipo nunca dio problemas…, hasta ahora.

—Eso es todo, señor García —anunció la brigada. Se levantó del asiento y estrechó la mano del hombre con energía. Muñoz la imitó, obligado por su gesto.—. Estaremos en contacto.

Los guardias civiles abandonaron la sala y se encaminaron al ascensor sin mediar una palabra. Esperaron a estar fuera del edificio, deteniéndose junto al coche oficial. Muñoz estaba inquieto, como un niño deseoso de cuestionar la voluntad de sus padres. Landa esbozó una sonrisa de cortesía.

—¿Por qué no le has presionado para que nos diera acceso a las cuentas? Debe haber un rastro que conduzca hasta México.

—Pues porque no nos los darán, ya lo sabes. García es un segundón. Aquí el que maneja el cotarro es Mendes. Mientras no obtengamos una orden judicial, se negarán en redondo.

—Estos tíos están metidos hasta el cuello en algo turbio, ¿no lo crees?

—Lo que yo crea no tiene mucha importancia, pero sí. Estoy de acuerdo contigo.

13

Alejandra miró a María con el rostro desencajado. Su cuerpo temblaba de manera incontrolada, y un torrente de lágrimas se deslizó por sus mejillas, sin que hiciera intento alguno por contenerlo. Su voz quebrada relataba la eterna pesadilla una y otra vez. Necesitaba compartirlo. La carcomía por dentro, devoraba sus entrañas con un hambre insaciable, y la sumía en un estado depresivo insuperable. Sus recuerdos parecían borrados por un trauma inclasificable, relacionado con el asesinato de aquel hombre. Su padre. Lo sentía en lo más profundo de su ser, a pesar de que era incapaz de encontrar las respuestas a todas las preguntas arremolinadas en torno a su cerebro. La mirada de su amiga reflejaba una honda preocupación, y sus brazos le ofrecieron un reconfortante consuelo. Lo aceptó y dejó salir todo su dolor. El contacto de la piel desnuda le resultó agradable. Empapó el semblante de la abogada, y al sentirse avergonzada, retrocedió de manera instintiva.

—No te preocupes, cariño —susurró María con voz melosa—. No hay nada de lo que tengas que avergonzarte.

—Todo se me hace cuesta arriba…

La voz de Alejandra se quebraba, y formular cada palabra le suponía un enorme esfuerzo. Sintió la mirada de su amiga, desprovista de la exultante alegría que regía sus facciones.

—¿Qué sucede, María? —preguntó desconcertada—. Siento mucho agobiarte con mis dramas. No tengo ningún derecho…

—No es eso, tonta —respondió ella con rapidez—. Será mejor que te sientes.

Alejandra consintió, y se sentó en el confortable sofá. Disfrutó del tacto de la tapicería, de su olor a nuevo. Llevaba un pijama corto, fresco, tal vez demasiado juvenil, como el carácter de su dueña. A veces se le antojaba irreal, una pose construida con el objetivo de ocultar una desagradable verdad. María se aproximó a ella, y colocó las manos sobre su piel. Frías al tacto, desprovistas del intenso calor humano que siempre desprendían.

—Tenemos que hablar —comentó con seriedad, mientras le apretaba el dorso de la mano a fin de infundirle ánimo.

Aquellas palabras la hicieron estremecer. Podía sentir los secretos, las mentiras a su alrededor, como una amarga condena. No sabía por qué, tenía arraigado el presentimiento de que en su vida

pasada esas sensaciones habían regido cada minuto. Su cuerpo se puso rígido, ajeno a sus deseos, y bajó la mirada, a fin de amortiguar el golpe.

«José está seguro de que estás vinculada al asesinato de Pedro Morales. El accidente ocurrió la misma noche, apenas media hora después de su muerte. La carrera del empresario está vinculada a México. No es difícil suponer que guardas algún tipo de relación con él, y después de lo que me has contado, resulta evidente. Te está protegiendo. En tu mano rota tenías una tarjeta arrugada con su nombre y la dirección de Netsolutions, su centro de trabajo, aquí en Madrid. Tu vida puede estar en peligro».

—¿Creéis que yo lo maté? —balbuceó, temblorosa.

—No, claro que no. —María le acarició el mentón con cariño—. Tú no eres capaz de hacer algo así. Mi hermano se dio cuenta desde el primer día.

—Eso no tiene sentido —replicó Alejandra—. No sé quién soy. Podría ser una persona diferente, horrible…

—Los ojos no mienten.

—¿Por qué la policía no ha venido a detenerme?

—Pues porque no tienen nada contra ti, aparte de conducción temeraria. No te preocupes, yo te ayudaré con eso.

—¿Y la tarjeta?

—No la tienen —reveló María con los ojos empequeñecidos—. José nunca la entregó. Nadie más lo sabe.

—¿No podría meterse en un lío?

María asintió despacio.

—En uno bien gordo.

—¿Por qué? —cuestionó Alejandra—. No lo entiendo.

—Tampoco yo, cariño.

Alejandra pasó las horas siguientes en una búsqueda incansable, encadenada a un silencio inquietante. María se vio obligada a coger un avión a Barcelona. Debía asistir a una importante reunión corporativa de la firma de abogados en la que trabajaba. Odiaba aquellas reuniones, demasiado serias y formales, por desgracia, no tenía alternativa. Estaría unos días fuera. La mujer vio aquella circunstancia como una oportunidad perfecta. Se dedicaría a investigar la figura de Pedro Morales, aunque le desagradaba la idea de estar sola. Siguió los consejos de la abogada. Buscó referencias a Netsolutions. Su página web no presentaba modificaciones ni cambio alguno en el organigrama, por el momento. La figura de Pedro Morales presidía la imagen corporativa, y su rostro, serio y solemne evocó la recurrente pesadilla, torturadora e implacable. Las arrugas de la frente remarcaban una pose soberbia y cruel, no pudo evitar

preguntarse qué clase de hombre era en realidad. Temía encontrar una respuesta desagradable.

Licenciado en Económicas y Finanzas por la Eastern New Mexico University. Un escalofrío se extendió por su cuerpo delgado. La facultad no se encontraba tan cerca como muchos pudieran suponer, ahora bien, el país azteca no estaba lejos de allí. Si su mente no sufría un delirio inexplicable, aquel dato le proporcionaba un patrón, una posibilidad real de que él fuera su padre, y a ella le daría un motivo para estar en Madrid. Tras su graduación, Morales se estableció en la zona por varios años, en los que desarrolló su actividad profesional en diferentes compañías de exportación e importación de distintos sectores. En 1990 creó su propia empresa, y tuvo un ascenso meteórico. Las pupilas de Alejandra se dilataron al comprobar que la sede principal de Netsolutions radicaba en Ciudad de México, y que el ejecutivo constaba como CEO[8] del *holding*. Aquello implicaba, con toda probabilidad, viajes de negocios a la enorme ciudad.

Alejandra sintió una gran opresión en el pecho. Se hallaba atrapada, sin papeles, con la memoria sumida en la oscuridad. ¿Qué podía hacer? La turbación en su corazón crecía por momentos, y sus ojos verdes se hallaban atrapados por el hipnótico brillo de la pantalla, presa del hechizo de un ilusionista desconocido. No escuchó la puerta del apartamento abrirse. Se encontraba en otro mundo. Unos pasos firmes se acercaron a ella por detrás, y sintió un suave roce en su hombro. Aquel contactó la asustó, y se incorporó de un salto. La brusquedad del movimiento le produjo un latigazo en su hombro, y dejó escapar un gemido lastimero.

José Dávila.

El médico ofrecía un aspecto imponente. La ropa se ajustaba a un cuerpo definido, esculpido a base de una dieta espartana y duro ejercicio. La barba de tres días, perfilada con esmero, le confería un atractivo notable. La piel de la mujer se erizó, y un rubor invadió sus mejillas. Él sonrió, consciente de su azoramiento, y esbozó una sonrisa seductora. La mirada de Alejandra permanecía fría. Aquel hombre le producía sentimientos encontrados. Le debía muchísimo, y no era capaz de negar el magnetismo que irradiaba de él. En el fondo de sus ojos percibía una energía desconcertante, que la invitaba a ser cauta.

—¿Cómo has entrado? —le preguntó ella mientras retrocedía un par de pasos. Por puro instinto mantenía una distancia prudencial. No podía evitarlo. Solo María lograba penetrar en su mundo.

—Tengo llaves del apartamento —respondió sin darle la mayor importancia—. En realidad, es de mi propiedad.

Alejandra lo miró sorprendida, no se lo esperaba. María hablaba sin parar, de un montón de temas dispares, algunos

pintorescos, otros triviales, y le pareció extraño que no lo mencionara. Se encogió de hombros. Su mirada era casi gélida, imperturbable.

—No lo sabía —se limitó a decir.

—No tiene importancia —mencionó Dávila—. María me está haciendo, en realidad, un inmenso favor. Mi vida es complicada ahora mismo, el tiempo es un bien escaso.

—Lo es —concedió ella. Entornó los párpados por un instante, dejó escapar un pequeño suspiró, y susurró unas palabras temblorosas —. Tengo mucho que agradecerte, José. Sin tu ayuda, no sé qué habría sido de mí.

—No tiene importancia. —Dávila trató de restarle valor a su gesto. Se acercó a Alejandra, y extinguió el espacio existente entre ambos, con un mensaje diáfano en sus ojos.

—No es cierto —acertó a manifestar—. Tu responsabilidad como médico no implicaba que te arriesgaras por mí, que me acogieras en tu casa. Nada te obligaba a ello.

—No suelo implicarme con mis pacientes —reconoció Dávila.

—Me resulta difícil de entender el motivo. ¿Lástima, tal vez?

—No —afirmó con seguridad—. Me atraes, no voy a molestarme en negarlo. No podía permitir que sufrieras más castigo.

—Me aterra descubrir quién soy en realidad —se sinceró en un arranque impulsivo—. Esa pesadilla me arrebata el aliento, sacude mi ser hasta lo más profundo. No puedo vivir atrapada en la oscuridad. Mis recuerdos no quieren volver, y los necesito… desesperadamente.

—No hay un tiempo establecido, Alejandra.

—Podrían no regresar nunca…

—Me encantaría negar esa posibilidad, pero no pienso mentirte.

Alejandra sintió cómo sus piernas apenas la sostenían. Alargó los brazos en busca de un apoyo que necesitaba como el mismo aire. Temía hundirse en la oscuridad, y no despertar jamás. Sintió que se lo debía, y cedió, convencida de que su cuerpo se lo pedía a gritos. Sus dedos se posaron en los anchos hombros de Dávila. Quería sentir, experimentar el rubor en cada poro de su piel, apagar el dolor con pasión, pues sabía que él la deseaba desde la primera vez que la vio. Sus labios carnosos encontraron su sustento y se permitió abandonarse a un deseo irracional. ¿Qué podía perder? Notó la lengua del médico abrirse paso con ímpetu por medio de bruscos empellones. Una oleada de placer olvidado embriagó sus sentidos. Las fuertes manos aferraron su figura, y la alzaron en volandas. La espalda de él chocó con la puerta de la habitación donde dormía. La depositó en la cama, y se abalanzó encima de ella.

—Hazme sentir bien…

14

Landa escuchó el sonido con nitidez, como si estuviera dentro de su cerebro. Una noche más, el fuerte insomnio que padecía la mantenía despierta, triunfador de una dura pugna con sus recuerdos. La vibración repentina del móvil reclamó su atención. Rozó con las yemas de los dedos el reloj y la pantalla se iluminó de inmediato. Las tres de la madrugada. ¿Quién podría ser? Debía de ser importante. Estiró la mano y aferró el aparato. Un número desconocido. Aquello la hizo dudar, y tuvo un mal presentimiento. Aceptó la llamada, pues lo consideró su obligación, a pesar de que sus labios temblaban como si estuviera muerta de miedo. Al otro lado escuchó una respiración agitada y un ensordecedor ruido de fondo. Música, o un vulgar remedo de ella. Una risa reverberó en sus oídos. Si se trataba de una broma pesada, pondría fin de inmediato a la burla. Se disponía a colgar cuando una voz desconocida la llamó por su nombre.

—Amaia.

El acento era marcado y, desde luego, extranjero. Tal vez de algún país de Europa del Este. Su cuerpo se tornó rígido. Aquello era absurdo. No conocía a nadie que… La realidad la golpeó en pleno rostro, y su semblante palideció por momentos. Tragó saliva y carraspeó, incapaz de contestar. ¿Cómo había conseguido su teléfono?

—Andrej…

—El mismo —contestó una voz grave, llena de picardía.

—¿Cómo?

—Hay pocas cosas que no pueda conseguir.

Aquel tono arrogante le provocó un fuerte rechazo. Todos sus instintos la instaban a cortar la comunicación, pero una parte de ella necesitaba saber.

—¿Qué es lo que quieres?

—Necesito que nos veamos.

—¿Por qué habría de reunirme contigo?

—Porque mi obligación es prevenirte.

—¿En serio? Ni siquiera nos conocemos…

—Él querría que te avisara.

—¿Él?

—Espabila, agente Landa —gruñó el tipo al otro lado de la línea—. Lo sabes.

—Quiero oírtelo decir —insistió ella, con el corazón en un

puño.

—Joder —se quejó Andrej, hastiado de la cabezonería de la mujer—. Jon. Jon Gómez. ¿Estás satisfecha?

—Ahora sí.

La discoteca Amnesia. El taxi se detuvo frente a la puerta principal, y Landa se bajó de forma apresurada tras dejar una generosa propina. Aquella noche, como la mayoría, hacía un frío intenso. La brigada se ajustó la cazadora de cuero y la estiró todo lo posible. Le quedaba un poco grande, la cintura elástica caía sobre la cadera de manera burda y afeaban los viejos *jeans* de color negro, apenas visibles en la penumbra. Un murmullo inconexo penetró en sus oídos. Varios jóvenes vociferaban a pleno pulmón al mismo tiempo que daban pequeños saltos destinados a combatir el aburrimiento. Porfiaban por entrar en el local, a pesar de que eran rechazados de manera sistemática. El aforo estaba completo y debían esperar. El portero, una montaña de músculos ataviada con un traje negro un par de tallas más pequeñas de lo necesario, desvió su mirada hacia ella, y la observó durante demasiado tiempo. La agente frunció el ceño y soportó el escrutinio. La mayoría de las discotecas de Madrid estaban controladas por La banda de los Quebrantahuesos, un clan búlgaro metido en tráfico de drogas, extorsión y ajustes de cuentas. Los dueños no tenían opción.

«Si no pones a trabajar a mi portero, atente a las consecuencias».

La misma amenaza repetida a lo largo de los años, cuya vigencia no prescribía. Los cabecillas entraban y salían de prisión, y eran sustituidos por otros. Una rueda imposible de detener. Algunas bandas desaparecían y otras ocupaban su lugar. A Landa le resultaba deprimente y agotador. Respetaba mucho a los agentes de narcóticos, estaban hechos de una pasta especial. El hombre le indicó mediante un gesto brusco que se acercara. Ella se apresuró a hacerlo, y el matón inclinó su mandíbula cuadrada hacia delante, con la insana intención de percibir el perfume de la policía. Aparentó sentirse decepcionado. Una sonrisa se dibujó en el semblante de la mujer, divertida por la simpleza de aquel tipo.

—¿Vienes armada? —le susurró al oído arrastrando las palabras con torpeza.

—No —respondió con firmeza. Hubiera sido una tontería hacerlo. Si decidieran matarla, poco podría hacer para evitarlo.

—Está bien —concedió el portero. Estaba dispuesto a cachearla. Mientras se acercaba una sonrisa libidinosa se dibujó en su semblante. Landa lo miró con tal frialdad que cambió de parecer en el último momento—. Te están esperando. Ya sabes dónde ir.

Landa asintió despacio y penetró en el local acompañada por las vehementes protestas de los chicos de la fila, acalladas con rapidez por la montaña de esteroides. Al traspasar el umbral, el eco de la música se metió en su cerebro y, aunque trató de rechazarlo, aquellas malsonantes vibraciones permanecieron junto a ella como una maldición. Era su tercera visita a la discoteca, siempre por motivos de trabajo. La sensación de estar en un lugar peligroso volvió a ella de nuevo, y tragó saliva. El miedo no era algo malo, la protegía de hacer locuras y de tomar decisiones absurdas. No creía a aquellos que afirmaban no temer nada. Lo consideraba una pose absurda, perteneciente a otra época.

Apretó la mandíbula y rodeó las pistas de baile sin apenas mirar a la gente agolpada en su interior. El artificial humo blanco penetró en ella, provocándole un ataque de tos. Siempre lo había detestado. Dejó atrás unos enormes altavoces y avanzó con paso firme por un estrecho pasillo, obligada a apartar a la gente de su camino por medio de su brazo izquierdo. Las conversaciones banales se abrían paso por un aire viciado, y las rechazó de manera sistemática. La zona vip no había cambiado nada desde la última vez. Unos pocos escalones la distinguían del resto del local, cuyo voladizo era demasiado alto, y el descanso se prolongaba formando un ángulo de noventa grados que conducía a la parte superior. Otro tipo de aspecto hosco vigilaba el acceso, con una enorme cicatriz en su mejilla y un corte de pelo estilo militar, afeitado en los laterales. Su expresión era ruda y sus ojos estaban inyectados en sangre. Sus pupilas dilatadas lo señalaban como un consumidor de cocaína habitual. Se apartó y la dejó pasar.

No había visto nunca a Andrej, aun así, conocía su reputación. Un hombre ambicioso que se había hecho con el control de la organización construida por Boris, el Ucraniano. Gracias a Jon Gómez, su compañero en la Ertzaintza. El asunto había sido un escándalo y muchos pidieron la cabeza del policía. Landa no podía culparlos. Había circunstancias atenuantes, y optaron por echar tierra encima. El serbio profesaba un cariño especial al vasco, cercano a una absurda obsesión. Distinguió una sonrisa pícara en su rostro pálido, y un entusiasmo teatral en sus gestos. Varios hombres lo rodeaban, ataviados con idéntico traje negro y unas gafas oscuras. Landa nunca comprendió aquella manía. Estaban orgullosos de pertenecer al crimen organizado. Aquello era, o bien una estupidez, o bien un acto de soberbia desmedida. Se alejaron de allí y ni se molestaron en mirarla a la cara al pasar a su lado.

Andrej la invitó a sentarse junto a él. Llevaba el pelo recogido en una larga cola de caballo que lucía orgulloso. Señaló la botella de *Champagne* colocada dentro de una cubitera llena de hielo con una sonrisa burlona, y se dispuso a servirle una copa. El fino cristal

brillaba bajo los focos del techo. El efecto era sin duda llamativo, y los ojos grises de la brigada parpadearon varias veces, capturados por el reflejo de la luz. Rechazó el ofrecimiento, pues no le pareció una buena idea. El serbio respetó su decisión, y apuró la suya de un solo trago. Se instauró un silencio incómodo entre ambos, roto por la impaciencia de la brigada.

—Tú dirás —le espetó sin miramientos.

—Por fin nos conocemos —señaló Andrej con una sonrisa eufórica.

—Lamento que no me haga tan feliz como a ti —se atrevió a verbalizar la mujer. Lo observaba con frialdad. No le gustaba lo que representaba.

—¡Cuánta hostilidad! —El serbio estalló en carcajadas mientras se retorcía en su asiento. Landa no supo determinar si estaba loco o solo le gustaba hacer el idiota.

—Son las cuatro de la mañana. Espero que sea importante.

Andrej guardó silencio y dejó de reír. Su semblante se endureció y estudió el rostro de la brigada. Estaba intrigado. Asintió despacio, y tomó la palabra.

—No estaré mucho tiempo en Madrid —declaró—. No puedo decirte a qué he venido. Seguro que lo entiendes.

Landa asintió, y apretó los puños sin darse cuenta.

—Espero que sea importante —masculló Landa con desconfianza.

Se preguntó si acudir había sido sensato. Aquel hombre de actitud extravagante se había convertido en alguien importante. No podía negarse.

—Miguel Rojo. —La mención al fallecido jefe de su departamento la sorprendió por completo. Miró al serbio sin comprender, o tal vez no quiso hacerlo.

—¿Qué es lo que intentas decirme?

—Su muerte no fue un accidente, querida —anunció sin rastro de emoción en la voz.

—¿Fuisteis vosotros? —La voz de la brigada se quebró por un breve instante. Miró al rostro de Andrej, en busca de alguna emoción que lo vinculara a un acto como aquel. No encontró nada.

El hombre se sirvió otra copa y negó con la cabeza.

—Eso sería malo para el negocio. E innecesario. Los policías sois como una plaga. Ya molestáis lo suficiente sin sangre de por medio.

—¿Entonces?

—Hay nuevos jugadores en la ciudad. —El rostro del serbio se tornó solemne, y sus ojos parecieron empequeñecerse—. Bueno, digamos que han empezado a moverse con cierta insistencia.

—¿Mexicanos?

—Mexicanos.

—Llevan cierto tiempo expandiéndose. Por ahora, se conforman con tráfico a pequeña escala. Sirven de correos y distribuyen en barrios como Cañada Real.

—¿Por qué habrían de matar a Rojo? Ni siquiera está vinculado al Grupo Antidrogas.

El serbio dibujó una sonrisa irónica. Le divertían las suposiciones de la mujer.

—Los cárteles actúan así por una razón —explicó con suficiencia—. Ajuste de cuentas.

—Joder…

—Vuestro compañero formaba parte de su organización, cariño —señaló con firmeza, y después se santiguó mientras reía—. Y a estos tipejos, como tú los llamas, les gusta cubrirse las espaldas.

15

Javier Marín se encontraba en su despacho desde las seis de la mañana. Llevaba una rutina casi obsesiva, repetida a lo largo de los años. Frente a una taza de café leía los informes de los comandantes de cada sección de la UCO que habían redactado con meticulosidad. Se enorgullecía de la unidad, formada por los mejores profesionales del sector, y se jactaba de ello en privado. De todas formas, sabía que debían incrementar el personal. Empezaban a estar desbordados, asumían aquella problemática como parte del diseño de la entidad. Pocos agentes, lo cual implicaba renunciar a alguna investigación, formados específicamente y de manera exhaustiva. La criba resultaba significativa. De las quinientas candidaturas recibidas al año, solo veinte aproximadamente resistían todo el proceso, a falta de completar la titulación oficial de la Policía Judicial. Las yemas de los dedos del coronel rozaban las hojas de papel con lentitud, recreándose en un ritual pasado de moda, que le permitía alejarse del brillo de las pantallas por un tiempo escaso. Sonrió al pensar en ello. Tal vez fuese uno de esos tipos anticuados, reacios a usar la tecnología.

Sus labios acariciaron el borde de la taza, y el brebaje descendió por su garganta, aportándole una inmediata sensación de bienestar. Demasiados casos, demasiadas incógnitas. Trató de no enfocarse en uno en particular, una pretensión difícil de cumplir. Un mal presentimiento se extendió por toda su figura, acentuado por la presencia de Amaia Landa, que se aproximaba con paso firme. Se detuvo ante el cristal de la puerta. Lo habían sustituido con rapidez. La brigada entró en el despacho sin llamar. Llevaba en sus manos un vaso de Starbucks. Su rostro tenía un aspecto macilento, y unas marcadas ojeras se manifestaban bajo sus párpados. El hombre aceptó el obsequio, con resignación. No era muy fan de ese tipo de establecimientos. Al menos el envase conservaba bien el calor.

—No tienes muy buen aspecto, Landa —manifestó el coronel con preocupación.

—He trasnochado, y la verdad es que no estoy acostumbrada.

—¿Trabajo?

—Siempre.

A Marín no le sorprendió. Landa era una de esas personas adictas a su profesión, era evidente que en su vida nada más tenía sentido. No quiso el cargo, ni siquiera de manera provisional, pero no

le dio opción. Esperaba no equivocarse con ella. Degustó el café, tenía un regusto a almendras apenas perceptible. No pudo evitar dibujar una mueca de disgusto en su rostro, y decidió tomárselo con rapidez. La brigada no se percató de nada de eso, su mente se encontraba en otro lugar, y el coronel tuvo que llamarle la atención de forma insistente. Ella carraspeó, y le contó lo sucedido la noche anterior, palabra por palabra, sin omitir nada. El semblante del jefe de la UCO se metamorfoseó en una máscara de hierro, cuya meta era ocultar unas emociones que pugnaban por manifestarse. Su frente apareció perlada en sudor, y se vio obligado a secarla con un pañuelo de papel desechable. La papelera lo recibió, transformado en un amasijo apenas reconocible.

Landa era una mujer observadora, capaz de captar detalles ocultos a simple vista. En aquella ocasión no fue necesario hacer uso de su intuición, cualquiera hubiera llegado a idéntica conclusión.

Marín lo sabía.

El coronel era un hombre expresivo, quizás demasiado. Apenas parpadeó al escuchar el relato de Landa. Aparentó verse sorprendido, una farsa poco convincente, con la que no pudo engañarla. Optó por levantarse y servirse una copa de brandy. En aquel momento el reloj de mesa emitió un pequeño pitido. Las ocho de la mañana. Bastante temprano para beber alcohol, sin embargo, Marín lo necesitaba. La brigada lo observaba con los ojos bien abiertos. Nunca lo había visto tan turbado. Esperó en silencio absoluto, y minutos después volvió a sentarse. Apoyó los codos en el escritorio y se inclinó hacia delante.

—¿Quién más lo sabe? —acertó a preguntar con voz temblorosa.

—No se lo he contado a nadie —respondió, con un deje de decepción en su voz. Conocía a la perfección sus deberes y responsabilidades.

—¿Ni a su amigo Elosegui?

—A nadie —repitió, obstinada—. Hace bastante que no hablo con él.

Landa sintió la necesidad de levantarse, aunque permaneció inmóvil como una estatua. No le gustaba dar explicaciones acerca de su vida personal. Muchos tenían una idea equivocada de su relación con el comisario vasco. Marín aceptó la palabra de la brigada y entrelazó sus dedos.

—Lo de Rojo fue una sorpresa. La versión oficial coincide con lo que sabíamos entonces. Un desafortunado atropello. Éramos amigos, y confiaba en él. Plenamente.

El coronel hizo una larga pausa. Su rostro revelaba una angustia reconocible. Landa no era la única en ocultar sus emociones. Los pensamientos de la mujer se aferraron al autocontrol que tanto

ansiaba poseer. Los dedos de Marín golpetearon la mesa bajo la batuta de un furibundo director de orquesta invisible. Los párpados del hombre escondieron sus ojos cansados, y sus labios se separaron con lentitud.

«Gloria me llamó unos días después de su entierro. Quería hablar conmigo a solas. Nos llevábamos bien. Supuse que necesitaba un hombro amigo en el que llorar. Sus ojos estaban enrojecidos a causa de las lágrimas derramadas, provocadas por una rabia profunda, ajena a su carácter dócil y calmado. Cargaba con una bolsa de deportes de gran tamaño. La depositó en el suelo, y escupió sobre ella. Gritaba, fuera de sí. No paraba de preguntarme si lo sabía. No entendía nada. Me dejó allí, con aquel bulto enorme y muchas preguntas».

»Estaba llena de fajos de billetes verdes. Dólares, de todo tipo de valor. Olían a nuevo. Una imitación casi perfecta. Me costó encontrar pequeñas imperfecciones en algunas esquinas descoloridas, y algunos números de serie borrosos. Calculé que había diez millones. Además, había un par de llaves de plástico atadas con alambre a unas cajas metálicas de forma rectangular, y en su interior varios billetes de avión ya utilizados. Madrid-Ciudad de México. Lo peor estaba en un bolsillo interior. Bolsas repletas de cocaína. Poca cantidad, lo más probable destinado a uso particular o un tráfico a pequeña escala. No estoy seguro en realidad».

»Llamé a Gloria. Encontró las llaves de plástico ocultas bajo una baldosa móvil del garaje. Le recordaron a las de las consignas de equipaje de la estación autobuses de Madrid Sur. No se equivocaba. Estuvo dos días llorando a lágrima viva. Se dio cuenta de que no conocía a su marido, y aquella verdad la destrozaba por dentro. Repudió su recuerdo y me acusó de encubrirle. Me costó mucho convencerla. Nadie sabía nada, incluidos sus mejores amigos.

—¿Ajuste de cuentas? —preguntó Landa.

—Encontré una nota escrita a mano dentro de un sobre descolorido, lleno de manchas de humedad.

«Estás muerto, buchón[9]».

—Un asunto peliagudo, jefe.

—Más de lo que imaginas.

—Tuviste que enterrarlo, ¿verdad?

Marín la miró con intensidad. Esperaba escuchar toda una serie de reproches que nunca llegaron. Daba la impresión de entenderlo, como si hubiera pasado por algo similar.

—No podía permitir que semejante escándalo salpicara a la UCO. La prensa nos haría polvo en segundos.

—Lo hará si llegan a enterarse.

—Estamos en tus manos, brigada.

Landa lo miró sin titubeos. El semblante cansado de Marín se reflejó en sus pupilas. Ponía mucha presión encima de sus hombros a cambio de su confianza. Una sensación agridulce se abrió paso en su interior. No deseaba esa responsabilidad. Había huido de ella, sin éxito. La había alcanzado de nuevo, como una mácula indeleble. Las promesas solían tener escaso valor en aquel mundo de locos. Sintió un escalofrío recorrer su espalda, con lentitud, de manera implacable. Vislumbró el rostro desencajado del coronel, y comprendió el motivo de la tensión que se acumulaba en su mandíbula.

16

Landa hojeó el *dossier* con calma. Sus ojos grises se adaptaron a la escasa luz de su escritorio, que ofrecía un aspecto impoluto, a excepción de los pósit diseminados por la pantalla del ordenador. Contenían notas crípticas, en clave. Un lenguaje propio que solo ella podía entender. No le gustaban las miradas curiosas de otros compañeros. Una parte de ella añoraba la investigación en solitario, buscar respuestas en el interior de su mente al abrigo de un silencio sepulcral, enfrentarse a sus propios miedos y someterlos a su voluntad. Aún se aferraba al pasado de forma obsesiva. Era un acto inútil, una costumbre perniciosa destinada a infringirse dolor. Estaba convencida de que se lo merecía, y mientras lo creyera no sería libre del todo. Le dolía la cabeza con intensidad. Las pocas horas de sueño la llevaron a divagar en exceso. Las conexiones del caso parecían pequeñas hebras de una inmensa madeja cuya verdadera forma permanecía oculta en las sombras.

«Las mujeres tienen secretos».

No estaba segura si se trataba de un axioma, si bien aquella frase la incomodaba. No eran los suyos, pese a que debía salvaguardarlos como si lo fueran. Las respuestas estaban fuera de su alcance, y no dejaba de preguntarse cuál era la mejor forma de abordar el problema. Tres muertes en un espacio de tiempo reducido. Todas con el mismo patrón. No podía conectar la de Rojo a las de Netsolutions, a pesar de que era difícil no verlo. Una enorme frustración hizo mella en ella. Odiaba esa sensación con toda su alma. Suspiró profundamente y trató de serenarse. El sonido del móvil la sacó de su aturdimiento.

Juriasti.

—Dime, David —respondió con la voz quebrada.

—Amaia, es importante —balbuceó el analista al otro lado de la línea.

—¿Qué ocurre?

—¿Puedo ser sincero contigo?

—Por favor…

—Es imposible rastrear la actividad de esa empresa del demonio. Son unos profesionales dentro de su sector. Lo he intentado todo. No sé cómo continuar.

—Bueno, sabíamos que sería difícil.

—No lo entiendes, Amaia —prosiguió el informático—. No es que no pueda hacerse, es que soy incapaz.

Aquellas palabras la sorprendieron. Juriasti no era dado a compadecerse de sí mismo.

—¿Quieres renunciar? Yo confío en ti.

—Está fuera de mis capacidades, y eso no es lo peor. De las de cualquier miembro del Departamento Contra el Cibercrimen. Estamos dando palos de ciego.

—Eso es difícil de asumir, David.

—Operan en la *deep web*, y saben lo que se traen entre manos.

—¿Vosotros no podéis acceder a ella?

—Podemos, por desgracia, nos detectan enseguida.

—Joder…

—La intranet que utilizan es infranqueable desde afuera. Necesitaríamos a alguien de dentro o un *hacker* de primerísimo nivel.

—Es una lástima —ponderó la brigada con voz distraída. Su cerebro se había desconectado por un instante, transportado a un pasado al que no quería volver—. Buscaremos alternativas. No te preocupes.

Landa apretó los puños hasta que sintió un dolor agudo. Se detuvo de golpe, y aflojó la presión un ápice. Se había mordido el labio sin darse cuenta. Notó el sabor de su propia sangre en su garganta y una mueca de aversión se dibujó en su rostro. La última vez no le sirvió de nada acudir a él, y estuvo a punto de cruzar una línea roja. Una voz egoísta resonaba en sus oídos. Decidió acallarla mediante un ritual absurdo. La punta del bolígrafo golpeó repetidas veces el folio, llenándolo de pequeños puntos azules. Minutos después se serenó y sus pulsaciones descendieron de manera abrupta. Recuperó el ansiado control y se incorporó. Se dirigió al archivador situado a la derecha de su mesa, y lo abrió de golpe. Las yemas de sus dedos rozaron el borde las cartulinas, provocándole una sensación agradable y efímera.

Estaba llena de dudas, insegura acerca de lo que se proponía hacer. No había sido incapaz de enterrar su recuerdo, tal vez esa obsesión aferrada al fracaso pudiera serle útil. Extrajo el informe que necesitaba y se dirigió al despacho del coronel Javier Marín. Sus dedos rozaron el cristal con sumo cuidado, en una caricia casi inexistente.

Una voz, firme y varonil, la invitó a pasar. La brigada abrió la puerta, sacudida por la sensación de recorrer un camino ya hollado, con la esperanza de no cometer de nuevo un error fatal.

17

El restaurante Kirei era un local acogedor, situado en la terminal T4 del aeropuerto de Barajas. Fue el primer restaurante de Amaia Landa en Madrid, y le encantaba pasarse de vez en cuando. Apenas eran las tres de la tarde, no llevaba mucho tiempo abierto. Tenía un horario confuso, incluso impredecible. Le encantaba la comida japonesa, años atrás se había atrevido a estudiar el idioma, lamentablemente le faltó tiempo y perseverancia con los que mejorar sus conocimientos. Demasiado trabajo. Pasaron junto a las vallas de madera que separaban el comedor del ancho pasillo, y varias miradas se clavaron en sus impecables uniformes, sin una sola arruga a la vista. A la gente de la calle le ponía nerviosa verlos, pues asumían un peligro inminente a su alrededor. Algunos se levantaron de manera apresurada, abandonando sus mesas con rapidez. Otros se hundieron en sus asientos, y sus murmullos se apagaron con un siseo inaudible. Solo el repiqueteo de los cuchillos en la cocina abierta rompía el inquietante silencio. Juriasti caminaba detrás de la brigada, doblado por un peso excesivo sobre sus hombros. Sus manos se entrelazaban detrás de su cuerpo, con sus dedos retorciéndose de forma inquieta. La mujer lo miró de soslayo, y le dedicó una sonrisa fugaz. Sabía cómo debía sentirse. Había estado en esa misma tesitura con anterioridad. Le había costado tomar aquella decisión, y de alguna manera, se vio obligada a hacerle partícipe. Lo planearon todo al detalle durante tres largos días. Muchas llamadas telefónicas, gestiones apresuradas, y varios callejones sin salida. Tenían el permiso de Marín, lo más complicado de obtener. El coronel había sido cristalino.

«Quiero resultados, Landa. No me falles».

Pete los miró con el rostro desencajado. Su semblante palideció ante la visión del uniforme de los guardias civiles. La llamada de Landa le había hecho pavonearse delante del espejo. Recordaba su último encuentro como una mala película, solo las escenas más estimulantes utilizadas como alimento de su ego.

Rememoró la mirada suplicante de ella, sus labios sugerentes y temblorosos, y aquel beso que él rehusó a entregarle. Olvidó el motivo de aquella escena surrealista, e incluso los malos términos en los que se dijeron adiós. En su mente se creía importante, un deseo al que ella no podía renunciar. No se imaginaba lo equivocado que estaba. Empezó a darse cuenta al verla, orgullosa e imponente, sin rastro

alguno de esa mirada desvalida que tanto lo cautivaba. Era la misma, aunque, al mismo tiempo, otra, diferente por completo.

Se pasó la mano por su cabeza desprovista de pelo, y su mirada arrogante se diluyó como el azúcar en el primer café de la tarde. Los agentes tomaron asiento frente a él, y lo escrutaron con expresión seria. El *hacker* tragó saliva. Al parecer, estaba metido en un lío.

—Pete —lo saludó ella, sin rastro de emoción en su voz, mientras depositaba un *dossier* encima de la mesa.

—Amaia —respondió él, cabizbajo.

—Este es mi compañero, el agente Juriasti.

Pete miró con atención al analista, tal vez sorprendido por su delgadez, y las enormes gafas tras las que se escondía un rostro lívido. No le resultó difícil deducir a qué se dedicaba dentro del cuerpo. Al fin y al cabo, habían ido a verlo.

—No sabía que habías ingresado en la Guardia Civil.

—Desconocía mi obligación de informarte acerca de eso —replicó con cinismo Landa.

Pete no pudo evitar sonreír. Ella estaba muy diferente, mucho más segura de sí misma. Por fin se había convertido en lo que estaba destinada a ser. Por descontado, eso no representaba algo bueno para él, pensó contrariado.

—Los amigos suelen contar esas cosas…

—¿Eso somos?

—Yo creía que sí —especuló el *hacker*, a pesar de la hostilidad manifiesta de Landa.

—No creo que sepas el significado de esa palabra.

—Dale los documentos, brigada. Esto no es una visita social —intervino Juriasti, molesto por el desafiante tono del hombre.

—Sírvete tú mismo, Pete —le invitó Landa, con voz apremiante. Su compañero tenía razón, sentía la necesidad de responder a aquel engreído. En su último encuentro había quedado en ridículo, y de alguna manera quería demostrar su madurez.

El hombre alargó la mano y cogió la carpeta. La abrió y comenzó a leer su contenido. Al hacerlo su rostro blanquecino palideció aún más, y adoptó el aspecto de un cadáver. Sus pupilas se dilataron y una expresión de incredulidad se dibujó en su semblante. Hojeó el resto del informe mientras negaba una y otra vez con su cabeza. Al acabar, permaneció unos minutos en silencio. Landa pidió una Kirin y dos aguas con gas para ellos. Pete apuró la cerveza de un solo trago, sin apenas respirar.

—¿De dónde has sacado todo esto? —preguntó al fin.

—Oses me lo facilitó antes de marcharme de Donosti. Es un buen tío. Y Juriasti ha terminado el trabajo.

—Joder…

—La decisión está en tus manos —expuso la brigada—. Hemos rastreado tus movimientos bancarios, a través de varias sociedades fantasmas. Sé cómo te ganas la vida, Pete. Siempre lo he sabido. Descubrimiento y revelación de secretos. Falsificación documental. Suplantación de identidad.

—Creía haberme cubierto bien las espaldas.

—Y lo hiciste —intervino Juriasti de mala gana—. Cometiste el error de mantener tus cuentas activas en España. Repetiste una misma línea de código en tus últimas operaciones, en lugar de filtrarla por diferentes servidores encriptados. Cuando sacaste el dinero, obtuvimos la información que necesitábamos. No se trata de cantidades desorbitadas, el problema es que ni siquiera tienes un trabajo que las justifique. No en los últimos seis meses.

—Queremos hacer un trato, Pete —reveló Landa, con rostro serio.

—¿Un trato? —cuestionó el *hacker*, atónito.

—No serás procesado si accedes a trabajar con nosotros. Necesitamos tu ayuda. Quiero la información de los servidores de Netsolutions.

18

Manuel Fuentes sintió sobre su espalda la inquisitiva mirada de su compañera. Sus ojos azules parecían empequeñecerse por momentos, reveladores de una reprobación manifiesta, imposible de ocultar. Ella no articuló palabra alguna, no se atrevía a hacerlo. Él la miró de soslayo, sin rastro alguno de hostilidad. A fin y al cabo, tenía razón. Se había obsesionado con aquel incidente, y cada vez que le era posible indagaba acerca del paradero de aquella conductora loca. Enterarse de que había sido dada de alta le hizo perder los estribos. Los juicios por conducción temeraria solían concurrir rápido la mayoría de las veces, solo que el juez encargado del caso no parecía tener prisa por procesarla. Al fin y al cabo, se encontraba hospitalizada. El agente no daba excesivo crédito al diagnóstico del médico. No le gustaba aquel tipo, su pose arrogante y soberbia le sacaba de quicio, y en cada visita los trató con una frialdad cercana a la insolencia. Ferreras no se lo tomó de manera personal. Muchos facultativos adoptaban una actitud protectora con sus pacientes, tal era su obligación. La presencia de la policía les creaba un estrés innecesario. Su compañero no lograba sacarse de la cabeza aquella persecución. Había sido testigo de muchos accidentes a lo largo de su carrera, y estaba convencido de que aquellos locos nunca aprendían, y solo la muerte los detenía. Bien la suya, o la de otros. Esa mujer, más pronto que tarde, volvería a las andadas. No debía estar en libertad, y verla escapar entre sus dedos lo enfurecía. Las excusas esgrimidas por el Dr. Dávila le parecieron poco convincentes. Alegó desconocimiento del proceso para no informar a las autoridades. Ferreras refrenó su volátil temperamento, pues estuvo a punto de cometer una estupidez. La orden de busca y captura no llegaba, lo que ponía a Fuentes de un humor de perros. Se negó a estar más tiempo de brazos cruzados, y por ello se encontraban apostados a la salida del Gregorio Marañón. Los turnos del médico eran largos, a menudo excedían las dieciséis horas, y abandonaba el hospital con una expresión extenuada en su rostro.

Fuentes miró con desagrado a Ferreras. Los ojos de su compañera despedían un brillo revelador. No le quedó más remedio que reconocer el atractivo irradiado por aquel tipo. Se le veía en plena forma, y la barba recortada al milímetro le daba un aspecto canallesco muy llamativo. Torció el gesto, y sus pupilas se quedaron fijas sobre

las facciones de su compañera. Una sacudida de electricidad agitó su cuerpo. Estaba muy guapa vestida de paisano, con un estilo informal. Su rostro se asemejaba a la porcelana, debido a la total ausencia de maquillaje. No le gustaban esos artificios, y tampoco los necesitaba.

El médico se subió a un coche de cristales tintados y formas oscuras. Un Mercedes Benz, brillante como la obsidiana. El motor rugió con suavidad y el vehículo se incorporó a la circulación.

Ferreras se colocó a una distancia prudencial. Dejó dos coches situados entre ellos y su objetivo. Sus labios temblaban, a pesar de sus esfuerzos por ocultarlo. En realidad, no quería participar de aquella vigilancia obsesiva. No estaba justificada. Fuentes lo sabía, e incluso le había ofrecido la posibilidad de irse a casa. Ella se había negado con rotundidad. Le debía mucho a su compañero, y no le pareció correcto dejarlo de lado. El tráfico, a pesar de ser más de las diez de la noche, continuaba siendo bastante denso, y tuvo que poner todos sus sentidos en la carretera, no debía perder de vista al objetivo.

Un incómodo silencio se instauró entre ambos. El hombre llevaba a menudo su papel de cascarrabias demasiado lejos. Una pose de la vieja escuela, fuera de época a ojos de los más jóvenes.

—Cuando esto acabe, te invitaré a cenar.

Silvia giró la cabeza durante un instante fugaz. Lo había soltado como si tal cosa, como si hablara del tiempo o de cuándo jugaría el Real Madrid su próximo partido. En realidad, llevaba mucho tiempo a la espera de esa propuesta. A Fuentes le gustaba tener el control de cualquier situación, o al menos mantener la ilusión de aquel. Era un buen tío, de eso estaba segura. Pasaban muchas horas al día juntos, y estaba a gusto con él.

Acabó por asentir despacio, y volvió a centrar su atención en la calzada. La lluvia comenzó a salpicar los cristales de pronto. Una tormenta de esas que aparecían de la nada, descargaban toda su furia y desaparecían sin dejar rastro. Los limpiaparabrisas apenas daban abasto, y Fuentes fue presa de un nerviosismo creciente. Colocó sus manos sobre el labio superior, y tiró de su bigote con ímpetu, arrancándose varios pelos en el proceso. Ferreras no pudo evitar reírse. Aquel gesto solo lo hacía cuando estaba al borde del colapso. No debía preocuparse. Su compañera controlaba la situación a la perfección.

Se cambió de carril de manera momentánea, retornando al mismo en pocos segundos. El Mercedes del doctor se hallaba próximo, de nuevo, a idéntica distancia. El repiqueteo del agua golpeteando el cristal sustituyó a la música del reproductor, silenciado de forma permanente por el gruñón de Fuentes.

El tráfico se enlenteció a causa de la tormenta. Cuando aquella cesó, a la altura del Museo Nacional de Ciencias Naturales, pisó el

acelerador con cautela y aumentó la velocidad de forma gradual. Circularon por el Paseo de la Castellana, sin articular una sola palabra hasta que Ferreras sintió la necesidad de expresar su opinión.

—Jefe, ¿por qué crees que Dávila encubre a la loca del volante?

—Demasiado pasional a la hora de protegerla, ¿no crees?

—¿No es una razón endeble para perseguirlo?

—Lo sería si no se hubiera pasado en su habitación día y noche.

Silvia asintió despacio. La implicación de su compañero había llegado más lejos de lo que pensaba en un principio. ¿Cuánto tiempo llevaba detrás del médico? Lo imaginó personándose en el hospital al acabar su turno, agazapado detrás de las anchas columnas, con sus ojos castaños clavados en la puerta de la habitación de la conductora. Un comportamiento tendencioso, cercano al acoso. Podría acarrearle muchos problemas.

El Mercedes aún estaba a la vista. Llevaban quince minutos detrás del mismo. Dávila redujo la velocidad y giró a la derecha utilizando la glorieta de la plaza de Lima. Ferreras lo siguió y se mantuvo a una distancia prudencial mientras permanecía en el carril izquierdo. El médico tomó la salida de la derecha y volvió a tomar idéntico desvío. Fuentes tenía los ojos abiertos como platos. Algo rondaba por su cabeza, extrañamente no quiso compartirlo con su compañera, al menos no todavía. Llegaron a la plaza Joan Miró, donde el primer vehículo se metió en el *parking* del Palacio de Congresos de Madrid, lo que obligó a la agente a seguirlo muy despacio. Silvia permaneció calmada. Muchos escogían ese lugar. Tenía un par de coches detrás, en espera de su turno con el fin de entrar en el aparcamiento.

Dávila aparcó a la izquierda, después de ignorar un hueco situado junto a una enorme columna, al final de la primera planta. Ferreras se vio obligada a tomarlo, aunque en circunstancias normales también hubiera pasado de largo. El sonido del motor murió al accionar la llave y girarla con un rápido movimiento. Fuentes le hizo un gesto con la mano, y ella asintió, resignada. El hombre salió del vehículo y se dirigió al final del pasillo. Miró su muñeca de manera distraída, y simuló consultar su reloj de pulsera. Las escaleras estaban al final de la planta, detrás de un recodo.

El médico seguía en el interior del flamante Benz, con todas las luces encendidas, acompañadas por un leve y casi imperceptible sonido magnético. ¿A qué esperaba? O, mejor dicho, ¿a quién? El agente sabía que no podía permanecer mucho tiempo allí parado. No tenía más remedio que subir por aquellas escaleras y salir del aparcamiento.

Cuando se disponía a hacerlo escuchó unos pasos procedentes del fondo de la planta. Miró a su alrededor, y optó por agazaparse

detrás de una columna cercana. Los fluorescentes del techo parpadeaban de manera intermitente, y emitían un zumbido desagradable y monótono. Las pisadas se acercaban, inexorables. Tenía que mirar. Con mucho cuidado, se asomó y observó a una figura encorvada aproximándose al coche del doctor. El tipo era calvo, de facciones duras, y llevaba ropa cara, de esa clase que Fuentes no podía permitirse. La imagen poseía ciertos tintes de dramatismo, como una película de terror. Cuando la lámpara situada justo encima se apagaba durante unos segundos, aquel hombre quedaba sumido en una negrura total, para, instantes después, quedar expuesto en su totalidad. Piel morena, ojos negros, cuerpo bien definido debajo de un traje sobrio y elegante. Fuentes sintió un escalofrío recorrer su espalda al mismo tiempo que la puerta derecha del Mercedes se abría. Su cerebro conectó con unas imágenes que danzaban desordenadas. Lo conocía.

Máximo Mendes.

19

Alejandra no podía dormir. Había pasado la noche en vela, presa de una profunda turbación. Las endorfinas liberadas por su cerebro durante el sexo la habían alejado de aquel mundo de dolor. Fue un remedio pasajero, solo un mero placebo. José Dávila era un gran amante, de eso no tenía duda. Su cuerpo trémulo había sido un juguete en sus manos, y la había llevado al éxtasis en varias ocasiones. Había sido rudo, incluso violento en algunos momentos. No la había dañado, pero un recuerdo enterrado en lo más profundo de su memoria pugnó por salir cuando él la aferró por el cuello e hizo una ligera presión sobre el mismo. Se sintió violentada, y le sobrevino un fuerte mareo. Estaba segura de que el doctor se dio cuenta, pese a ello, no se detuvo. Gemía como un animal salvaje, y en sus ojos se apreciaba un ansia incontrolable. De alguna forma, se sentía en deuda con él. Dejó que ocurriera, en realidad lo necesitaba, y durante unas horas volvió a ser una mujer normal, entregada al placer sin reservas, con el cuerpo perlado de sudor y los nervios a flor de piel. Le hubiera gustado prolongar aquel momento, no por lujuria, sino porque no deseaba quedarse sola. Entonces la angustia volvía a ella sin previo aviso, y le costaba controlar sus emociones.

Dávila se marchó de manera apresurada, escasos minutos más tarde de recibir una llamada del hospital. La besó con ternura en los labios a modo de despedida, y prometió telefonearla pronto. Estaba segura de que lo haría. En realidad, echaba de menos a María. Disfrutaba mucho de su compañía, y aquel carácter excéntrico, en ocasiones absurdo era un bálsamo del que le costaba prescindir. La risa poseía aquel poder.

La abogada debía volver al día siguiente, de modo que no estaría sola demasiado tiempo. No le gustaba estar ociosa. Se dedicó a buscar más información acerca de Pedro Morales, con resultados poco satisfactorios. Acabó por acceder a las mismas páginas una y otra vez. Ignoraba cómo proceder, y debido a ello sentía una intensa opresión en el pecho. Las respuestas estaban lejos, en México, por desgracia, no tenía posibilidad alguna de llegar allí. No tenía papeles ni dinero, y la policía podía detenerla el día menos pensado.

Decidió salir a tomar el aire a primera hora de la mañana. María le había dejado dinero encima de la consola del recibidor. Se vistió con ropa ancha y se recogió el pelo en un elaborado moño que

ocultó bajo una gorra de béisbol. Intentaba pasar desapercibida. Cogió el metro y se dirigió al Museo del Prado, como cualquier turista. E igual que uno de esos japoneses con la cámara de fotos colgada del cuello, soportó una cola de varias horas. No le importó. Era un día soleado, y hacía bastante calor. Se permitió disfrutar de la agradable temperatura, y observó a la gente de alrededor. Personas normales, con vidas corrientes. Prestó atención a conversaciones ajenas, con la intención de sentirse parte del mundo. Charlas mundanas, problemas cotidianos. El trabajo, infidelidades, deporte, política… Lo de siempre, en cualquier lugar del mundo.

Tardaría mucho en olvidar aquel día. Los colores y los trazos de las pinturas exhibidas en el museo la transportaron a un mundo de maravillas sin igual. Su memoria seguía muerta, incluso así, estaba segura de no haber visto nada igual. De ser así, habría reconocido esa sensación de bienestar. Le llamó la atención la exposición dedicada a El marqués de Santillana. La finura de aquellos trazos y sus formas elegantes la impresionaron. El tiempo se convirtió en un juguete, y cuando vibró el móvil que guardaba en el bolsillo trasero de los *jeans* se sobresaltó. No esperaba ninguna llamada. Solo podía ser una persona, bueno, tal vez dos. La abogada le había entregado un aparato de estos desechables.

«Uno de esos que llevan los mafiosos», manifestó entre risas.

No terminó de hacerle gracia aquella broma, aunque no supo determinar la razón. Era José. Su voz masculina, segura de sí misma, provocó una sacudida en todo su cuerpo. Fue incapaz de discernir si se trataba de deseo o aprensión. Sus palabras, como siempre, eran amables, incluso dulces, nada podía reprocharle. Afirmó haber encontrado una manera de ayudarla a recordar, o al menos de averiguar qué había sucedido la noche de su accidente. Alejandra suspiró. Le daba miedo enfrentarse a ello, a pesar de que necesitaba saber.

Aceptó, y quedaron cerca del museo. No esperó demasiado. La recogió en su flamante vehículo, un Mercedes Benz negro, de formas aerodinámicas y elegantes. Dávila fue parco en palabras, y dejó su habitual elocuencia a un lado. Su rostro revelaba cierta tensión y escondía su seductora sonrisa mediante una expresión taciturna.

—Te ves serio —opinó la mujer—. ¿Ha sucedido algo?

—Nada importante —respondió mientras la miraba de soslayo —. Han despedido a alguien del hospital, un viejo compañero al que me une una gran amistad.

—Lo lamento. —Alejandra escogió ser cortés. No le correspondía juzgar al médico. Su voz temblorosa trataba de esconder una mentira.

—Así son las cosas. —Dávila hizo una pausa larga y levantó el

pie del acelerador. El tráfico se condensaba en aquel punto del trayecto—. Conozco a alguien que puede ayudarnos, bueno, ayudarte.

—¿De quién se trata?

—Lo verás enseguida.

Alejandra guardó silencio. No entendía a qué venía aquel lenguaje críptico, y más si era importante. Se removió en su asiento, con gesto malhumorado, y miró por la ventanilla. El tránsito por la M-30 era denso, como de costumbre. La hilera de coches crecía por momentos, y de vez en cuando el inútil sonido de un claxon se elevaba por encima del rugido de los motores. Adoptó una expresión huraña, lo que provocó la sonrisa irónica de Dávila. Dejaron atrás al Parque Madrid Río, cuyas pistas deportivas se encontraban a rebosar. El médico tomó la primera salida en la rotonda, hacia la avenida de Portugal. Se mantuvo en el carril derecho hasta llegar a otra glorieta, cogió la segunda bifurcación y se internó en la avenida Principal. Quince minutos. No estaba nada mal.

Unidad de Policía Judicial de Tráfico.

Alejandra dio un respingo, y su piel se tornó pálida. Aquello no se lo esperaba. Iba a entregarla. ¿Por qué ahora? Sintió un escalofrío recorrer su cuerpo delgado. Ya había obtenido lo que quería. Lo miró desconcertada, con una enorme decepción dibujada en su semblante. Él percibió su recelo, y esbozó una mueca de desagrado. Dejó caer su mano sobre la de ella con delicadeza y acarició sus dedos. Su mirada irradiaba una profunda franqueza. Jamás la traicionaría. Aquel era el mensaje transmitido por su mirada sombría. La mujer se relajó y trató de serenarse. No tenía motivos que la empujaran a desconfiar de él, salvo su propia vulnerabilidad.

El doctor aparcó el coche en batería. Salieron del vehículo y se dirigieron al interior del depósito. Era un lugar enorme, lleno de coches aparcados, la mayoría de ellos tapados por unas enormes lonas de diferentes colores. La iluminación no era buena. Muchas de las luces estaban fundidas, y la penumbra dominaba la nave. Un potente olor a aceite industrial se coló en sus cuerpos, e hizo toser a Dávila. Llegaron a la garita, una pequeña casucha, llena de cachivaches y herramientas en bastante mal estado. Les esperaba un tipo vestido con un buzo de esos azules, lleno de manchas de grasa, con un cigarrillo encendido adherido a sus labios agrietados. Les dedicó una sonrisa burlona, y se pasó la mano por un cabello lacio. Alejandra calculó que tendría unos veinticinco años.

—Supongo que eres Dávila —afirmó mientras le tendía una mano grasienta. El médico le miró con cierta condescendencia y escondió sus manos detrás de su cuerpo. El chico sonrió, consciente de su torpeza.

—El mismo —respondió sin titubear—. ¿Nos enseñas el coche?

—¿Has traído el dinero? —El mecánico dejó claro sus prioridades y no se movió.

—Primero el coche —repitió Dávila.

—No das las órdenes aquí —replicó el interpelado—. Si quieres verlo tendrás que dármelo.

—No fue lo que hablamos —protestó el médico sin mucha convicción. El chico tenía la sartén por el mango. Sacó su cartera del bolsillo de su chaqueta y le entregó dos billetes de quinientos euros al avispado mecánico.

Recibió el dinero con una sonrisa, y los invitó a seguirle. Los condujo por el pasillo del centro hasta llegar a una rampa que descendía al piso inferior. El chico comenzó a silbar una alegre tonadilla que pretendía ser casual, y resultó ser la de *Money*, de la película *Cabaret*. Dávila no pudo evitar sonreír a causa de la descarada actitud del joven, y negó con la cabeza. Llegaron al fondo de la planta con aquel repetitivo sonido metido en sus cabezas. El muchacho, con un gesto lleno de teatralidad encendió una bombilla que colgaba inestable del techo, y les mostró un coche lleno de abolladuras, con el techo hundido. Un Audi A3 de color negro, cuyo brillo perduraba a pesar de su maltrecha carrocería.

Dávila observó a Alejandra. Aquel era el motivo de su silencio. Albergaba la esperanza de que encontrarse con el coche le trajera alguna clase de recuerdo. Ella observaba el vehículo en silencio, en busca de alguna sensación que conectara con su memoria. Cerró los ojos y tocó la chapa con las manos desnudas. Deslizó las yemas de los dedos por la parte exterior del maletero, y fue entonces cuando percibió una sacudida de electricidad por cada rincón de su cuerpo. Abrió los párpados despacio, y miró al doctor con una hermosa sonrisa. Su mirada transmitía muchas cosas. Un profundo agradecimiento al comprender aquella representación, y una disculpa por haber desconfiado de él.

Alejandra examinó el coche de arriba abajo e incluso se atrevió a abrir la puerta delantera y sentarse en el asiento del piloto. Acomodó su cuerpo al espacio. El asiento estaba bloqueado, en cambio, se adaptaba a su altura a la perfección. Aferró el volante y, tras soltarlo, se frotó las manos. Entonces, una película de imágenes inconexas acudió a su mente, liberadas como un géiser. Se vio a sí misma al volante del Audi, a toda velocidad por la A-1, con el rostro desencajado, lleno de lágrimas. Estaba en estado de *shock*, decidida a escapar hacia algún lugar lejano. Revivió la persecución, sintió el destello de las luces V-1, y el choque final. Su mundo dio vueltas, y de sus labios salió una oración que no fue capaz de recordar, apenas era un susurro. El impacto fue terrible. Cristales rotos laceraron su piel, pero consiguió salir por su propio pie, cubierta de sangre, y sentarse a

esperar una muerte que nunca llegó.

—Lo recuerdo —declaró por fin.

Dávila asintió y sonrió satisfecho. Ella lo abrazó con fuerza y después le dio un beso en los labios. El mecánico no tuvo mejor ocurrencia que ponerse a aplaudir la escena, hasta que la mirada fulminante del médico lo hizo detenerse. Alzó los brazos en señal de paz y estalló en carcajadas. Alejandra lo miró con suspicacia y se acercó a él. Le colocó el dedo índice sobre el pecho y presionó con fuerza.

—El maletero.

—¿No ves que está destrozado? —rezongó el joven, remiso a acceder a la petición.

—Puedes abrirlo —insistió Alejandra—. Hay espacio suficiente. Ya lo has hecho. Quitaste la cerradura.

—Yo no hice tal cosa —trató de excusarse—. El accidente…

—No me tomes por una estúpida, pendejo —le increpó la mujer, airada—. No juegues conmigo.

—Está bien.

El mecánico utilizó una pequeña vara de hierro oxidada. La ajustó al hueco de la cerradura, la giró en el sentido de las agujas del reloj, y acto seguido abrió la portezuela. El maletero se encontraba combado, lleno de imperfecciones. La moqueta se había despegado a los lados. Un olor a quemado se extendía por el portaequipajes. Alejandra se inclinó y palpó por cada rincón, hasta que con las palmas de las manos hundió parte de la tapicería. Un doble fondo. Levantó la cubierta y encontró un maletín negro bastante magullado. Las pestañas tenían unas pequeñas cerraduras forzadas por un destornillador casi con toda seguridad. Lo abrió sin mayor dilación. Estaba vacío. La mujer fulminó al joven con la mirada.

—Vale, vale —admitió—. Cogí el dinero. Era demasiado para dejarlo ahí. Si no lo hubiera cogido lo habría incautado la policía.

—¿Pretendes que te demos las gracias? —inquirió Dávila, indignado.

—Pues deberíais —aseguró el mecánico—. Limpié las huellas, y dejé el doble fondo como estaba. Cuando vino la Guardia Civil no encontraron nada.

—¿No les extrañó?

—Bueno, no es la primera vez que hago esto. Siempre dejo huellas parciales. No los llevarán a ninguna parte. Y dan el pego.

—Eres todo un samaritano, chaval —le dijo Dávila.

—¿Verdad que sí? —La actitud desvergonzada del chico les pareció graciosa en cierta manera. Alejandra permanecía en silencio. Trataba de atar cabos y encontrar respuestas a las preguntas que se arremolinaban en su cerebro—. Sabía que antes o después alguien

querría ver el coche.

—¿Por el maletín? —preguntó Alejandra.

—Y por la pistola —añadió sin anestesia.

Alejandra entornó los párpados y movió su hombro hacia delante. Dávila estudió su rostro con atención. No logró discernir si estaba sorprendida, molesta o indignada. Bajó la cabeza y se aproximó al joven. Apoyó su mano en el hombro, y acercó sus labios al oído del mecánico. Su lenguaje corporal había cambiado, transformado por una sinergia desconocida. Parecía otra persona diferente, segura de sí misma, lejos del cervatillo asustado de las últimas semanas.

—¿Qué quieres por ella?

—Quedarme con la pasta —contestó el chico—. Solo eso. Y la promesa de que nadie acudirá a la policía. No creo que nos interese a ninguno.

20

Pete se acomodó en la silla operativa. Era mucho más confortable de lo que esperaba. Había imaginado un habitáculo minúsculo lleno de archivadores y papeles desordenados, y acabó por llevarse una grata sorpresa. Cada dependencia tenía cierta privacidad, y las mesas de madera, recién barnizadas, aún desprendían aquel aroma penetrante y embriagador. Más grandes de lo esperado, poseían lo último en tecnología dedicada al rastreo de la *deep web*, con unos servidores potentes y seguros. O así se lo presentó Juriasti. No había vuelto a hablar con Amaia Landa, y eso le había decepcionado. Esperaba una explicación detallada, personal, al fin y al cabo, tenían un pasado. Ella no se dignó a hacerlo, ni se molestó en devolverle las llamadas. Al *hacker* le costaba reconocer a su vieja amiga en la figura de la brigada de la Guardia Civil. Su rostro marmóreo ocultaba sus emociones, como siempre, aunque resultaba obvio que se había vuelto una mujer más fría y calculadora. Hace años hubiera sido incapaz de urdir semejante estratagema contra él. En el fondo se alegraba.

Necesitaba tiempo para instalarse. Juriasti se lo concedió, al fin y al cabo, era un tipo razonable. Le gustó menos lo de despreciar el equipo de la Guardia Civil. Utilizaría su propia tecnología. Le llevó unas horas montarlo todo. Varios de los integrantes del Departamento de Delitos Telemáticos pasaron en un momento dado a curiosear, alejándose después con el ceño fruncido. Les indignaba ver los medios con los que contaba Pete, y su presencia les resultaba molesta, pues revelaba una cruda realidad. Necesitaban aumentar el presupuesto si querían ser eficaces en la lucha contra los ciberdelincuentes. La policía consideraba a unos y otros como el mismo tipo de delincuentes, claro que ellos no lo veían de aquella manera, desde luego. Los b*lack hat*[10] suponían un verdadero problema, y eran los más difíciles de capturar. Se movían como sombras en un espacio oscuro, desprovisto de luz, y apenas dejaban rastro de sus actividades.

Las noticias corrían como la pólvora, aún más en la UCO. Muchos desaprobaban la iniciativa, tildándola de oportunista. Al coronel Marín no le importaron las tímidas quejas de otros agentes, era una oportunidad que no podía permitirse desaprovechar. La posibilidad de adentrase en la *deep web* y aprender los métodos de los piratas informáticos de primera mano no era baladí. Necesitaban un verdadero profesional, alguien que los guiara por aquel mundo oscuro

y restringido. Los pocos que cumplían condena se negaban a colaborar con las autoridades.

«Preferimos seguir con vida, gracias».

Una frase cargada de dramatismo, la mayoría se aferraba a ella o verbalizaba una similar. Marín esperaba que el amigo de Landa no fuera un fanfarrón más y que los condujera a alguna parte.

Con el transcurso de los días Pete dejó de ser un espectáculo. Todos se acostumbraron a él, salvo David Juriasti. Sus órdenes eran cristalinas. Debía convertirse en su sombra y monitorizar cada movimiento del *hacker*. En realidad, se convirtió en su aprendiz, lo que le hacía entre poca gracia y ninguna. Se sentía minusvalorado, como si todo su trabajo anterior careciera de algún tipo de valor. Al pasar tiempo con aquel tipo de mirada distraída y rostro arrugado se dio cuenta de que no sabía una mierda. El equipo del pirata informático valía por lo menos un millón de euros. Constaba de varios portátiles silenciosos, un par de torres y diferentes pantallas planas de gran resolución. Aquel sujeto era reacio a divulgar sus métodos de trabajo, pero acabó por ceder. Una visita rápida de Marín le desató la lengua. La perspectiva de ir a la cárcel lo volvió parlanchín.

Pete utilizaba diversas herramientas con el propósito de romper distintos cortafuegos y penetrar en las redes de seguridad más exclusivas del mundo. Su *modus operandi* se repetía una y otra vez. Empezaba con Wireshark, un analizador de protocolos de sistemas multiplataforma. Le permitía recolectar datos de diferentes conexiones y exportarlos a otros formatos. De aquella manera localizaba sus objetivos, y podía planificar un ataque más concienzudo. Continuaba con Nmap, utilizada para la detección de sitios web y sus protocolos de seguridad, capaz de detectar los informes con la firma de todos los dispositivos conectados a un mismo servidor. Podía identificar tanto los sistemas como las aplicaciones de cada ordenador, e incluso imitar ciertos protocolos internos.

—¿Has logrado entrar en su red? —preguntó el guardia civil, impaciente.

—Esto no es un partido de fútbol, chaval —respondió Pete mientras entrelazaba sus dedos y miraba al agente con condescendencia—. Más bien es una partida de ajedrez.

—No te tenía por un intelectual. —El analista trató de burlarse de él, sin éxito.

—En este negocio la planificación lo es todo —argumentó el interpelado—. Las bravuconadas y las amenazas no sirven aquí. Buscar pequeñas brechas y salir sin dejar rastro no es fácil. Lleva años perfeccionar este arte.

—¿Así es como te ves?

—Por supuesto —recalcó Pete—. El mundo es mucho más

complejo de lo que tú percibes. Las leyes buscan delimitar la libertad, crear una forma de control sobre la población. Eso es una mera forma de esclavitud, solo que en manos de los gobiernos es legal. Quien maneja los hilos posee el poder.

—Un gran discurso, amigo —le reprochó Juriasti con los ojos enrojecidos—. Un alegato precioso. Seguro que lo lees cada noche antes de irte a dormir.

Pete no se esperaba aquella recriminación, y le pareció bastante ingeniosa. Se acarició su cabeza desprovista de pelo, e intentó disimular la incipiente sonrisa que asomaba por sus labios. Al final, no pudo evitarlo, y estalló en carcajadas. Varios agentes se asomaron al habitáculo donde trabajaban y les lanzaron una mirada desaprobadora. El *hacker* recuperó la compostura, y volvió a concentrarse en su trabajo. Juriasti lo miraba con curiosidad. Utilizaba varias conexiones Sniffer USB[11] de fabricación propia. Aquellos dispositivos emitían una luz verde estrambótica.

—Hace tiempo que no me enfrentaba a un reto digno de mis habilidades —farfulló Pete al cabo de un rato.

Juriasti prefirió no decir nada. A aquel tipo se le olvidaba que entre Landa y él lo habían puesto de rodillas.

—¿Crees que lo conseguirás? —le preguntó con cierto desdén en su voz.

—Ya lo he hecho, amigo.

21

Landa miró de soslayo el móvil. La pantalla se había encendido y vibraba tan fuerte que se movía de un lado a otro de la mesa. Era David Juriasti. Decidió rechazar la llamada. Hablaría con él más tarde. Se movió incómoda en su asiento, pues no esperaba la visita. Muñoz, con su habitual cara de amargado, acompañado de los agentes Manuel Fuentes y Silvia Ferreras. Los conocía, tenían muy buena reputación. Fueron los asignados por el teniente a fin de que llevaran a cabo la vigilancia de Netsolutions mientras conseguían la orden judicial que les diera acceso a las cámaras. Según había oído, a ambos hombres les unía una gran amistad. Invitó a los tres a tomar asiento, con un gesto amable y una sonrisa apenas perceptible. Aceptaron la propuesta, y se situaron cerca del escritorio, lleno de papeles y *dossiers* acerca del caso. Había pasado la noche en el despacho. Rastrear la actividad de Franco Hernández fuera de la empresa se había convertido en un problema. Diferentes testimonios, la mayoría insustanciales y contradictorios. Sus compañeros en el Mercadona de Puente Vallecas afirmaban que se trataba de un tipo serio y de mal carácter, con tendencia a ejercer la violencia. Una versión alternativa del mismo hombre, y tenía la sensación de que esa era su verdadera personalidad. No encontraron nada en el pequeño piso donde vivía. De hecho, el lugar aparentaba estar deshabitado. Suspiró y trató de serenarse. Acabaría por encontrar las respuestas, siempre lo hacía. Fijó su mirada en los agentes. Una expresión de impaciencia se dibujaba en sus rostros, por lo que la brigada decidió no postergar más aquel silencio.

—Vosotros diréis —les abordó por fin, aunque sus ojos grises se hallaban clavados en Andrés Muñoz. Aparecía y desaparecía durante días.

—Los agentes tuvieron que perseguir a un vehículo que iba dando tumbos por la A-1 la noche del asesinato de Pedro Morales —manifestó el teniente con rudeza.

—¿Y eso guarda alguna relación con el caso? —Landa desvió la mirada hacia Fuentes. Le hizo pensar en un perro atado a una correa demasiado tensa.

—Creemos que sí —afirmó el agente con convicción.

Landa estudió las facciones de Fuentes. Poseía un rostro cuadrado, adornado por un fino bigote que temblaba a causa de la

tensión acumulada en su mandíbula. Era una bomba a punto de estallar. Se asemejaba a Muñoz, cortado por el mismo patrón. Se permitió observar a Ferreras por un corto período de tiempo. Los ojos azules de ella manifestaban una turbación evidente. Era obvio que preferiría estar en cualquier otro lugar.

—Le escucho, agente —alentó Landa con cierta impaciencia.

—Perseguimos a un coche que iba a toda velocidad por la A-1. Recibimos un aviso por medio de la central. Alguien llamó para informar.

—¿Quién lo hizo?

—Un ciudadano anónimo —respondió Fuentes, con el ceño fruncido.

—Entiendo que no se han molestado en identificar al autor de la llamada.

—No se me ocurrió, la verdad.

—Ya veo. —Landa tomó notas en una libreta sin molestarse en mirar a Fuentes. Podía percibir su indignación sin necesidad de mirarlo. No le auguraba un gran futuro en el cuerpo con aquella actitud. Todo el mundo era cuestionado por alguien.

—Asumimos que se trataba de un ciudadano preocupado —intervino Ferreras, deseosa de apoyar a su compañero.

—Es lo más probable, agente —concedió Landa—. Nuestra obligación no es categorizar nuestras suposiciones, sino confirmarlas o descartarlas. Continúe, Fuentes.

—El coche se estrelló y se salió de la calzada. El golpe fue aparatoso. Fue un milagro que no matara a nadie, y uno mayor que conservara la vida con solo unas lesiones superficiales.

—¿A dónde quiere ir a parar?

—El accidente tuvo lugar alrededor de media hora después de la hora de la muerte que se le atribuye a Pedro Morales.

—Ella parece mexicana —señaló Ferreras con timidez.

Landa palideció por unos momentos, incrédula. Miró a ambos agentes, insegura de si había escuchado bien.

—¿Saben cuántas mexicanas pueden residir en Madrid?

—Ni idea… —farfulló Fuentes.

—Yo tampoco lo sé —matizó Landa—. ¿No creen que eso tiene un significado?

—Landa… —Muñoz llamó su atención con vehemencia. La expresión de su rostro era severa. La brigada parpadeó durante un segundo. No sabía por qué, pero estaba a la defensiva. Demasiadas horas de trabajo. Si el teniente los había traído, debía de tener un buen motivo.

—Discúlpenme —se excusó con las manos extendidas —. Continúen.

—La mujer fue hospitalizada —relató el agente—. Estuve pendiente de ella. Al parecer, padecía amnesia y el médico responsable no me permitió interrogarla. Esperaba poder detenerla por conducción temeraria, lástima que el juez encargado de la instrucción no parecía tener prisa en procesarla.

—Y se tomó la libertad de acosarla, supongo. —La acusación de la brigada la recibió como una bofetada en pleno rostro.

—Lo hice —reconoció—. Mantuve las distancias, muy a mi pesar. Su médico era demasiado protector y muy beligerante en su trato con nosotros. Le dio el alta y no lo notificó a nadie.

—Eso es irregular —valoró Landa.

—Estaba muy enfadado, incluso frustrado —se sinceró Fuentes inclinándose hacia delante—. No podía dejar de pensar en lo que podía haber pasado y en los trabajadores que puso en peligro. Decidí dar el próximo paso.

—Seguimos al médico —informó Ferreras. Le desagradaba estar allí parada, como un mero adorno. Miró a Fuentes, en busca de su aprobación y, al obtenerla, prosiguió—. Esperábamos que nos llevara hasta ella. En el hospital pasaba mucho tiempo en su habitación. Demasiado. Por desgracia, no sucedió.

—¿Entonces? —Landa empezaba a impacientarse. Su móvil vibraba con insistencia. Juriasti volvía a llamarla. Debía de ser importante.

—Le seguimos hasta el *parking* del Palacio de Congresos de Madrid. Al parecer tenía una cita. Con un amigo suyo, podría decirse —señaló Fuentes con sarcasmo.

—Me temo que no le sigo —masculló Landa entre dientes.

—Máximo Mendes.

22

Alejandra había pasado otra noche en vela, en cuclillas, con la ropa de la cama arrebujada contra su cuerpo, como una segunda piel. Tenía el cabello enmarañado, lleno de nudos, y su tez pálida ofrecía un aspecto terrible bajo la luz de los halógenos. La pistola yacía encima del lecho, a poca distancia de sus manos. Volvió a cerrar los ojos, incapaz de recordar nada más allá de su huida del despacho de Pedro Morales. Su mente continuaba sumida en tinieblas, y a pesar de que se esforzaba con denuedo en ir más allá, no consiguió nada, lo que aumentó su frustración. La sostuvo en sus manos, en busca de sensaciones ocultas. Nada. Una 9mm Parabellum, un arma cómoda y manejable, fácil de esconder. Hacía dos días que no veía a Dávila. Ni siquiera la había llamado. No sabía cómo tomárselo. Se sentía vulnerable, abrumada por las implicaciones de todo aquello. El médico tenía mucho que explicarle, no podía mantenerla a oscuras por más tiempo. Pensó que se quedaría con ella, y al dejarla sola una sombra de decepción se adueñó de su rostro. Le ofreció una excusa banal y le pidió que tuviera paciencia. El hombre tenía una doble cara, y temía descubrir su lado oscuro. Había atisbado una pequeña parte cuando se acostaron. No había querido asumirlo, porque lo necesitaba. Se mordió los labios de manera fugaz durante un instante. La realidad la alcanzó de nuevo, sin piedad. No tuvo más remedio que aceptarlo. Él no era el problema.

—¿Quién soy? ¿Por qué no puedo recordar?

Suspiró profundamente. La pistola no poseía alma. Cualquiera podía sostenerla y arrebatar una vida. ¿Eso era? ¿Una asesina desalmada desprovista de memoria? Su cuerpo se revelaba contra aquella idea. Tenía miedo de descubrirlo, pese a que necesitaba hacerlo.

El sonido de unos dedos golpeando la puerta de madera perturbó sus pensamientos. Alzó la cabeza despacio, como si aquel movimiento le costara horrores. Su visión era borrosa. No lograba enfocar bien. El sonido volvió a repetirse, una y otra vez. La puerta se abrió despacio, y María entró en el dormitorio. Su rostro amable exhibía aquella sonrisa cercana. Se sentó al borde de la cama, y tomó sus manos entre las suyas. El cabello castaño caía ligero como una pluma de águila sobre sus hombros. Alejandra se fijó en sus facciones, semejantes a la fina porcelana. Era una mujer hermosa que acarreaba

el peso de un amargo sufrimiento. La abogada había escogido esconder su dolor tras una fachada de excentricidad y humor. Tal vez por eso habían conectado.

—Esto en realidad es bueno, Alejandra.

—¿Tú crees?

—Sí —afirmó María con seguridad—. Tú no lo hiciste. Debiste presenciarlo, y por eso huiste. A Morales lo mataron con un cuchillo, no con una pistola.

Alejandra miró a su amiga. Agradecía su compañía y apoyo incondicional. Le producía una sensación agradable, casi terapéutica. Desvió la mirada hacia el techo. Necesitaba armar el puzle, a pesar de que le faltaban muchas piezas. Apretó la mano de su amiga, y acercó su semblante a poca distancia de aquellos ojos profundos, poseedores de un brillo enigmático. Tan diferente a su hermano, su figura irradiaba energía positiva, y era sencillo apoyarse en ella. La mexicana sintió un escalofrío recorrer su sistema nervioso. Demasiado diferentes.

—¿Por qué me has mentido?

María le soltó las manos, sorprendida por la pregunta. La mirada de Alejandra era inflexible. No podía escurrir el bulto.

—No te entiendo… —acertó a balbucear con voz temblorosa.

—¿Quién es PC?

—Ya te lo dije.

—No mencionaste su nombre —matizó Alejandra—. Me gustaría conocerlo.

—No comprendo tu interés, la verdad.

—Eres una persona especial, María. Estoy segura de que no te ha gustado mentirme. Dudo que puedas hacerlo si te miro directamente a los ojos.

Ella bajó la mirada. Al alzar la cabeza una lágrima solitaria se deslizó por su mejilla. Sus labios temblaban, rehenes de la culpabilidad que sentía bajo su pecho.

—Es José —admitió con un hilo de voz—. No somos hermanos. Fue mi pareja hace tiempo.

—¿A qué viene esta farsa?

—Él me lo pidió —notificó María—. Estoy en deuda con él. Dijo que me acercara a ti, que necesitabas una amiga. No me sentí bien haciéndolo, la verdad.

—Te creo. —Alejandra le acarició la mejilla. No estaba enfadada; si acaso, aliviada por haberse dado cuenta. Su mente luchaba por trascender la bruma que la cubría.

—¿Quién es él en realidad?

—Es un hombre al que le gusta obtener todo lo que desea —declaró la mujer, más calmada—. Yo he estado en tu lugar, Alejandra.

Estuvimos juntos un tiempo, y después se convirtió en mi amigo. Me costó comprender que él no tiene el mismo concepto que la mayoría acerca de las relaciones, al menos no tiene el mismo que yo. Tuve problemas y me ayudó. Muchísimo.

—¿Esta casa es suya?

—Lo es —reconoció María—. Necesitaba un sitio donde vivir, y me entregó las llaves. He recuperado el control de mi vida, lo que en su momento consideré imposible. Todavía me siento muy unida a él.

—¿Aún le quieres?

Ella negó con la cabeza con vehemencia, en un torpe intento de mantener una mascarada carente de todo sentido. Sus ojos se escondieron detrás de unos párpados destinados a esconder el brillo de unas lágrimas que pugnaban por derramarse. Los brazos de la mexicana la rodearon y, sin poder resistirlo por más tiempo, rompió a llorar. Aún soñaba con aquellas manos rozando su piel temblorosa, con sus vigorosos labios y las noches de pasión, indelebles en su memoria.

—No significa nada para mí—aclaró Alejandra con firmeza. María asintió despacio, consciente de la situación—. Si hubiera sabido esto, jamás hubiera ocurrido. Me sentía vulnerable, y permití que sucediera.

—Es el precio a pagar por jugar con la mentira; además, él jamás volverá conmigo. Le atraen nuevos retos, yo ya soy historia pasada.

—Entiendo…

—Nunca lo vi implicarse tanto con alguien —se sinceró la abogada—. Nunca.

—¿Insinúas que siente algo por mí?

—No lo sé. Sus actos son un misteriosos. Nunca da explicaciones acerca de lo que hace o deja de hacer.

—¿Conoces a sus amigos?

—Jamás los he visto —musitó María mientras se encogía de hombros—. Sé que se codea con gente de dinero, importante, con influencias.

—¿Gente peligrosa?

—¡Por Dios! ¡Espero que no!

Alejandra asintió despacio. No estaba convencida. La situación con el vehículo accidentado había despertado en ella una profunda inquietud. El tipo de personas capaces de inmiscuirse en una investigación policial no era trigo limpio. Estaba segura de ello. No tenía idea de a quién había llamado con el fin de averiguar dónde estaba el coche, ni de cuánto le había costado.

—¿Sabes si conoce a alguien en judicatura? —La pregunta acudió a su cabeza de pronto.

—Sí —contestó María con el rostro ensombrecido. Gracias a sus contactos, había logrado prosperar en su carrera, o al menos había obtenido una excelente carta de recomendación—. Al juez Juan Carreño. Es un viejo amigo de su familia, o eso me dijo. Me consta que le ha pedido algún favor que otro.

Al terminar la frase, María desvió la mirada al suelo. No hizo falta decirlo en voz alta. Alejandra comprendió por fin el motivo de que nadie hubiera venido a detenerla. Un juego peligroso, destinado a protegerla. Demasiados riesgos por alguien a quien acababa de conocer. ¿Tanto anhelaba acostarse con ella? Se ruborizó al pensar que no hacía falta tanta parafernalia por un encuentro sexual. No conocía a José Dávila en absoluto, y elucubrar teorías se volvió absurdo e inútil.

—Por cierto, José te ha dejado un paquete —anunció la abogada con un hilo de voz.

Sin aguardar respuesta se levantó del lecho y salió de la habitación. Volvió enseguida con una caja de zapatos en las manos. Se la entregó con una tímida sonrisa, y aguardó a que la abriera. Se quedó cerca, carcomida por una enorme curiosidad, le intrigaba su contenido. Alejandra no articuló palabra. No le importaba la presencia de la abogada. Aún sentía esa conexión con ella. Retiró la tapa y la depositó a su lado. En el interior había varios sobres de color blanco, que procedió a abrir. Sus dedos se agitaron, fruto de un nerviosismo creciente. En el primero de ellos encontró un pasaporte de México. Al ver el águila sostener a la serpiente en su pico, un cosquilleo notable recorrió su espalda. Abrió el documento y se encontró con una foto que no recordaba haberse sacado, y su nombre impreso, acompañados de los apellidos Guzmán y Rodríguez. Natural de Tijuana. Pasó las yemas de los dedos por los trazos de tinta del nombre de la ciudad. Entrecerró los ojos. Su cuerpo convulsionó de manera imprevista. María la sostuvo por el brazo y la miró alarmada. Ella quitó importancia al mareo, y aseguró encontrarse bien.

En el resto de los sobres había un pasaje de avión a Albuquerque con fecha abierta, y alrededor de diez mil euros en billetes de quinientos. Sus ojos estuvieron a punto de salirse de sus órbitas. Era el camino más corto para llegar a la Eastern New Mexico University. Allí podría empezar su búsqueda. Murmuró una oración en voz baja, agradecida. Era incapaz de entenderlo por más que pensara en ello. Recibió un baño de realidad difícil de ignorar. No podía permitirse rechazar aquel regalo.

María asintió. Debía aceptarlo. Las respuestas a todas las preguntas que bullían en la cabeza de Alejandra no estaban en España. Ambas mujeres se miraron durante un interminable segundo, conscientes de que había llegado el momento de separarse, y que tal

vez no volverían a verse jamás. Se abrazaron tal y como harían dos hermanas. Las arenas del tiempo se detuvieron de alguna forma, convirtiendo el contacto en un gesto eterno.

—No te lleves la pistola —le recomendó entre risas la abogada —. Sería ridículo que te detuvieran en el aeropuerto después de lo que has pasado.

23

La sala de reuniones era una estancia pintada de blanco, cuyo color neutro buscaba transmitir una sensación de calma y seguridad. El coronel no creía en absoluto en aquella psicología barata, como la denominaba sin ninguna clase de pudor, estuviera delante la terapeuta o no. La paciencia no era una de sus virtudes, y en su rostro asomaba una mueca de desagrado. Un gesto estudiado, destinado a establecer una barrera invisible entre sus agentes y él. Detestaba ser importunado con nimiedades. No quería unos subordinados dependientes, sino hombres y mujeres capaces de tomar sus propias decisiones, con iniciativa propia. Estaba satisfecho con el equipo, aunque trataba de encontrar la manera de aumentar su eficiencia. Los casos que requerían la intervención de diferentes grupos de la UCO no eran tantos como cabría pensar, y la coordinación entre ellos debía mejorarse más pronto que tarde. Desvió su mirada a Amaia Landa; se consideraba un maestro en desentrañar las emociones escondidas en las facciones de las personas, sorprendentemente apenas percibía nada en ella. Se encogió de hombros, le parecía una gran cualidad. Al fondo de la estancia estaba Silvia Ferreras, con su cabello rubio platino recogido en una larga coleta, y sus ojos azules enfocados en el suelo de la estancia, insegura acerca de si debía estar allí. La brigada había insistido en ello, en cambio, rehusó a sentarse junto a los demás. Delegó aquella responsabilidad en Manuel Fuentes, situado a la izquierda de la vasca. El hombre conservaba aquella expresión seria, destinada a mostrar un aspecto rudo e intimidante. Le gustaba tanto jugar al poli bueno, poli malo, siempre con el mismo papel, que olvidaba dejarlo de lado cuando interactuaba con otros compañeros. Marín detestaba el fino bigote que tan orgulloso lucía. Un pupilo de Muñoz, sin duda. El teniente se hallaba sentado al otro lado de la mesa, lejos de su inmediata superior. La relación entre ambos era distante. De vez en cuando desviaba la mirada hacia la brigada, con una expresión inclasificable pintada en su cara.

David Juriasti estaba sentado a la derecha de la brigada, con la mirada perdida. El coronel había leído con atención el informe de Landa, y no había nada de lo que tuviera que avergonzarse, sino al contrario. Gracias a su intervención habrían podido obligar al *hacker* a trabajar para ellos y penetrar en la red de seguridad de Netsolutions, cuyas barreras habían sido infranqueables hasta ese momento. El

hombre, cuyo rostro burlón manifestaba una irreverencia hacia las autoridades, permanecía apoyado en el atril donde descansaba uno de sus muchos portátiles, mientras movía sus dedos índice y corazón de forma distraída. Había logrado su propósito en tiempo récord. No había sido fácil, y tuvo que recurrir a todos sus recursos en la d*ark web* con el objetivo de hallar un punto de acceso viable.

Por descontado, todo se fue complicando. Se trataba de un universo aparte, en el que las normas y códigos de conducta del mundo real no tenían sentido, regido por otras por completo diferentes, y en el que cualquier conato de rebelión era sofocado con rapidez, por cualquier medio necesario.

Marín clavó sus ojos en el *hacker* y mediante un gesto severo le ordenó comenzar. Pete asintió después de unos dramáticos segundos en los que permaneció inmóvil, destinados a molestar al coronel. Apagó las luces y una tímida penumbra conquistó la sala. La enorme pantalla se oscureció durante un instante, siendo disuelta por un enorme logo de aspecto ridículo. Era la imagen del propio pirata informático ataviado con un traje blanco y una corbata azul celeste. Una caricatura que pretendía ser graciosa, que gesticulaba sin parar, realizaba algunos gestos obscenos, y se carcajeaba de forma exagerada. Todos lo miraron con severidad, pero se limitó a encogerse de hombros y sonreír.

—Olvidé quitar la animación —se excusó con torpeza, con una sonrisa burlona pintada en su rostro. Las hostiles miradas de los agentes no lo intimidaban.

El logo corporativo de Netsolutions apareció de pronto. El planeta Tierra rodeado por una red neuronal de color fucsia con el membrete de la compañía en letras áureas sobresalía sobre el fondo oscuro de la pantalla. Demasiado pretencioso, un rasgo distintivo de Pedro Morales según los empleados de menor rango. Los más cercanos tenían otro discurso, diferente por completo, asemejándose más a una reencarnación de Jesucristo.

Landa desconfiaba de ambos alegatos, tenía claro que los tejemanejes del CEO de la empresa eran desconocidos por una buena parte de la compañía. Formaban parte del sistema como engranajes minúsculos, que desconocían la identidad de la gente cuyos paquetes de datos salvaguardaban. Solo existían como meros códigos, fríos e insensibles, con los que resultaba imposible empatizar.

A continuación, un gráfico de barras anaranjadas apareció en el centro de la imagen. Su tamaño crecía de manera exponencial a la vez que las fechas bailaban en la parte inferior izquierda. Algunos de los agentes tomaron notas acerca del crecimiento económico de la compañía desde su fundación. Ferreras apenas pestañeaba, impresionada por lo que Pedro Morales construyó en apenas unos

años. Demasiado rápido. Había algo sucio en todo aquello.

El *hacker* tomó la palabra. Su voz era firme; incluso, rezumaba un profundo magnetismo que atrapó a su audiencia. Explicó cómo Morales comenzó a trabajar para el Complejo Cantarell tras prestar asesoramiento como consultor en diferentes empresas de Nuevo México. Se encargó de mejorar el *hardware* del sistema de navegación de los petroleros. Su llegada coincidió con unas importantes inyecciones de capital privado al grupo, por desgracia, no hay ninguna transferencia ni documento que lo pruebe. No existían registros de aquellas inversiones en ningún banco de México. Tampoco hubo ninguna clase de auditorías hasta el año 2000.

—Un segundo —intervino Muñoz, sorprendido por las implicaciones de todo aquello—. ¿No estás dando palos de ciego? Lo que insinúas es muy grave…

—Y ni siquiera nos compete a nosotros —corroboró Marín con una mueca de rechazo en su rostro.

—¿Ah, no?

La réplica de Pete, insolente e irreverente como era costumbre en él, provocó una fulminante reacción en Fuentes, que se levantó como accionado por un resorte, con el rostro enrojecido. Landa se movió rápido, como una sombra adherida al cuerpo del hombre, recorrió la distancia que los separaba en apenas unos segundos y lo agarró con fuerza del brazo. El agente trastabilló, sorprendido por el movimiento de la brigada, y la miró a los ojos. Percibió tal frialdad en ellos que su ánimo se relajó de golpe. Hundió la cabeza en el pecho y volvió a su asiento. No se atrevió a mirar al coronel.

—No pienso tolerar ni un solo acto más de insubordinación —declaró con una voz grave. Nadie se atrevió a replicar, y un silencio absoluto se adueñó de la sala de reuniones. Marín lo prolongó durante un par de minutos más, hasta que mediante un gesto lleno de desdén le indicó al *hacker* que continuara.

—Morales visitaba Tijuana cada vez que le era posible. Fines de semana, vacaciones… Hay muchos registros de billetes de avión; incluso, alguno de autobús.

—¿Es eso ilegal? —preguntó Muñoz, haciendo gala de su persistente testarudez. Pete negó con vehemencia tal posibilidad, y acompañó el gesto con una sonrisa cínica.

—Llevarse dinero sin declarar y distribuirlo por diferentes canales sí lo es.

—Joder…

Juriasti dejó escapar aquel sonido de sus labios, en el que podía percibirse un leve rastro de reproche hacia su propia persona. No había sido capaz de seguir el rastro de Morales en aquellos años. Había solicitado los datos, por desgracia, aún lo tenían a la espera.

Entendió que Pete se había limitado a entrar en el sistema y tomarlos. Negó con la cabeza. No podía hacerlo. No bajo el techo de la UCO.

Landa intercambió una mirada con él, destinada a hacerle comprender la posición en la que estaban y lo mucho que se jugaban. Las palabras de Miguel Alonso volvieron a la cabeza del analista, pese a que representaban escaso consuelo. Le parecían demasiado ambiguas.

—A su vuelta a Ciudad de México se repetía un patrón idéntico. Ingresaba una pequeña parte en una cuenta corriente, a modo de dietas…, y blanqueaba el resto a través de varias empresas fantasmas, la mayoría asentadas en paraísos fiscales.

—¿Cómo puedes saberlo? —inquirió Muñoz, desconcertado.

—Siempre queda un rastro…, si sabes dónde buscar —explicó Pete mientras se encogía de hombros—. El tío es… era bueno. He necesitado todos mis recursos para seguirle la pista. Al principio fue muy cuidadoso, más adelante se volvió descuidado. Terminó por hacer las operaciones el mismo día, a la misma hora, y una cantidad idéntica. A pesar de utilizar diferentes códigos de entrada, el dinero puede seguirse, si sabes cómo romper las diferentes medidas de seguridad.

—Han pasado muchos años. Me cuesta creer que esa información exista todavía…

—Despierte, teniente —contestó el *hacker*—. Todo tiene un valor. Las operaciones relacionadas con empresas importantes se han digitalizado, y se han guardado bajo llave hasta que alguien es capaz de romper la cerradura. Incluso los archivos en papel, toneladas de ellos, se roban con la intención de chantajear a los implicados. Es todo un negocio.

—Tu negocio —lo acusó Juriasti de mala gana.

—Exacto, aprendiz —replicó con sorna con una enorme sonrisa cínica en sus labios—. El mío.

Un leve murmullo creció en la estancia. Les incomodaba la presencia del *hacker* y su carácter soberbio. Marín apretaba la mandíbula con fuerza, y tanto Muñoz como Fuentes hundieron la cabeza en el *dossier* con tal de no mirarlo a la cara. Pete y Landa cruzaron sus miradas. Todo aquel espectáculo absurdo iba dedicado a ella, a hacerle viajar al pasado, a una época que ella ansiaba enterrar en lo más profundo de su memoria. Intentaba ridiculizarla, ponerla en un aprieto delante de sus superiores, en un burdo intento de llamar su atención. La expresión de Amaia no cambió ni un ápice. Ella lo conocía muy bien, y no le sorprendió su comportamiento irreverente, una seña de identidad inherente a su personalidad. Su arrogancia crecía cada segundo, respaldado por una verdad insufrible. Lo necesitaban. La brigada lo miró con frialdad y Pete no pudo evitar

esbozar una sonrisa cínica. Poco quedaba de aquella chica tímida e insegura de su juventud.

—Continúa, Pete, si has acabado de presumir —le pidió con un tono de voz suave y amable.

—Esas transferencias derivaron al Complejo Cantarell después de dar muchas vueltas, por así decirlo. Dinero sucio blanqueado por empresas fantasmas con el objetivo de otorgar un capital millonario a una empresa que necesitaba una considerable inyección de dinero. En la actualidad, el yacimiento es considerado uno de los más importantes a nivel mundial, el segundo más grande del tipo costa afuera[12]. Era imprescindible que aquello saliera adelante.

—¿Y esa información se encuentra oculta en los servidores de Netsolutions? —preguntó el coronel, incrédulo.

—Claro que no —aclaró Pete—. Ellos han limpiado casi todo su disco duro mientras tratabais de entrar por vuestros propios e insignificantes medios. Suponía que lo harían, son un objetivo de los *black hats* desde hace mucho tiempo.

—¿En serio? —preguntó Juriasti.

—Por supuesto, aprendiz. Salvaguardan muchos secretos, y a menudo se han visto obligados a pagarnos a fin de no verse expuestos.

—¿Todo eso es más importante que un asesinato? —La voz de Ferreras se hizo presente desde el fondo de la sala. Al notar las miradas de todos sobre ella, bajó la cabeza, avergonzada. Se había propuesto ser un simple testigo en aquella reunión.

La respuesta del *hacker* no sorprendió a nadie. Comenzó a reír, primero de forma tímida, hasta que decidió dar rienda suelta a sus instintos y aquel sonido, agudo y desquiciante, reverberó en la sala de reuniones.

A Pete le encantaba la teatralidad, y acabó en cuclillas, con una mano apoyada en el suelo. Una lágrima se deslizó por su sonrosada mejilla al mismo tiempo que negaba con la cabeza. Se incorporó enseguida, al ver cómo Muñoz cerraba el puño mostrando unos nudillos tan blancos como la piedra de luna.

—O incluso que dos, no te olvides de Franco Hernández —le recriminó Pete a Silvia Ferreras. Ella lo observó en silencio, y solo arqueó una ceja a modo de respuesta—. No tenéis ni idea de lo que sucede en la *dark web*. Lo que conocéis es solo la punta del iceberg. El caso que tanto os preocupa es una solemne tontería, creedme.

—No somos jueces, Pete —expuso Landa al incorporarse de su asiento—. No hacemos juicios de valor. Solo cumplimos con nuestro trabajo.

Pete aplaudió. Lo hizo con energía, y acompañó a la acción con un gesto condescendiente bastante ofensivo.

Muñoz dio un paso al frente. Le daba igual lo que pudiera

sucederle. Landa lo miró y negó con la cabeza, decepcionada. El enfurecido oficial no le hizo el menor caso. Un puño de hierro impactó en la cara del *hacker*. Le partió el labio, y escupió sangre sobre la moqueta. Fuentes y Marín trataron de sujetarlo. Apenas podían contenerlo. Con su mano izquierda le propinó varios golpes en el estómago. Sacaron al teniente a empellones de la sala de reuniones, aunque tuvo tiempo de murmurar una última frase.

—¡Denúnciame, gilipollas!

Nadie quiso ayudar a Pete. Se mantuvieron al margen hasta que el coronel y Fuentes volvieron al cuarto. Sus rostros revelaban una tensión extrema y optaron por no decir nada acerca del teniente. El *hacker* se levantó con dificultades y se palpó el abdomen con expresión dolorida. Landa lo miró con atención, y mediante un gesto críptico le indicó que continuara. El hombre se limpió la sangre de los labios con un pañuelo, y suspiró.

—¿Qué había en Tijuana alrededor del año 1984 capaz de producir mucho dinero? Seguro que lo sabéis mejor que yo, agentes.

—El CAF[13] —intervino el coronel Javier Marín.

—El cártel de Tijuana fue muy importante en aquella época. Tenían algunas dificultades con el blanqueo de tal volumen de dinero. De algún modo lograron hacerlo. Cada vez que Morales visitaba Tijuana, el dinero de los Arellano Félix se movía, y retornaba meses después limpio.

—¿Tienes acceso a las viejas cuentas del cártel? —La voz del jefe de la UCO conservaba ese deje de asombro.

—Siempre hay alguien que lo tiene, coronel. Solo hay que saber moverse.

—Entonces Morales trabajó para los Arellano Félix y con sus beneficios montó Netsolutions —conjeturó Landa sin revelar ninguna clase de emoción—. ¿Es eso?

—No me corresponde a mí sacar ese tipo de conclusiones, *laztana*[14]. El rastro del dinero es cristalino.

—Si Morales seguía en contacto con el cártel de Tijuana, podría tratarse de un ajuste de cuentas de algún tipo —aventuró Juriasti.

—El cártel de los Arellano Félix ha desaparecido prácticamente. Solo queda un pequeño reducto tras finalizar su guerra con el de Sinaloa.

—Necesitamos saber la verdad acerca de Franco Hernández —indicó Marín, pensativo.

—El tipo decía ser de Monterrey, pero claro, podría ser una invención —valoró Landa mientras observaba con atención al *hacker*.

—Esto es diferente, Amaia —notificó Pete con indolencia—. Hernández vendría con documentación falsa desde allí, comprada con dinero en efectivo. Es imposible saber dónde la obtuvo con exactitud.

No hay un rastro que seguir cuando las cantidades son tan pequeñas.

—El asesino de ambos sigue suelto —expuso Ferreras—. Oculto, en alguna parte, tal vez riéndose de nosotros.

Nadie quiso responder a la reflexión de la agente. La cruda realidad tenía el poder de sacudir conciencias. De nuevo, el silencio se adueñó de la sala, envolviéndola con una aura tétrica.

24

Marín salió disparado de la reunión con el rostro desencajado. Buscó con insistencia a Muñoz, siendo incapaz de encontrarlo. Supuso que había abandonado la central a toda prisa. Apartó al teniente de sus pensamientos, pese a que le resultaba difícil. No podía permitirse perder un tiempo del que no disponía. Iba a encerrarse en su despacho cuando el sonido del móvil, monótono y repetitivo, provocó un largo escalofrío por todo su cuerpo. El tono Graham Bell, adjudicado a Gloria. La conocía bien. Era una mujer altiva y orgullosa, no le llamaría si no fuera importante. Se alejó a paso vivo, con el aparato en su mano derecha. No dejaba de sonar. Alcanzó el vestíbulo y, tras comprobar que no había nadie más allí, respondió. Su corazón latía deprisa, tal vez demasiado. Tragó saliva y murmuró su nombre con voz entrecortada.

—¿Gloria?

Silencio.

—¿Gloria? ¿Estás bien?

Un leve susurro trató de hacerse presente al otro lado de la línea. Apenas distinguió un leve hipido y un gemido lleno de terror. El coronel no necesitó oír más. Sabía qué debía hacer. Cerró los puños, consumido por la rabia. Miró de reojo a los agentes apostados a lo largo y ancho de la planta. Suspiró profundamente y negó con la cabeza, consternado. Debía resolverlo solo. Salió disparado por las escaleras de servicio mientras aflojaba la cartuchera; podría necesitar utilizar su arma reglamentaria. Ni siquiera recordaba cuándo la había disparado por última vez. Alcanzó el garaje y en pocos segundos se hallaba sentado en el asiento del coche oficial. Se dirigió a la casa de Miguel Rojo, o, mejor dicho, a la de Gloria. Quince minutos para la mayoría, lo haría en la mitad de tiempo. El motor rugió como una bestia enjaulada, deseosa de dar rienda suelta a sus instintos. La luz del sol lo deslumbró directamente a los ojos, obligándolo a ponerse las gafas de lentes ahumadas, escondidas en la guantera, junto a un montón de documentos. Encendió las luces V-1 y se incorporó a la M-12. Sorteó la larga fila de vehículos que se desplazaban como podían al carril derecho con el objetivo de facilitarle el paso. La sirena resonó por toda la calzada, acompañada por los latidos del corazón de Marín.

«Dios quiera que no sea tarde».

Una gota de sudor se deslizó por su sien, sin llegar a percatarse de ello. Su rostro palideció y le costaba respirar. Abrió la ventana a fin de sentir el aire acariciar su piel durante un breve momento. No duró mucho. El peso de la responsabilidad era abrumador, y el de su mala conciencia, también. Debió haberlo previsto. Apenas percibió la fuerza del viento, mortificado por la posibilidad de no encontrar a Gloria con vida.

La Moraleja era un verdadero pulmón verde situado al norte de Madrid, y su belleza natural suponía un oasis en el desierto de asfalto que rodeaba la capital. Alcanzó la zona de acceso como una exhalación, y no se molestó en comprobar si los guardas de seguridad se apartaban a tiempo. Sus manos se aferraban al volante, con el sonido de la respiración de la mujer reproduciéndose en bucle en su cerebro.

No tardó en llegar a la Zona Este, una enorme extensión de más de doscientas hectáreas, de carácter privado. Rojo vivía en una agrupación de viviendas unifamiliares adosadas, con vistas al club de golf. La mayor parte del recorrido del campo de juego discurría por esa zona. Marín había estado muchas veces de visita, y jamás ocultó lo mucho que detestaba ese maldito juego. Ya no estaba lejos; redujo la velocidad de forma considerable y apagó las luces y la sirena.

Su entrada no fue discreta. Quería hacerse notar, y tal vez darles tiempo de alejarse de allí y de Gloria. Sintió un latigazo en la espalda, clasificándolo como un justo castigo. Si querían matarla no había nada que pudiera hacer.

Al llegar a la altura de la casa frenó de golpe. El chirrido de los neumáticos se hizo insoportable, y su eco se propagó por toda la calle. Los ojos de Marín empequeñecieron ante una visión perteneciente a una película de bajo presupuesto.

Una furgoneta de un color blanco desgastado estaba parada enfrente de él, con el motor en marcha. Tenía las puertas traseras abiertas, y en su interior había cuatro tipos de piel morena, rostros rudos y mirada desafiante. Fue muy sencillo determinar su procedencia. Sostenían armas automáticas en sus manos y lo miraron con desprecio.

«Lo saben», pensó consternado.

Y entonces se dio cuenta. Gloria debía de estar viva, aterrorizada, escondida en algún rincón de la enorme casa. Tal vez con señales de violencia en su rostro perfecto. Habría confesado. ¿Cómo no hacerlo? Querían recuperar su mercancía.

La mano derecha de Marín se deslizó en busca del reconfortante tacto de la pistola. Sus dedos apenas rozaron la culata cuando comprendió que no iban a dispararle. Trataban de amedrentarlo. El lenguaje corporal de aquellos tipos era cristalino, al fin y al cabo,

tenía en su poder lo que ellos codiciaban. El cabecilla se acercó al coche con paso firme mientras el coronel mantenía su vista fija en un punto indeterminado. El sicario le arrojó un móvil de pequeñas dimensiones y, antes de darse la vuelta, le habló con un acento muy marcado.

—Te llamaremos, pendejo —declaró con desprecio—. Y recuerda que solo tienes una vida.

25

Manuel Fuentes sentía ese viejo hormigueo por todo su cuerpo, un viejo amigo que siempre lo acompañaba cuando estaba convencido de algo al 100%. Sus ojos empequeñecidos observaban el umbral de una puerta envuelta en sombras. Ferreras se movía inquieta en el asiento del copiloto. No le gustaban las largas jornadas de vigilancia, le crispaban los nervios. El agente era una bomba de relojería a punto de estallar. Un policía de la vieja escuela, demasiado impulsivo. En aquellos momentos permanecía en un anómalo estado de calma. Probablemente no duraría mucho. Silvia se sentía atraída por él, no podía evitarlo. Ansiaba descubrir qué ocultaba aquel rostro cuadrado, sobrecargado con una tensión insoportable. Era un hombre reservado y desconfiado. En determinados momentos bajaba la guardia y mostraba su verdadera personalidad, aquella guardada bajo llave, oculta a la inmensa mayoría de la gente. Ella no era una más, podía notarlo en el brillo de sus ojos cuando la observaba con intensidad. Desconocía si su deseo era instruirla, protegerla de alguna forma, o intimar con ella. Deseaba descubrirlo, sin forzar nada. A él le obsesionaba su trabajo, y era difícil ver sus sentidos enfocados en otro lugar. Su amistad con Andrés Muñoz era importante, y se había embarcado en una cruzada imposible por limpiar su nombre. El teniente estaba más allá de toda redención posible, pero, de algún modo, sentía que se lo debía. En sus primeros días en el cuerpo había sido su principal sostén, y jamás podría olvidarlo.

Máximo Mendes había desaparecido del mapa. Llevaba más de una semana sin ir a su trabajo, aunque mantenía algunas reuniones telemáticas con Román García cada mañana, o eso afirmaba el presidente del Consejo de Administración de Netsolutions.

Fuentes no creía ni una maldita palabra que saliera de la boca de cualquiera de esos empresarios sin escrúpulos. Conocía a los de su clase. Creían que su posición les permitía saltarse la ley sin consecuencias. No iba a consentirlo. El agente procedía de una familia humilde y le costaba mantener la ecuanimidad en casos como aquel.

Desvió su mirada hacia Ferreras, tan tranquila y equilibrada. Admiraba su capacidad para mantener una distancia adecuada respecto a toda la mierda que les rodeaba a diario. El hombre era consciente de su idiosincrasia, representaba un vestigio de un pasado más o menos remoto, y debía adaptarse o quitarse de en medio.

Máximo Mendes salió del lujoso portal ataviado con un traje de raya diplomática de color azul marino y una corbata a juego. Se escondía detrás de unas gafas de sol oscuras, a pesar de que el día era nublado y el sol permanecía escondido detrás de un cielo encapotado. Su tono de piel se asemejaba al de una pared pintada de blanco, y Fuentes llegó a cuestionarse si en verdad había estado enfermo. Tras su cita con el matasanos le perdió la pista durante un par de días. Debía de permanecer oculto en su apartamento por alguna buena razón. Habían tomado la precaución de cambiar de vehículo cada día, e incluso de indumentaria. Otra pareja vigilaba a José Dávila, que pasaba la mayor parte del día en el hospital, presa de una rutina desesperante. No habían vuelto a reunirse.

Ferreras salió del coche en primer lugar. Les parecía poco probable que alguien sospechara de ella. El mundo era todavía un lugar apegado a pensamientos de otra época, lo que utilizarían a su favor en aquella oportunidad.

Silvia se ajustó la larga coleta de platino y dejó su gorra de béisbol en el coche. No quería parecer una espía de película de serie B. Ataviada con ropa informal, unos vaqueros y una cazadora de ante, se dispuso a seguir al empresario a una distancia prudencial. Le resultó sencillo confundirse entre la multitud que atestaba las calles del centro de Madrid.

Decidieron no utilizar dispositivos de comunicación inalámbricos. Los había muy pequeños, difíciles de visualizar. Les pareció mejor comunicarse vía wasap; al fin y al cabo, todo el mundo lo hacía y no llamaría la atención de nadie.

Ferreras dejó una distancia prudencial entre ambos. No tuvo que preocuparse de ser descubierta, pues la acera era estrecha en aquel punto y no era posible andar a buen ritmo. Sus hombros tropezaban con otros transeúntes cada pocos segundos, era inevitable. La cabeza redonda de Mendes era su faro, lo que le provocó una sonrisa irónica. Fuentes caminaba detrás de ella, como una sombra alargada, con los ojos clavados en la espalda de su compañera. Una sensación agorera lo perseguía, a pesar de que no podía justificarla de ninguna manera. Notaba la rigidez de su cuerpo y el progresivo entumecimiento de sus músculos. Demasiados días sin ejercitarse. Apretó la mandíbula y torció el gesto. Sus instintos más bajos lo impelían a agarrar al arrogante hombre de negocios y sacarle a golpes la verdad. Se dio cuenta de que se había convertido en una versión de Andrés Muñoz, y aquello no era bueno, por mucho que le doliera admitirlo.

Dejaron atrás la entrada a la estación de metro Santiago Bernabéu y avanzaron con paciencia por la avenida del General Perón. Ferreras se aventuraba a menudo por el distrito de Tetuán, ya que su

madre vivía no muy lejos de allí. Muchos jóvenes se entretenían con los escaparates de las tiendas cercanas, y dejaban un pasillo improvisado por el medio de la acera que permitía avanzar con mayor rapidez.

Mendes daba grandes zancadas, y de vez en cuando giraba la cabeza, preocupado de que alguien siguiera sus pasos. No lograría reconocer a Silvia. Solo había podido verla durante el día posterior a los asesinatos, en la inútil vigilancia del centro de control de los servidores de Netsolutions, y el empresario no era de aquellos que prestaban atención a los rostros ajenos. Creía jugar en otra liga diferente al resto. Lo siguió hasta llegar a un restaurante japonés bastante conocido, el Masa Naomi. Eran más de las una y media de la tarde. No debía llevar mucho tiempo abierto. El empresario se ajustó las gafas y entró en el local.

Ferreras esperó unos minutos. Le comunicó lo sucedido a Fuentes mediante un mensaje, y aguardó sus instrucciones. Instantes después, el característico sonido de su móvil resonó en sus oídos. Debía esperar. Él iría a la parte trasera del restaurante, que daba a un callejón donde los camiones depositaban su mercancía. Silvia asintió despacio, mediante un gesto inconsciente, casi mecánico. Se apartó de la puerta y se puso a mirar un escaparate cercano. Desde allí podía controlar el acceso y al empresario si salía por el mismo sitio que había entrado.

Mendes debía haber quedado con alguien. Era demasiado temprano. Un tipo como él no iría a comer con el local recién abierto. ¿Dávila otra vez? Negó con la cabeza. Lo tenían vigilado. ¿La chica del accidente? Demasiadas teorías bullían en su mente, y no tenía ni la menor idea de cuál era la correcta. El reloj daba pequeños pasos, con una lentitud exasperante. Las dos y cuarto. Empezaba a perder la paciencia. Su compañero ignoró sus mensajes.

Y entonces lo escuchó, procedente del interior del restaurante. El sonido inconfundible de muchos platos rompiéndose en mil pedazos. Podría ser casual, mas no quiso arriesgarse. Con dos largas zancadas se colocó frente a la puerta de madera y la empujó con todas sus fuerzas. Llegó a un vestíbulo flanqueado por unas enormes cortinas rojas con ribetes dorados que apenas permitían el paso de dos personas por un estrecho pasillo enmoquetado. No tuvo tiempo de fijarse apenas en lo que la rodeaba. Vio unos cuadros colgados de las paredes, percibiéndolos como meras manchas borrosas de diferentes colores. Sacó la pistola del interior de su cazadora y le quitó el seguro. No estaba dispuesta a correr riesgos. Atravesó el salón por el angosto pasillo que había entre las mesas. Había demasiadas, y la separación entre ellas era escasa. Del techo pendían numerosas lámparas de papel blancas con forma de esfera junto a otras de vinilo ovaladas de color

rojo, con unos enromes *kanjis* que adornaban su superficie. Sus ojos azules buscaron una respuesta con rapidez. Los flancos estaban libres. Fijó la vista a sus doce.

La pila de platos estaba desperdigada al fondo del salón, justo delante de la puerta de la cocina. Una camarera de rasgos asiáticos estaba subida a una mesa con expresión asustada. Ferreras llegó hasta ella y mediante un gesto enérgico le indicó que se metiera debajo. No esperó a ver si aquella mujer seguía sus instrucciones, y sorteó los restos de la vajilla irrumpiendo en la estancia contigua.

Las portezuelas oscilaron hacia delante y atrás, víctimas del vigoroso impulso al que habían sido sometidas. El sonido de unos fluorescentes mal ajustados reverberó en sus oídos acompañado por los histéricos gritos de los empleados que vociferaban en japonés. Tenían miedo. Unos metros más adelante estaba Mendes tumbado en el suelo, con una figura fornida inclinada sobre él. La rodilla del encapuchado presionaba su pecho, y la tez del empresario lucía azulada, cianótica.

Un largo escalofrío recorrió su espalda. Sus manos estaban cubiertas por unos guantes negros como el carbón. Sostenía a Fuentes por el cuello, que se debatía indefenso, como un pez al que hubieran sacado del agua. Lo manejaba como a una muñeca de trapo. Giró su muñeca y un chasquido terrible inundó sus oídos. Su corazón se detuvo. Quería gritar, pero las palabras permanecieron atrapadas en el fondo de su garganta.

El extraño giró la cabeza y unos ojos oscuros la miraron desde el interior del embozo. No logró determinar si llevaba un pasamontañas o si su rostro permanecía cubierto por una negrura impenetrable. Movió su brazo hacia delante. No había disparado nunca fuera de la galería de tiro. Su compañero cayó como un saco de patatas encima del empresario, que no se movió ni un ápice a pesar del impacto. Ferreras visualizó a Pedro Morales en su cerebro durante unos segundos. Era él. Tenía que serlo. Podía acabar con todo aquello. Tenía un tiro limpio. Manuel no se movía. Una lágrima se deslizó por su mejilla. No había marcha atrás. El dedo índice aferró con mayor fuerza el gatillo.

Tres disparos.

Silvia pudo ver cómo los proyectiles abandonaban el cañón de la pistola e impactaban en el pecho del hombre. No tenía la postura bien afianzada, por lo que el retroceso del arma la obligó a dar un paso atrás. El encapuchado cayó hacia atrás y se derrumbó sobre los cuerpos de Mendes y Fuentes. Los gritos convulsos de los trabajadores se entremezclaron con el eco de los disparos. La agente les ordenó que llamaran a una ambulancia con un grito desgarrador. Se acercó a los cuerpos con aparente firmeza. Sus piernas temblaban como las hojas

de un árbol sacudidas por un viento enérgico. El tipo era una montaña de músculos que ni siquiera la ropa holgada que llevaba podía disimular.

Sus ojos azules buscaron a Manuel. Murmuró una oración, pese a que jamás rezaba. Tenía el cuello combado, y su cabeza adoptó una postura antinatural. No sabía si estaba vivo o no. Mendes tenía peor aspecto. Una mancha enrojecida adornaba su camisa blanca, corrompiéndola. Debajo de su brazo había un cuchillo de sierra empapado de sangre. Su pecho permanecía inmóvil. Estaba muerto.

—Joder… —acertó a murmurar Ferreras.

Observó el cuerpo del asesino. Su fortaleza impresionaba. Se encontraba mareada por el hedor de la sangre. Sintió un largo escalofrío recorrer su espina dorsal. Maldijo su estupidez. Aquel humor acuoso no emanaba de los agujeros de la sudadera. Sus pupilas se dilataron, lamentablemente su cuerpo no respondió con la suficiente velocidad.

El sujeto se incorporó de un salto y la agarró por el cuello. El olor a cuero nuevo penetró en su cuerpo trémulo y la hizo estremecer. La pistola cayó al suelo, de manera dramática. Los gritos de los cocineros fueron acompañados de una retahíla de pasos apresurados. Después, silencio. Silvia miró a su agresor. Necesitaba verlo. Solo pudo apreciar una negrura insondable, que atribuyó a la confusión de sus sentidos provocada por el desvanecimiento del que era víctima.

—Debiste disparar a la cabeza, novata…

26

Landa no confiaba en Pete. Después de su último encuentro en Donostia, sabía que la persona de la que creyó estar enamorada en su adolescencia solo era un recuerdo idealizado por el miedo a estar sola, un temor aún arraigado en sus entrañas, pese a negarlo de forma sistemática. ¿Qué otra cosa podía hacer? Había aprendido a verlo sin aquel velo de irrealidad sobre sus ojos grises, y aceptó la incómoda verdad. Siempre fue un narcisista de manual, un egoísta redomado, capaz de pisotear a cualquiera con tal de lograr sus deseos. Verlo partir a los Estados Unidos fue un alivio, supuso librarse de una carga que no sabía cómo manejar. Arrinconarlo y obligarlo a trabajar para ellos supuso un regalo destinado a inflar su ego, por mucho que se empeñara en negarlo. A pesar de ello, no podía sacudirse aquella amarga sensación que atenazaba cada músculo de su cuerpo. La perseguía como el viento en invierno. El *hacker* había restado importancia a lo sucedido con Muñoz, y gozaba de un excelente humor. La brigada estaba desconcertada, a pesar de que la información proporcionada era oro puro. Sus dedos recorrían la superficie de la mesa, impacientes. Tiempo de moverse. Odiaba estar ociosa. Sacó el móvil del bolsillo de su cazadora. Marcó el número de manera distraída. Se lo había aprendido de memoria.

—¿Muñoz?

—No esperaba tu llamada, Landa. —Su tono de voz, desagradable como siempre, resonó en sus oídos acompañado de un ruido de fondo inconfundible. El sempiterno murmullo de un bar, con la algarabía provocada por las copas y una música de *rock* demasiado alta, fue captado sin dificultad por la brigada—. ¿Estás obsesionada conmigo? A ver si va a resultar que te pongo…

—Deja de decir idioteces, teniente —respondió ella en tono cortante—. Tenemos trabajo que hacer.

—Creía que por fin me habían despedido…

—Ya conoces a Marín. En el fondo es un blando.

—Me da que has metido baza, Landa.

—Jamás me la jugaría por alguien como tú —mintió la brigada con sorna—. Dime dónde estás y paso a recogerte.

Muñoz la esperaba a la entrada de un mugroso bar situado en Puente de Vallecas. Trataba de monitorizar las actividades de Franco

Hernández. Sus vecinos apenas lo conocían, y solo ofrecieron respuestas vagas e intrascendentes. Aquello reforzaba la teoría de que en realidad no vivía allí. Lo poco que pudieron contarles retrataba a una persona modélica. Una opinión muy diferente a los de sus compañeros de trabajo del Mercadona. Un tipo de muchas caras, sin duda. El alcohol solía desatar las lenguas y el teniente se movía en aquellos ambientes como pez en el agua.

Una columna de humo se deslizaba por la puerta abierta, a pesar de la prohibición vigente. Landa era consciente de que allí se regían por sus propias leyes, y no era el momento de ejercer un fútil ejercicio de autoridad que no serviría de nada. La vida era complicada en aquella zona, donde los narcos ofrecían protección y recursos a los más espabilados, ávidos de dinero y prestigio. La seguridad ciudadana era precaria, y a menudo se registraban incidentes de gravedad. Un lugar problemático.

Se alegró de acudir de paisano, de aquel modo todo resultaría más fácil. El teniente abrió la puerta del vehículo y ocupó su asiento. No sonreía. Su nariz ancha aleteaba con rapidez, signo inequívoco de su descontento. Llevaba puestas unas gafas oscuras de cristal ahumado. Miró a la brigada con el rostro anguloso cruzado por una expresión de contrariedad.

—¿No ha ido bien?

—Al parecer debo de tener la palabra policía escrita en la cara —se quejó Muñoz con amargura. Landa no pudo evitar sonreír. No les faltaba razón, la verdad.

—¿No les has sacado nada?

—Poco, y ellos a mí bastante dinero —rezongó el teniente—. Al parecer, le gustaba ir a una cantina mexicana de la calle de la Abada.

—Pues muy cerca de casa no le pilla, ¿no te parece?

—¿Crees que significa algo?

—No lo creo —razonó Landa mientras se encogía de hombros —. Los mexicanos que he conocido son bastante nostálgicos. Se pasan el día en las cantinas comiendo tacos y bebiendo cerveza Negra Modelo.

—¿No es eso un tópico, jefa? —añadió con ironía Muñoz.

—La vida es un tópico, teniente.

El motor emitió un suave ronroneo al incorporarse a la circulación. Un día más el tráfico era denso, otra prueba para el voluble carácter de Muñoz. Era un tipo orgulloso, y aunque se adivinaba el deseo de agradecerle su confianza en él, sus labios permanecieron sellados, sumidos en un mutismo forzado. Landa decidió ignorarlo, en ocasiones llegaba a agotarla. Todos pensaban que se trataba de un caso perdido, por mucho que se empeñara en buscarle una salida honrosa. En cierta forma era un poco soberbia, se

había empecinado en salvar su carrera, y el fracaso no era siquiera una opción.

Veinte minutos después de un incómodo silencio llegaron a su destino. Aprovecharon la salida de un camión repartidor de bebidas y estacionaron en la zona de carga y descarga. Ventajas del rango. La entrada estaba muy cerca, y pronto se encontraron frente a unas letras rojas en relieve con la palabra Takos sobre un fondo negro. Las mesas no estaban demasiado limpias, lo que no parecía afectar a la gente que se hallaba agolpada frente a la entrada, clientes habituales con toda probabilidad. El restaurante se llamaba Takos Al Pastor, solo que nadie lo llamaba así. Se había quedado con el nombre del letrero. En la fachada había una bandera de México de pequeño tamaño, y varias guirnaldas sujetadas por cuerdas, atadas a una farola. La brigada miró su reloj. Las dos de la tarde. Esquivaron a los comensales sentados en la improvisada terraza y entraron.

El recinto era más reducido de lo que aparentaba desde afuera, y sus características se ajustaban más a un gastrobar que a un restaurante. Mesas pequeñas y sillas herrumbrosas de diferentes colores completaban la decoración, y una larga cola se extendía desde el fondo hasta el mostrador. Cuando se aproximaron a la barra tuvieron que escuchar varias protestas y algunos insultos, acallados con rapidez cuando la brigada mostró su identificación.

Un chico joven, de unos veintipocos años, los recibió con expresión asustada. Tenía un aspecto curioso. Bajito, rechoncho y con un fino bigote que parecía dibujado con un lápiz de ojos. Pidieron hablar con el encargado de la taquería, por desgracia, estaba ausente. El joven tenía un acento mexicano muy marcado. No debía de llevar mucho tiempo en España. Los agentes intercambiaron una mirada significativa. Quizás estuvieran ante una oportunidad.

Le enseñaron una foto de Franco Hernández que guardaba Landa en su móvil. Lo reconoció de inmediato, aun así, su primer impulso fue negarlo. Rompió a sudar de forma copiosa, presa de unos nervios difíciles de justificar. El chaval, que dijo responder al nombre de Daniel, les pidió hablar en un lugar más tranquilo. Se excusó ante su compañera, y salió del local acompañado por los guardias civiles. Muñoz tenía una extraña expresión dibujada en su rostro. Se desprendió de las gafas, a fin de frotarse los ojos. Se le veía tenso, incluso más de lo habitual. La esclerótica de ambos ojos estaba llena de ramales rojos. No se había fijado hasta ese instante. El teniente volvió a ponérselas y a continuación le lanzó una funesta mirada a su compañera. El joven mexicano miraba a todas partes, presa de una inquietud incontrolable. Aceptó de buen grado la propuesta de la brigada de dar un paseo en coche con ellos. La mujer le pidió al teniente que condujera. Nunca se lo permitía, lo que significaba que

quería llevar el peso del interrogatorio. No le gustaba verse en un segundo plano, nada en absoluto. A pesar de todo, se cuidó mucho de proferir alguna queja. Salieron de allí en silencio, después de unos minutos que Amaia le concedió al camarero, viraron a la derecha y se incorporaron a la Gran Vía.

—¿El hombre de la foto iba mucho por allí? —preguntó la brigada con tono amable.

—Al principio venía a comer todos los días —respondió el muchacho—. Siempre me fijo en los compatriotas. Eso nos acerca a casa, ¿lo entiende?

—Claro, es normal —le concedió ella. Sabía que no podía forzarlo. No estaba detenido, y debía permitirle que marcara los tiempos—. ¿Qué puedes contarme de él?

—Era un tipo alegre. Le encantaba nuestra comida. Decía añorar México. Me gustaba platicar con él. Procedíamos del mismo lugar.

—¿Eres de Monterrey?

—No —respondió con extrañeza—. Soy de Sinaloa.

—¡Joder! —exclamó Muñoz desde el asiento delantero. Landa le restó importancia mediante un gesto amistoso destinado a tranquilizar al mexicano y continuó.

—Dices que al principio iba todos los días. ¿Después dejó de acudir?

Daniel asintió.

—Me dijo que no podía venir tan a menudo. Le faltaba plata. Me ofrecí a convidarlo algún día, pero no quiso aceptar. Me dio lástima. Empezó a venir los viernes, a cenar nada más. Temprano.

—Trabajaba de noche como guarda de seguridad en una empresa importante, ¿lo sabías?

—Lo comentó en alguna ocasión.

—Puedes confiar en mí, Daniel —le dijo Landa, y apoyó su mano derecha en la mejilla del chico. El muchacho temblaba como una hoja, y bajó la cabeza.

—El encargado comenzó a tratar con él, y desde entonces se mostraba distante. Nunca lo entendí. El patrón no es un buen hombre. Se enoja con facilidad y corren rumores extraños acerca de él.

—Tranquilo, te escuchamos…

—Tráfico de drogas dicen las malas lenguas.

—¿Y tú no estás mezclado?

Las palabras vomitadas por Muñoz desde el asiento delantero denotaban una incredulidad manifiesta y un tono cortante. Landa torció el gesto, no podía permitirse añadir más tensión de la necesaria. Miró al joven a los ojos. Era un chico valiente. Si estaba en lo cierto, asumía un riesgo enorme. Tan grande que no podían dejarlo volver.

Debía vendérselo bien a Marín.

—No, señor —respondió por fin el chico—. Hui de Sinaloa por una razón. No quería verme mezclado con el cártel. Mi familia hizo muchos sacrificios.

—¿Tienes alguna fotografía de tu jefe? —Landa apretó el hombro de Daniel, a fin de infundirle valor.

El chico asintió despacio y rebuscó en el bolsillo de su pantalón. Sacó un móvil con la pantalla resquebrajada, y lo desbloqueó con un rápido movimiento de su pulgar. Se metió en la galería de fotos y tras pasar varias de largo le entregó el aparato. La imagen retrataba la entrada del gastrobar, y aparecían cuatro personas. Tres jóvenes, dos chicos de tez morena y la chica que estaba con Daniel en el local. El muchacho se hallaba junto a un hombre alto y desgarbado, ataviado con ropa vieja, y una melena de aspecto sucio que le caía hasta los hombros. Tenía una cicatriz bastante fea a lo largo de su mejilla derecha. Unos dientes torcidos asomaban de una boca curvada en exceso, otorgándole un aspecto desaliñado y desagradable. Los chicos exhibían una sonrisa forzada, evidenciando una incomodidad manifiesta.

—¿Puedes pasarme la foto? —le pidió la brigada.

Daniel asintió y le transfirió la imagen por *bluetooth*. Al recibirla, su móvil emitió un pitido agudo bastante molesto. Muñoz giró la cabeza durante un instante y la observó con inquietud. Deseaba ser partícipe de todo aquello. Landa le pidió paciencia con sus ojos grises, en una silenciosa súplica.

—Una vez decidí salir al callejón de atrás a fumarme un cigarro —explicó el chico con la voz quebrada—. Fue hace poco, hará unos diez días como mucho. Había un camión enorme estacionado, con la parte de atrás abierta. Podían verse muchas cajas de madera. Pescado. Recibimos mucho.

—¿Y eso te pareció raro?

—No me gustó el aspecto del *chofer*. Platicaba con el patrón casi a gritos, y gesticulaba como un pinche chiflado. Me escondí detrás de una columna. Me daba miedo moverme, no fueran a verme. El vato[15] iba armado. Cogió una de las cajas y se la arrojó a mi jefe a la cara. El pescado rodó por el callejón, y también unas bolsas de plástico. Ya sabe a lo que me refiero.

—Cocaína —afirmaron ambos agentes al mismo tiempo.

—Mi corazón estaba a punto de estallar —recordó Daniel—. Me quedé inmóvil, rezando a Dios por no ser descubierto. Fueron los minutos más largos de mi vida. Al final aquel hombre se puso a descargar el resto de las cajas y el patrón fue a ayudarlo. Aproveché la ocasión para volver dentro.

—Siento que pasaras por eso, chico —le consoló Muñoz con voz

grave—. Nosotros te ayudaremos.

—¿Lo harán? —preguntó el mexicano, con el rostro tan lívido como un muñeco de nieve.

—Tienes mi palabra —confirmó la brigada, y con la intención de darle un mayor sentido a sus palabras le apretó la mano—. Puedes llamarme Amaia. Considérame tu amiga.

La tensión en el rostro de Daniel se suavizó un ápice, y su respiración se volvió regular. Landa miró su reloj. Las tres de la tarde. El tiempo había transcurrido veloz. Apenas había sido consciente de ello. Su móvil empezó a sonar de repente, sincronizado con el del teniente. Muñoz protestó por no poder cogerlo, pues debía estar atento a la carretera. La brigada sí lo hizo. En la pantalla brillaba el nombre de Javier Marín. Rara vez telefoneaba a sus subordinados. Debía de ser importante. Amaia no llegó a pronunciar una sola sílaba. La voz del coronel sonaba atropellada, hablaba demasiado deprisa. A pesar de eso, captó cada palabra.

Su corazón dio un vuelco, le costaba filtrar el aire, y se vio obligada a recurrir a toda su fuerza de voluntad. Logró retener los gritos nacidos en sus entrañas dentro de su cuerpo. Una lágrima recorrió su mejilla y cayó sobre el suelo del vehículo.

27

La sala de espera del hospital Gregorio Marañón estaba atestada de miembros del cuerpo de la Guardia Civil. Compañeros de Manuel Fuentes y Silvia Ferreras, en cuyos rostros se podía leer la honda preocupación que atormentaba sus mentes. Unos estaban sentados, otros daban vueltas alrededor de la sala, presa de un nerviosismo difícil de controlar. Las miradas convergían hacia la máquina de café, donde se encontraba el jefe de la UCO, el coronel Javier Marín, con gesto serio y preocupado. Su aspecto era impecable. Nadie lucía el uniforme con tanta elegancia. Por otro lado, en su rostro se adivinaba una honda preocupación, que crecía por momentos. Junto a él estaba la juez Ariadna Castro. Apoyaba su pequeña mano en el rostro de él, lo que sin lugar a duda daría lugar a muchas habladurías. La magistrada escuchaba con atención al coronel, y asentía de manera asertiva. Su pelo azabache brillaba como la obsidiana, integrándose en el elegante traje ejecutivo acabado en una falda de tubo que caía justo por encima de las rodillas con una generosa abertura a un lado. Muñoz entró en la estancia como un elefante en una cacharrería y chocó con varios de sus compañeros. Era el único de los agentes vestido de paisano, y parecía haberse pasado las últimas horas sumergido en el fondo de una botella de *whisky*. Su aliento hedía a aquel licor, y ni siquiera era necesario estar demasiado cerca de él para percibirlo. Respiraba con alguna dificultad, y se tambaleaba de un lado a otro, como una peonza a punto de derrumbarse. La camisa blanca llevaba varios botones desabrochados, y permitía ver un colgante de oro que había visto mejores épocas. Marín lo miró con rudeza. Aquello era demasiado, pese a que conocía su relación con Fuentes. No le dejaba otra opción. Apartó a la juez de su lado, con delicadeza, y dio un paso al frente. La nariz del teniente aleteaba con frenesí, y le costaba fijar su vista al frente. Lo observaba todo cubierto por una inclemente bruma. Apenas advirtió la mano cerca de su cara, en cambio, sintió la bofetada en la mejilla. Dura, implacable. Cayó al suelo, y se deslizó por el mismo. Nadie se atrevió a acercarse a él, a ayudarlo. Nadie excepto ella.

Amaia Landa entró en la sala de espera con su traje de gala, y no tardó en socorrer al teniente. Se interpuso entre Marín y él, y lo alzó del suelo mediante un esfuerzo notable. El coronel la miró con curiosidad. No eran muchos los que se atrevían a interponerse en su

camino. Sus ojos grises brillaban con intensidad. Mostraban una firme resolución. Era decidida y valiente. Le agradaban aquellos rasgos, respetaba su integridad y lo que trataba de hacer por el despojo de Muñoz. Sería una gran líder a su debido tiempo.

—Apártate, Landa —le ordenó con firmeza. Ella no se movió un ápice, resuelta a enfrentarse al coronel.

—No pienso hacerlo, señor —respondió ella con su habitual tono de voz calmado y sosegado.

La brigada no necesitó girar la cabeza a fin de comprobar si era el blanco de todas las miradas. Estaba dispuesta a defender a Muñoz a cualquier precio. Se trataba de su deber. No era el momento de darle la espalda, no cuando más ayuda necesitaba. Marín endureció el gesto. Le gustaba el arrojo hasta cierto punto, era una herramienta útil en muchas ocasiones. No la consideró así en esa oportunidad. Aquella actitud rozaba la insubordinación. Invitaba a otros a imitarla, y esa posibilidad le desagradaba. Se dispuso a apartar a Landa de su camino cuando sintió un leve roce en el costado. Volteó la cabeza y se encontró con los hermosos ojos de Ariadna Castro. No separó sus labios ni un milímetro. No era necesario. Su mensaje era claro. El coronel se detuvo. Se sentía incapaz de negarle nada. Retrocedió unos pasos, y colocó los brazos en jarras.

—Tienes mucho valor, eso te lo concedo —señaló Marín exhalando un enorme suspiro.

—Usted no debe golpear a un oficial, señor —atestiguó la brigada sin pestañear—. Le estoy evitando un problema.

El coronel se quedó paralizado, y el creciente murmullo cesó de repente. Vislumbró la sonrisa de la juez, a poca distancia de él, y no pudo evitar alegrarse por su elección.

—Póngase en su lugar, coronel —suplicó Landa e intentó apelar al lado sentimental del alto mando. Suponía que debía tener uno—. Ha perdido mucho, y Fuentes es como un hermano para él.

—Es la última vez que paso por alto sus payasadas —declaró Marín con un extraño deje en la voz—. Suspendido de empleo y sueldo dos semanas. Si tanto te importa su bienestar, puedes cubrirle las espaldas. Es mi última palabra.

Amaia asintió, agradecida. Se llevó a Muñoz a una esquina y lo ayudó a sentarse sobre uno de aquellos incómodos asientos, atornillados a una la larga barra oxidada. Se había dado prisa en emborracharse. Solo habían pasado tres horas desde que recibieron la noticia. Mediante un gesto rápido llamó a uno de los viejos compañeros de Andrés, que acudió a regañadientes, colocándose en cuclillas frente a él. Apenas le quedaban amigos en el cuerpo. Aquel hombre, de aspecto rudo y con una evidente decepción dibujada en su mirada, lo sostuvo por el hombro mientras la brigada abordaba de

nuevo a Marín.

—Señor, tenemos que hablar…

—¿No será de Muñoz?

—En absoluto. Creo que tenemos algo, o podríamos tenerlo.

—Os dejaré solos —anunció la juez con una sonrisa. Le gustaba aquella chica. Depositó un beso en la mejilla del jefe de la UCO y abandonó la sala de espera. Marín la siguió con la mirada, y una inequívoca expresión se dibujó en su rostro.

—Tomemos un café —propuso el coronel. Se acercó a la máquina seguido por Landa como una sombra, y de inmediato todos los agentes se apartaron de ellos—. Solo sin azúcar, ¿verdad?

La brigada asintió. Marín sacó dos brebajes idénticos y le propuso seguirlo al pasillo. Se alejaron de la sala y, cuando no escucharon las voces del resto, se detuvieron. El café quemaba, como de costumbre, y lo engulleron como si estuviera templado.

Landa carraspeó, víctima de una inquietud creciente en su pecho. Intentaba aparentar una calma absoluta, una pantomima difícil de mantener. Enfrentarse en público a la máxima autoridad de la UCO no había sido la mejor idea que había tenido. A pesar de que era difícil leer su rostro, el coronel percibió su zozobra. Sonrió, a fin de rebajar la tensión, y pronto la mujer recobró la compostura.

—¿Cómo están Fuentes y Ferreras? —preguntó la brigada. Sus ojos grises se esforzaban en esconder un miedo que traslucía través de sus pupilas.

—No sabemos mucho. Ella parece estar bien, sin lesiones físicas de gravedad —explicó Marín con voz entrecortada. Sin verbalizarlo hizo hincapié en su aspecto anímico—. La situación de Fuentes es más complicada. Está al borde de la muerte.

Landa guardó silencio, y se tambaleó como si hubiera recibido una sonora bofetada. Ambos eran parte de la investigación que ella lideraba. Sintió encima de los hombros una enorme presión que la obligó a hundir la cabeza en el pecho. Se mordió los labios, y alzó la mirada. Se encontró con los ojos marrones de Marín. Recibió una vigorosa palmada en los hombros, la misma que le daría a cualquier otro agente. Ella lo entendió y asintió despacio. El dolor y la responsabilidad formaban parte del aprendizaje. Nadie estaba a salvo de él. Tenía su confianza, y eso era importante. El coronel no la otorgaba con facilidad. Recuperó el resuello y le contó todo, punto por punto. No omitió ni un detalle. Hizo hincapié en la labor de Muñoz en el barrio de Puente de Vallecas, encontrándose con la mirada condescendiente de su superior.

—Me reuniré con el Grupo Central Antidrogas —anunció—. Vendrás conmigo. Esto se está complicando.

La brigada asintió. Demasiadas ramificaciones. Apestaba a un

ajuste de cuentas vinculado al tráfico de drogas, atado a lo de siempre. Al sucio y maldito dinero. Observó al coronel con atención. Los labios del hombre revelaban un ligero temblor, y su mirada se hallaba en otro tiempo y lugar. Miguel Rojo, y su conexión con el narcotráfico. Un asunto complicado, acerca del que prefirió no pronunciarse. No le correspondía a ella decidir. Estaba a punto de pedirle a Marín protección para el chico del restaurante cuando un murmullo fue *in crescendo* hasta hacerse ensordecedor. Volvieron a la sala de espera a toda prisa. Una doctora de pelo gris y mirada consternada se encontraba en medio de la estancia. Su expresión era sombría. Los ojos grises de Landa se posaron en Muñoz, al que agarraban con fuerza dos compañeros. El teniente era presa de un ataque de nervios, y gritaba como un poseso mientras su rostro se empapaba de unas lágrimas desesperadas.

Amaia vio la misma congoja en las caras de todos los presentes. Hombres y mujeres, compañeros de fatigas, unidos de una manera difícil de comprender para alguien ajeno a ese tipo de vida. Más que amigos, eran familia. Aquel coro de llanto desgarrador solo podía significar una terrible sentencia. Landa sintió que el corazón se le paraba, y apoyó las manos en las rodillas. Le pareció escuchar la grave voz de su mentor, Mikel Elosegui, siempre presente en sus peores momentos.

«Puedes con esto, Amaia. Tú puedes con todo».

Su viejo amigo se equivocaba. No podía. Se aferró a todo su coraje con el propósito de no derrumbarse, y se situó junto a la facultativa. La mujer lo entendió, y esbozó una sonrisa amable seguidas de las mismas palabras. Estaba acostumbrada a dar aquellas noticias, a pesar de que le producía una sensación malsana.

—Manuel Fuentes ha fallecido.

28

Alejandra tenía la esperanza de encontrar sensaciones perdidas a medida que el avión se acercara a su destino, pero no sucedió. No hubo ninguna catarsis, el mismo vacío permanecía imperturbable, atado a su figura mediante unas cadenas invisibles. Echaba de menos a María. La abogada se sentía culpable, indigna del vínculo forjado entre ambas. El peso de la mentira se había convertido en una losa y necesitaba tiempo a fin de poder ver su reflejo en el espejo sin sentir vergüenza. La mexicana no sentía ira, ni mucho menos. Un sendero se abría ante ella y debía recorrerlo sola. No olvidaría nunca la contagiosa risa de la española, su magnífica forma de ver la vida, y su capacidad de reírse de las adversidades. No era perfecta, ni tenía por qué serlo. De alguna forma, sabía que no volvería a España. Regresaba a su hogar, pese a desconocer su ubicación exacta. Un escalofrío recorrió su piel trémula. Se movía en terreno peligroso. Creía estar habituada a moverse a través de la delgada línea roja, si bien podría tratarse de un error mayúsculo. No dedicó demasiado tiempo a pensar en José Dávila. Sus siniestros motivos la incomodaban, y no acertaba a comprender su implicación en aquel turbio asunto. Demasiado altruismo. No estaba segura de querer averiguar la verdad. Suspiró, presa de un cansancio maniatado a su espíritu. El dolor se había convertido en un viejo amigo, un compañero de viaje. Sus ojos verdes miraron por la ventanilla. La ciudad de Albuquerque parecía insignificante vista desde aquella altura. Se dejó caer sobre el asiento. Todo iba a cambiar, y aunque lo deseaba, temía lo que pudiera encontrar.

El avión aterrizó después de quince horas de viaje. Y eso que solo habían realizado una escala. Un trayecto pesado y engorroso, amenizado por películas superficiales y la ensayada sonrisa de las auxiliares de vuelo. El Albuquerque International Sunport era más grande de lo que esperaba. Las fotografías solían deformar la perspectiva real. Los pasajeros que lo atestaban parecían ansiosos de abandonarlo cuanto antes. Todo iba muy despacio, y Alejandra se armó de paciencia. No llevaba equipaje, y eso le permitió saltarse aquel procedimiento tras pasar por el control de pasaportes. No pudo evitar morderse el labio.

En Barajas no tuvo problema alguno, a pesar de eso, le costaba controlar los nervios. Superado el trámite se dispuso a alquilar un

vehículo para poder moverse con libertad. Gracias a María gestionó su viaje de la mejor forma. Cambió parte de su dinero a dólares, destinando la mayor parte de la transacción a obtener pesos mexicanos antes de abandonar España.

Optó por un Toyota RAV4, «un todoterreno de un tamaño considerable, cuya mejora en la suspensión respecto al modelo anterior le garantizaba un viaje placentero». Aquellas fueron las palabras del hombre situado al otro lado del mostrador, un tipo calvo con una sonrisa radiante, que hablaba español con un marcado acento texano. A ella le gustó la forma del vehículo, y le causó gracia que aquel sujeto asumiese que iba a viajar a México. Había acertado de pleno, salvo que su primer destino era otro.

El tacto del volante le produjo un intenso escalofrío. Era lo único que podía recordar. No había vuelto a conducir desde entonces. Sintió unos pinchazos en su cerebro, un dolor agudo destinado a hacerle revivir aquella pesadilla recurrente. Negó con la cabeza, y arrancó el coche, que respondió con un leve y suave rugido. Sonrió al encontrar similitud entre las vibraciones del coche y el ronroneo de un gato.

Conduciría despacio, no tenía intención de meterse en ninguna clase de lío. Menos de cuatro horas hasta la Eastern New Mexico University. Un impulso desconocido la empujaba a visitar la universidad. No podía explicarlo. Hacía mucho que Pedro Morales había cursado sus estudios allí, pese a ello, confiaba en poder averiguar algo. Llegaría a última hora de la tarde.

El viaje fue agradable. El calor se filtraba a través de las rejillas del vehículo. Rehusó a poner el aire acondicionado. La temperatura no era asfixiante, ni mucho menos. Añoraba aquel calor, formaba parte de su piel, y al sentir la caricia del sol esbozó una sonrisa. Estaba en casa, lo sentía en su interior. Bajó las ventanillas y se animó a seguir el ritmo de la música que salía por los altavoces del coche. Se unió a la voz de Chavela Vargas con alegría, y su cuerpo respondió moviéndose de un lado a otro. *La llorona* era una melodía especial, a pesar de que la verdadera razón permanecía oculta bajo llave. Esperaba poder averiguarlo.

El condado de Roosvelt era un lugar bastante tranquilo. No había demasiado tráfico y pudo disfrutar de la experiencia de conducir por una carretera en la que apenas había curvas. Llegó a Portales a las cinco de la tarde. Sin darse cuenta, había pisado el acelerador a medida que se acercaba a su destino. La ciudad era pequeña, llena de casas unifamiliares con jardín.

Sus dueños se refugiaban bajo la sombra de los porches, y degustaban cerveza fría mientras veían la vida pasar. Muchos opinaban que lo único de interés real en la pequeña ciudad era la

universidad, y tal vez tuvieran razón. Un entorno acogedor, con grandes espacios verdes, lleno de colorido.

Aparcó el Toyota cerca de la entrada. Pasó junto a un muro de ladrillo anaranjado que rezaba *College of Business*. Saludó a un enorme guarda de seguridad apostado en la puerta principal, y se apresuró a entrar en el recinto. Se dirigió al mostrador, con la esperanza de poder hablar con alguien importante. No había alumnos allí, por lo que se encontró con el camino libre. Apenas prestó atención a lo que había a su alrededor. Estaba demasiado nerviosa. Se detuvo de golpe, y la mujer situada detrás del mostrador, una latina de alrededor de sesenta años, la miró con curiosidad. Alejandra suspiró aliviada. Supuso que hablaría español. Su inglés no era muy bueno, en verdad.

—Buenas tardes —la saludó la mexicana con una sonrisa forzada.

—Buenas tardes —le respondió mientras la observaba desde sus gafas de montura gruesa—. ¿Qué necesita?

Había pensado mil veces en lo que debía decir, solo que llegado el momento no pudo evitar que un millón de dudas acudieran a su mente. La mujer la observó con gesto reprobador, y comenzó a golpear el mostrador con un extremo del bolígrafo que sostenía en su mano derecha. No le gustaba perder el tiempo de manera absurda. Alejandra recobró el control de sus emociones y, a continuación carraspeó durante un instante.

—Mi padre estudió aquí, y me habló maravillas de este lugar —acertó a decir con voz quebrada.

—¿Y quería estudiar aquí?

—No, solo estoy de paso —se excusó Alejandra—. Me encantaría ver el campus y conocer a algunos de sus profesores. Sé que los tenía en muy alta estima.

—¿Los tenía?

—Mi padre ha fallecido hace poco. Le prometí que haría este viaje. Tenía Alzheimer, ¿sabe? No recordaba muchas cosas, ni siquiera pudo nombrar a sus maestros.

—Lo siento mucho —acertó a decir la mujer. Alejandra dejó escapar unas lágrimas que se deslizaron de sus párpados de forma lastimera—. ¿Cómo se llamaba su padre?

—Pedro Morales.

Alejandra esperó a que la mujer consultara su ordenador. Permaneció inmóvil como una vieja estatua, y trató de esconder las emociones que bullían en su interior. Se mordió el labio inferior de forma distraída y dejó escapar un largo suspiro. ¿Qué tenía que perder? La mujer se acercó a ella y le dijo que su padre se había graduado en 1986, y que no quedaba ningún profesor de aquellos años impartiendo clases en la actualidad. Una sombra de decepción asoló el

rostro de la mexicana. Se disponía a marcharse cuando la mujer le invitó a acercarse.

—El que fuera catedrático del departamento de económicas de aquella época, Mike O´Halloran, acostumbra a visitarnos casi a diario. Tiene una extraña obsesión por cuidar los rosales de los jardines de la parte de atrás del edificio principal. Tal vez recuerde a su padre. No sé si ha venido hoy, tal vez tenga suerte.

—Le agradezco mucho su ayuda —respondió Alejandra con una sonrisa que no tuvo necesidad de fingir—. ¿Cómo puedo llegar hasta allí?

—Siga el pasillo y salga por la puerta que hay a la derecha. Baje por unas escaleras y encontrará el lugar. No tiene pérdida.

Alejandra le dio las gracias con efusividad y se dejó llevar al abrazar a la mujer, sorprendida por aquel acto. Se lo devolvió por pura cortesía, y le apretó la mano antes de dejarla marchar. Una vez en el pasillo se dio cuenta de que había sobreactuado y se comprometió a contenerse en un futuro.

Caminó sobre unas baldosas de color blanco frío y desvió la mirada a las cristaleras situadas en las paredes. Notas, avisos y algún recorte de periódico utilizado a modo de promoción de un acto conmemorativo. Salió por la puerta de la derecha, descendió por unos escalones de ladrillo desgastados y llegó a los jardines. Ofrecían un aspecto impecable. Su color verde esmeralda era impropio de Nuevo México, por suerte, su orientación y el enorme porche incrustado en la pared del edificio permitían suavizar un tanto el calor reinante.

Atareado en el cuidado de unas magníficas dalias, cuyos colores brillantes y vistosos formaban un cuadro de una belleza inconmensurable, había un hombre delgado, estrecho de hombros, ataviado con un buzo de color caqui. Sostenía en sus manos una pequeña pala de jardinería, y silbaba una melodía armoniosa y cautivadora. Tal vez música clásica, pensó la mujer. Llevaba una gorra de béisbol colocada al revés, otorgándole un aspecto curioso. El ruido de los pasos de la mujer alertó al hombre, que giró la cabeza. Al verla esbozó una amable sonrisa.

—Alejandra, no esperaba volver a verte tan pronto.

29

Landa se preparaba para la reunión con el Grupo Central Antidrogas. Marín la había concertado a las ocho de la mañana, y no quería llegar tarde. El agua de la ducha caía fría sobre su piel. Le gustaba aquella sensación, ponía sus sentidos alerta y era una vieja costumbre que mantenía desde su juventud. Vació su mente, pues debía recuperar el control. Se sentía culpable por haber mostrado su vulnerabilidad en público, solo que a nadie parecía importarle. Casi todos lo habían hecho. Era difícil no verse afectado por la muerte de un compañero. Se secó el pelo con un secador viejo que hacía demasiado ruido, y se puso el uniforme. Aquel aparato era muy viejo, y por alguna razón rehusaba a desprenderse de él. A menudo se aferraba demasiado a las cosas. Apenas había podido dormir. La muerte de Fuentes había supuesto un duro golpe, del que todos tardarían en recuperarse, en especial Andrés Muñoz. Debido a su frágil estado mental, varios compañeros tuvieron que llevárselo de allí, pues se encontraba sobrepasado, y una vez más, fuera de control. Amaia tenía intención de visitar a Ferreras, sin embargo, el coronel le había aconsejado esperar, y mantenía a Silvia entre algodones. La brigada tenía el estómago revuelto y solo tomó una taza de café. El humo reptaba alrededor de su rostro, en una danza caótica y sensual. Embriagada por el exótico aroma, prolongó el ritual durante unos minutos. Antes de salir llamó a los agentes encargados de proteger a Daniel. Lo ocultaban en un piso franco, a salvo de miradas indiscretas. Se encontraba bien, pese a ser víctima de un estado nervioso. Preguntaba todo el tiempo por ella.

—Tienes un enamorado aquí, jefa.

La broma no le resultó divertida, y optó por guardar silencio y despedirse con más frialdad de la habitual. Cerró la puerta con llave y se dirigió al garaje con expresión sombría.

Javier Marín la esperaba a la entrada de la central. Al verla llegar inclinó la cabeza a un lado, y la invitó a acompañarlo. No intercambiaron ninguna frase de cortesía. No lo consideraron necesario. Avanzaron por el vestíbulo con rapidez y al doblar un recodo llegaron a los ascensores del lado oeste del edificio. Subieron a la tercera planta y se aventuraron en la sección antidrogas de la UCO. Landa apenas pestañeó durante el trayecto. Trataba de ordenar sus

ideas de un modo útil, y las repetitivas formas de las oficinas no la distrajeron de su propósito. El coronel empujó la puerta acristalada y fue recibido por Jaime González, un hombre de mediana edad con el rostro arrugado y mirada despierta. La mujer ya lo conocía, y había intercambiado algunas palabras con él junto a la máquina de café del vestíbulo principal. Lo siguieron a su despacho y tomaron asiento en dos sillas de madera de aspecto incómodo.

—Siento mucho lo de Fuentes —manifestó González sin alzar apenas la voz.

—Es parte de nuestro trabajo —se limitó a decir Marín—. ¿Qué tienes?

González se pasó las manos por su cabello cano y después las apoyó en la mesa, entrelazando sus dedos. Su gesto era serio, y su semblante preocupado. Los miró a ambos, consternado, y estableció una larga pausa antes de comenzar a hablar.

—Venís en busca de soluciones, por desgracia, solo tengo rumores sin confirmar.

—Escúpelo —ordenó Marín sin más rodeos.

—No tenemos constancia de la presencia de cárteles mexicanos aquí en Madrid. Nuestros informadores dicen no estar al tanto. Nada parece haber cambiado en los últimos meses.

—¿Podría ser a pequeña escala? —preguntó Landa.

—No tiene mucho sentido. Las mafias del Este controlan el negocio en Europa. No les gustaría la intromisión de un nuevo jugador en la partida. Bastantes conflictos tienen entre ellos.

—Solo rumores… —repitió la brigada en voz alta. Su tono revelaba una manifiesta incredulidad, que no pasó desapercibida en absoluto.

Jaime González la traspasó con la mirada. No le gustaba ser cuestionado. Miró a Marín, cuyo rostro permanecía inmóvil, como el busto de una escultura griega.

—¿Tiene algo que decir, Landa?

—No —mintió la brigada. Podría decir mucho, en cambio, decidió respetar al coronel. Debía de tener sus motivos para actuar de aquella forma.

—La prensa asegura que los cárteles mexicanos están penetrando en Europa con la intención de controlar de principio a fin todo el tráfico de cocaína y con la aspiración de monopolizar otros lucrativos negocios ilegales como son el tráfico de armas, y la prostitución. En su hoja de ruta, Barcelona está subrayada en rojo y juega un papel fundamental como base logística, al igual que otras ciudades europeas —explicó González consternado—. Por desgracia, no han querido revelar sus fuentes. Menuda novedad.

—¿Has hablado de esto con nuestros compañeros de Barcelona?

—quiso saber Marín, imaginándose la respuesta de antemano.

—Lo hice esta mañana, y no tienen constancia del problema. —González hizo una pausa y negó con la cabeza—. No quiere decir que no exista, claro. La comunicación con los Mossos d'Esquadra no es la mejor.

—Esto es una verdadera mierda —se quejó Marín en voz alta. Se notaba que el asunto le resultaba muy molesto—. Son los ciudadanos los que pagan las consecuencias. La colaboración debería ser fluida, y bidireccional. Luego nos toca llevarnos las manos a la cabeza.

—Tenemos vigilados a los serbios, y los albanokosovares, que son los grupos más activos en Madrid, pero por desgracia hay muchos más —explicó González con la mirada puesta en la brigada, pues Marín estaba al corriente de todo aquello—. Los rusos controlan Marbella principalmente, aunque un grupo escindido opera en el norte, cerca de la frontera con Francia. Hay pequeñas células metidas en discotecas y *afters*, dedicados al tráfico a pequeña escala. El Clan de los Búlgaros empieza a hacerse dominante. Los conocéis como Los Rompecostillas. Éxtasis y diferentes drogas de diseño, muy peligrosas.

—Vaya panorama… —Landa observó al jefe de la división y no pudo evitar compadecerse. Debía de ser duro enfrentarse a un problema tan complejo y difícil de erradicar.

—Nada de mexicanos —repitió González

—Nada de mexicanos —repitió Marín—. Mantendremos vigilado el restaurante, y destinaremos más agentes a tu unidad, González. No quiero cargaros con más trabajo, ya tenéis bastante con lo que lidiar.

—No es necesario, señor. Nos las arreglaremos, como siempre. No tenemos tiempo de instruir a novatos con nuestros protocolos. Tengo a mis hombres de confianza, seguro que lo entiende.

Marín lo traspasó con la mirada, y por momentos su rostro se enrojeció. Contrariar sus órdenes se había convertido en una moda absurda. Podía imponer su voluntad, estaba decidido a ello. En el último instante, tras pensárselo mejor decidió no forzar la situación. Con un leve gesto de su cabeza le indicó a la brigada que había llegado el momento de irse. Estrecharon con firmeza la mano del jefe de operaciones y abandonaron su despacho sin intercambiar una sola palabra. Landa era presa de un profundo desconcierto, y aquel silenció contribuyó a aumentar su turbación. El lastimoso zumbido del ascensor rompió la tensión interpuesta entre ambos. Los ojos grises de Landa lo traspasaron con rudeza.

—¿Por qué?

—Porque no puedo confiar en nadie.

—¿Tampoco en mí?

Marín no respondió, no era necesario, pues su mirada era reveladora. La brigada prefirió pensar que quería protegerla. La alternativa le pareció descorazonadora y terrible. Eligió creer.

30

Alejandra siguió al antiguo catedrático hasta un viejo despacho situado en el ala este del edificio de la facultad de económicas de la Eastern New Mexico University. Le pareció extraño que conservara aquel pequeño despacho, si bien decidió no decir nada al respecto. La puerta, llena de polvo, estaba apartada de la sala de profesores y el resto de las salas de estudio. La llave de latón giró varias veces y la cerradura se abrió después de emitir un pequeño chasquido. Mike O´Halloran la invitó a pasar y la mexicana se sentó en una de las butacas situadas frente a un viejo escritorio, con algunas partes descascarilladas. El hombre rodeó el mueble y se colocó detrás de un biombo de bambú. Depositó el buzo encima del mismo y se puso su ropa de calle. Se sentó en una enorme silla de madera, y colocó los brazos en jarras. Miró a la mujer con enorme curiosidad, y comprobó que de algún modo parecía alguien distinto, casi una desconocida. Ella bajó la mirada, deseosa de esconder la turbación que sacudía su figura. Esperaba encontrarse con un desconocido, y tenía dudas de la mejor manera de abordar la situación.

El hombre la observó con atención, se levantó y rebuscó en una caja de cartón apilada en lo alto de una estantería, junto a varios cactus de pequeño tamaño. La luz de la ventaba penetraba en un ángulo curioso, y se reflejaba en las pequeñas macetas. Sacó una botella de tequila José Cuervo, y se la enseñó con una sonrisa cómplice. Cogió un par de vasos de pequeño tamaño, y los depositó encima de la mesa. Sirvió poca cantidad y devolvió la botella a su lugar. De alguna manera la invitada reconoció aquel ritual, y su mente se esforzó en encontrar una conexión. No logró recordarlo, si bien identificó la escena como familiar. El olor de la bebida se coló a través de su nariz, y los agujeros aletearon al sentir aquel aroma embriagador. Su cuerpo respondió de inmediato.

—Estás muy rara, Alejandra —opinó O´Halloran mientras se acariciaba el mentón—. Pareces desubicada. ¿Qué te ocurre?

—La verdad es que no sé por dónde empezar —reconoció ella.

—Brindemos —propuso él alzando su copa. Ella respondió al gesto, y apuró de un trago la bebida.

—Tu padre y yo teníamos este ritual, ¿sabes?

—¿Durante la carrera?

—Solo en el último curso, cuando estaba cerca de graduarse. Ya

te lo dije.

Alejandra lo miró con atención. Decidió ser sincera con él. Tenía aspecto de buena persona, su semblante irradiaba cordialidad y un afecto sincero. Con su jersey de lana *tweed* y un minúsculo bigote que apenas era visible, incluso lo encontraba cómico.

—Tuve un accidente —susurró con voz temblorosa. Sin saber el motivo acompañó la frase con un gesto tranquilizador, no sabía si destinado a sí misma o a su interlocutor—. Tuve mucha suerte, por desgracia padezco de amnesia. Nadie sabe cuándo recuperaré la memoria.

—Ahora lo entiendo —farfulló sorprendido—. No me recuerdas.

—Es como si jamás te hubiera visto antes de ahora. Tengo la sensación de haber estado aquí antes, si solo pudiera recordar…

—Lamento oír eso, de verdad. —La voz de O´Halloran sonaba sincera, lo que la llevó a evocar la imagen de María, su risa desenfadada y su personalidad arrolladora. El profesor era alguien similar, le despertaba las mismas buenas vibraciones. Muy diferente a José Dávila, cuyo recuerdo la inquietaba sobremanera.

—¿Cuántas veces nos hemos visto?

—Esta es la segunda vez. ¿De verdad no lo recuerdas?

—Todo permanece en negro. Solo me vienen a la mente algunas sensaciones, malas vibraciones por lo general. He llegado hasta aquí siguiendo el rastro de Pedro Morales. ¿Sabes lo que le ha pasado?

—No —respondió él—. Solo lo que te dije cuando viniste hace un par de meses. Perdimos el contacto hace años; ya sabes, la vida nos llevó por caminos distintos. Seguí su carrera con mucho interés; al fin y al cabo, nos hicimos buenos amigos. Al abrir una sucursal de su empresa en Madrid supuse que dejaría de viajar.

Alejandra no respondió enseguida. Rebuscó en su memoria algún recuerdo de su madre, sin éxito. Resultaba obvio que se habían separado en algún momento. No lograba entenderlo. Su memoria apenas era una carcasa vacía. Albergaba la esperanza de despertar de una maldita vez.

—Ha sido asesinado —reveló por fin.

El hombre dio un respingo. Sus pupilas se dilataron y una expresión de horror se adueñó de su rostro. La miró con intensidad, tal vez en un burdo intento de averiguar si podía ser culpable. No le culpó por ello, había albergado la misma duda durante su convalecencia. O´ Halloran cogió la botella una vez más y la vació directamente en su garganta. Después la tiró a una papelera cercana. Volvió a sentarse y entrelazó los dedos en espera de una explicación más detallada por parte de ella.

—No te sientas mal por pensar en mí. Los tiempos coinciden, pero no fui yo.

—No sabía nada. Ese tipo de noticias no suelen llegar aquí.

—Lo sé. Escapé de allí a toda velocidad, y tuve el accidente. Iba muy rápido, como una demente. Fue una suerte sobrevivir y que no me llevara a nadie por delante. He soñado con su muerte desde entonces, cada día. Necesito saber qué me llevó allí. Necesito saber lo que te dije.

—No le han cogido, ¿verdad?

—No —contestó Alejandra—. Lo mataron con un cuchillo de grandes dimensiones. De esos que puedes comprar en cualquier tienda.

—¿No tienen imágenes? Una empresa tecnológica como esa…

—La prensa asegura que la policía busca a un hombre encapuchado, no muy alto, fornido. Hay algo turbio en todo esto, estoy segura. Una muerte con arma blanca es más personal que coserlo a balazos.

—Supongo que tienes razón…

—Tenía una pistola en mi poder. No tengo ni idea de cómo la conseguí, ni de dónde saqué el coche que conducía. Estoy a punto de volverme loca.

O´Halloran la miró con cautela. En realidad, no la conocía. Temió por su vida. Aquella mujer estaba desorientada, víctima de una profunda desesperación que la guiaba a un hondo precipicio. Si caía en él, tal vez no pudiera salir jamás. No quería verse arrastrado por ella.

Pensó en Pedro Morales, un chico avispado e inteligente, de mente despierta, con una sonrisa siempre en su rostro. Era ocurrente, además de ambicioso. Sabía que llegaría lejos en la vida. Con un expediente brillante, el mundo le pertenecía. Nunca entendió por qué vino a estudiar a Nuevo México. Sabía que su familia tenía dinero, y podía haber escogido una universidad de mayor prestigio en cualquier parte del mundo. Jamás se le había ocurrido cuestionárselo hasta entonces. No era de su incumbencia. Tras un largo noviazgo con Norma Blanco, buscó trabajo en México. ¿Cuántos no hacían lo mismo?

—Viniste con preguntas acerca de tu padre —reveló el profesor —. Gustos personales, aficiones y cualquier cosa que pudiera recordar. Querías recuperarlo. No pude negarme.

—¿Dónde vive mi madre?

Mike O´Halloran la observó con suspicacia. No estaba seguro de si debía decírselo o no. La mirada de Alejandra era intensa y suplicante. Necesitaba saberlo, podía leerlo en aquellos hermosos ojos verdes. El profesor tenía miedo de haber sido engañado, de no ser más

que un ridículo peón en un juego desconocido. No tenía aspecto de persona peligrosa, por el contrario, era consciente de la cruda realidad. Nadie conocía a nadie. Solo deseaba volver a cuidar sus plantas y a su vida tranquila, así que tomó la elección más fácil.

—Vivía en Tijuana. Siento no poder ser más concreto.

—Será suficiente —agradeció la mujer con una sonrisa.

«Tijuana, Dávila. ¿Qué es lo que sabes de mí?».

31

Silvia escuchó el repiqueteo de unos dedos que apenas rozaron la puerta. Le costaba mantener la concentración debido a los tranquilizantes que le habían suministrado. Conservar la consciencia suponía un reto formidable. El sonido volvió a repetirse, parte de una mortificante rutina, tornándose desquiciante. Pese a que no deseaba ver a nadie se sintió obligada a permitir el paso. Reconoció a la mujer enseguida, lucía diferente vestida de civil. Ropa cómoda, de corte deportivo. Justo como la había imaginado fuera del trabajo. Landa se acercó despacio hasta el lecho con cautela. No quería sobresaltarla, ya debía estar lo suficiente abrumada por todo lo sucedido. Sus ojos grises estudiaron la habitación con atención. Un gesto adquirido, parte de una rutina personal destinada a mantener la ilusión de un control esquivo. La agente Ferreras trató de incorporarse. Las fuerzas le fallaban, por lo que desistió en su empeño. Invadida por una profunda desesperación rompió a llorar. Amaia se inclinó sobre ella y la abrazó. La tristeza y la desesperanza de la agente traspasó su coraza, y comprendió la amarga realidad. Fuentes no solo era su compañero. Estaba enamorada de él, y presenciar su muerte había añadido a su conciencia un peso que no era capaz de soportar. Un llanto desesperado empapó las mejillas de la brigada, sobrecogida por aquel dolor tan intenso. No le preguntó cómo estaba, le pareció una estupidez siquiera planteárselo. Debía de estar harta de escucharlo, cuando la respuesta era evidente. Acabó aflojando los brazos, y se secó las lágrimas con el dorso de su mano. No había sido capaz de desahogarse con anterioridad, no delante del coronel y el resto de sus compañeros. Miró a la figura que tenía delante. No sabía el porqué, se sentía cómoda en su presencia. Irradiaba autenticidad, y eso le permitió confiar.

—¿Qué es lo que quieres hacer?

Ferreras pestañeó durante un interminable segundo. En realidad, nadie se lo había preguntado. Se mordió el labio, insegura de cuál era la respuesta adecuada. Sus anhelos más profundos, guiados por una rabia desgarradora, no coincidían con las leyes que había jurado respetar. Su mandíbula se endureció, y una expresión iracunda se adueñó de su semblante. Esperó un reproche por parte de la brigada que nunca llegó. No la juzgaba, solo le ofrecía su apoyo.

—Vengarme. No tengo otra cosa en mi cabeza. Día y noche

sueño con hacérselo pagar. Ese murmullo incesante grita tan alto… —confesó con voz entrecortada—. Todo lo que prometí defender carece de sentido…

—La ira es una emoción más, y en determinadas circunstancias hasta puede ser útil —valoró Landa—. No creo que esta sea una de ellas, eso ya lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé.

—Una vez cruces esa línea, no hay marcha atrás.

—¿Y qué debo hacer?

—Nadie puede decírtelo. Esa decisión te corresponde solo a ti. Lo único que te pido es que lo pienses muy bien.

Ferreras asintió despacio. Sus ojos no parecían ver a la brigada, sumidos en una extraña ensoñación que la alejaba de allí. Sus manos se movían de un lado a otro, presas de un caos inasumible. Se mordió el labio inferior con tanta fuerza que un hilillo de sangre brotó sin advertirlo siquiera y cayó sobre la sábana. Landa se apresuró a limpiarle el rostro con un pañuelo, y a arreglar el desaguisado de la mejor manera que fue capaz. Advirtió en el cabello rubio de la agente numerosas canas plomizas. No las había visto con anterioridad.

—Háblame de él —solicitó Amaia.

—¿Qué quiere saber?

—¿Qué clase de hombre era?

—Rudo e impulsivo —narró Ferreras—. Un poco chapado a la antigua, a pesar de eso, era un buen compañero. Se preocupaba por mí. Me enseñó muchas cosas, aunque siempre me decía que no necesitaba sus consejos, que pronto sería mejor agente que él.

—¿Y no le creíste?

—No. No soy nada especial. Solo quería darme confianza. Era un gran mentor.

—¿Alguna vez le dijiste lo que sentías?

Silvia miró a la brigada con sus ojos azules abiertos de manera desmesurada. Suspiró al darse cuenta de que debía ser obvio, y se sintió estúpida. No había sido tan discreta como pensaba. Durante mucho tiempo se negó a reconocer las señales. Eran muy diferentes, y le costaba aceptar la idea de que Manuel fuera algo más que un compañero. Hasta la mención a la cena, aquella propuesta nunca materializada. Redescubrió una ilusión, llena de emoción. Por primera vez en mucho tiempo sintió un rubor intenso en su pecho.

—No. No tuve la oportunidad.

Landa desvió la mirada. Aquella tristeza le producía un dolor intenso. La añoranza que desprendían sus palabras provocó en la brigada una gran empatía. Estaba segura de que conseguiría superarlo.

—¿Leíste mi informe? —inquirió Silvia de pronto. Landa salió de su ensimismamiento. No deseaba presionarla, ni mucho menos. Se

alegró de que le hiciera esa pregunta.

—Sí, desde luego.

—¿Crees que es demasiado vago?

—Creo que es todo lo preciso que puede ser dadas las circunstancias —expuso la brigada—. El cerebro con el tiempo recupera detalles que permanecían ocultos.

—¿Por eso estás aquí? —El tono de decepción en su voz se hizo patente, por más que trató de enmascararlo.

—No, solo quería ver cómo estabas, y dejarte claro que puedes contar conmigo.

—¿Veinticuatro-siete?

—Veinticuatro-siete.

Ferreras suspiró aliviada. Le preocupaba no poder recurrir a nadie. La rabia que sentía amenazaba con consumirla como el papel de fumar, víctima de una combustión fugaz. Miró de soslayo a las paredes rugosas de la habitación, aparentaban ser una jaula impregnada de un potente olor a lejía.

—¿Puedo ayudar de alguna forma? —acertó a preguntar por fin —. Necesito contribuir. ¿Qué necesitas saber?

—Solo una cosa —solicitó Amaia—. En tu informe afirmaste que ese tipo te habló.

«Debiste disparar a la cabeza, novata…».

Ferreras no podía sacarse aquellas malditas palabras de su mente. Eran un perenne recordatorio de su fracaso. Manuel hubiera muerto de igual forma, pero al menos su asesino habría pagado por ello. Se veía incapaz de apartar aquella voz de su cerebro.

—Registré cada palabra con exactitud.

—No me interesa tanto lo que te dijo, sino cómo era su voz.

—¿A qué te refieres?

—¿Era grave?, ¿o aguda?

—Grave, de esas voces roncas.

—¿No apreciaste un deje metálico?

—Estoy segura de que no usaba un modulador de voz, brigada.

—Perfecto. Otra cosa más —comunicó Landa con perspicacia—. ¿Su acento?

Ferreras guardó silencio. Cerró los ojos y trató de recordar. Las palabras estaban ancladas en su mente y aquella poderosa voz, también. Se concentró y se esforzó en clasificarlo, sin conseguirlo. No fue capaz. Era como el suyo.

—Joder…

—¿No notaste nada, no es así?

—No —admitió con voz temblorosa—. No es extranjero.

Un silencio incómodo se instauró entre las dos. La brigada se inclinó hacia delante y depositó un beso en la mejilla de Ferreras. De

su bolsillo sacó una tarjeta y se la entregó con una sonrisa. Era su número personal. «Veinticuatro-siete», le recordó. Le apretó el hombro y reiteró lo orgullosa que estaba de ella antes de marcharse. Cerró la puerta con cuidado y se apoyó en la pared un breve instante. Su cerebro trataba de ordenar sus ideas, y colocarlas en el orden adecuado.

El pasillo estaba sumido en un silencio absoluto, y pudo escuchar con nitidez unos pasos que se acercaban. Alzó la mirada y vio a un hombre atractivo, ataviado con una larga bata blanca. Un médico. Aquel rostro adornado por una barba fina y bien recortada le resultaba familiar. Cuando pasó junto a ella e inclinó la cabeza a modo de saludo, lo reconoció.

José Dávila.

Su mirada era fría, impersonal, carente de toda emoción. Le pareció extraño. Sintió un escalofrío recorrer su sistema nervioso. Ese sujeto irradiaba una sensación malsana. Fue incapaz de determinar si existía una razón o si trataba de otorgar a Manuel Fuentes credibilidad póstuma.

Vio cómo sus dedos jugueteaban con un aparato que apenas sobresalía del bolsillo de su bata. Su móvil. Dejó que atravesara una puerta situada en el lado derecho. Landa esperó a escuchar el leve sonido del acceso al cerrarse y se asomó por la ventana circular incrustada en la salida. Lo vio más abajo, sentado de espaldas sobre los últimos escalones. Su voz era clara e identificable, por desgracia, no logró entender sus palabras. Podría no ser nada, o tal vez significarlo todo. Decidió arriesgarse. Empujó con mucho cuidado el paso y su rostro de mármol se apoyó en el borde. Solo pudo escuchar las últimas palabras de una conversación a punto de finalizar.

—… ya debe de estar en México. Sí, según lo planeado. Pronto todo terminará.

32

Tijuana. El aroma de la ciudad penetró en su cuerpo, y experimentó una sensación especial. Estaba en casa. Su piel erizada lo manifestaba a gritos. La brisa acariciaba su cabello azabache, y bailaba una danza caótica y sublime al mismo tiempo. El color del cielo al caer la noche era maravilloso. Tonos azul celestes mezclados con un pigmento encarnado, un paisaje digno de ser inmortalizado por algún artista callejero, guiado por el deseo de transmitir la magia que rodeaba la ciudad. Con su mano izquierda sacó varias fotos con su móvil. Deseaba atesorar aquel momento, ante la inseguridad de lo que le deparaba el futuro. El tráfico era una verdadera tortura. El caos imperaba por todas partes. Las carreteras se entrelazaban entre ellas con nudos complejos, carentes de sentido. El asfalto estaba medio destrozado, lleno de baches y algún socavón que otro, delimitado por unos conos naranjas cubiertos de suciedad. México era un país hermoso, donde la tradición pervivía entre sus calles resquebrajadas y la esperanza de una vida mejor conformaba la mayoría de los sueños de sus habitantes. Alejandra, sumida en aquella bruma densa y molesta, tenía una ligera idea de adónde debía dirigirse.

Pedro Morales podría tener mucho dinero, por el contrario, estaba segura de que su madre no viviría en la opulencia. Los barrios más pobres serían su primera parada. O´Halloran le había proporcionado varias fotografías de ella, pertenecientes a su época en la universidad, de modo que las huellas de la edad le habrían conferido un aspecto diferente, más avejentado.

La muerte de su padre tenía el apestoso hedor de un ajuste de cuentas entre narcotraficantes. Aún le preocupaba su propio papel en aquel embrollo, aunque estaba decidida a averiguarlo. En los años noventa, cuando su padre trabajaba en Ciudad de México, el cártel de Tijuana era una organización poderosa, en manos de los hermanos Arellano Félix. El español pasaba largas temporadas estivales en la ciudad fronteriza; en teoría, junto a Norma Blanco, con quien se había casado en una pequeña capilla cercana a Las Vegas. No tardó mucho tiempo en montar su propia compañía de la nada.

Dinero sucio, procedente del cártel de Tijuana. Manchado de sangre, como todo su legado. Entrar en deuda con una organización criminal era un suicidio. Tenía principio, no final. Alejandra imaginó que algo debió torcerse y fue ejecutado por ello. El cártel ya no

existía, la guerra con los cárteles de Sinaloa y Juárez había acabado con la organización poco a poco, y solo quedaban pequeños redaños, poco importantes, destinados a la distribución local. Sinaloa había triunfado, no obstante, fracasó en el propósito de aniquilarlos del todo. Siempre resurgían como ratas de cloaca, negándose a morir.

Viró hacia el barrio de Reacomodo Sánchez Taboada, territorio del cártel Jalisco Nueva Generación. Una alianza con ellos, perpetrada en 2017, fue la única forma de subsistir. Incluso la DEA[16] lo calificó como una idea desesperada y horrible. En 2023 los enfrentamientos entre las tres organizaciones se sucedían y algunas zonas de la ciudad eran poco menos que campos de batalla. Sus instintos más primarios la impulsaban en aquella dirección. Era como tener una palabra en la punta de la lengua, sin poder acceder a ella. El Toyota se deslizó por un camino situado entre colinas de color verde pálido, cuya carretera zigzagueaba como si de un camino de cabras se tratase. Un potente hedor a basura comenzó a hacerse presente a medida que se acercaba a su destino. Se cruzó con dos *Hammers* de color negro, en cuyo interior había varios tipos de aspecto siniestro y amenazador. Pudo ver el reflejo de los últimos rayos de sol sobre las armas automáticas que sostenían. Debería haber sentido miedo, un deseo irrefrenable de dar media vuelta, pero comprendió que aquel era su mundo, y ya no tenía sentido negarlo por más tiempo.

Más adelante, tirados en la cuneta, vio a varios muchachos, apenas unos niños, con signos de tortura y heridas abiertas en sus escuálidos cuerpos.

«Sin piedad, sin cuartel».

Aquel viejo lema volvió a su cerebro, arrebatado de la oscuridad. Era como un viejo mantra, repetido por hombres gordos y sudorosos, de manos grandes llenas de cicatrices. Visualizó a una niña pequeña golpeada por aquellos borrachos malolientes. Casi pudo saborear el amargo regusto de la sangre. Esbozó una sonrisa. Prefería recordar que permanecer en el olvido. Podría soportarlo. La carretera descendió hacia el sur, y pronto se vio obligada a tomar un desvío en dirección al oeste, internándose en un camino sin asfaltar. Una enorme polvareda de humo marrón se levantó a su paso. Cerró la ventana antes de tener que tragarse aquella inmundicia. Las casas aparecieron a ambos márgenes de la calzada, pequeñas construcciones precarias, algunas de madera y otras de simple cartón endurecido. Los ladridos de algún perro famélico penetraron en sus oídos como un lamento cercano a la muerte. Ni siquiera pestañeó. Aquel era un mundo cruel, y la vida apenas tenía valor. Sobrevivir era un lujo al alcance de muy pocos.

Casi no había una luz, tan solo unas bombillas desparramadas por unos cables que iban de una casa a otra. La oscuridad se adueñó

de todo Tijuana, y tuvo que abrir los ojos de par en par a fin de no desviarse y acabar en alguna cuneta abandonada de la mano de Dios.

Cruzó una plaza asfaltada con cemento viejo y detuvo el automóvil frente a una enorme cantina. Unas luces de neón brillaban en lo alto del local. Emitían brillantes destellos rojizos, y el nombre del establecimiento la hizo reír por un breve instante.

«¡Qué chido!».

Una denominación ingeniosa y hasta graciosa. Al salir del coche su sonrisa se borró de golpe. No estaba armada, una decisión acertada a la vista del panorama desplegado ante sus ojos. Sintió alrededor de su espalda la mirada de todos y cada uno de los hombres que deambulaban por allí, muchos de ellos en evidente estado de embriaguez. Las primeras palabras soeces no tardaron en llegar, e incluso alguno se atrevió a acercarse por detrás y susurrarle al oído. Alejandra no reaccionó. Se limitó a seguir su camino. Debía entrar en ese lugar. Estaba segura de que encontraría alguna respuesta. Cuando llegó a los escalones las ordinarias voces fueron sustituidas por alaridos altisonantes.

—Güey, ¿no sabes quién es?

Ella lo desconocía, y por un segundo se planteó detenerse y preguntárselo a alguno de aquellos tipos sudorosos, hijos de la calle. Allí no había otra ley que la del cártel de Jalisco. Ni siquiera les importaba ir a cara descubierta cargados con armas más propias de un ejército. Fusiles de asalto, ametralladoras, incluso granadas de mano. Estaban en guerra, y las autoridades no se atrevían a entrar en sus dominios. Además, se cuidaban de sobornarlos con grandes sumas de dinero. El viejo método aún funcionaba de maravilla. A los más idealistas los emboscaban y los mataban como a perros sarnosos. Lograban encontrarlos gracias a los chivatazos de sus compañeros.

Alejandra notó cómo su corazón latía más deprisa, espoleado por la proximidad de la verdad. Por fin tendría las respuestas que tanto ansiaba. Necesitaba saber quién era, y por qué había viajado tan lejos.

La música crecía a cada paso. Demasiado alta. A nadie le importaba, la mayoría de asiduos no estaba allí para eso. El entrechocar del vidrio se entremezclaba con los acordes de los guitarrones, eternos acompañantes rítmicos de la música tradicional mexicana. Las canciones brotaban, como un ruido infernal, de las gargantas de los borrachos.

Al traspasar el umbral notó cómo casi todas las miradas convergían hacia ella. Incluso los músicos pararon de tocar y posaron el cuerpo de las guitarras sobre el suelo del tablado. La cantina era grande y estaba llena de pequeñas mesas redondas pintarrajeadas de diferentes colores, ocupadas por miembros del cártel con mirada

nerviosa y predilección por el tequila de mayor graduación. Las camareras, ataviadas con poca ropa, exhibían su piel atezada con escaso recato, y sus rostros mostraban una expresión sombría. Si querían conservar la vida lo más sensato era consentir y callar.

Una mujer clavó sus ojos en la figura de Alejandra desde detrás de la barra. Sus facciones le resultaron familiares, por lo que se preguntó si formaba parte de su vida, a pesar de no poder recordarla. Su piel poseía un tono pálido, y su pelo liso le caía por debajo de los hombros. Rubia con mechas, un color demasiado intenso, acompañado por una mirada cansada. Cara redonda, con bastantes arrugas. Labios gruesos brillantes gracias un labial de color carmesí muy llamativo. En sus manos, un trapo deshilachado, con el que secaba los anchos vasos que depositaba en el compartimento situado a la altura de sus rodillas.

Varios de los camareros que la acompañaban trataron de llamar su atención, sin resultado alguno. Dio un pequeño rodeo y salió por debajo del mostrador. El tiempo de saltar por encima ya había quedado muy atrás.

Alejandra pestañeó de forma repetida. La había reconocido. No en los recovecos de su memoria, sino en las imágenes que le había mostrado O´Halloran. Norma Blanco.

¿Su madre?

—Bienvenida a casa, Alejandra. Te estábamos esperando.

33

El teléfono emitió un leve zumbido, sin ninguna clase de melodía. Marín sintió un escalofrío recorrer su espalda, implacable. Llevaba días tenso, en espera de aquel momento. Sus dedos rozaron el móvil y lo depositaron en la palma de su mano. Su pensamiento se centró en Gloria. Estaba a salvo, o al menos eso deseaba creer. La había sacado del país, rumbo a Filipinas. Tenía amigos allí, viejos compañeros de sus primeros años en el cuerpo, con los que mantenía una excelente relación. Trabajaban para la embajada española en Manila, y se hubiera jugado el cuello por ellos sin dudarlo un instante. Una sensación malsana se abrió paso por su fibrosa figura. El aparato se movía de manera aleatoria, impulsado por la vibración. Eran unos cabrones insistentes. Las persianas de su despacho estaban bajadas, y la estancia, sumida en una suave penumbra. No podía demorarlo más. Aceptó la llamada y se sentó en la enorme silla pegada al escritorio.

—Marín. —Su voz sonó firme, en cambio, en su cabeza bullían muchas dudas. Aquel era un juego peligroso.

—No intentes jodernos, cabrón —respondió una voz ronca al otro lado de la línea.

El coronel sintió el impulso de emplear palabras rudas, de acorde a la rabia que sentía en sus entrañas. Eligió contenerse, debía tomar los menos riesgos posibles.

—¿Dónde?

—Cañada Real, en el seis. No tardes.

Marín cerró los ojos durante unos segundos. Cero sorpresas. El último sector, situado entre la A-3 y el término municipal de Getafe, donde el narcotráfico campaba a sus anchas. Se había convertido en un problema recurrente, sin visos de una solución a largo plazo. Las redadas eran frecuentes, por desgracia, nuevos traficantes sustituían a los antiguos. Peces pequeños, peones de los grandes capos de la droga. Miserables, sin muchas más opciones que convertirse en el último eslabón de una cadena herrumbrosa e irrompible. Cuarenta parcelas sin ley, llenas de asentamientos precarios, casas confeccionadas con cartón, rodeadas de inmundicia, y jeringuillas de cristal abandonadas por los rincones. Un lugar desolado donde la muerte habitaba en cada esquina.

—No hay salida.

Las palabras flotaron por el despacho hasta extinguirse en un

susurro junto al enorme ventanal. Marín salió cariacontecido, sumido en una profunda zozobra. Una vez más recorrió el estrecho espacio habilitado entre las mesas de sus subordinados y alcanzó el vestíbulo. Mismo lugar, idéntica rutina. El ascensor abrió sus puertas sin hacer el menor ruido, y se introdujo en su interior. Lanzó una furibunda mirada a un par de agentes que pretendían entrar con él, ahuyentándolos. Su semblante reflejaba una enorme tensión, y era terrible mirarlo a la cara. El coronel tragó saliva y se colocó unas gafas de sol de cristal ahumado. Poco después alcanzó el garaje y su plaza de aparcamiento mediante pasos apresurados. Desbloqueó el cierre centralizado y se acomodó en el vehículo. El motor vibró y emitió un sutil ronroneo.

—No hay salida —repitió antes de abandonar el *parking*.

Marín no quiso ni mirar por la ventanilla. Una sombra de repulsa se deslizó por la mente del guardia civil. A nadie le importaban aquellos desgraciados, raras eran las ocasiones en las que recibían algún tipo de ayuda. A los poderes políticos les estorbaban, y la mayoría estaba conforme con ignorar su existencia. Todos eran un poco culpables. Su pensamiento se desvió a lo que llevaba en el maletero. Una fuente de problemas constante, un entuerto de difícil solución. No lograba entender qué podía haber llevado a Rojo a mezclarse con aquellos indeseables. Creía conocerlo bien, se repetía una y otra vez. Segundos después negaba con la cabeza, abrumado por un axioma incuestionable:

«Nadie conoce a nadie».

Sabía a dónde dirigirse. La mayoría de las transacciones en Cañada Real se realizaban debajo del puente de la A-3 que cruzaba el último sector. Había varios tramos utilizados como cementerio de vehículos defenestrados. Allí se vendían drogas, y las prostitutas ofrecían sus servicios por una mísera bolsa de cocaína. Un olor nauseabundo se coló en el vehículo, filtrado por las rejillas de ventilación del coche oficial. Marín sintió la mirada asustadiza de varios tipos famélicos, ansiosos por apartarse de su camino. Yonquis y traficantes de poca monta. No estaba interesado en ellos. Su presa era mucho mayor. Rojo había sido parte de un juego peligroso y había pagado el precio. Le tocaba a él solucionarlo. Prefirió no pensar en todo lo que podría hacer el cártel con ese dinero.

Sus dedos se aferraban al volante mientras reducía la velocidad. Buscó con insistencia aquella furgoneta de color blanco desgastado. No la olvidaría con facilidad. Los segundos se alargaron de manera agónica, y aquel hormigueo que le invadía en sus años jóvenes volvió de repente, como si nunca se hubiese marchado. Un impetuoso viento nació de la nada y sacudió la basura esparcida por el suelo en una

danza caótica, poseedora de una belleza singular. Marín pisó el freno de manera abrupta. En el margen derecho se extendía un solar lleno de coches viejos a los que les faltaban varias puertas y los neumáticos.

Ellos estaban allí, con una mirada cargada de odio y un inequívoco deseo homicida esculpido en sus rostros. Cinco hombres. Cargaban sus fusiles al hombro, y aguardaban una orden de su cabecilla, deseosos de utilizarlos. Uno de ellos dio un paso al frente y le indicó a Marín que se acercara. El coche viró despacio y se acercó con prudencia. El coronel se detuvo a unos metros de distancia y apagó el motor. Reconoció al hombre, era el mismo que le había hablado junto a la casa de Gloria.

—¡Sal de ahí, pendejo! —le gritó de malos modos—. Esto ya ha durado demasiado.

Marín salió del coche y cerró la puerta con cuidado. Se movía despacio, a cámara lenta, lo que enfureció al líder de los traficantes. El sonido del seguro de las armas automáticas resonó en sus oídos. Una gota de sudor recorrió su rostro hasta caer al pavimento. Podrían matarlo en aquel preciso instante, dispararle como a un perro sarnoso y esparcir sus restos por aquel suburbio infecto. El coronel caminó hacia el maletero y lo abrió sin mayor dilación. Los gritos de los mexicanos retumbaron en sus oídos. Habían ganado.

El policía se acercó al cabecilla, depositó la enorme bolsa en el suelo y retrocedió unos pasos. Una euforia incontenible sacudió a los narcos. Se habían visto obligados a cruzar el charco detrás de aquella pequeña fortuna. Una sonrisa triunfal adornó el rostro del hombre. Se atusó el bigote y miró a Marín con una sonrisa sádica.

—Será rápido, te lo prometo.

El coronel asintió despacio. Se despojó de sus gafas y las guardó en el bolsillo superior de su camisa. Su mirada era fría como el hielo, desprovista de cualquier rastro de miedo. El cabecilla lo miró con curiosidad, intrigado por aquel anómalo comportamiento. Había matado a muchos hombres a lo largo de su vida, siendo testigo de todo tipo de reacciones. Ira, terror, histeria e incluso llanto. En pocas ocasiones se había encontrado con alguien que asumiera su destino con tanta naturalidad.

—¿No vas a abrirla? —preguntó Marín con sorna.

El narco lo traspasó con la mirada. Murmuró un barullo de palabras inconexas, y se agachó de mala gana. Aferró el tirador y jaló de la cremallera. El pequeño sonido le produjo un largo escalofrío. Sonrió al ver el color verde de los billetes. La bolsa estaba llena hasta los topes. Todo parecía en orden.

—No hay salida, idiotas —decretó Marín con firmeza. Su voz destilaba un odio profundo que apenas podía controlar.

El criminal alzó la mirada. Su rostro revelaba incredulidad. No

estaba seguro de haber escuchado bien. Sus manos no se detuvieron y la cremallera completó su recorrido. Marín se apartó de un salto y escuchó con claridad los primeros disparos, que se confundían con la pequeña deflagración procedente de la enorme bolsa. A duras penas pudo esconderse detrás del coche, y sintió una aguda quemazón en su pierna izquierda. Apretó los dientes. Casi había olvidado lo que se sentía. El cabecilla se derrumbó sin vida, con la cara destrozada. El coronel desvió la mirada durante un instante hacia lo alto del puente de carretera. Apretó los dientes y observó un pequeño destello que reflejaba la luz del sol. Las balas llovían a su alrededor, implacables. Su refugio no era muy seguro, y la integridad de su vehículo se hallaba comprometida. Sacó su arma y se preparó. El tacto de la culata era agradable, familiar. No había olvidado cómo hacerlo.

De pronto los disparos cesaron. Los fusiles golpearon el suelo al abandonar las manos inertes de los mexicanos. Los sicarios cayeron, en un movimiento casi sincronizado. Marín abandonó su escondite, aunque no podía apoyar la pierna herida con firmeza. Miró a los traficantes con repulsión. Cada uno de los asesinos tenía un orificio de entrada en la región occipital y uno de salida en la frente. Contempló al líder de aquellos indeseables. El cráneo había reventado por cuatro sitios y los restos del cerebro adornaban el solar. Tendría que felicitar a los artificieros, la mercancía apenas sufrió daños colaterales, pese a que un leve olor a quemado impregnaba la enorme bolsa. Suspiró y se sentó encima del capó. Rebuscó en su chaqueta y encontró un paquete de tabaco sin abrir. Necesitaba un cigarrillo. Cuando los hombres de la UEI[17] se descolgaron desde la parte superior del puente, encontraron al jefe de la UCO disfrutando de un placer culpable.

Todo había salido bien. El coronel llevaba un rastreador incorporado. No sabían dónde estaban aquellos tipos, pero, en el preciso instante en el que el coche de Marín se detuviera, podrían emboscarlos. La apuesta era arriesgada. Actuaron deprisa, forzados a no errar. No disponían de ángulo de tiro desde allá arriba, por lo que tuvieron que descolgarse por la estructura con la precisión de un cirujano. Eran la fuerza de élite de la Benemérita, especializados en operaciones de alto riesgo. Si alguien podía hacerlo, eran ellos.

«No hay salida».

Aquella frase que Marín repetía desde hacía días representaba la señal para que el equipo de la UEI se pusiera en marcha. Lo había adoptado como un mantra, y cada vez que verbalizaba aquellas palabras un intenso rubor recorría su cuerpo.

—¿Se encuentra bien, señor? —preguntó el jefe del equipo de asalto, preocupado por el aspecto de Marín.

—Sí, no es nada —confirmó el coronel—. Registren a estos malnacidos y la furgoneta. De arriba abajo…. Y llamen a la juez

Castro, tengo algo importante que entregarle.

34

La oficina le pareció un apelativo curioso. Había una mesa, un par de sillas, y poco más. En realidad era un almacén sin ventilación propia, donde guardaban un montón de botellas de alcohol de alta graduación. Tequila, mezcal y aguardiente casero en su mayor parte. El escritorio se asemejaba un pupitre de jardín de infantes, pintado de diferentes colores y con un montón de dibujos abstractos casi imposibles de identificar. Alejandra no se atrevía a moverse, pues temía que su asiento se viniera abajo. La mujer la observaba con atención. Las arrugas de su rostro se acentuaban cada vez que fruncía el ceño o intentaba sonreír, un gesto forzoso, pues casi siempre estaba de mal humor. Su carácter huraño era de sobra conocido entre los miembros del cártel. No podía ser de otra manera si quería ser respetada. Sobrevivir entre aquella manada de lobos no era fácil, llevaba toda su vida haciéndolo. Había sido testigo de actos crueles, de vejaciones inimaginables, y desde niña supo que solo existía un modo de salir indemne de aquel infierno. Debía convertirse en alguien valioso. Dejó morir a su inocencia cuando arrebató la primera vida. Cada vez que mataba su alma se hundía más en la oscuridad, hasta que dejó de sentir. La vida en aquellos barrios marginales era dura, demandaba una coraza de hierro. Aprendió cuál era su lugar, y con el tiempo supo hacerse valer. Traficó con marihuana, hachís y más tarde con cocaína. Los callejones de todo Tijuana eran su territorio. Algunas veces sufrió severas palizas, que soportó sin proferir una sola queja. Siempre lograba sobreponerse. Seguía manejando el cuchillo como una extensión de su brazo. Se ganó el sobrenombre de *La dama de la Muerte*. Su suerte comenzó a cambiar. Mejores zonas, con sus primeros guardaespaldas. Al final la sacaron de la calle y le entregaron las llaves de la cantina. Bajo la protección de Los Arellano Félix no tenía que temer por su vida.

—Bienvenida a casa, Alejandra. —La dueña del local sirvió mezcal en dos vasos veladora, y esbozó una sonrisa ladina mientras el penetrante aroma de la bebida provocó que las fosas nasales de la invitada aletearan, víctimas de un involuntario espasmo.

—¿Y el gusano? —preguntó la mujer más joven con sorna mientras observaba el cristal.

—Me los comí —respondió mientras reía de manera ruidosa. Se trataba de una broma, repetida hasta la saciedad. En realidad lo hacía

a menudo—. Despacio, niña, es mejor ir despacio. Te perderás todos los aromas y sabores que puede ofrecerte. Tomártelo de una vez no te hará más ruda ni valiente.

Alejandra siguió su consejo y dejó que el mezcal rozara sus labios. La sensación le pareció muy placentera, pese a que el licor era bastante fuerte. Lo degustó despacio, mediante besos sensuales y cortos. El vello de su cuerpo se le erizó sin apenas darse cuenta. Su cuerpo volvió a responder y a hablar más alto que su memoria. No le sorprendió, de hecho, lo esperaba. Ella bebió más rápido. Volvió a servir otros dos golpes. Uno apenas era un pequeño aperitivo. Necesitaba más.

—No ha sido sencillo regresar hasta aquí —notificó, por fin, mientras se agitaba nerviosa en la silla desvencijada.

—Pues aquí estás…

—En busca de respuestas —afirmó mientras volvía a beber. En esa ocasión dio un trago largo—. Mira, yo no…

—No sabes quién eres. Lo sé. Estás en el lugar adecuado para bien o para mal.

Alejandra la miró sin entender el alcance de sus palabras. Aquel rostro emanaba una frialdad cercana al cero absoluto. Vio cómo sacaba una cajetilla de tabaco del bolsillo de sus desgastados *jeans*, y se llevaba un cigarrillo a sus voluptuosos labios. La llama del encendedor era exigua y menguaba cada pocos segundos. El humo penetró en los pulmones de la cacique, lo retuvo unos momentos, expulsándolo después por la boca en forma de pequeños aros.

—¿Eres Norma Blanco?

—Así que eso es lo que crees —dijo con una enorme sonrisa sádica—. Bueno, no puedo culpar a O´Halloran. Nos parecíamos bastante esa zorra y yo.

—¿Cómo sabes que he estado allí?

—Mi trabajo es saberlo, querida —expresó con suficiencia y le echó el humo a la cara—. Y más siendo quien eres.

Alejandra tosió repetidas veces. Cuando el humo se disipó no pudo evitar sentirse turbada. Aquella pregunta martilleaba su cerebro desde el accidente, y continuaba sin poder darle una respuesta adecuada. Se guiaba por sensaciones ocultas, por lo que no podía estar segura de nada. Necesitaba recordar. Y solo podría hacerlo en su hogar.

—No tengo la respuesta a esa pregunta.

—Yo sí, pero tal vez no te guste escucharla.

—No te preocupes por mí, podré soportarlo.

—Norma Blanco era una privilegiada. Gracias a los negocios sucios de su padre pudo costearse la universidad, claro que ella creía otra cosa. Siempre fue muy ingenua. El taller de Juan Blanco, además

de realizar reparaciones, desmontaba coches robados y vendía las piezas como si fueran nuevas. La mayoría destinadas a los gringos de los barrios bajos de San Diego. Les salía mucho más barato cruzar la frontera que comprarlas allí. Las montaba allí mismo, de aquel modo era mucho más difícil que detuvieran a alguno de aquellos idiotas. A la policía le preocupaba mucho más el narcotráfico que esas actividades de poca monta. Conoció a Pedro Morales en la facultad y conectaron rápido. Pasaban los veranos juntos, aquí en Tijuana. El tipo tenía una mente despierta y pronto encontró trabajo en Ciudad de México tras acabar la carrera.

»¿Cómo sé todo esto? Pues porque el muy cabrón era un genio blanqueando dinero. Las empresas a las que ayudó a evadir impuestos se financiaban con dinero del cártel de los Arellano Félix. Se asustó y entró en el Complejo Cantarell como asesor financiero. Le apretaron las cuerdas. El cañón de una pistola sobre la sien es una herramienta única capaz de cambiar las voluntades más férreas. La petrolera necesitaba dinero, mucho dinero, y los puso en contacto. El gobierno estaba metido hasta el cuello. ¡Pinches políticos! Siempre dispuestos a recibir una buena mordida[18]. Las reticencias de Pedro Morales se desvanecieron cuando recibió su paga. Eso le permitió montar su propia empresa. Tardó un tiempo en entender que una vez dentro del círculo, no podía abandonarlo. Cuando lo hizo fue mucho más feliz.

»A Morales le gustaba beber. Era su único vicio. Jamás le vi meterse una raya o fumar crack, el *whisky* era su mayor debilidad. Uno de los hombres de confianza de Rafael Arellano Félix, Leonardo Guzmán, lo trajo a esta pinche cantina. Me gustó desde el primer momento en el que lo vi, y no paré hasta llevármelo al catre. Debí de recordarle a su querida y aburrida Norma Blanco. Era diferente a la clase de tipos que me rodeaban. Me gustaba su forma de hablar. Cada vez que venía a Tijuana se acercaba por aquí y nos pasábamos el día cogiendo. Hasta que se cansó de mí. Se aficionó a las fulanas. Prefería pagarlas y olvidarse de ellas. Le resultaba mucho más sencillo. Dio tumbos durante bastante tiempo hasta que Netsolutions se volvió un activo importante. Se marchó a Estados Unidos una temporada, pero se dejó algo importante. A ti.

Alejandra no sabía cómo debía sentirse. No fue una sorpresa, estaba segura de que él era su padre. A pesar de ello, no pudo evitar sentirse abrumada. Su anfitriona leyó su zozobra y volvió a servirle otro trago. Lo bebieron de golpe, guiadas por un acto inconsciente, y sintieron un agudo escozor en sus gargantas. Cerraron los ojos durante un instante breve y repitieron la jugada. Incluso compartieron un cigarrillo que ayudó a soportar el eterno receso impuesto por su anfitriona.

—Morales nunca lo supo. Javier Arellano Félix tomó las riendas

del cártel después del encarcelamiento de su hermano, y estaba muy interesado en las posibilidades que ofrecía Netsolutions para desviar el capital y retornarlo limpio. No quería distracciones, así que mandó a asesinar a la puta que te llevaba en las entrañas. Pedrito nunca supo que estaba embarazada. Y ahí es donde entro yo, querida. Le aseguré al patrón que lo hicimos, una mentira bastante típica, lo reconozco. El método de siempre, un coche arrojado por un barranco con una rueda reventada. Pusimos el cadáver de una tísica que acababa de morir, y lo quemamos todo. Escondí a aquella furcia en Colinas. No lo hice por generosidad, sino por rebeldía. Me debían dinero, y se me ocurrió tratar de sacar provecho de la situación. Cuando naciste le cortamos el cuello a tu madre y la enterramos en una fosa. Ni siquiera la señalizamos. ¿Por qué hacerlo? Solo era una miserable fulana.

Alejandra notó un intenso fuego adueñarse de sus entrañas. Intentó compadecerse de su madre biológica, lamentablemente, no pudo establecer ninguna conexión con ella. No había recuerdos, solo una cruda realidad de la que no era consciente. Miró a su interlocutora con el rostro desencajado. Ella fumaba con tranquilidad y actuaba con una frialdad que encontró desconcertante. Aquel rostro despiadado carecía de emociones humanas, incluso se permitió sonreír al relatar aquel acto despiadado e infame. Era consciente de que buscaba provocarla por el mero placer de hacerlo. Le pidió otro trago. De verdad lo necesitaba. Lo apuró sin pensar. Sus ojos se enrojecieron, y empezó a notar los efectos del mezcal. Por unos momentos deseó perder la consciencia y olvidar aquel relato de pesadilla. Intuía que aún faltaba lo peor.

—Tu destino no fue diferente al de otros chamacos. Te vendí por unos pesos. Era demasiado peligroso tenerte cerca. Si se enteraba el patrón, podría tener muchos problemas. A la mujer que te cuidaba le debes tu nombre, poco más aparte de eso. No se molestó en ir al registro. Como tantos otros, no existes. Te mantuve localizada, aunque no me atreví a acercarme. Podrías ser valiosa en un futuro. La vida que llevaste fue similar a la mía. Golpeada por un pinche borracho, obligada a pasar el día en el campo y a la vuelta a ayudar en la casa hasta despellejarte las manos. A duras penas aprendiste a leer y a escribir. Con catorce años pasaste a trabajar en algún bar de mala muerte, y ya puedes imaginar lo que te sucedió allí.

—¡Eres una hija de la chingada!

Alejandra escupió aquellas palabras con verdadero odio. Su cerebro encontró esas imágenes cubiertas por la oscuridad y comenzó a darles forma, sabor y color. Fue víctima de una paradoja. Aquello que tanto deseaba le provocaba un intenso dolor, y no se veía capaz de manejarlo. Era mucho peor de lo que había pensado.

—La vida es cruel, chamaquita. La mayoría de las que vivimos

aquí pasamos por lo mismo. Te dije que no eras especial.

»Todo el barrio pasó a manos del Cártel de Jalisco Nueva Generación como parte de la alianza del 2007. Muchos no lo aceptaron, y rechazaron el cambio de jerarquía. Perdieron su posición y fueron sustituidos por gente de confianza de los nuevos patrones. La lealtad es una estupidez, ¿sabes? Mucho más cuando nos trataban como escoria. Los apegados al viejo orden fueron fusilados en la plaza mayor. Los tipejos de Jalisco son muy teatrales, y creen que son un pinche ejército. Acostumbrarse no fue difícil, tampoco había mucha diferencia entre unos y otros. Tuve suerte de que no les importara mi vida. Si hubiera sido un chavo pendenciero, me habrían ejecutado. Decidí traerte aquí, ya no había motivo mantenerte lejos. Tu padre se creía a salvo de los asuntos de los narcos, un pensamiento muy ingenuo, desde luego. Estaba muy equivocado. Las ruinas del cártel de Tijuana querían el dinero que le dieron de vuelta. Necesitaban comprar armas e intentar recuperar el territorio perdido. Estaban arrepentidos de la alianza, solo que no tenían fuerzas con las que oponerse.

—¿Nunca le contaste quién era yo?

—No, la verdad es que apenas hablamos. Fingió no recordarme. No le culpo. Tuvo un par de encuentros con los dirigentes de Jalisco, y lo amenazaron. Debía dejar de financiar a las ruinas de los Arellano Félix, o de lo contrario lo pasarían a cuchillo.

Alejandra tembló como una hoja. Así que eso era lo que había sucedido. Suspiró. Al menos podía descansar tranquila.

—¿Por qué me fui a España?

La mujer la miró con intensidad y esbozó una sonrisa burlona.

—Me temo que soy culpable de eso…

»La última reunión entre ambas partes fue muy tensa. Tuvo suerte de que no lo mataran allí mismo. Lo dejaron marchar con la promesa de que continuaría blanqueando dinero. El muy infeliz ignoraba la verdad acerca de la muerte de Norma Blanco. Seguía creyendo que fue un pinche accidente. Solo debía manejar las cuentas del cártel sin hacer preguntas. Las amenazas no lo amedrentaron en absoluto. Si me lo preguntas, creo que le daba igual vivir o morir. No tenía intención de regresar. Permanecí a oscuras un tiempo, por suerte, la mayoría de sicarios son viejas chismosas. Solo hay que invitarles a unos tragos y escupen todo lo que saben. Contactaron con un socio suyo para que lo mantuviera vigilado. Si no cumplía el trato, les avisaría. Se me ocurrió una forma de presionar a Morales y ganarme unos puntos frente a los patrones. Planeaba revelarle quién eres y exigirle una enorme suma por mantenerte con vida. El chantaje casi siempre funciona.

Alejandra la miró con desprecio. Era un monstruo. Uno terrible,

con un rostro aún hermoso, que escondía a una criatura mezquina y cruel.

—¿Qué sucedió? —acertó a preguntar por fin.

—Me escuchaste y te pusiste como una pinche loca —verbalizó encogiéndose de hombros—. No como ahora. Mira qué tranquilita te ves. Si te hubieras comportado como es debido, no habría tenido que castigarte.

Alejandra la miró atravesándola con una sonrisa sarcástica. La puerta de la oficina se abrió con lentitud, y dos tipos de aspecto desagradable irrumpieron en la estancia. Llevaban unas gorras de béisbol e iban armados con fusiles de asalto AR-15. Mascaban tabaco y tenían los ojos inyectados en sangre. No era ninguna estúpida, sabía que estaban al otro lado de la puerta. Por eso contuvo sus ganas de estrangular a la maldita vieja con sus propias manos.

—Pensé que unas semanas en el sótano te ablandarían, la verdad es que me sorprendiste —relató, divertida—. Ni siquiera estos idiotas pudieron ponerte de rodillas.

Alejandra no respondió. ¿Qué podía decir? ¿Cómo podía su cerebro haber enterrado todo aquello? ¿Acaso trataba de protegerla?

—Fue divertido ver cómo te consumías en ataques de rabia. Incluso te desmayabas. Te convertiste en un entretenimiento, mucho mejor que las peleas de gallos. Decidí subir la apuesta. Te dije que fue tu padre quien te vendió y mandó matar a tu madre. Ni siquiera lo cuestionaste. Debías de tener esa idea dentro de ti.

—Hija de la chingada…

—Si fuera una idiota creería que Dios bajó a ayudarte y te sacó del sótano —expuso la doña sin hacer caso de las palabras de Alejandra—. No lo soy. De modo que alguien te sacó de allí. No estoy segura de si mientes acerca de tu amnesia o no, pinche puta, pero hasta que no me des el nombre del vato traidor no saldrás de aquí.

35

Ferreras pidió el alta voluntaria, no soportaba permanecer encerrada entre aquellas cuatro paredes por más tiempo. El funeral de Manuel Fuentes se oficiaba esa misma tarde en la catedral de la Almudena. No se veía capaz de acudir, esperaba que su familia pudiera entenderlo. Había llamado varias veces a Amaia Landa, y a primera hora de la mañana consiguió hablar con ella. No tenían nada todavía acerca del asesino de su compañero. Aquella no era la noticia que deseaba oír. No podía sacarse a José Dávila de la cabeza, estaba allí mismo, en el Gregorio Marañón. Tenía alguna relación con Máximo Mendes y no descansaría hasta averiguar cuál era. Llamó a Andrés Muñoz, que tampoco estaba en su mejor momento. La voz cavernosa que respondió a la llamada no parecía la de un ser humano. El teniente le aseguró que había hablado con el médico, y el muy cabrón había negado conocer al empresario. Sabían que mentía, por desgracia, no podían hacer mucho más. El tipo no era de esos que se derrumbaba ante un poco de presión.

Decidió vestirse con unos desgastados vaqueros, una camiseta arrugada del grupo musical Nirvana y una cazadora blanca. Se calzó unos botines marrones que le iban un poco estrechos, siempre olvidaba ir a cambiarlos. Recogió su pelo en una larga coleta y se detuvo a mirarse en el espejo. Aquel rostro macilento le provocó cierta repulsión. No era una imagen agradable. Al final se encogió de hombros, a nadie le importaba su aspecto, ni siquiera a ella misma. Un poco antes del mediodía le trajeron los documentos. Los firmó sin prestar atención y salió como alma que lleva el diablo de allí.

Tenía la cabeza embotada. Necesitaba un café. No uno insípido, desde luego. Detestaba aquellas máquinas expendedoras. Se apresuró a recorrer la calle Máiquez. Le encantaba la cafetería Toscana, un lugar acogedor y espacioso. Daban unos desayunos excelentes y también se podía comer allí. No tardaría más de cinco minutos.

El sol brillaba sin presencia de nubes, augurando un día agradable, lleno de posibilidades. La calle estaba atestada, como siempre y el murmullo de las diferentes conversaciones asaltó los oídos de Ferreras como un estruendo insoportable. Mortificada por aquel latigazo sonoro, tuvo que detenerse y recuperar el aliento, con el rostro transfigurado por una mueca de dolor, y apoyarse en una farola. Notó la mirada de algunos transeúntes, e incluso alguno se

acercó interesándose por su estado. Declinó la ayuda con una sonrisa amable, y se reincorporó sin esfuerzo aparente. Su frente estaba perlada en sudor. Debería irse a casa, todo su cuerpo clamaba por un descanso que rehusaba a darle.

Entró en el local de forma apresurada. No había mucha gente, por suerte. Se acercó al mostrador y pidió un café bien cargado. Se lo llevó en uno de esos vasos de cartón, y se sentó en una pequeña mesa situada al fondo, cerca del servicio. Hundió la cabeza entre los brazos y trató de centrarse. Necesitaba trabajar, aunque los médicos le aconsejaron lo contrario. Estar ociosa la volvía loca. No podía aplacar el sonido de los gritos, y, sobre todo, el del cuello de Manuel al ceder ante la presión de aquel malnacido. El sabor amargo la reconfortó en cierta manera, y le aportó un chute de energía. Sacó el móvil de la cazadora y realizó un par de llamadas. Después se levantó de golpe, empujada por un resorte invisible. Abandonó la cafetería a toda prisa, sin mirar atrás.

El piso franco donde tenían a Daniel estaba en el barrio de Malasaña. Ferreras rehusó a coger un taxi, y mucho menos ir a casa en busca de su coche. El paseo le sentaría bien, o eso quiso pensar. Cuarenta minutos a pie. Dedicó todo ese tiempo a reordenar sus ideas. Franco Hernández frecuentaba aquel local mexicano no muy lejos de Puente de Vallecas. El testigo de la brigada afirmaba que traficaban con cocaína, algo difícil de demostrar sin pruebas. El juez Juan Carreño, encargado de gestionar la solicitud del coronel Marín, no quiso autorizar el registro en base al testimonio del chico, por considerarlo poco creíble.

Solo la testarudez de Landa había permitido mantenerlo bajo custodia. La fe de Marín en la brigada resultaba incuestionable. Ella era especial, de eso no tenía ninguna duda.

Dos agentes vigilaban la taquería de incógnito, sin advertir nada sospechoso. Ferreras los conocía. Había compartido tiempo con ellos en la academia, pues pertenecían a su misma promoción. Buenos chicos, amantes de su trabajo. La primera llamada había sido a uno de ellos, lamentablemente no había novedades. Todo permanecía tranquilo. La segunda, a su viejo amigo Sergio Granados. Tenía acceso a cierta información, y no le costó mucho sonsacarle dónde estaba el piso franco. Era amigo de su padre, y nunca supo negarle nada. La mayoría de aquellas casas estaban cerca de algún buen restaurante, condición que se cumplía *sine qua non*. A la agente siempre le pareció gracioso, en realidad.

Llegó a la calle Ponciano, se acercó al número cuatro y tocó el interfono del primero derecha. Lo hizo tres veces durante unos instantes, y luego otras dos veces con una duración mayor, de unos

tres segundos cada una. Era la contraseña, por así decirlo. Percibió la estática del telefonillo. No iban a contestar, eso lo sabía.

—Ferreras.

No estaba previsto que allí apareciera nadie, excepto los relevos programados por la brigada. Le abrieron de inmediato la puerta. ¿Cómo no hacerlo? Tendrían que ser muy fríos para no empatizar con ella tras lo sucedido. Además, estaba muy bien considerada por todos sus compañeros. De alguna manera, su buena fama la precedía. El portal era viejo, y no estaba muy bien cuidado. Necesitaba algunos arreglos y una buena mano de pintura.

Subió por las estrechas escaleras, sin apoyarse en la barandilla. La fina capa de polvo que la cubría le provocó cierta aprensión. Se acercó a la puerta 1B, y rozó la madera con los nudillos. Antes de que pudiera hacerlo, la puerta se abrió un ápice y se encontró con unos ojos marrones que la observaban con atención. El rostro de Espinosa se fundía con la penumbra como si formara parte de ella. Al reconocerla, se apartó de la puerta y le permitió pasar. Durante unos segundos se quedó parado, pues dudaba si estrecharle la mano, darle un abrazo o no hacer nada de todo eso. Su compañero, situado detrás de él, se rio ante la torpeza del primero, y le apartó de un empellón.

López era muy extrovertido, quizás demasiado entusiasta en ocasiones. Hacían una extraña pareja, compenetrándose a las mil maravillas. Dio un paso al frente y la abrazó con fuerza. El contacto fue prolongado, lo que incomodó a la mujer. Antes de separarse, el hombre, fornido y de rostro ovalado, le susurró unas palabras llenas de cariño.

«Todos estamos contigo».

Silvia no supo cómo interpretar aquellas palabras. No estaba segura de si se refería a un apoyo moral o a una verdadera intención de auxiliarla en la caza del asesino de Fuentes. Respiró hondo. No debía recorrer ese camino. Salió del trance de pronto, justo a tiempo de recibir un suave apretón de manos de Espinosa, acompañado de un silencio absoluto. La agente realizó una rápida inspección del piso. Un apartamento pequeño. Un salón con cocina americana, un sofá y un mueble donde había una televisión estropeada y muchos libros. Dos ventanas enrejadas, ni internet ni teléfono. Era una regla básica de seguridad. Al fondo a la izquierda había una habitación con la puerta entornada.

—¿Cómo está el chico? —preguntó Ferreras.

—Imagina —respondió López mientras se rascaba la fina perilla que adornaba su rostro—. Se le ve aburrido, y un poco nervioso.

—Es comprensible —convino ella—. ¿Puedo hablar con él?

Espinosa y López se miraron de manera significativa. Landa no había autorizado aquello. Fue tajante en que nadie más debía hablar

con él. Daniel era un joven asustadizo, y no querían que se echara atrás bajo ningún concepto. Solo confiaba en la brigada, el problema residía en que estaba demasiado ocupada y llevaba un par de días ausente. Tal vez fuera buena idea que alguien charlara con él.

—Vamos chicos, dadme un respiro —solicitó Ferreras con ojos suplicantes.

—¿Estás segura de lo que haces? —inquirió Espinosa con seriedad. Le costaba conectar con las personas, y la tragedia de Fuentes le impresionaba menos que a otros compañeros.

—Creo que todo está conectado. ¿No os parece demasiado casual?

—No lo sé, la verdad —reconoció el hombre—. Tampoco me corresponde a mí decidirlo. ¿A nadie se le ha ocurrido que el chico pudiera estar mintiendo?

—¿Por qué haría eso? —cuestionó López, intrigado.

—Eso es lo que quiero averiguar —afirmó Ferreras.

—Adelante, entonces —consintió Espinosa—. Espero que sepas lo que haces, o nos meterás en un lío de los gordos.

Ferreras empujó la puerta de la habitación con los dedos, y se encontró a Daniel tumbado encima de una cama deshecha, con los ojos clavados en el techo. No había mucho más en la estancia. Un armario empotrado con parte del papel despegado, una vieja butaca con la madera carcomida y unas revistas de fútbol en el suelo. La ventana daba a la calle principal como las otras, y tenía una reja negra que impedía entrar o salir. El chico desvió la mirada hacia la agente y se incorporó deprisa hasta quedar sentado al borde del lecho. La miró con extrañeza, y se agitó nervioso. Esperaba a Amaia Landa, y aquella mujer no era ella.

—Tranquilo, Daniel —manifestó Silvia con una sonrisa—. He venido a ocuparme de ti. Soy la agente Ferreras.

—¿Dónde está Amaia?

—La brigada es una mujer con mucha responsabilidad. Le encantaría estar aquí contigo, pero le ha resultado imposible.

Ferreras intentó mostrarse natural, no le gustaba mentir, por más que fuese necesario.

—Estoy bien —confirmó el mexicano—. Harto de estar aquí encerrado. ¿Cuándo podré irme?

—Depende de ti. Necesitamos saber más.

—Les he dicho todo lo que sé —se reafirmó el chico de manera obstinada mientras alzaba las manos a modo de queja.

—No hemos encontrado nada en el restaurante —le comunicó con voz seria. Debía entender la gravedad de la situación.

—¿Lo han registrado?

—Bueno…, no. El juez no lo ha autorizado. Tenemos el sitio

vigilado y no hemos visto nada que indique actividad ilegal. Además, el Grupo Central Antidrogas no tiene constancia de que haya ningún cártel mexicano operando en Madrid.

Daniel frunció el ceño.

—Pinches policías… ¿Por qué no me creen? Yo creía que ella…

—Landa te cree, y yo también. —Ferreras colocó su mano en el hombro a fin de mostrarle su apoyo—. No decidimos nosotras. Las cosas no funcionan así. En realidad, solo tenemos tu testimonio. Necesitamos más, o de lo contrario no podremos mantenerte aquí por mucho tiempo. Hasta la mano que tiene la brigada con el jefe de la UCO tiene un límite.

El muchacho cerró los ojos, y miró a la agente con una mueca de preocupación. Entrelazó sus dedos y hundió la cabeza entre las rodillas. Sus pies golpearon el suelo con cierto ímpetu. Una enorme frustración hablaba por él. Permaneció así unos minutos en los que Ferreras no interfirió en absoluto. Debía respetar sus tiempos. Daniel acabó por levantar la cabeza. Una expresión de angustia se dibujó en su semblante.

—No he sido sincero del todo —admitió por fin con voz temblorosa—. Mi familia no me envió a España. Fue el cártel, soy parte de él.

Ferreras trató de imaginarse el rostro de Landa, le hubiera gustado poseer esa capacidad de convertir su cara en una máscara impenetrable. Su expresión se endureció, y tuvo que morderse el labio, intentando calmarse. El chico la miró asustado, se levantó de la cama y se refugió en un rincón. Su mirada se desviaba a la cintura de la agente, en busca de un arma. Silvia se dio cuenta y recuperó el control de sí misma. Le mostró las palmas de las manos, a fin de tranquilizarlo.

—No estoy armada, Daniel —declaró con solemnidad—. Te pido disculpas, nada parece ir como es debido. He perdido a un compañero recientemente.

—Lo siento —murmuró el chico—. ¿Fue el cártel?

—Esperaba que pudieras decirme algo…

Daniel se acercó de nuevo y volvió a sentarse en el mismo lugar. La tensión de su rostro se había suavizado un ápice. Podía entenderla. A pesar de su juventud había enterrado a muchos seres queridos. Observó los ojos azules de Silvia con atención. Era fácil perderse en ellos. La mujer le pareció muy atractiva. Le apenaba ver un rostro tan bello deformado por un dolor tan profundo.

—Los parnas[19] no somos nada dentro de la organización. Apenas nos dicen dónde tenemos que distribuir la mercancía. Si se trata de una venta de cierto volumen, no nos encargamos nosotros. Somos carne de cañón. A nadie le importa si vivimos o morimos.

—¿Y lo que contaste?

—Bueno…, no estaba escondido, sino esperando a descargar la mercancía. El resto sucedió así. Solo que el patrón la emprendió a golpes conmigo. Te lo mostraré.

Daniel se quitó la sudadera y la camiseta que llevaba debajo. Tenía moretones por los brazos, torso y espalda. Algunas viejas cicatrices y otras más recientes, que aún no habían sanado. Una imagen espeluznante. Silvia apartó la mirada. Se acercó al muchacho y le abrazó con ternura. El mexicano estaba tenso, poco a poco, al sentir el contacto, sus músculos se relajaron. No podía recordar la última vez que alguien le había estrechado entre sus brazos. Se separó enseguida y bajó la cabeza.

—¿Hace cuánto que sucede?

—Desde Tijuana. No soy de Sinaloa. Nos ordenaron que dijéramos eso.

«Si os cogen, decid que sois de Sinaloa. Estos pinches gachupines[20] no sabrán diferenciar un lugar de otro».

—No les falta razón, por desgracia —comentó Ferreras.

—Estamos a su servicio desde bien chiquitos. Apenas nos dan dinero, gracias a eso nuestras familias pueden alimentarse. Con el tiempo dejas de pensar en lo que haces, y lo tomas como tu obligación. No todo es blanco y negro.

Ferreras asintió despacio. Podía entenderlo. El aspecto del chico era triste. No podía ni imaginar lo que había tenido que pasar. Su mundo era un lugar diferente, y comprendió que debía tomar distancia. No podía permitirse perder la perspectiva. Los pecados del ser humano eran enormes, ella no podía subsanarlos. Solo era una agente de la ley que buscaba su sitio.

—Nos trajeron a algunos para distribuir la mercancía por discotecas, *pubs* y barrios bajos —continuó—. Es peligroso, porque las otras bandas ya tienen sus territorios asentados. Algunos chicos desaparecieron. Tenía miedo, por eso me inventé la historia. Ya no lo soporto más.

Silvia observó que el chico aguantaba las lágrimas por puro coraje. Nada de todo aquello la acercaba al asesino de Manuel. Respiró hondo. Aquel hilo debía conducir a alguna parte. Aguardó a que Daniel continuara, e intentó no hacer manifiesta su inquietud.

—Franco Hernández era un tipo importante en Tijuana, todos lo decían. Nunca supe qué hacía aquí, el caso es que se reunía con el patrón a menudo, en su oficina.

—No sé si eso nos sirve de mucho…

—Lo siento, doña —se excusó Daniel, cariacontecido. Su expresión tosca se suavizó un ápice. Buscó los ojos de Ferreras y volvió a hablar—. La verdad es que volví a verlo una última vez.

—Soy toda oídos —replicó la agente, ya sin esperanza.

—Había un tipo que solía rondar por la cantina. Lo vi muchas veces mientras salía a fumarme un cigarrillo. Debía buscarlo a él. Los vi juntos, parecían viejos amigos. Una semana después, Franco Hernández fue asesinado.

36

La reunión entre Javier Marín y Amaia Landa fue breve. El coronel apenas se había ausentado un día de la central de la UCO. De ningún modo iba a dejar de lado todas las investigaciones que continuaban sin resolverse. Confiaba en su equipo, incluso en unas circunstancias tan adversas como las que les rodeaban. El asunto de Rojo y los narcotraficantes le preocupaba sobremanera. Fue parco en palabras acerca de lo sucedido en Cañada Real, aunque reveló lo suficiente. Depositó encima del escritorio un montón de fotos de alguien a quien ambos conocían. Las fotos habían sido tomadas por una Polaroid, y tenían aquel aspecto retro tan característico. Los ojos grises de la brigada parecieron empequeñecerse y sin darse cuenta cerró un puño, exasperada por completo. Varios enclaves de México eran reconocibles, tales como el Aeropuerto Internacional Benito Juárez, Cancún, Los Cabos y Puerto Vallarta, en el estado de Jalisco. Algunas se veían borrosas, pues estaban sacadas desde lejos. A Pete se le veía libre de preocupaciones, con una sonrisa radiante adornando su rostro. Las últimas imágenes eran de Tijuana. La plaza Santa Cecilia, la avenida Revolución y, por supuesto, el Caesar´s Restaurant. Junto al *hacker*, alrededor de una mesa llena de comida y bebida, estaba Pedro Morales.

—Aprieta a ese cabrón, brigada.

Landa reordenó las fotografías y las introdujo con cuidado en el bolsillo de su chaqueta. Asintió despacio y salió del despacho del coronel con la cara enrojecida. Respiró hondo, presa de una profunda decepción. El control que tanto ansiaba se le escurría entre los dedos. Lo veía todo borroso, como si una fina película cubriera sus ojos. Sus pasos la llevaron al baño. Cerró la puerta con violencia y echó el pestillo como si le fuera la vida en ello. Apoyó las manos en el lavabo y permaneció en esa postura durante un minuto largo. Apretó los dientes con furia, permitiéndose sentir el dolor causado por un profundo desencanto.

«Eres una idiota, Amaia», pensó descorazonada.

Levantó la cabeza y observó su reflejo en el espejo. Las ojeras habían crecido en los últimos días, y tenía un aspecto desaliñado. No le preocupaba en absoluto. Abrió el grifo y permitió que el agua fría salpicara su rostro. Había perdido aquella máscara inexpresiva, y la quería de vuelta. La necesitaba. Se secó con unas toallas de papel

desechables, y volvió a mirar su reflejo. Se asemejaba a un cadáver por el tono blanquecino de su piel, lo habitual en realidad. Dibujó una leve sonrisa, le divertía mucho ese pensamiento. Se ajustó la chaqueta y volvió al centro de la planta. Sintió sobre ella las miradas inquisitivas de varios de sus compañeros. Les resultaba extraño ver a la Reina de Hielo afectada por algo.

Landa se acercó a la mesa de trabajo de Pete y Juriasti, un entorno pulcro y ordenado. Apenas inclinó la cabeza a modo de saludo, y puso su mano en el hombro del *hacker*. En el momento que sus ojos se encontraron, lo entendió. Arqueó las cejas y se incorporó de su asiento.

—Vamos a la sala de reuniones, Pete —ordenó con firmeza.

Juriasti se quedó paralizado mientras observaba a ambos alejarse. No pudo evitar sentirse ofendido. ¿Acaso no era parte del caso? Durante unos instantes consideró la posibilidad de renunciar, un impulso absurdo nacido de su frustración. Jamás tomaría una decisión como aquella. Se sentó frente al ordenador y dejó que la brigada desapareciera de su campo visual.

Landa cerró la puerta de la estancia con cuidado, temerosa de no lograr controlar sus impulsos. El enorme despacho era un lugar desangelado, dominado por un inquietante silencio y una penumbra antinatural. La brigada encendió las luces y abrió las ventanas, pues olía a viciado. Demasiada humedad acumulada. Pete ocupó un asiento al final de la mesa alargada, con el semblante sacudido por una honda resignación. Su expresión revelaba también cierta curiosidad. ¿Cómo lo habían descubierto? Era obvio que se trataba de eso, Amaia lo llevaba escrito en la cara. Ella se sentó a cierta distancia, manteniendo un generoso espacio entre ambos.

—Echa un vistazo a esto. —Landa le arrojó las fotografías de mala gana. Pete las recogió y las examinó una por una. No estaba sorprendido.

—¿De dónde ha salido esto?

—No me digas que no lo sabes —lo acusó ella con una mirada furibunda—. Estoy harta de tus juegos.

—Supongo que las hizo el cártel de Nueva Generación de Jalisco. No hay otra explicación.

La brigada lo traspasó con la mirada. Así era Pete, siempre rodeado de secretos y mentiras. Un maestro de la manipulación, dispuesto a hacer lo necesario con tal de salir impune.

—Imagino que han venido a buscarme —declaró él sin rastro de temor en su voz. No se le ocurría otra razón por la que la policía tuviera esas fotos en su poder.

—¿Por eso estabas aquí, en Madrid?

—No iba a dejar que esos capullos me pegaran un tiro, querida

—explicó con sorna el *hacker*—. Tengo bien desarrollado el instinto de autoconservación.

—No te cogimos, ¿verdad? ¿Te dejaste atrapar?

—No te sientas mal, *laztana*. —Pete utilizó un tono paternalista, empleado en su juventud, destinado a menospreciarla—. Debía cubrirme las espaldas. ¿Qué mejor protección que la de la UCO?

—Eres un desgraciado…

—Tu ego es el culpable, no yo. Te tenía monitorizada, conocía tus progresos y sabía que no resistirías la ocasión de ponerme de rodillas. Vamos, admítelo. ¿Lo disfrutaste?

Landa no quiso responder. Ambos conocían la verdad.

—Fue divertido recrear unas operaciones falsas, sabía que tus amiguitos las encontrarían. Me llevó una tarde hacerlo.

La brigada deseó con todas sus fuerzas golpearlo, y descargar toda su rabia contra él. Su amado control se le escapaba entre la yema de los dedos, justo lo que él quería. No podía darle esa satisfacción. Pete conservaba intacta aquella mirada irreverente. No había cambiado mucho desde su adolescencia. Le parecía patético, sin sentido ni lógica. Pese a todo, la realidad mostraba un hecho desagradable. Había jugado con ella sin esfuerzo, con una facilidad insultante.

—¿Qué vas a hacer ahora, Pete?

La pregunta sorprendió al *hacker*. Esperaba que arremetiera contra él, lo amenazara o incluso lo golpeara. La mirada de ella revelaba dolor, y la ira desbordaba aquellos hermosos ojos grises. El hombre la miró con atención. No encontró rastro alguno de aquella fascinante vulnerabilidad del pasado. El apego no significaba nada para él, pero por alguna razón, cuando observaba su fino rostro, los viejos recuerdos regresaban, más vivos que nunca. Era incapaz de explicarlo. ¿Por qué no ayudarla? Nada le obligaba a hacerlo, aparte de su deseo. Pocas o ninguna prueba tenían contra él. La decisión le pertenecía.

—Entré en contacto con el cártel de Jalisco hace un par de años. —La voz de Pete era casual, sin rastro de ninguna clase de emoción—. Buscaban alguien que blanqueara el dinero del narcotráfico. Lo de siempre.

—¿Y cómo…?

—Los contactos se fraguan en la *dark web*, a salvo de miradas indiscretas. Les di largas durante meses, hasta que decidí dar el paso. Si yo no lo hacía, lo haría otro. Y pagaban muy bien. Estuve viajando a México con bastante frecuencia. Querían que me quedara allí con ellos, a lo que me negué. En realidad, fue mi única condición innegociable.

—¿Qué sucedió?

—Todo fue bien durante un tiempo. Mantenía contacto con un par de tipos de poca importancia dentro de la organización. Utilizaban el dinero de la droga para comprar armas a los Estados Unidos.

—Joder… Eso es muy grave —reaccionó Landa con estupor.

—No veo por qué. Es lo que siempre han hecho. Vietnam, Corea, Afganistán… Los narcos pagan muy bien.

La frialdad de Pete le dio escalofríos, le obligó a enfrentarse a la cruda realidad. El precio de la vida humana era escaso. Había cometido el error de normalizar algunas muertes, y dar mayor importancia a otras. Comprendió con tristeza que aquel horror nunca terminaría. Era un ciclo con un principio, sin un final.

—A la gente se le suelta la lengua tras unos tequilas —relató—. La tensión entre lo poco que quedaba del cártel de los Arellano Félix y el de Jalisco crecía por momentos. Me enviaron a Tijuana a negociar.

—¿A ti? ¿Por qué motivo?

—Porque Pedro Morales hacía idéntico trabajo para el cártel de Tijuana. Llevaba haciéndolo toda su vida. Tal vez pensaron que entre españoles nos entenderíamos mejor.

—¿Y así fue?

—Congeniamos muy bien. Era un tipo sensato, conocedor del negocio. Por desgracia, también un idealista. Nunca cambiaría de parecer, y eso lo llevaría a la muerte. Pasamos veladas muy agradables, incluso divertidas. Le advertí que se olvidara de Tijuana. Debía parar, por desgracia, era un hombre muy testarudo.

—Y pagó el precio.

—Así son las cosas con los narcos. Siempre acaba de la misma manera.

—No entiendo por qué el cártel de Jalisco habría de espiarte. ¿No estabas en nómina?

—Ellos no confían en nadie, y no los culpo. Nuestra buena relación acabó por molestarles. Me advirtieron de que debía alejarme de Morales. Ya me conoces, fiel a mi costumbre, no les hice caso.

—Nunca te tuve por un insensato, Pete.

—Bueno, el olor del dinero siempre me resultó irresistible. Tu antiguo jefe apareció en escena, con un gran negocio entre manos.

—¿Rojo?

—Estaba metido hasta el cuello en la distribución de droga por el Pacífico. Todo a gran escala. El tipo era un nudo de complejos ambulante, solo que muy ambicioso. No contento con eso, se metió en la falsificación de capital. Gracias a mis gestiones en la red oscura logró contactar con unos tipos que prometían unos resultados excelentes. Y la verdad es que cumplieron con creces.

—Diez millones de dólares.

—Veo que estás al corriente —señaló Pete con satisfacción.

—El muy cabrón se los llevó…

—No quería compartirlos con el cártel. Había invertido su dinero en crear la infraestructura necesaria, por supuesto, eso a ellos les daba igual. No iban a dejar pasar una oportunidad semejante. —Pete hizo una pausa larga, como si su mente necesitara reordenar los detalles de su narración. Carraspeó y se frotó los párpados con cuidado—. ¿Puedo tomar un café?

Landa asintió despacio. Abandonó la sala de reuniones y se dirigió al pasillo. Sus ojos encontraron los de Juriasti; y en ellos, halló una mirada llena de reproche. Lo entendía a la perfección. Juntó sus manos y realizó un conciso gesto de disculpa. No era nada personal, necesitaba hacerlo sola. Había un pasado entre Pete y ella, quería observar cada reacción, cada gesto de aquel canalla. Lo solucionaría más adelante. Volvió a la estancia con dos cafés bien cargados. Abrió la puerta y se encontró al *hacker* con el rostro encajado entre sus manos. Alzó la cabeza y esbozó una sonrisa amable. Aceptó el café y lo saboreó despacio. Tomó aire y prosiguió.

—Contactó con Morales, y sacaron el dinero de México.

—Así que fue por eso.

—Una traición en toda regla. La idea era destinarlo a la distribución de mercancía en Europa. Pretendían comprar las rutas de algunos grupos escindidos de la *bratvá*. No sé qué locura lo impulsó acometer semejante disparate. Y menos aún por qué no se escondió en la otra punta del mundo.

—También me gustaría saberlo.

—El cártel me acusó de estar involucrado, y fue cuando decidí volver a España y cubrirme las espaldas.

—Me sorprende que no te ejecutaran.

La brigada se quedó callada después de vomitar aquellas palabras. No quería verbalizarlas así. Pete la miró intrigado. ¿Acaso aquel era su deseo? Ella negó con la cabeza repetidas veces e incluso su rostro reveló un rubor intenso.

—No estaban seguros, y mi trabajo de blanqueo se había vuelto importante. No soy estúpido. Ya no se fiaban de mí. Quedarme allí era demasiado arriesgado. Como ya he dicho: ¿qué mejor protección que la de la UCO?

—¿Quién mató a Pedro Morales?

—Algún sicario del cártel, supongo.

—¿No conoces su identidad?

—Esto no es un crimen pasional, son negocios. No tengo idea de quién fue, ni tampoco creo que importe. Tampoco puedo demostrarlo. Puedes creerme o no, tú eliges.

La brigada estudió el semblante del hombre. Seguía sin fiarse de él, hubiera sido una necedad hacerlo. Las piezas parecían encajar,

no podía olvidar que habían sido moldeadas por Pete.

—¿Y qué hay de Mendes?

—¿Por qué me lo preguntas? Ni siquiera lo conocía…

—Tengo una idea loca. Te encantará escucharla. —Landa terminó su café y arrojó el vaso de plástico a la papelera—. Mendes estaba al corriente de los asuntos de Morales en Tijuana. Él mismo había estado México en diferentes ocasiones. Le compró su parte de la empresa porque sabía el destino que le esperaba. Una oportunidad única. Claro que él dio otras razones.

Pete sonrió, y se acarició el mentón con la mano. No estaba nada mal. Ella era especial, diferente a las mujeres que había conocido a lo largo de su vida.

—Tienes bastante imaginación, *laztana*.

—Mendes empezó a trabajar con Jalisco. Estaban preparándolo para sustituirte, y desde luego, no podías permitirlo. Te gusta sentirte importante, imprescindible. Lo quitaste de en medio. Contrataste a un sicario en la *dark web*. Algo que el cártel no haría jamás. Les gusta mancharse las manos, al contrario que a ti.

Pete se levantó de improviso y comenzó a aplaudir. Landa reconoció aquel gesto, lleno de teatralidad. Detrás de aquella actuación logró apreciar un mínimo gesto en su mandíbula que revelaba una leve tensión. En su caso, definitiva. Lo tenía.

—Hablaré con Marín —anunció Landa—. Has de asumir la responsabilidad de lo que has provocado.

—¿Lo que he provocado?

—Un policía ha muerto. Sé que no te importa, pero es una consecuencia directa de tus actos.

La mirada de la brigada se endureció. Él estaba allí por una razón, así que resolvió arrebatársela.

—No tenemos pruebas de esto, y no creo que las obtengamos nunca.

—¿No tienes suficiente con lo que te he dado? —le retó con una mirada furibunda.

—No con vidas humanas en juego. Te soltaremos. No tendrás que colaborar más con nosotros. Tendrás que arreglártelas solo.

Pete cerró los ojos y apretó los puños. Suspiró profundamente y se pasó la mano por la cabeza, nervioso.

«Bien jugado, Amaia».

Los ojos del *hacker* parecieron empequeñecer hasta convertirse en dos diminutos puntos de luz difusa. Le gustaba minimizar riesgos y, aunque podía intentar salir del país, implicaba un gran peligro.

—Está bien —reconoció de mala gana—. Lo hice. Yo contraté al asesino de Mendes.

37

Landa lanzó a Pete una mirada furibunda. Su rostro revelaba una calma absoluta, ajena a la tensión que se respiraba en la sala de reuniones. Incluso se permitía dibujar una sonrisa burlona de vez en cuando. La brigada no lograba entenderlo. Con su confesión podrían encerrarlo durante mucho tiempo. Aquella posibilidad no ensombrecía su ánimo en absoluto. Juriasti corroboró su testimonio. Al menos, hasta donde llegaba su conocimiento, el *hacker* decía la verdad. Había sicarios ocultos en la *dark web*. La forma de contactar con ellos resultaba compleja; y rastrearlos, muy complicado. Los interesados buscaban proteger su identidad, por ello tomaban gran cantidad de precauciones. Utilizaban, en primer lugar, VPN remotas con el fin de ocultar la IP, y después pasaban a una red TOR pública, cuyos nodos eran controlados por operadores que cobraban mucho dinero por mantener ocultas esas conexiones. A continuación de aquellos procedimientos manejaban contraseñas encriptadas destinadas a una subred de navegación privada, donde volvían a usar servidores que migraban de ubicación cada pocos minutos. Creaban códigos específicos a fin de encontrar a los asesinos a sueldo y comunicarse con ellos. Se trataba de conexiones unidireccionales. No tenían forma de saber quién estaba al otro lado. Recogían el encargo y cobraban por adelantado en criptomonedas. Aquellas eran las reglas del juego, un riesgo que merecía la pena tomar. No podían identificar al que contrataba sus servicios, y viceversa.

La brigada salió de la habitación dando un portazo. Necesitaba un café. Suspiró contrariada. ¿Por qué tenía que ser todo tan difícil? Le temblaban las manos y tenía los nervios a flor de piel. Introdujo las monedas por la ranura y seleccionó un café largo. El sonido al golpear el fondo de la cajetilla le resultó vulgar. Agarró el vaso con cuidado de no quemarse y tomó un pequeño sorbo. Sacó otro para su compañero, recordó que prefería el descafeinado con leche sin azúcar. Con ambas manos ocupadas se dispuso a volver a la sala justo en el instante en el que una figura se interpuso en su camino.

—Teniente… —farfulló al ver a Muñoz. No esperaba encontrase con él de improviso.

El semblante del hombre revelaba un profundo cansancio. Su rostro anguloso estaba cubierto por una barba entrecana, abundante y rebelde. El uniforme, en cambio, lucía impecable. Conociéndolo, se

trataba de toda una declaración de intenciones. Muñoz inclinó la cabeza a modo de saludo y se dirigió al despacho de Marín. Landa lo había telefoneado un par de veces, y no se había molestado en devolverle las llamadas. No le culpó por ello. Aquel camino debía recorrerlo solo. Ir a entrevistarse con el coronel era un paso necesario. Debía decidir si quedarse o marcharse. Landa albergaba la esperanza de que se quedara.

Al volver a la sala de reuniones, encontró a Pete y a Juriasti enzarzados en una acalorada discusión. En cuanto entró por la puerta se callaron de repente, de modo que el tema de conversación quedó muy claro. Los miró con severidad, como a unos niños atrapados en una travesura, y decidió ignorarlos. Le entregó el café a su compañero, cuyo rostro revelaba un intenso rubor. El analista se escondió detrás de sus enormes gafas, y tomó un trago largo. El líquido estaba templado, y una vez más se manchó el fino bigote rubio.

—Necesitamos un cebo —demandó la brigada.

Los guardias civiles intercambiaron una mirada llena de inquietud. Una idea atrevida, que ni siquiera era una elección, pues no tenían otra alternativa. Juriasti no se fiaba del *hacker*, sería una estupidez hacerlo. Esa dependencia que tenían de sus servicios lo irritaba. Creía que podría asumir sus funciones, negándose a aceptar la cruda realidad. No sabía desenvolverse con soltura por la *deep web*. Pete llevaba años haciéndolo.

Un silencio opresivo se adueñó de la sala, roto por unos insistentes golpes sobre la puerta. No llegaron a preguntar quién era, pues Muñoz entró con expresión seria. Los miró con atención y fijó su mirada en Pete, observándolo con desprecio. Sus ojos desprendían odio. El deseo de golpearlo era evidente. Tenía suficientes motivos, muchos más que cuando lo agredió delante de todos. El *hacker* se agitó en su asiento, temeroso de sentir el roce de los puños de acero del teniente de nuevo, y buscó la protección de Landa. El veterano policía alzó la mano derecha dando a entender que todo estaba bien, que iba a controlarse. Ninguno de los presentes lo creyó.

—¿Qué tal con Marín? —le preguntó la mujer, carcomida por una curiosidad que no podía ocultar.

—El tipo no ha escondido lo mucho que me desprecia —respondió de manera cínica—. Nada que no supiera.

—¿Te ha readmitido?, ¿o te ha despedido definitivamente?

—Digamos que me permitirá cerrar el caso contigo, si es que somos capaces.

—Eso está bien —manifestó Landa—. Es lo justo.

—No estamos muy sobrados de efectivos, y se está alargando demasiado —reconoció Muñoz—. No creo que el coronel quiera darme otra oportunidad. No tiene otra opción. El mundo no se va a parar por

toda esta mierda.

Juriasti no se atrevió a intervenir. Seguía tan absorto en sus propios pensamientos que ni siquiera lo alarmó el modo en que Muñoz se acercaba a Pete y lo arrinconaba contra la pared. La brigada permaneció inmóvil, a la expectativa. Debía decidir si confiar en su compañero o dudar de él. Había sido una fuente de problemas constantes, sin embargo, fue un gran agente la mayor parte de su carrera, solo tenía que recordarlo.

—Escúchame bien —le advirtió el teniente con el rostro enrojecido de rabia—. Vas a ponernos a ese cabrón en bandeja. No creas que olvido quién le ha contratado. Por lo que a mí respecta, eres tan culpable como él.

—No desperdicies tu aliento con esta escoria, Muñoz —le dijo Juriasti—. No vale la pena que pierdas tu tiempo con ese engendro.

El teniente miró al analista como si no lo hubiera visto en su vida. Lo consideraba un simple estorbo, un perro faldero de la brigada, y era incapaz de respetar eso. Pocas veces habían intercambiado alguna palabra, y lo observó con una frialdad estremecedora. La nariz de Muñoz aleteaba, y de manera súbita se llevó la mano a la cartuchera y sacó su arma reglamentaria. Antes de que pudieran impedírselo, apoyó con fuerza el cañón contra la cabeza desnuda de Pete, y la empujó contra la pared.

—¡Muñoz! —gritaron al unísono.

Landa se acercó, dispuesta a detenerlo. La reacción de hombre fue fulminante, giró el brazo con rapidez y la apuntó con la pistola. Su dedo índice rozaba el gatillo, si vencía su resistencia la mataría. Juriasti valoró interponerse entre ambos, acobardándose por falta de aplomo. El teniente esbozó una sonrisa que solo la brigada pudo ver. Amaia mantuvo su cuerpo rígido, mientras Muñoz volvía a apoyar la boca de fuego en la sien del *hacker*, y le escupió en la cara.

—No vas a jugar con nosotros, ¿lo entiendes, capullo?

Pete asintió, con la piel perlada de sudor.

—Yo seré el cebo —afirmó con rotundidad—. Contactarás con él, y lo harás delante de mí. No sé una mierda de la red oscura de los cojones, lo admito. No creo que te atrevas a intentar ninguna tontería con esta pistola presionándote el cráneo. Si dudas, si una parte de tu cuerpo tiembla, si te inclinas hacia delante, si pestañeas siquiera, te volaré la tapa de los sesos. ¿Crees que no soy capaz?

—¡Estás loco! —acertó a gritar el *hacker*—. ¡Quitádmelo de encima!

Muñoz se apartó de golpe. Un hedor a orín se hizo presente en la sala. El teniente desvió la mirada hacia el pantalón de Pete, y empezó a reírse como un demente. Guardó la pistola en su funda y salió de la habitación. Juriasti buscó a Landa con la mirada y se

encontró de nuevo con aquella máscara impenetrable que ocultaba sus emociones. Recogió su portátil y decidió volver a su unidad. No tenía intención alguna de ayudar a aquella escoria. Cerró la puerta con la risa del teniente metida en su cerebro.

38

Ferreras aguardó de rodillas, escondida detrás del callejón. Apenas había luz en el estrecho paso. Eran casi las doce de la noche. Corría una suave brisa que desperdigaba la basura por todas partes, ejecutando una danza sincronizada, sin final. Su cerebro estaba empecinado en torturarla. Veía la escena de la muerte de Fuentes en bucle, una y otra vez. La sensación de fracaso permanecía junto a ella, y una amarga frustración crecía cada vez que revivía el peor momento de su vida. Había fallado. Aquel miserable seguía suelto por su culpa. Necesitaba una pequeña victoria. A cualquier precio. Por ese motivo mantuvo en secreto la declaración de Daniel. Una vez ignoradas las órdenes de la brigada no iría con las manos vacías. Quería darle algo que mereciera la pena. Unos pasos furtivos se acercaron a ella por detrás. Giró la cabeza y se encontró con López y Espinosa. Llegaban tarde. Les lanzó una mirada llena de reproche, ignorada por ambos. Habían dejado al mexicano con su relevo, y en lugar de marcharse a casa acudieron a la cita con Silvia.

López tuvo que convencer a su compañero, pues era remiso a formar parte de aquel plan sin ninguna clase de respaldo. Al final, entendió la situación. Al permitir que la mujer interrogara al chico, se metieron de lleno en el problema. Debían reconocerlo, los había manipulado con habilidad. Aunque su sufrimiento fuera real, habían sido muy blandos con ella. En ocasiones la empatía jugaba malas pasadas. En cualquier caso, ya no había remedio.

—Los chicos venían con ganas de hablar —se excusó López con su flamante sonrisa—. Venían del fútbol y andaban demasiado eufóricos. Ya sabes.

—Sí, claro. —La mirada de Ferreras denotaba cierto hartazgo —. Tenemos trabajo que hacer. Las anécdotas luego.

Se colocaron junto a ella y enfocaron su vista al fondo del callejón. La visibilidad era escasa, y tuvieron que forzar la vista con el objetivo de diferenciar la puerta de servicio del restaurante de los ladrillos anaranjados de la pared, casi invisibles en la penumbra. Según Daniel, su jefe solía estar en el restaurante todos los viernes a última hora. Tomaba unos tragos en su oficina, y salía a fumar marihuana al callejón. Repetía aquella rutina de manera obsesiva siempre que estaba en Madrid. A veces desaparecía durante días, y no tenía ni idea de dónde se metía. Todos decían que iba a recoger la

mercancía que después distribuían sus camellos.

La historia del mexicano tenía demasiadas lagunas. A Silvia no le importaba, siempre que pudieran coger a ese desgraciado y apuntarse un tanto frente a la brigada. No quería que la despellejara viva.

Las sesiones de vigilancia ponían a prueba la paciencia de Ferreras. No tenían ni idea de cuándo se abriría aquella puerta y si ese malnacido asomaría su rostro por ella. Imploró en silencio por un poco de fortuna. El universo, por una vez, pareció sonreírle.

La puerta se abrió de golpe, y golpeó la pared con ímpetu. Dos hombres atravesaron el umbral, bajo los efectos del alcohol. Se tambaleaban y reían de forma estúpida. Uno de ellos era el jefe de Daniel. Silvia reconoció su cuerpo escuálido y su ropa hecha jirones. Llevaba la melena recogida en un moño chapucero. La oscuridad no permitía ver su característica cicatriz. El tipo que lo sujetaba era bajito y rechoncho, de pelo corto, con ropa demasiado pequeña. Su enorme barriga sobresalía por encima del pantalón, y el sonido que emanaba de su garganta era similar al gruñido de un oso. En cada mano sostenían una botella de cerveza medio vacía.

—Ya es nuestro —susurró López.

—Espera —le refrenó Ferreras—. No nos confiemos. Además, puede merecer la pena esperar.

Eso hicieron. Agazapados detrás del muro, observaron a la extraña pareja con los ojos vidriosos. Tuvieron que soportar una molesta serenata, además de verlos tropezar y caer un par de veces. Pasados unos minutos terminaron las cervezas y se apoyaron en la mugrosa pared, cerca de la puerta. Poco a poco recuperaron la compostura, y empezaron a charlar como dos viejos amigos. Espinosa emitió un sonido similar a un gruñido. La paciencia no era su principal virtud. Por fin el tipo más delgado se llevó la mano a la cazadora y sacó una bolsa de pequeño tamaño. Todos sabían lo que contenía.

—López, graba esto.

Las imágenes no serían nítidas, aquel era un problema recurrente. Silvia esperaba que con un programa de edición sirvieran como prueba. El agente sacó su móvil, un aparato de última generación, de esos de precio desorbitado, y se puso a grabar la escena. El sujeto rechoncho insistió en probar la mercancía y, tras sacar una navaja del bolsillo de su pantalón, hizo un agujero en el plástico, introdujo la punta del arma y atrapó una pequeña cantidad. La llevó a su boca y la probó. La saboreó con fruición, y torció el gesto. Gesticuló enfadado, y exigió otra muestra. El traficante trató de calmarlo, y sacó más droga de un bolsillo diferente. El cliente repitió la operación, solo que en esa oportunidad sonrió satisfecho. Espinosa

se agitaba como un perro al que le tocaba salir de paseo, y se mantenía en el sitio a duras penas. Aún quedaba el último paso. Instantes después el tipo corpulento extrajo un sobre de su cazadora y se lo entregó al vendedor. Lo abrió y contó los billetes con una soltura nacida de la fuerza de la costumbre. Asintió con vehemencia y volvió a rebuscar en sus bolsillos. Le entregó cuatro bolsas más y ambos se dieron un enérgico apretón de manos.

—Ahora —susurró Ferreras.

Espinosa irrumpió en el callejón como un elefante en una cacharrería. Imponía ver a un hombre de su constitución moverse tan rápido. López salió detrás de él como una exhalación. Ambos sacaron sus pistolas y apuntaron a la cabeza de aquellos sujetos. Ferreras apretó los puños y apareció por el lado izquierdo con su mano aferrada a la culata de su arma reglamentaria. Sintió un cosquilleo especial, y rememoró el momento en el que disparó al asesino de Fuentes. Se unió a sus compañeros y encañonó a aquellos sujetos. Estaban armados, de la decisión que tomaran dependían sus vidas.

Rendirse o morir.

Muchos traficantes eran unos cabezas huecas. Preferían morir a ir a prisión. Los cárteles no solían tomar riesgos. Los eliminaban para erradicar la posibilidad de que los delataran.

—¡Hijos de la chingada! —exclamó el traficante.

Movió la mano izquierda despacio, no pretendía utilizar su arma, sino alzarla por encima de su cabeza. Unió su otra mano, y su amigo lo imitó.

Demasiado borrachos y en clara desventaja.

Espinosa se acercó y arrojó al más corpulento al suelo mediante un empujón. Cayó de rodillas, el guardia civil le puso la rodilla encima de la espalda y presionó con fuerza. El tipo gimió de dolor, y echó las manos hacia atrás. No era la primera vez que lo detenían. El agente le colocó las esposas y lo alzó como si fuera una muñeca de trapo. Puso su rostro a escasa distancia del suyo y apretó los dientes. El mensaje estaba muy claro. El sujeto asintió despacio. No se movería.

López se quedó quieto y mantuvo las distancias con el traficante. El mexicano lo miraba con odio, y cada pocos segundos dejaba escapar por su boca improperios atronadores. El escándalo atrajo a varios trabajadores del restaurante. Se asomaron por la puerta, y se quedaron petrificados ante la escena que se desarrollaba delante de sus ojos.

Ferreras se acercó a ellos y le mostró su identificación, a pesar de que los uniformes de sus compañeros hablaban por sí mismos. Les ordenó volver al interior, y se hizo cargo de la situación. Agradeció el gesto de su compañero con un leve gesto de su cabeza. Se aproximó al

traficante y le golpeó en la boca del estómago con la rodilla. Aquello rebajaría su actitud beligerante. Silvia se puso a su altura, y sostuvo el iracundo rostro agarrándolo por el mentón. Él la escupió con un desprecio absoluto reflejado en sus ojos oscuros. La agente se limpió el esputo con la manga de su cazadora, y lo miró llena de odio.

—Te arrepentirás de esto.

Le agarró por el hombro y se lo retorció con toda la fuerza que atesoraba. López la miró con atención. Apenas podía reconocerla. Ferreras introdujo el cañón en la boca abierta de aquella escoria. No se lo esperaba y se retorció como un cerdo que rehusaba ir al matadero. Una analogía perfecta o así lo veía ella.

Su dedo rozó el gatillo. El tacto le resultó sensual, e incluso sufrió una excitación inesperada. Sus instintos más bajos tomaron el mando, y la impelían a apretar el gatillo. Era una locura, lo sabía, la esperanza de acallar las voces que la atormentaban de día y de noche guiaba su mano. Sus compañeros le gritaban de manera desaforada. Era inútil. Ni siquiera podía escucharlos. El dolor crecía con cada latido de corazón. Necesitaba aplacarlo.

«Así no, cariño. Esta no es la forma».

La voz no era real, sino un producto de su desquiciada mente. Manuel estaba muerto. Evocó aquellos momentos que tenían un doble significado. Pervivían en su mente y se aferraba a ellos con desesperación. Esos instantes de complicidad auguraban algo especial entre ellos. Estaba a punto de romper a llorar. Recordar dolía demasiado, y tarde o temprano debería aprender a sobrellevarlo.

Reconectó con la realidad y su cuerpo se relajó de golpe. Sus ojos azules se encontraron con los de López, y su compañero se estremeció al percibir la angustia reflejada en ellos. No se había dado cuenta y se sintió avergonzado. Ferreras se acercó al oído del delincuente y le susurró unas palabras con tono autoritario:

—Las llaves de la oficina. Ahora.

El escuálido tipejo asintió. Estaba a punto de derrumbarse. Ya no parecía tan valiente ni tan peligroso. Le entregó un manojo de llaves insertadas en un mosquetón oxidado.

—López, encárgate de esta sabandija.

Su compañero asintió, y se apresuró a colocarle las esposas. Ferreras ya estaba dentro del restaurante. No era el mismo lugar, a pesar de eso, sintió la misma opresión bajo su pecho. Se mordió los labios y saboreó su propia sangre.

Encontró una puerta vieja de madera, con la manilla resquebrajada. Se topó con varios empleados diseminados por el estrecho pasillo. Con un gesto brusco les ordenó que se alejaran de allí.

Los involucrados en el narcotráfico ya debían de haber

escapado. No importaba. Los encontrarían, estaba segura de ello. Verificó el acceso. Estaba cerrado. Probó diferentes llaves hasta encontrar la adecuada. Utilizó el hombro a fin de empujar la hoja, y entró en la estancia. Era un lugar caótico, con una cantidad inusitada de porquería diseminada por todas partes. Llamó a gritos a Espinosa. El hombretón apareció enseguida y la observó con el rostro serio. No pronunció una sola palabra.

—Vigila la puerta y atento al pasillo.

Espinosa asintió y salió de la habitación. Ferreras guardó su pistola y rebuscó en su cazadora hasta extraer unos guantes de látex. Los ajustó al máximo y se puso manos a la obra. Podrían empapelar a aquel infeliz por tráfico de drogas, pero necesitaban encontrar una cantidad importante. La escondía allí, o eso afirmaba Daniel. No acababa de confiar en él. Demasiadas contradicciones en su discurso. Esperaba, por su propio bien, dar con un alijo importante.

Revolvió todo y registró con cuidado cada rincón del cuartucho. Los cajones de la mesa estaban cerrados. Buscó una llave pequeña en el mosquetón, y se hizo con una de agarre redondo. Abrió varios y se encontró con restos de polvo blanco y alguna bolsa trasparente agujereada. En los inferiores, un montón de material listo para su distribución. Habría unas doscientas bolsas. Cada una contendría un gramo de cocaína. Lo habitual.

—Este tío es gilipollas…

Encontró un pedazo de tela marrón oscuro. Un tapizado, típico de algunos sillones viejos. Lo examinó y se acercó al sofá situado junto a la pared de atrás. Arrancó los cojines con brusquedad y los lanzó al otro lado de la estancia. Había un rastro de dama blanca debajo. Palpó las cinchas y los muelles zigzag con sumo cuidado. El armazón tenía un doble fondo. No le costó mucho encontrarlo. Levantó la tapa y se encontró con un alijo enorme. Fue incapaz de determinar cuántos kilos podría haber. Una pequeña victoria. Aquella que tanto necesitaba. Sacó su móvil y llamó a Jaime González, del Grupo Central Antidroga. Aquello le competía de forma directa.

39

Landa miró a Ferreras de arriba abajo. No sabía si reprenderla por contravenir una orden directa, o felicitarla por los resultados obtenidos. Buscó la respuesta en los profundos ojos azules de la agente y encontró un hondo dolor, imposible de mitigar. La ilusión de hacerlo era lo que la mantenía en pie. Le había prometido ayudarla, y tirar de rango no beneficiaría a nadie. Los ataques de ira y testosterona se los dejaría al coronel Marín. La cara de Silvia reflejaba pura determinación. No iba a detenerse ante nada; no concebía la rendición. La brigada bajó la vista despacio y se concentró en el informe que descansaba encima del escritorio. Lo hojeó por segunda vez, y volvió a leerlo con atención. Actuó como si ella no estuviera allí y, si bien percibió su inquietud, decidió ignorarla. Tenía derecho, al menos, a eso. Las contradicciones de Daniel la preocupaban. Había sido demasiado benevolente, como de costumbre. Las respuestas obtenidas por medio de la intimidación a veces eran perniciosas. Algunos harían lo que fuera por salvar el pellejo. Esperaba no encontrarse con ninguna sorpresa desagradable. Las cosas parecían encaminarse por fin en la dirección correcta. Debían ser muy cuidadosos. Ser pacientes era imprescindible. Juriasti resultaba un apoyo fundamental, siempre con los pies en el suelo, era de los pocos capaces de mantener la cabeza fría y de no dejarse llevar por sus impulsos.

Muñoz era un caso perdido en ese aspecto, pese a todo, tenía su utilidad. Estaba dispuesto a cruzar esa línea roja, y ya había asumido su destino. No temía a las consecuencias, y eso le hacía incontrolable. Le molestaba admitirlo, agentes como él eran necesarios, pues se mostraban capaces de soslayar las reglas del juego. Lo aprendió de Jon Gómez. Un camino autodestructivo, que pocos estaban dispuestos a transitar.

Ferreras iba encaminada hacia esa espiral de error tras error, y debía sacarla de allí a cualquier precio.

—¿Cómo se lo ha tomado González? Cuando Marín y yo nos reunimos, no nos dio crédito alguno, y de forma elegante decidió ignorar el caso.

—Fue muy correcto —concedió Silvia con una sonrisa forzada —. Se le notaba tenso. Apareció a toda prisa, y se hizo cargo de la incautación.

—No le habrá gustado quedar en evidencia, eso seguro. No lo culpo. El tráfico de drogas está desbordado. Es una batalla perdida.

—¿No hay nada que podamos hacer?

—Nos superan en recursos, dinero y medios. Nuestro trabajo y el de la Interpol es excelente…, por desgracia, siempre hay nuevas bandas esperando ocupar el lugar de las que desmantelamos. Lo mejor es celebrar las pequeñas victorias y no pensar demasiado en ello.

—Eso no es tan fácil —se quejó Ferreras—. No somos robots.

—Nadie pretende que lo seamos. Es primordial que nos protejamos con una coraza. La experiencia nos enseñará a hacerlo.

—Yo no soy como usted, brigada. No sé cómo aislar mis emociones y evitar que me pongan de rodillas.

Landa la miró con atención. Era una mujer muy fuerte, solo que no se había dado cuenta todavía.

—En eso no puedo ayudarte. Las apariencias son una cosa; la realidad, otra muy diferente. La mayoría de nosotros usamos máscaras para protegernos. Nos desprendemos de ellas ante los elegidos.

Landa sostuvo el retrato robot que el dibujante había realizado con mucho detalle. Un hombre de rostro cuadrado, de rasgos marcados y complexión ancha. De etnia latina. El artista había acentuado una expresión iracunda en su semblante y lo había dibujado con una capucha ancha. Llevaba una barba frondosa que le dotaba de un aspecto peligroso. La descripción de Daniel había sido muy precisa, tal vez alimentada por su imaginación. No albergaba demasiadas esperanzas en aquel tipo de iniciativas. Le traían muy malos recuerdos. Nunca olvidaría a Jon Gómez por culpa de algo similar. Su conciencia jamás se lo permitiría. Todos tenían culpas que expiar.

—Márchate a casa, Silvia —ordenó con seriedad. Su voz no admitía réplica—. En algún momento tendrás que descansar.

Ferreras asintió y se marchó después de saludar a la brigada. Landa respondió al saludo con timidez, aún no se acostumbraba a aquella dinámica tan diferente a la de sus primeros días como agente de la ley, allí en Donostia. Juriasti ya trabajaba en la identificación de aquel tipo, además de aprender todos los protocolos necesarios que le facilitaran infiltrarse en la *deep web*. A sus días les faltaban horas. Pete se mostraba más colaborador, el recuerdo de Muñoz parecía atemorizarlo. El teniente desconfiaba del *hacker*. Estaba convencido de que retrasaba la operación a sabiendas, y merodeaba por la central de la UCO a todas horas a fin de amedrentarlo.

Amaia tenía un molesto dolor en el cuello. La tensión se le acumulaba en aquel punto, y empezaba a resultarle molesta. Volvió a leer el informe otra vez, en búsqueda de cualquier detalle que pudiera serle de utilidad. Ardía en deseos de ir al piso franco y decirle cuatro

cosas a Daniel. Entendió la apuesta de Ferreras. Tampoco se fiaba del muchacho, y por esa misma razón había actuado por su cuenta. No quería acudir a ella con las manos vacías. La respetó por eso. Era una agente con un gran futuro por delante, siempre que superara el intenso dolor que padecía.

Silvia había adjuntado un anexo con el informe de la redada; por ello repasó cada detalle con mucho interés. El accidente de la A-1, la amnesia de la mujer, su nacionalidad mexicana, el comportamiento de su médico, y, sobre todo, la negativa del juez a procesarla. Las insinuaciones en contra de Carreño eran bastante atrevidas, y parecían más propias de Manuel Fuentes que suyas. Se había volcado en el asunto de la mujer con amnesia, sin obtener resultado alguno debido a la parsimonia del magistrado a la hora de cursar una orden de detención, lo cual no era extraño, por desgracia. La forma de proceder de la judicatura desesperaba a los agentes por norma general, y no los miraban con buenos ojos. Su negativa a dar crédito al testimonio de Daniel no mejoró la opinión de Ferreras acerca de él. Dadas las circunstancias no resultaba extraña la falta de confianza en su testimonio. La oficial debía de ver fantasmas donde no los había. Pese a eso, tenía muy presente lo que las coincidencias solían representar en su trabajo. Cogió su móvil y presionó un nombre en la agenda.

—¿Juez Castro? —preguntó al escuchar la voz de la magistrada al otro lado de la línea—. Soy la brigada Amaia Landa. No sé si me recuerda…

—Claro que la recuerdo —respondió la juez—. Javier habla maravillas de usted.

La agente conocía la buena relación que la mujer tenía con el coronel, si bien le sorprendió que hubieran hablado de ella. Se sintió incómoda, y carraspeó sin proponérselo.

—¿Qué relación tiene con el juez Juan Carreño?

—Estrictamente profesional, ¿por qué lo pregunta?

—Su nombre aparece vinculado dos veces en el caso que estoy investigando; bueno, en dos que parecen estar vinculados, en realidad.

—Me temo que no la entiendo.

—En ambos casos ha ejercido de muro de contención respecto al avance de la investigación.

—¿Eso es un hecho objetivo, o una apreciación? —Landa no respondió. Le pareció que su mejilla ardía como si la hubieran abofeteado—. Nosotros, igual que ustedes, hacemos nuestro trabajo lo mejor que sabemos. No somos enemigos.

—Desde luego —reconoció la brigada. Se sentía como una niña pequeña reprendida por su madre.

—Le diré que puedo llegar a entender su malestar. Es un hombre reservado, de mal carácter y con costumbres poco

convenientes.

—¿A qué se refiere?

—Confiaré en usted solo debido a lo bien que habla Javier acerca de su trabajo —explicó la juez—. Le encanta codearse con políticos y hombres de negocios importantes. Eso no ayuda a mantener una imagen adecuada acerca de la independencia del poder judicial.

—Una última cosa —se atrevió a preguntar la brigada—, ¿conoce algún *hobby* del juez Carreño?

—Es un apasionado del golf. ¿Por qué lo pregunta?

—Tengo una corazonada, señora. Muchísimas gracias por su tiempo.

La brigada se estremeció en su asiento. Una idea había tomado forma en su cerebro. Buscó en internet información de los mejores clubs de golf de Madrid. No le costó mucho tiempo encontrar fotografías del alcalde y de varios ministros practicando su *swing* en algún día soleado. Llamó a David Juriasti y le pidió que se pasara por su despacho. El analista no tardó mucho en aparecer. Siempre diligente, siempre servicial. Le recibió con una amplia sonrisa. Le gustaba compartir su tiempo con él, aunque fuera de manera testimonial. El informático se ajustó las enormes gafas al observar a la brigada.

—Sé que estás muy ocupado, pero necesito tu ayuda.

—A sus órdenes, jefa —declaró en tono de broma, lo que provocó una risa ahogada en Landa. Él se sintió bien, era extraño escuchar aquel sonido salir de sus labios.

—Necesito saber a qué club de golf pertenece el juez Juan Carreño. Una vez lo encuentres, quiero que compruebes la lista de miembros. Políticos, hombres de negocios…

40

David Juriasti, una vez más, había sido muy eficiente. Apenas tardó una hora en proporcionarle los datos que necesitaba. El Club de Campo Villa de Madrid. Era la elección más lógica. Tenía fama de albergar eventos para la *jet set* más soberbia y pretenciosa de la capital y, dado el perfil del juez Juan Carreño, era la primera opción de la lista de posibles. Más de doscientas hectáreas de extensión en las que se fueron construyendo diferentes instalaciones deportivas, convirtiéndose en un lugar exclusivo. En el club podían celebrarse a la vez competiciones de primer nivel de golf, tenis, hípica, polo, *hockey*, *squash*, pádel…, además de permitir diferentes actividades sociales y de ocio, sin olvidar la piscina olímpica con techo retráctil abierta durante todo el año. Landa dejó escapar un leve suspiro. Casi ni consideraba deporte lo que practicaban allí. Entretenimiento orientado a ricachones, más bien. Tenía enormes perjuicios respecto al modo de vida de aquella gente. Le enfermaba la poca empatía y la escasa solidaridad de la que hacían gala en muchas ocasiones. La brigada salió del vehículo y cerró la puerta con suavidad. Se ajustó el uniforme y se acercó a la entrada con paso firme. Le pareció mucho más efectivo acudir uniformada que hacerlo de paisano. Era toda una declaración de intenciones. Se topó con un guarda de seguridad —similar a un armario empotrado— de facciones rudas, barba bien perfilada y una cabeza redonda, desprovista de pelo. Saludó con un leve gesto, y se apartó como si le fuera la vida en ello. Amaia esbozó una tímida sonrisa. Estaba segura de que su modo de comportarse solía ser muy distinto. La garita situada junto a la entrada la ocupaba una mujer joven, muy atractiva. Melena rizada de color caoba, maquillaje discreto y unos labios rojo pasión que desentonaban un poco. Al ver el uniforme, los ojos verdes de la empleada se abrieron de par en par y dio un respingo.

—¿Cómo puedo ayudarla, agente? —farfulló a duras penas, bastante nerviosa.

—Brigada —la corrigió Landa—. Ese es mi rango, no lo olvide.

La mujer se estremeció, y hasta reculó un par de pasos. Landa se acercó al cristal y buscó la placa identificativa de la trabajadora. Soledad Jiménez.

—Señorita Jiménez, necesito su ayuda —le pidió con los ojos entornados—. Quiero que acceda a los registros y mire con quién ha

compartido campo de golf Juan Carreño.

—No sé si puedo hacer eso —balbuceó la empleada—. Ya sabe, la protección de datos. Sin una orden no puedo facilitárselos. Me despedirán si lo hago. Por favor, no me pida esto…

—El artículo de la LOPD[21] en su apartado dos establece que, en caso de estar en curso una investigación criminal deberán ceder los datos solicitados a las autoridades competentes.

—Yo no entiendo lo que…

—Tienes dos opciones, guapa. O me das lo que te pido por las buenas, o te detengo por obstrucción a la autoridad. Y créeme, no te iba a gustar.

Landa rebuscó en uno de sus bolsillos y sacó una hoja doblada varias veces. La desplegó ante los ojos de la mujer y se la puso delante de la cara. Las pupilas de la administrativa se dilataron al leerla, sobre todo, al constatar el nombre de la firmante. La juez Ariadna Castro. Era fabuloso poder contar con ella. No necesitó más. Entendía las reticencias de algunos ciudadanos, a pesar de que le resultaban molestas. Le hacían perder demasiado tiempo. Su actitud beligerante buscaba crear un efecto. Si volvía a necesitar información de aquel dichoso club de campo, podría recurrir a ella. Le entregó tres hojas. Tres malditas hojas. Las examinó con cuidado. Había compartido en total alrededor de veinte jornadas con otros socios con el fin de acabar el recorrido de dieciocho hoyos. La primera vez, dos años atrás. Tres nombres. Máximo Mendes, José Dávila y Miguel Rojo.

—Joder… —Aquello tenía pinta de ser muy importante. Necesitaba ver a Marín. Lo antes posible.

El coronel accedió a recibirla de inmediato. Estaba al corriente de sus últimas pesquisas y no se sentía satisfecho. La miró con severidad, y la invitó a sentarse. El hombre entrelazó sus dedos, con los codos apoyados en la mesa. Tenía aspecto de estar muy cansado. Aún utilizaba un bastón con la finalidad de ayudarse a apoyar la pierna herida. Pronto aquel incidente sería solo un mal recuerdo. La brigada se sentía intimidada, no podía evitarlo. Marín tenía una mirada imponente, un fuego capaz de doblegar a cualquiera de los miembros de la UCO. Sin excepción. Incluso Muñoz lo respetaba, aunque en ocasiones daba la impresión de que quería hacerle la vida imposible. El teniente disfrutaba con la irreverencia en sí misma.

—Parece que le gusta complicarme la vida —observó el coronel —. Esperaba que recondujera a Muñoz, no que imitara su proceder.

—No es lo que ha sucedido, señor. Tiene mi palabra.

—He hablado con Ariadna —le recriminó con acritud—. No me siento cómodo involucrándola en esto. Aprovecharse de la relación personal de otro es jugar sucio.

—Comprendo su enfado, coronel —se excusó la brigada—. De haberlo sabido, ¿me hubiera dejado continuar?

—Por Dios, ¡de ninguna manera!

—Ya tiene su respuesta —matizó Landa—. A la juez Castro no se le puede obligar a nada. Ella accedió. ¿Acaso no confía en su criterio?

—Una cosa es que Carreño no sea de su agrado; y otra muy distinta, querer involucrarlo en una investigación criminal.

—Existe una duda razonable —insistió la brigada—. ¿No merece la pena comprobarlo?

—Perseguir a un juez con una carrera tan larga solo nos reportará problemas.

—Tal vez, pero es nuestra obligación.

Landa le entregó el informe de Ferreras actualizado, al que había añadido el reporte de las citas compartidas por Carreño, Mendes, Dávila y Rojo. Marín lo leyó con atención, y mientras lo hacía su semblante adoptó una expresión huraña. La juez Castro tenía el dinero decomisado, lo que suponía un duro golpe para el cártel. La declaración de Pete aclaraba muchas cosas, traía encima de la mesa implicaciones más profundas y peligrosas. Negaba una y otra vez con la cabeza. Tal y como hizo ella con anterioridad, repitió la lectura varias veces y al final depositó el *dossier* encima de la mesa de mala gana. Colocó los brazos en jarras, y pasó unos minutos analizando la situación, hasta que rompió el silencio.

—Está bien —concedió malhumorado—. Nos la jugaremos.

—Gracias por su confianza, señor —acertó a decir la brigada, aliviada por la respuesta de Marín.

—Esto no va de confianza, Landa, sino de hechos. Me sería más sencillo negarme y echar tierra sobre esto. Por otra parte, debo darle la razón. Recapitulemos.

Y así lo hicieron. Landa borró la gran pizarra blanca que había junto a las cortinas, al lado del ventanal, con un trapo lleno de manchas, y se apresuró a señalar todo lo que sabían con un rotulador rojo guinda. La muerte y conexión de Rojo con la venta de drogas. El doble asesinato. La negativa de Netsolutions a facilitar las imágenes. El encapuchado. La conductora de Fuentes y Ferreras. La oposición del médico a permitir el interrogatorio a la paciente. La tardanza del juez Carreño en procesar a la mujer por conducción temeraria y su desaparición. La relación de Morales con México. Mendes y Dávila. El fallecimiento de Fuentes. La vinculación de nuestro *hacker*. Franco Hernández. El narcotráfico vinculado a la taquería. De nuevo el magistrado metido en medio. La redada impulsada por Silvia Ferreras. La conexión entre Carreño, Dávila, Fuentes y Rojo.

Muchas ramificaciones. Demasiadas.

Marín observó el diagrama dibujado por la brigada, y se pasó la mano por las arrugas que se le formaban en la frente.

—¿Nadie ha hablado con Dávila? —preguntó el coronel.

—Decidimos darle espacio —aclaró Landa—. Fuentes lo presionó demasiado. Bien pudo denunciarle por acoso. Creímos que lo mejor era olvidarnos de él hasta que se calmaran las cosas. Muñoz, por lo visto, no pensaba igual.

—No me lo puedo creer…

—Ya sabe cómo es, jefe. —La brigada escondía en sus ojos grises una decepción personal por no haber podido controlar al teniente, una pretensión muy difícil de cumplir—. Decidió ir a presionarle un día a la salida del Gregorio Marañón.

—¿Por qué no está en el informe?

—Las cosas con Dávila no están nada claras. Y Muñoz no quiso hacer un informe. Fiel a su estilo, dijo:

«Ese cabrón no ha dicho una sola palabra».

—No me sorprende, la verdad.

—No parece un tipo al que se le pueda intimidar. Juriasti no ha encontrado nada sospechoso. Aparte de que se vio con Mendes, no tenemos absolutamente nada en su contra. Bueno, hasta ahora.

El coronel la traspasó con la mirada. Sea lo que fuera, tampoco aparecía en el *dossier*. ¿Qué clase de chapuza se traían entre manos? Landa entendió la indignación de Marín.

—Era demasiado vago, y pensé que no podía incluirlo todavía.

—Me tiene en ascuas, brigada. Vaya al grano.

—Cuando visité a Ferreras tras la muerte de Fuentes, me encontré con Dávila. Lo reconocí enseguida. Decidí seguirlo. Escuché el final de una conversación telefónica.

«… ya debe de estar en México. Sí, según lo planeado. Pronto todo terminará».

—No estoy seguro de entenderlo —farfulló Marín.

—Yo sí —afirmó Amaia con total convicción en sus palabras—. Fuentes tenía razón. Dávila escondía a la chica.

41

Una gota de agua cayó sobre su cabeza, vestigio de una rutina desesperante, en la que su consciencia sostenía una lucha destinada al fracaso. Su mente se debatía confusa, atenazada por un miedo incontrolable. La oscuridad era total. Buscaban someterla. Apenas la alimentaban. Solo pan mohoso y agua sucia. Aquellas privaciones la sumían en un estado de letargo, idéntico al de su memoria. La sangre resbalaba con lentitud de las heridas que le habían infligido y se acumulaba en un pequeño charco a sus pies. Sobrevivir se estaba convirtiendo en un deseo inalcanzable, y rogó a Dios por una muerte rápida. No hubo respuesta. Debía de estar ocupado o no era digna de él. Las palabras de la cacique reverberaban en su cráneo, y las percibía como el sordo golpe de un martillo. Una y otra vez. Una y otra vez.

«No existes».

Solo poseía un nombre, aquel que le dieron por compasión, la única certeza que le quedaba a su mente confusa. Y entonces lo vio. Distinguió su rostro, emergía de la oscuridad que rodeaba a la enorme capucha azabache. Unos ojos negros, profundos como el cosmos; piel bronceada, sensual y magnética; un rostro cuadrado; nariz ancha y una barba perfilada.

Su corazón palpitó con fuerza al retener aquella imagen en su cerebro. Su cuerpo respondió de inmediato y comenzó a sudar copiosamente. Él era la clave. Aquella montaña de músculos se erguía ante ella, como un ángel venido del cielo. Sus manos la sostuvieron con amor, y evitaron que se derrumbara. No era la primera vez. Podía sentir su presencia como si fuera real. Estaba junto a ella, como tantas otras veces. No la dejaría claudicar.

«Nosotros no nos rendimos, Ale».

No era un sueño. Percibió la forma de entonar cada sílaba, y visualizó su seductora sonrisa, la fortaleza que desprendía cada palabra, cada gesto. Rememoró aquella promesa.

«Si me necesitas, llámame. No importa donde estés, te encontraré».

Y entonces lo recordó todo.

Apenas podía sentir la espalda. El peso de los fardos hacía que hincara la rodilla en el suelo. ¿Qué era la cocaína sino otro mensajero de la muerte? Los camiones aparecían a cualquier hora del día, con la

mercancía en la parte trasera. Ni siquiera se molestaban en ocultarla. ¿Por qué iban a hacerlo? En aquel barrio, lleno de inmundicia y casas de cartón, no existía más ley que la de los narcos. Era una locura. Solo unos kilómetros al este la ciudad crecía sin rastro de aquella miseria, ajena al enorme sufrimiento de todos ellos. Preferían ignorar su existencia, o tal vez no les importaba. Eran los consumidores de aquel veneno, un lujo demasiado caro para los desgraciados que vivían allí. Después de dejar la droga en el sótano debía volver a toda prisa a la cantina a trabajar sin descanso hasta el amanecer. A la doña no le gustaba verla ociosa. No tenía reparos en golpearla con una vara de madera llena de sangre seca. Con toda probabilidad lo disfrutaba.

El local siempre estaba lleno. No importaba si era de día o de noche. La cerveza y el tequila corrían a espuertas. A aquellos tipejos no les importaba pasar hambre mientras pudieran beber hasta perder el sentido. Eran ruidosos y desagradables. Se comportaban como animales, y daban rienda suelta a sus instintos más bajos cada vez que les era posible. Caían al suelo, borrachos como cubas, y las chicas como ella tenían que llevarlos a la parte de detrás de sus camionetas, donde a veces se ahogaban en su propio vómito. Las peleas con cuchillos eran el pan de cada día. Cualquier palabra malsonante se convertía en una ofensa, y la sangre se derramaba con demasiada frecuencia. Nadie se molestaba en impedirlo. Unos gritos desaforados jaleaban aquellas reyertas. Hacían apuestas y los pesos cambiaban de unas manos sudorosas a otras.

Agredían a las camareras. Las violaban en mitad de la sala, encima de las mesas llenas de jarras y botellas vacías. Algunos apartaban la mirada, otros vitoreaban. Daniela Cruz jamás movió un dedo. No se la jugaría por ninguna de aquellas chicas. Decenas aguardaban su oportunidad. Pagaban mejor que en la mayoría de sitios. Alejandra había tenido suerte. O había sido más lista. Conocía bien a casi todos los miembros del cártel. Evitaba a los más peligrosos. Alguna vez se había llevado algún golpe en la cara mientras todo daba vueltas a su alrededor.

Su mente se encontraba en otro lugar. Llevaba tres noches sin dormir, sus sentidos estaban embotados, y no lo vio venir. El hombre apestaba a sudor rancio. La agarró por la muñeca, y la apretó contra su cuerpo fofo. Alejandra quiso zafarse, por desgracia, el reto resultó demasiado grande. Las manos de él se deslizaron por debajo de su falda y apretaron sus nalgas. Le sobrevino un mareo y cuando la lengua de ese miserable se abrió paso por sus labios pensó que perdería el sentido. El mundo giraba de manera frenética a su alrededor… hasta que se detuvo de improviso. Escuchó los gritos desconcertados de aquel tipo, seguidos de un espeluznante crujido. Su visión era borrosa y cuando logró enfocarla distinguió a esa escoria doblada en el suelo, agarrándose el brazo. De sus ojos brotaba un torrente de lágrimas. No era tan duro, después de todo. Un hombre musculoso de anchas espadas lo miraba con desprecio, mientras

desafiaba a sus amigos con una mirada fría como el hielo. Tuvo tiempo de dedicarle una sonrisa a la mujer, y guiñarle un ojo de manera cómplice.

—¡Maldito culero! Me has roto el brazo…

—Todavía no he acabado contigo, pedazo de mierda…

De su chaqueta vaquera extrajo un cuchillo de enormes dimensiones, con el filo dentado. El mango negro tenía una pegatina en el centro, una calavera mexicana de vivos colores y forma perfecta. Con un movimiento rápido hundió el metal hasta la empuñadura en el pecho del sicario. La hoja perforó el corazón, y Alejandra pudo escuchar el sonido del esternón astillándose como madera podrida. Su salvador recuperó el arma y pasó por encima del cadáver. Limpió la sangre en la ropa del muerto con tranquilidad. Les dio la espalda a sus amigos, y les otorgó la oportunidad de vengarlo. No movieron un dedo. Sus rostros adquirieron un tono lívido. Sabían a quién tenían delante. Se marcharon a toda prisa, sin molestarse en recoger a su compañero caído.

El hombre se acercó a ella. Su sonrisa era hermosa, y no vislumbró ninguna clase de tensión en su semblante. No había sido nada, ni siquiera había aumentado el ritmo de aquel corazón de hielo. Sus ojos oscuros ejercieron una incuestionable atracción, parecían poseer vida propia, y la llamaban con insistencia. Llevaba el cabello rasurado por los lados, con una mata rizada que adornaba su cabeza. Brillaba con intensidad. Debía de usar fijador de alguna clase. No llevaba camisa, y lucía un torso bien definido. Los ojos verdes de Alejandra recorrieron su anatomía despacio, y terminó por ruborizarse. Le tendió su enorme mano y la ayudó a estabilizarse. La mujer estaba turbada, abrumada por un montón de emociones dispares. Al mirar al difunto, se echó a temblar. Nunca se acostumbraría.

—¿Estás bien? —le preguntó con una voz grave. No logró identificar su acento. Parecía de todas partes y de ninguna al mismo tiempo.

—Sí… Muchas gracias por ayudarme. ¿Era necesario matarlo?

—¿Lo preguntas en serio? ¿Qué sucedería si no hubiese hecho nada? Te habría violado delante de todos y repetiría la hazaña cada vez que quisiera.

—Lo sé, es que…

—Si solo le hubiera dado una paliza, habría tratado de vengarse de ti, matándote. Esa es la cruda realidad. Debes abrir los ojos. Si no, no durarás mucho en este mundo.

—No sé si merece la pena vivir en un lugar así —manifestó, entre hipidos.

—Hay vida más allá de estas cuatro paredes, más allá de Tijuana.

—Nunca la he visto.

—¿Cómo te llamas?

—Alejandra.

—Yo soy Diablo.

—¿Es eso un nombre?

El hombre se quedó pensativo, y se encogió de hombros.

—Supongo que no —reconoció por fin—. Es el único que tengo. Es complicado.

—¿Eres huérfano como yo?

—No como tú, pero sí.

Alejandra estudió la expresión de aquel hombre. No había el menor rastro de soberbia en él. Adivinó una historia interesante oculta tras aquellos ojos negros. No tenía miedo. Se sentía segura a su lado. De algún modo supo que jamás le haría daño.

—Ven conmigo, Alejandra. —Le tendió la mano mediante un gesto amable. Ella se permitió dudar por un breve instante, cediendo al final—. Te sacaré de tu jaula.

Se marcharon de allí, bajo la mirada de todos los borrachos que llenaban la cantina. Ninguno alzó la voz ni un ápice. Lo conocían. Su reputación le precedía. El rugido de un Hammer resonó en el aparcamiento. Alejandra recibió el viento en su cara, y por primera vez en su vida se sintió libre. No quiso pensar en las consecuencias que tendría que enfrentar a su vuelta. Quería disfrutar, sin que sirviera de precedente. La llevó a San Diego, y pasaron el día en el zoológico. Nunca olvidaría aquel día, fue el primero en el que las risas superaron a las lágrimas. La culpabilidad por la muerte de aquel miserable desapareció como por ensalmo. Las horas pasaron entre carcajadas y una algarabía desconocida.

—Es una lástima que no pueda parar el tiempo —declaró ella de pronto.

—La ingenuidad no te sienta bien, preciosa —se burló Diablo guiñándole un ojo—. Tú vales mucho más que eso.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo veo en tus ojos.

Reconoció las palabras y permitió que sus párpados descendieran con lentitud, como las hojas de un otoño frío y gris. Deseaba sentir los gruesos labios de él sobre los suyos. Sería el colofón perfecto para un día diferente. Sabía que no tendría muchos más, que su regreso la realidad sería intolerable. No sucedió. Al pestañear se encontró un rostro rudo adornado por una sonrisa amable.

—Mi vida es complicada, cariño —le advirtió—. Y tú no eres una chica con la que quiera jugar.

Alejandra sonrió. No se sintió ofendida, ni decepcionada. Un rubor desconocido nació en su estómago y ascendió hasta su rostro. Se sentía bien. Deseó prolongar aquel momento indefinidamente. El cielo y su color azafranado, la brisa que reordenaba su cabello liso, la cerveza fría deslizándose por su garganta…

Al regresar a Tijuana y a la cantina, la doña le propinó una brutal

paliza que soportó con una sonrisa. No pudo borrársela. Había visto parte del mundo, y su recuerdo le daría fuerzas en el futuro.

Sobrevivió como pudo, a pesar de hubiera sido más fácil rendirse. Él volvía a Tijuana cuando le era posible y se veían en secreto. Una mirada sombría cubría aquel rostro cuadrado. Nunca le habló de lo que hacía, y siempre tuvo una sonrisa que brindarle.

—He de desaparecer —añadió un día de forma misteriosa—. Estar a mi lado es peligroso.

—¿No volveré a verte?

—Nunca se sabe, cariño —le susurró al oído mientras acariciaba su mentón—. Nunca te olvidaré, debes recordarlo.

«Si me necesitas, llámame. No importa donde estés, te encontraré».

Atesoró aquellas palabras junto a su alma y se conjuró a no olvidarlas nunca.

El agua helada la sacó del trance. Alzó su cabeza y encontró a la cacique con su sádica sonrisa, desafiándola. Llevaba un cuchillo herrumbroso. Nunca se involucraba en las torturas, con ella había decidido hacer una excepción. Alejandra pestañeó un par de veces, y se atrevió a escupirle en la cara. Ella la abofeteó.

—Pegas como un chamaco, Daniela. ¿Lo sabías?

—Vaya, vaya —observó la mujer, satisfecha—. ¿Te ha vuelto la memoria, desgraciada?

—Lo recuerdo todo…, por fin.

Daniela le colocó el filo del cuchillo en la garganta y la desafió a moverse. Alejandra la miró con frialdad. No mostró ninguna clase de temor. Por fin recordaba quién era. Era valiente. Era fuerte. La sonrisa de la cacique se desvaneció.

—Estoy esperando, niña.

—Estás equivocada, Daniela. No hay traidor. Eres una estúpida.

—Alguien te sacó de aquí.

—¡No fue nadie del cártel, maldita perra!

—¿Entonces?

—Diablo…

42

Muñoz sostenía la manguera del surtidor como si le fuera la vida en ello. Sus músculos estaban tensos, y notó un creciente dolor en la mandíbula de lo más molesto. Miró a su alrededor. No había nadie más en las inmediaciones, salvo un chico joven de unos veintipocos años, escondido en el mostrador de la tienda. Uno de esos críos adictos al gimnasio. De vez en cuando asomaba la cabeza con la intención de comprobar si afuera todo permanecía en orden, y volvía a parapetarse en el mismo lugar, sin molestarse en salir. Hacía frío y la gasolinera se encontraba envuelta en una penumbra solo atenuada por la luz de los halógenos. El teniente exhalaba vaho por la boca, y se ajustó las gafas de fina montura mediante un movimiento mecánico. Eran parte de su disfraz, se había preocupado de crearse un personaje convincente. Pelo corto engominado, ropa de diseño y un coche de gama alta, un BMW X1. Todo proporcionado por él mismo. No quiso revelar de dónde había sacado su atuendo y el vehículo. Se limitó a decir que eran de un amigo. No hubo forma de sacarle más información. Landa no puso objeción. Su compañero estaba centrado, y eso era más que suficiente. Los exabruptos habituales quedaron en el olvido, y su inestable carácter solo se había manifestado en los breves momentos compartidos con el *hacker*. Acudía a intimidarlo y después se marchaba a casa, satisfecho de sí mismo. El rostro de Pete palidecía al verlo llegar, y permanecía sumido en un extraño mutismo. Además, Juriasti se había convertido en un halcón y no le quitaba ojo de encima. La trampa había sido colocada y solo quedaba ver si el asesino caía en ella.

«*Alea jacta est»,* había declarado Muñoz antes de salir.

Sin micros. Aquella imposición vino del propio teniente. El tipo al que buscaban podría tener algún detector y localizarlos con facilidad. Si eso sucedía sabría que se trataba de una encerrona, y lo perderían. La localización transmitida mediante un mensaje encriptado fue la de la gasolinera de Boadilla del Monte, situada al final de la vía de servicio M-501, a una media hora de Madrid. Un paso habitual para repostar y acceder a Cercedilla, por medio de la A-6. El lugar era uno de los rincones predilectos de aquellos que buscaban evadirse del bullicio de la ciudad.

Eran las ocho y media de la tarde. Aún había bastante tráfico, y el sonido de los neumáticos al cruzar la calzada se dejaba sentir como

una melodía de acordes mal ejecutados. Muñoz debía permanecer allí, aparentando ser un tipo normal que iba de fin de semana. Su disfraz era adecuado, simulaba ser una víctima de un ajuste de cuentas. El típico ricachón engreído adicto a la heroína, con una deuda por saldar con los narcos. Pete aseguró que el asesino había vaciado la cuenta de criptomonedas. Encargo aceptado. Solo quedaba esperar.

Se enfrentaban a un profesional, por lo que toda precaución era poca. Cerca de allí, ocultos por unos altos árboles al otro lado de la carretera, estaba la UEI. Junto a ellos, Landa, y Juriasti, que no intervendrían en la captura del sospechoso. Estaban allí como meros observadores. Tuvieron ciertas divergencias con Marín a la hora de desarrollar el plan. No querían involucrar a nadie de la unidad a cara descubierta. Trabajaban de incógnito, y de ninguna manera arriesgarían la vida de alguien ajeno al caso. Vigilaron todos los puntos de acceso, y permanecieron alerta en todo momento. Usaron prismáticos de largo alcance con visión nocturna y gafas con sistema térmico. El asesinato de un policía tenía el poder de movilizar los mejores hombres con los contactos adecuados.

Nadie. No habían localizado ni a una sola alma aproximándose a la gasolinera. Landa sostenía un *walkie-talkie* en sus manos. Le permitieron tener acceso a la misma frecuencia que la del jefe del operativo. La brigada estaba nerviosa. Llevaban allí varias horas. ¿Dónde estaba aquel sujeto? Una sensación agorera persistía en perturbarla. Pensó en Pete. ¿Le habría mandado algún mensaje en clave a aquel desalmado? No parecía probable. Había estado muy vigilado durante todo el proceso y, pese a que no tuvo la pistola de Muñoz en la sien de forma literal, el teniente permaneció dos pasos detrás de él, y el *hacker* pudo sentir su aliento en la nuca. Juriasti la miraba con atención. Por nada del mundo rompería su concentración. La mente de la mujer se afanaba en buscar una respuesta con desesperación. Cerró los ojos. Se enfrentaban a un tipo metódico, esclavo de sus propios métodos. Se escondía cerca, oculto a simple vista. ¿Pero dónde? Llevaban ocho horas apostados allí…

Landa sufrió un repentino estremecimiento.

—Hijo de puta…

Juriasti volvió a mirarla con atención, y por más que la observó, no logró reconocerla. Su mandíbula se había endurecido, tenía los puños en tensión, con sus nudillos en blanco. Se volvió hacia él, y lo zarandeó como a un guiñapo.

—Amaia, tranquilízate.

—David, ¿puedes entrar en la *deep web*?

—¿Ahora?

—¡Sí, ahora! Necesito que verifiques la operación. Pete nos la ha jugado el muy cabrón.

—Eso es imposible —replicó, enfadado. Él mismo lo había supervisado todo.

—No sabes de lo que es capaz, David. ¡Haz lo que te digo! Es una orden.

Juriasti negó con la cabeza, y se apresuró a sacar el portátil de su funda. Lo encendió, y arrancó como un motor bien engrasado, sin realizar el menor ruido. Tenía un módem USB conectado que le permitiría navegar sin acceso a una red wifi. Abrió el programa Nmap, cuyo acceso a la *darknet* ya estaba configurado. La pantalla se tornó negra y un código fuente se cargó a toda velocidad. El ordenador fue directo a la cuenta de Pete en aquel mundo misterioso y oscuro. El analista no podía creer que hubiera sucedido algo. Vio cómo se cerraba el acceso aquella mañana y el *hacker* era escoltado a una celda. Examinó el directorio, y sus pupilas se dilataron de una manera jamás soñada.

—Hijo de puta… —repitió con el rostro lívido.

—¿Dónde está Muñoz? —preguntó Landa por el *walkie* de forma apresurada, justo tras apretar el botón PTT[22].

—Se dirige a la tienda a abonar la gasolina —le respondió el jefe de la unidad, contrariado por la intromisión.

—¡Hay que sacarlo de allí!

—¿De qué está hablando? Llevamos horas vigilando el perímetro, y nadie lo ha traspasado.

—¡Está desde antes de nuestra llegada!

—¿Ha perdido el juicio? Nadie esperaría durante diez horas en un lugar como este.

—Él sí —insistió Landa en un arrebato. Ya lo había hecho antes —. ¡A la mierda!

Landa saltó del vehículo y se dirigió a la plataforma. Descendió por la pendiente de forma apresurada. No tenía tiempo de dar un rodeo con el coche y entrar en el área de servicio. Dio un salto y llegó al arcén. La tierra temblaba cada vez que un coche pasaba a gran velocidad por uno de los carriles. Apretó los puños. El tráfico se condensaba por el de la derecha, de modo que solo tenía que llegar al izquierdo. Respiró hondo y salió detrás de un Audi que circulaba muy por encima del límite de velocidad. Apenas escuchó los gritos de Juriasti y se precipitó hacia delante. Escuchó los pitidos de un claxon de manera repetida, parte una sintonía estridente y vomitiva. Su cuerpo fue zarandeado por una ráfaga de aire y acabó de rodillas sobre el asfalto. Se incorporó con el corazón bombeándole sangre a un ritmo frenético. Saltó la mediana y se deslizó por el margen contrario. Podía ver a Muñoz a un paso de la tienda.

—¡Joder!

No llegaría a tiempo. Sacó su arma. Lo que se disponía a hacer

era muy peligroso. La vida de su compañero lo valía, por lo que no dudó. El BMW era un coche muy grande. Su frente estaba perlada en sudor. Por un instante fugaz pensó en Jon Gómez. Él no fallaría. Recordó sus ojos verdes, llenos de dolor. Solo un disparo. Apretó el gatillo. El teniente agarró la manilla de la puerta, dispuesto a entrar en la tienda. El cristal del asiento del copiloto estalló en mil pedazos. El sonido no fue ensordecedor, sino timorato, sin embargo, suficiente. Muñoz se dio la vuelta, alarmado. Vio los cristales por el suelo, y reaccionó con rapidez. Sacó su arma del interior de la chaqueta, y se arrojó al suelo. Reptó hasta situarse detrás de una de las columnas cercanas a los surtidores. Sus ojos buscaron al asesino, sin encontrarlo. Solo distinguieron una figura que agitaba los brazos de manera frenética. Aquello no tenía sentido. No podía venir de aquella dirección. Maldijo su estupidez. Se dio la vuelta y vio un punto rojo que marcaba su frente.

El chico de la tienda.

Escuchó dos disparos. Uno apenas lo percibió. Fue incapaz de distinguir la figura del asesino ataviado con las ropas coloridas de los empleados de la gasolinera, sosteniendo un fusil semiautomático con una mirilla láser montada encima del tubo guía. Saltó y puso las manos delante de su cara de manera instintiva. Notó el impacto y rodó por el suelo. El sicario soltó el arma, y cayó de rodillas. Sus labios se movieron con lentitud, ningún sonido brotó de ellos. El agujero de su frente se hizo visible al brotar de él un hilillo de sangre. Se derrumbó encima del pavimento, sin vida.

Landa llegó a la carrera y se arrodilló al lado de Muñoz. Estaba de espaldas a ella, y aunque sabía que debía moverlo no se sentía capaz. No quería ver la muerte reflejada en aquellos ojos profundos. Uno de los hombros del teniente se desplazó hacia un lado. Podría ser un espasmo… o podría estar vivo. Le dio la vuelta con sumo cuidado.

Muñoz respiraba de manera entrecortada, a pesar de eso, logró esbozar una sonrisa. Se abrió la camisa y le mostró a la brigada un chaleco antibalas.

—¿Qué fue lo que le dijo a Ferreras este hijo de puta? —preguntó el teniente con una sonrisa triunfal.

—Debiste disparar a la cabeza —repitieron ambos al unísono mientras reían.

43

Una copa. Esa era la idea. Landa no se atrevió a decir que no, tenían derecho a celebrarlo. Todo había estado a punto de irse al garete. Gracias a ella Muñoz seguía respirando. El teniente estaba eufórico. Había renacido, y exhibía un buen humor extraño y desconcertante. No había querido marcharse a casa, y se había limitado a guardar el chaleco antibalas en el maletero del BMW. Circuló con la ventanilla rota hasta aparcar en pleno centro. Se reunieron en el Click Bar, un disco *pub* de moda de luces estrambóticas y ambiente demasiado ruidoso. Juriasti y Landa se encontraban fuera de su elemento, y sus rostros revelaban una profunda incomodidad. Estaba lleno hasta los topes. A la brigada le sorprendió semejante algarabía. Pocas veces había salido por la noche desde que estaba en Madrid, lo que tampoco hacía en Donostia. Prefería la intimidad de su hogar, y cenar con amigos. Sus ojos grises lo observaban todo con una mezcla de sorpresa y repulsa. El local no era demasiado grande, y la gente se agrupaba en pequeños grupos obligados a hablar a gritos. La música retumbaba en sus oídos y hacía temblar las paredes. Las mesas, de tono blanco perla, estaban todas ocupadas. Se acomodaron en unas sillas altas de color negro, junto a la barra, en espera de que el camarero les prestara atención. Estaba ocupado flirteando con unas chicas jóvenes que probaban suerte e intentaban sacarse unas bebidas gratis. Les salió bien la jugada, huelga decirlo.

Amaia tenía la mente en otro lugar. Juriasti podía imaginar dónde. Era la primera vez que disparaba a una persona en toda su carrera, y ya cargaba con una muerte a sus espaldas. No había manifestado una sola palabra al respecto, ni a la llegada del UEI, ni después, cuando Marín hizo acto de presencia. Se sintió abrumada por las efusivas felicitaciones de todos los que la rodeaban. No le gustaba ser el centro de atención, prefería estar en un discreto segundo plano. Las autoridades hicieron acto de presencia de manera paulatina. Un trámite ineludible. La científica se personó poco después, y procesaron la escena con sumo cuidado, en busca de alguna evidencia oculta a simple vista. María Soria fue la que encontró el cuerpo sin vida del verdadero empleado de la gasolinera, con el cuello seccionado y tirado como un guiñapo en la cámara frigorífica. No le sorprendió a ninguno. Un daño colateral que cargaría a la cuenta de Pete.

Juriasti explicó cómo había obrado el *hacker*. Al parecer, lo había preparado hacía tiempo, mediante las unidades Sniffer USB. Estaba convencido de ello. Si investigaba el código fuente de manera exhaustiva, encontraría un comando encubierto listo para ser activado a distancia. Aquel dispositivo podía emitir señales a baja frecuencia, y era capaz de conectarse a la red y ejecutar las líneas de entrada de forma remota. Un plan perfecto. David se sentía avergonzado, y puso su cargo a disposición del coronel. Marín no lo aceptó. Era consciente de la distancia existente entre los piratas informáticos y los trabajadores de las fuerzas de seguridad del estado. No podían personalizar en el chico aquella deficiencia. Lo más sencillo sería contratarlos en lugar de luchar contra ellos. Recibió el total apoyo de la brigada. Aquel cabrón sabía lo que se traía entre manos. Se preguntaban dónde había ocultado aquel artefacto. Una mueca desagradable apareció en sus rostros al imaginárselo. Pete era un tipo mezquino, mucho más de lo que Landa había anticipado. Las amenazas de Muñoz habían puesto en marcha aquella locura. Juriasti lo veía como otro vulgar psicópata, carente de alguna clase de empatía. Landa disentía. Tenía emociones, las básicas. ¿Qué había más inherente al ser humano que el deseo de vengarse? El juez Marchena fue el encargado de ordenar el levantamiento de los cadáveres. La vieja gasolinera quedó precintada al público, y así seguiría durante los días posteriores. Los efectivos de la Guardia Civil abandonaron el lugar, no obstante, la noche no había terminado, ni mucho menos.

Muñoz fue recibido por el camarero con un enérgico apretón de manos. Era un cliente habitual, lo que no resultó sorprendente en absoluto. Los tipos como él abundaban en cualquiera de los cuerpos policiales de todo el país, a pesar de que fueran un motivo de vergüenza y una fuente de problemas. Al menos en la UCO eran una especie en vías de extinción. Landa lo observaba con atención. Su grotesco comportamiento le resultaba gracioso. Intentó relajarse, y aceptó el cóctel que le ofreció después de guiñarle un ojo de manera cómplice. Un sex on the beach. Para Juriasti, lo mismo que él, un cuba libre bien cargado. Estaba de tan buen humor que no ignoró su presencia como tenía por costumbre.

—He pensado que así te acordarías de tu tierra —le susurró a la brigada al oído. El volumen de la música impedía comunicarse de otra manera.

—Un poco pillado por los pelos, ¿no? —le respondió Landa, divertida por la simplicidad del comentario.

—Sí, claro, ya me conoces. De mí no se puede esperar mucho más.

Landa rio. Por una vez en su vida, decidió dejarse llevar. Tenía derecho. Se olvidó de la música que resonaba en sus oídos y permitió

a su cuerpo soltar la tensión acumulada. Descubrió que le sentaba bien sentirse viva. La máscara se resquebrajó poco a poco, copa tras copa. Sus ojos grises brillaban, afectados por el gas blanco expulsado por las tuberías situadas en el techo. Obligó a Juriasti a bailar con ella, y descubrió que la torpeza de sus movimientos era similar a la suya. Acabó en los brazos de Muñoz, cuyas intenciones eran demasiado obvias. Miró de soslayo al analista, cuyas gafas se encontraban empañadas por el calor y su mirada revelaba un anhelo fuera de su alcance. O, al menos, eso creía él. Amaia le mandó varias señales, ignoradas una por una. No conseguía entenderlo. En un momento dado lo perdió de vista. Había desaparecido de allí, incapaz de soportar lo que creía inevitable.

Landa se sintió ofendida. Le gustaba aquel chico. Con el paso del tiempo algo había nacido entre ellos. Estaba segura. ¿Por qué no había movido un dedo esa noche? ¿No la consideraba atractiva? Las inseguridades de toda la vida abandonaron su prisión, y salieron a la superficie, espoleadas por el alcohol. Pete fue un error mayúsculo, fruto de la necedad de su juventud, y necesitaba sacudirse su recuerdo. Cada vez que creía haberlo conseguido, daba un paso atrás. Jon Gómez tampoco la vio. Tenía la sensación de ser invisible. Se preguntaba si el alejar a todo el mundo de ella era una elección consciente o el resultado del escaso interés suscitado en aquellos que la rodeaban. Las manos del teniente rozaban con insistencia su cintura mientras le reiteraba su agradecimiento. Por decirle las cuatro verdades que necesitaba oír, por creer en él cuando todo el mundo lo había dejado por imposible, por salvarle la vida. Era un hombre rudo, demasiado básico en todos los sentidos, y la forma de demostrarle su gratitud era del todo incorrecta. El deseo subyacente a través de las yemas de sus dedos fue suficiente en aquel momento de zozobra.

La lengua de Muñoz se atrevió a dar el primer paso. Encontró los labios de Landa, y los rozó con suavidad. El cuerpo de la brigada se tensó, ya casi no recordaba lo que se sentía. El alcohol desinhibió sus sentidos; de otro modo, jamás habría permitido que sucediera en un lugar como aquel. Abrió la boca levemente, y le entregó la suya. Le desafió a que le mostrara sus habilidades y él no la decepcionó. Se entregó por completo, y permitió que las manos del teniente recorrieran su espalda y descendieran a sus firmes glúteos. Su libido adormecida crecía a pasos agigantados y notó como su piel se erizaba. La imagen del asesino descendió al hondo abismo de su memoria, donde enterraba todo lo malo. Apoyó sus manos en el torso de él, y sintió cada fibra muscular. Estaba en forma, a pesar de los estragos a los que sometía su figura. Le pareció inexplicable. Las palmas de sus manos descendieron con lentitud por las piernas del hombre, deleitándose en cada rincón.

—Sácame de aquí —le rogó, encendida por la pasión.

Muñoz antes de hacerlo besó con ansia su cuello, y provocó en ella una mayor urgencia de abandonar aquel tugurio. Salieron del *pub* a trompicones, cegados por un deseo incontenible. Se metieron en el BMW, y salieron en dirección al apartamento de él. Landa se estremeció al sentir en su piel el frío de la madrugada madrileña, pero ni siquiera eso apagó el fuego que ardía en sus entrañas. Sacó los brazos por la ventanilla rota, y comenzó a cantar *Why can´t we be friends*, de *Smash Mouth*. Al teniente le pareció divertida la elección y se unió a ella, aunque lo hacía mucho peor. Minutos después el vehículo se detuvo de manera brusca en una calle de asfalto empedrada, muy bien iluminada. Salieron del coche, y se enredaron en un laberinto de brazos y piernas mientras sus lenguas se buscaban con desesperación. No les importó que alguien pudiera estar mirándolos. El hombre no acertaba a abrir el portal, y su torpeza provocó las risas de la brigada. Le entregó la llave y la invitó a intentarlo mediante una reverencia teatral. Amaia demostró tener más pulso y traspasaron el umbral entre risas.

Se metieron en el ascensor. Muñoz vivía en el último piso. El teniente arrinconó a Landa contra el espejo y devoró su cuello una vez más. Ella dejó escapar un gemido, despreocupada por completo. Enterró sus prejuicios en el mismo lugar que su sentido común. Aquellas manos enormes se abrieron paso a través de su blusa, y levantaron la copa de su sostén. Sus labios devoraron las erectas protuberancias y se permitieron mordisquearlas entre beso y beso. Los dedos de Amaia, por pura inercia, presionaron todos los botones, y el elevador se puso en marcha, deteniéndose en cada planta. Él introdujo su mano por debajo de los vaqueros de la brigada y trascendió la goma de su ropa interior. Acarició el sexo húmedo y con un movimiento rítmico se abrió pasó sin pedir permiso. Las piernas de la mujer se abrieron con tal de facilitarle la labor. Llegaron al último piso sin resuello. Ninguno hizo amago de salir. El hombre, ebrio de deseo, le bajó los pantalones y le dio la vuelta. Se detuvo por un segundo y admiró la sensual vista que tenía ante sí. De uno de sus bolsillos sacó un preservativo y se lo colocó con rapidez. La penetró de una feroz embestida y se abandonaron a un placer culpable sin pensar en otra cosa que no fuera dar rienda suelta a su deseo animal. Tenían horas por delante, después deberían volver a una realidad ajena a la pasión desenfrenada irradiada por sus cuerpos sudorosos.

44

El móvil de Landa sonaba con insistencia. Estiró la mano y lo agarró con la punta de los dedos. Las largas pestañas sellaban sus ojos grises con una membrana invisible. Le costó horrores distinguir las letras de la pantalla, pues su visión era borrosa. Revelaban la identidad de la persona al otro lado de la línea. Javier Marín. Cogió la llamada, tras enmudecer durante los primeros segundos. Tenía la boca pastosa y le ardía la garganta. Demasiados cócteles. La voz del coronel le pareció un sonido gutural y antropomorfo. No estaba contento, lo que no suponía ninguna novedad. Le explicó de manera apresurada que llevaba llamándola toda la mañana, y le exigió saber dónde narices se había metido. Ella optó por no responder, y el coronel no insistió. El juez Defer lo había telefoneado a primera hora, y había autorizado la solicitud del registro telefónico de José Dávila en los últimos tres meses. Se encontraban a la espera de la llegada a la central de un agente judicial con los documentos. Una vez los tuvieran, iniciarían el proceso y activarían el SITEL de manera inmediata. Aquella era una magnífica noticia, una forma inmejorable de empezar el día. Le comunicó al jefe de la UCO que llegaría lo antes posible y cortó la comunicación. Cerró los ojos por un instante y respiró hondo. Estiró su brazo derecho en busca del cuerpo de Muñoz, solo encontró un hueco vacío. No podía perder más tiempo. Se incorporó y echó un vistazo rápido al dormitorio del teniente. Ni siquiera recordaba cómo habían ido a parar allí. Una estancia casi minimalista, compuesta por una cama grande, una mesita de noche atornillada a la pared, donde había un libro y una lámpara diminuta, de esas que arrojan una luz tenue, y una butaca de color fucsia tapada por un montón de ropa arrugada. La suya. El armario empotrado albergaba unos espejos en las puertas, y tuvo ciertos reparos en observar su reflejo. Al final cedió a la tentación y vislumbró su delgada figura, su piel blanquecina y su extenuado semblante.

Se levantó del lecho. Estaba desnuda. Por una vez, no se avergonzó de su cuerpo. Olvidó el adoctrinamiento sufrido desde su infancia, congeló esa imagen en su retina, y se acercó al asiento a recoger su ropa. Estaba arrugada, y no le gustó el leve aroma adherido a ella. El humo artificial desprendía un olor penetrante que aún perduraba. Le apetecía darse una ducha. No lo haría allí, eso lo tenía claro. No quería cursar una invitación para un segundo asalto. Aquello

había sido un *affaire* momentáneo, producto de una celebración con demasiada euforia. Hacía mucho tiempo que no se permitía ser espontánea, y le gustó la sensación. Se vistió de manera apresurada y salió del dormitorio atraída por el aroma del café recién hecho.

Muñoz estaba allí, vestido con ropa informal, por fin despojado de su disfraz de hombre pudiente. Una lástima, pensó Landa. Le sentaba muy bien, mucho mejor de lo que él pensaba. El apartamento poseía el mismo diseño monótono que la mayoría de los pisos del centro. Todos seguían el mismo patrón, incluido el de ella. Cocina estrecha separada del salón por una barra americana, un sofá de tres plazas, un mueble rectangular donde iba la televisión y una mesilla de centro de madera, o como en aquel caso, de un blanco intenso que capturaba la luz de los halógenos del techo. La recibió con una sonrisa, y le ofreció una taza de color azul marino, adornada con una ilustración de vivos colores. La aceptó de buen grado, y se calentó las manos con el calor desprendido a través de la cerámica. Dio un pequeño sorbo con cautela. Su sabor era amargo, poseía cuerpo y un aroma agradable.

—Solo y sin azúcar, ¿verdad?

—Sí —agradeció Landa, con la mirada ensombrecida. Era una situación incómoda, y no estaba segura de cómo debía actuar.

—¿Muy arrepentida?

La pregunta, directa y sin anestesia. Casi lo prefería. Alzó la cabeza y estudió el semblante del teniente. Estaba tranquilo, y de su mirada había desaparecido aquella expresión desquiciada que lo caracterizaba.

—No, al contrario. Saltarme mi rígido código puede que haya sido lo mejor…

—Ahora viene el clásico *no se repetirá*, ¿no es eso?

—Bueno, que no oiga a nadie tildarte de idiota —bromeó Landa entre risas. Muñoz se unió a ella—. No creo que sea lo más adecuado, Andrés. Lo de anoche fue por la euforia del momento. Una vez pasada, no le encuentro sentido alguno.

—Siempre me has parecido una chica lista.

—Creía que solo era una vasca frígida —le echó en cara la brigada con ironía.

—Vale, vale —se excusó el teniente—. Te debo mucho. Me hiciste recordar quién fui hace años. Llevo mucho tiempo arrojando mi vida por el retrete. Me diste un objetivo y siempre estaré en deuda contigo.

Landa detectó un pequeño temblor en la voz de Muñoz, apenas perceptible. Cuando lo miró no encontró rastro de él. Lo achacó a su imaginación y al cansancio que padecía.

—Las deudas entre compañeros no existen.

Landa terminó el café y depositó la taza encima de la encimera. Se acercó a Muñoz y le dio un beso en la mejilla. Se separó con rapidez, privándole de la oportunidad de corresponderla. Se despidió con una sonrisa, y salió del apartamento con expresión resuelta. Rehusó a bajar por el ascensor, y utilizó las escaleras mientras silbaba la misma tonadilla que había cantado la noche anterior con la cabeza por fuera de la ventanilla rota. Una vez en la calle, dejó todo atrás y se concentró en lo que tenía delante. Llamó a un taxi, y se dispuso a regresar a su apartamento.

Una hora después apareció en la central de la UCO, ataviada con el uniforme del cuerpo, en perfecto estado de revista. Había optado por un maquillaje suave destinado a disimular las ojeras, viéndose obligada a extenderlo por toda la cara, pues no quería parecer una cebra. La comparación se le ocurrió a ella misma y le pareció bastante divertida. Sintió sobre ella la mirada de todos los guardias civiles de la planta, y de improviso, empezaron a aplaudirla de manera tímida hasta que el gesto se tornó en una ovación unánime. Landa se sorprendió. No se lo esperaba, y no supo cómo debía reaccionar. De manera paulatina se le acercaron sus compañeros de profesión, incluso aquellos con los que tenía una relación distante. Tuvo que estrechar un montón de manos con firmeza, y recibir un montón de halagos con una sonrisa, lo que la incomodaba sobremanera. Matar a aquel desgraciado no fue un acto de venganza, ni una forma de honrar a Manuel Fuentes. Lo hizo para salvar una vida. El objetivo era detener al asesino contratado por Pete y, les gustara o no, habían fallado. La actitud triunfalista de varios de ellos le pareció lamentable.

—Siento que tuvieras que hacerlo —escuchó una voz familiar detrás de ella.

Silvia Ferreras estaba cerca y, al encontrarse, conectaron con la mirada. El torbellino de emociones que asolaba a la agente era difícil de clasificar, a pesar de ello, la brigada tenía muchas esperanzas puestas en ella. La venganza podía consumir el corazón de una persona y arrebatárselo todo. Lo había visto.

—No pude elegir, la verdad —respondió al final—. ¿Cómo te sientes?

—Aliviada —se sinceró Ferreras—. La carga era demasiado pesada. Tenías razón. Él no hubiera querido que el odio me consumiera.

—Me alegra que lo veas de ese modo —confesó Landa—. Ven, quiero que me acompañes.

—¿Adónde?

—A una reunión importante. Tu trabajo no ha terminado.

La agente siguió a la brigada a la sala de reuniones. Landa abrió

la puerta empujándola de forma leve con los dedos. Marín la traspasó con la mirada durante unos instantes. Aparentaba haber olvidado lo sucedido la madrugada anterior, lo que le pareció extraño. Era un jefe estricto, por suerte, siempre se comportaba con coherencia. Presidía la mesa, como de costumbre, y entre sus manos sostenía una carpeta abierta. Sus ojos volvieron a centrarse en los documentos, y ni siquiera prestó atención a la presencia de Ferreras. Enfrente del coronel se encontraba David Juriasti, con su inseparable portátil entre las manos, y su inconfundible bigote rubio, una delgada línea de vello apenas visible. La miró durante un fugaz segundo, y en su rostro se adivinaba un dolor intenso, imposible de esconder a simple vista. Landa sintió una sacudida en su espalda, y entrecerró los ojos. Lo fácil sería culparlo de su inacción, pero decidió no hacerlo. No deseaba ahogar un grito procedente del pasado con él. Era alguien especial, y se merecía algo mejor. Tal vez más adelante pudieran encontrar su momento.

El analista acabó por bajar la cabeza a modo de saludo, aunque Landa no pudo determinar si estaba destinado a ambas mujeres, o solo a Ferreras. Desechó aquel pensamiento, por considerarlo absurdo e infantil. Tomó asiento cerca de Marín, y entrelazó sus dedos. Su rictus se tornó serio, y esperó a que el jefe de la UCO tomase la palabra.

—Ya estamos todos —anunció con voz lacónica—. Hemos sido afortunados. El juez ha aceptado nuestra solicitud. A pesar de lo poco que tenemos contra Dávila.

—¿Ocultar a una fugitiva no es motivo suficiente? —intervino Ferreras sin molestarse en medir sus palabras.

—Eso es especulativo —aclaró Marín—. Ni siquiera tenemos la certeza de que sea verdad. No informar a las autoridades del alta de una paciente involucrada en un caso de conducción temeraria no es suficiente para empapelarlo. Y menos si tenemos en cuenta que no existía ninguna orden de arresto.

—Joder… —protestó Silvia, encolerizada—. Era el caso de Fuentes. Él estaba seguro de que el médico estaba metido en algo.

—Le expliqué a Defer la situación a título personal —continuó el coronel—. Fue muy comprensivo. El poder del llanto abre muchas puertas.

Landa sonrió al escuchar a Marín. De vez en cuando tenía salidas como aquella.

—Juriasti ya puso el proceso en marcha hace un par de horas.

—¿David? —inquirió Landa, inquieta—. ¿Qué tenemos?

—Míralo tú misma, brigada —le contestó con frialdad.

Les facilitó, tanto a Ferreras como a ella, una copia del registro. Antes de hundir su rostro en el documento le dedicó a Juriasti una mirada llena de reproche. Esperaba más de él. Sus ojos grises

examinaron todas las líneas. Había varios números de teléfono subrayados con tinta fluorescente. En el anexo ponía con claridad la identidad de los titulares de las líneas.

Miguel Rojo. Máximo Mendes. Juan Carreño.

—Una vez confirmada tu teoría, estamos trabajando en acceder al registro del móvil de Mendes. Sus abogados son unos bastardos duros de pelar —explicó Marín, consternado.

—Al menos existe un indicio —valoró Ferreras, esperanzada.

—No tenemos una mierda —puntualizó el coronel—. Solo que se conocían y tenían cierta relación. Eso ya lo confirmó Landa en el club de golf. Tenemos que averiguar de qué tipo.

—Lo haremos —afirmó Amaia segura de sí misma—. Vamos a cogerlos.

45

Silvia cerró los ojos, impelida por una necesidad que no podía negar. Sentía a Fuentes a su lado, acompañándola una vez más en una de aquellas sesiones de vigilancia que tanto odiaba. Incluso le pareció notar el roce de uno de sus dedos sobre su piel, produciéndole una intensa sensación de añoranza. Intentó retener aquel momento, a pesar de lo surrealista del mismo. ¿Se había vuelto loca? No estaba segura, tampoco le importaba. Su recuerdo poseía una fuerza brutal, y de alguna manera la conectaba con el mudo, manteniéndola a flote. Una amarga obsesión se había afianzado en su psique, un deseo del que era incapaz de desprenderse. Le aterrorizaba hacerlo, pues temía hundirse en la oscuridad. No podía dejar aquel asunto sin cerrar. Estaba sola en el interior del vehículo, sin duda, era mejor así. No quería ser juzgada por nadie. La brigada la entendía, y se conformaría con eso.

Dávila. Aquel nombre se había vuelto una amarga obsesión. Era el legado de Manuel. Temía decepcionarlo, y ese miedo se abría paso desde sus entrañas. Sus ojos azules vislumbraron la entrada del hospital. Dieron las tres de la tarde, hora del cambio de turno. En el Gregorio Marañón siempre había mucho movimiento a cualquier hora del día. Descartó la idea de presionar al médico. Si Fuentes no había logrado nada, no tenía sentido seguir la misma línea. Debía intentar otra cosa. Salió del coche. La vio atravesar la puerta principal, con la melena caoba mecida por el viento. La agente tuvo que correr detrás de ella, y la alcanzó justo al lado del *parking*. La agarró por el brazo a fin de llamar su atención. La enfermera se sobresaltó y la miró, asustada. Ferreras le mostró su identificación y el cuerpo de la sanitaria se relajó un ápice.

—Elena Acosta, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabe? —replicó, nerviosa.

—Mi trabajo es saberlo —declaró la agente con seguridad—. ¿Puede atenderme unos minutos?

—Supongo que sí —aceptó la enfermera, con una sonrisa forzada.

—Vayamos a un lugar tranquilo.

Silvia la condujo a The Irish Temple, un *pub* irlandés de cierta fama, solo a cinco minutos de allí. Daban comidas, y solía estar bastante concurrido. Muchos trabajadores del hospital iban a almorzar

allí.

Un silencio incómodo se instauró entre ambas mujeres. Ferreras fue indulgente con ella, comprendía a la perfección su actitud hostil. Por fortuna, no se había negado a acompañarla. Iniciaron una conversación banal que contribuyó a templar los nervios de la enfermera. Le calculó unos sesenta años. Era una mujer de huesos anchos y mirada limpia. Sus ojos marrones se movían inquietos de un lado a otro, tal vez preguntándose si la guardia civil era de fiar.

El local estaba medio vacío, y decidieron ocupar el reservado más cercano a la entrada. Pidieron dos descafeinados, y empezaron a hablar cuando el camarero se los dejó encima de la mesa.

—Corríjame si me equívoco —empezó a hablar Ferreras—. Usted es la supervisora de enfermería de la planta de cirugía, ¿verdad?

—Desde hace más de veinte años. ¿Por qué lo pregunta?

—¿Conoce a José Dávila?

La expresión de Elena Acosta cambió de forma radical al escuchar el nombre del médico. Un evidente gesto de desagrado apareció en su rostro. No era un mal punto de partida, desde luego. Aquella mueca ya la había visto antes, mientras Fuentes trataba de hacer entrar en razón a aquel engreído. La reacción de varias enfermeras fue reveladora.

El transcurrir del tiempo había calmado las aguas. Sin duda, la supervisora era la mejor elección. Conocería las experiencias del personal a su cargo, y resultaba más práctico hablar con ella.

—Así que se trata de él…

—No parece tenerle en muy buena estima.

—Es un cretino pretencioso —respondió Acosta con rapidez. No le había costado nada verbalizarlo. Debía de estar harta—. Tiene el típico complejo de dios del quirófano, y trata a las enfermeras como si no fuéramos otra cosa que sus esclavas.

—Así que es de esos —valoró Ferreras intrigada—. ¿Suele invadir el espacio personal de sus trabajadoras?

—Algunas veces. Se cree un regalo para las mujeres, el muy imbécil. La mayoría se mantiene alejada de él. Se le ve venir a kilómetros.

—¿Y con las pacientes?

—Supongo que se refiere a la chica mexicana.

—A la misma.

—Antes de eso nunca le había visto pasar tanto tiempo con ninguna. Parecía preocupado de verdad. Lo que no encaja con su manera de actuar, ¿me comprende?

—Sí, claro…

—Incluso trajo a esa supuesta hermana suya… Muy raro; incluso, siniestro.

—¿Cómo? —Ferreras se sorprendió. No tenía conocimiento de aquello—. ¿A quién se refiere?

—La presentó como su hermana. Una chica muy simpática y agradable. Pasaba las horas muertas en la habitación cuando él estaba en consultas o en el quirófano.

—¿Por qué le ha llamado supuesta?

—No conozco a nadie que bese a su hermana como si fuera una amante —explicó la supervisora—. Los vi en el aparcamiento. No entiendo el motivo de la mentira, la verdad.

—Tal vez no estaba destinada a vosotras, sino a la paciente.

—Tiene sentido —admitió Acosta.

—¿Qué puede decirme acerca de ella?

—Se llama María. Dijo ser abogada. Le dio su número de móvil a alguna de las chicas por si necesitaban de sus servicios en alguna ocasión. Hablaba hasta por los codos.

—¿Qué ponía la tarjeta? ¿Coincidían los apellidos?

—No dio ninguna. Solo lo apuntó en una hoja de papel. Yo creo que ni siquiera lo pensó. Parecía una mujer muy impulsiva.

—¿Podría conseguírmelo?

—Claro, no será difícil.

—¿Alguna cosa más?

—Creo que ella vivía con él. No estoy segura del todo, ya sabe, habladurías.

—¿En su casa de Chamartín?

La enfermera pareció sorprendida por la pregunta, e incluso una mueca de extrañeza se asomó en su semblante.

—Dávila no vive en Chamartín —respondió—. Su apartamento está en el barrio de Hispanoamérica. Primera noticia que tengo de eso. Y lo sé porque alguna enfermera tonta visitó su piso hace ya algún tiempo, usted ya me entiende.

—Claro como el agua —señaló Ferreras con una sonrisa—. ¿Podría conseguirme la dirección del apartamento?

—No sé si debo. ¿No sería ir demasiado lejos?

—Esto es importante, Elena. —Ferreras le agarró la mano con suavidad—. La chica mexicana ha desaparecido. No damos con ella por ninguna parte. La única propiedad registrada a nombre de Dávila está en Chamartín. La hemos vigilado día y noche, sin encontrar algún indicio de actividad sospechosa. Mi compañero creía que estaba metido en algo turbio. Murió obsesionado con esa idea.

Se sintió mal por manipular a aquella mujer de esa manera. Percibió una enorme turbación en aquel rostro entrañable. Se debatía entre el temor a meterse en un problema y el deber de hacer lo correcto. La enfermera quedó hipnotizada por la melancólica mirada de Ferreras y terminó por asentir con lentitud.

—Tiene que prometerme que me protegerá. No sé qué tiene Dávila, me da escalofríos.

—Tiene mi palabra, Elena —le aseguró—. No permitiremos que le ocurra nada.

La enfermera se levantó, e intercambiaron los números de móvil. La supervisora le prometió darse prisa, y aseguró que la llamaría esa misma tarde. Se despidió con una sonrisa. No se terminó el café, frío ya al tacto. Silvia permaneció en su asiento, pensativa. Un leve cosquilleo recorrió todo su cuerpo. Volvió a sentir la presencia de Fuentes junto a ella, incluso lo imaginó susurrándole unas palabras de aliento.

«Muy buen trabajo, chiquilla».

No pudo evitar esbozar una sonrisa. Algún día aquellas ensoñaciones se acabarían, y entonces las echaría de menos. La acompañarían mientras no aceptara su muerte. No podía seguir así eternamente, lo sabía. Necesitaba tiempo.

Se levantó y regresó al Gregorio Marañón. Una inesperada tormenta la sorprendió unos metros antes de llegar a su vehículo. Las nubes, de un color plomizo decadente, hicieron su aparición en segundos y descargaron su furia sin previo aviso. Acabó mojándose de arriba abajo. Entró en el coche de forma apresurada, y se acomodó en el asiento. Al girar la llave, el motor emitió un suave ronroneo, y después de accionar los limpiaparabrisas se incorporó a la circulación. Meditó qué hacer a continuación, y decidió regresar a su apartamento. Abandonó el centro, tenía casi media hora de trayecto hasta Alcalá de Henares. La idea de vivir en Madrid la había descartado, pues aún no era viable. Además, le gustaba vivir allí. Era una ciudad tranquila, alejada del ajetreo de la capital. Vivía en una zona rodeada de parques infantiles y jardines verdes muy bien cuidados. Estacionó en un *parking* público muy cerca de su casa, y se apresuró a llegar al portal. El temporal la había seguido.

«¡Qué detalle por su parte!», pensó mientras reía.

Fue directa a darse una ducha. Dejó la ropa mojada en el cesto de la ropa sucia, y corrió la mampara. Le encantaba ducharse con agua caliente, y cuando su piel comenzó a arrugarse optó por salir. Se puso un albornoz blanco y se fue directa al salón. Se apoltronó en el sofá y colocó las piernas encima de un viejo taburete. Una ocasión ideal para desconectar un rato. Encendió la televisión y escogió Netflix. Una película insulsa la distraería. No se olvidó de tener el móvil al lado, junto a una libreta y un bolígrafo. No tenía ni idea de cuándo llamaría Elena Acosta.

El filme era un muy predecible y se aburrió pronto. A una hora de su inicio sonó el móvil. Lo cogió enseguida. La voz de la enfermera se apreciaba vacilante, insegura. Ferreras trató de tranquilizarla, sin

demasiado éxito. Le agradeció su esfuerzo, había sido muy diligente. Tomó nota del teléfono de María, la falsa hermana de Dávila, y de la dirección del apartamento del cirujano en el barrio de Hispanoamérica. Se despidieron de manera cómplice, como harían dos viejas amigas. Le prometió estar pendiente de ella, y le pidió que mantuviera los ojos abiertos, por si acaso. Cortó la comunicación, repasó la dirección del apartamento, y llamó a Juriasti.

—¿David? —El analista cogió la llamada enseguida, como tenía por costumbre. Silvia notó cierta tensión en su voz, que atribuyó sin duda al cansancio. Trabajaba muchas horas, además de atender las peticiones más urgentes de Miguel Alonso, jefe del departamento de delitos telemáticos—. Necesito que compruebes una dirección, y me digas quién es su propietario.

Ferreras le dio la información, y le hizo repetirla un par de veces. Quería asegurarse.

—Te llamo en un rato —le notificó.

Cinco minutos. Ni uno más. Silvia se maravilló del trabajo del informático. Era muy eficiente.

—Has despertado mi curiosidad —le habló la voz, más animada, al otro lado de la línea—. Imagino que has vuelto a hacer de lobo solitario.

—Ya te contaré —concedió Ferreras—. Dime qué tienes.

—Agárrate, Silvia. El piso es propiedad del juez Juan Carreño.

46

Landa miró de soslayo a Jaime González. No había una buena sintonía entre ambos, a pesar de ello, debían acudir juntos a la prisión de Soto del Real. Fueron en el vehículo de él, por supuesto. A la brigada no se le pasó por la cabeza sugerir lo contrario. El rango del jefe del Grupo Antidroga era mayor, y le tocaba, hasta cierto punto, mantenerse en un segundo plano. El hombre se acariciaba el pelo cano cada pocos segundos. Un tic involuntario, bastante desconcertante. Le preguntó por Muñoz, decepcionado por no verlo allí, lo cual le extrañó sobremanera. Tenía fama de ser un mando estricto y apegado al escrupuloso cumplimiento de las normas. Un tipo de la vieja escuela, algo chapado a la antigua. La miraba de manera recurrente por encima del hombro, lo que hizo el viaje más incómodo de lo normal. Resultaba obvio que no quería estar a solas con ella. No fue capaz de discernir el motivo real, y prefirió no sacar conclusiones precipitadas.

Fue un viaje incómodo, pues no se dirigieron la palabra en todo el trayecto. Pasaron por el control en solo unos momentos; al fin y al cabo, los estaban esperando. El centro penitenciario ofrecía una imagen impecable, se asemejaba a un centro de esparcimiento de lujo. Una concepción acorde a la condición de algunos de sus reclusos, considerados VIP, con notoriedad social e importantes fortunas, parte de ellas en diferentes paraísos fiscales. La lista de los que ocupaban alguna de sus más de mil celdas no dejaba de crecer al mismo ritmo que la lista de procesos judiciales por corrupción de la Audiencia Nacional. Unas vacaciones bastante confortables, desde luego no podían proferir queja alguna. Amaia no fue capaz de sacarse esa realidad de la cabeza, y le costaba mantener el control de sus emociones cuando pensaba en ello. Apretó los dientes, e intentó mantener intacta la máscara de indiferencia con la que cubría su rostro. Fracasó.

La torre de vigilancia sobresalía de todos los módulos como un obelisco. La piedra gris atrapaba la luz del sol y se alzaba hacia el cielo azul. La tormenta del día anterior había quedado en una mera anécdota. El sol brillaba con intensidad, y el frío reinante durante la mayor parte del año se retiraba con timidez. Mayo era la antesala a un tiempo más apetecible. Landa, contraria a la mayoría, disfrutaba más de los días grises y la lluvia torrencial. Le recordaban, en cierta forma, a su hogar.

González detuvo el vehículo cerca de la entrada principal, y salieron con rapidez. Ambos tenían ganas de terminar con aquel trámite. El oficial se entretuvo en la garita unos minutos. El funcionario de prisiones, un tipo delgado con gafas, debía verificar que el preso estuviera preparado. Estuvo unos minutos al teléfono hasta que les autorizaron la entrada.

Unos minutos después, un hombre uniformado, de complexión ancha y musculosa, acudió a buscarlos y los condujo al interior de la prisión. El camino pedregoso por el que los guiaba serpenteaba entre los diferentes edificios hasta llegar al módulo tres. El interior era idéntico en todos los pabellones. Constaba de un vestíbulo en el que había un nuevo control. Les entregaron una tarjeta plastificada con la leyenda visitante en su centro, y siguieron adelante. El recinto albergaba dos largos pasillos con diferentes dependencias, con un intenso olor a desinfectante flotando en el aire. Llegaron a una zona separada del resto por una puerta enrejada de color amarillo, y tras ser abierta por el vigilante les comunicó que habían llevado al preso a una sala donde podrían interrogarlo. Ambos guardias civiles bajaron la cabeza a modo de asentimiento, y siguieron al responsable de la zona en silencio. La galería se estrechaba de manera paulatina, obligándolos a caminar en fila. El hombre se paró junto a un acceso y lo abrió sin mediar palabra. Se dio la vuelta y se alejó por el mismo corredor.

Landa pasó a una estancia minimalista de paredes blancas con solo un par de sillas de aspecto poco confortable. Estaba separada en dos partes, divididas por un mostrador pintado de negro, con una enorme pantalla de plexiglás que tenía una abertura en el centro, destinada a la comunicación con los presos. En una esquina, apoyado en la pared, había un funcionario de prisiones que jugueteaba con un mosquetón del que pendían un montón de llaves de latón. Les saludó con un leve gesto y bajó la cabeza de nuevo, resuelto a ignorarlos. En el otro lado el panorama era casi idéntico. En una silla desconchada se sentaba el traficante, con las manos esposadas detrás de la espalda, mirada al frente, bajo la tímida vigilancia de un guardia penitenciario, de mirada cansada, cuyas marcadas ojeras llamaban la atención.

Al tipo le habían cortado el pelo, y ya no lucía aquella melena sucia y desarrapada. Su piel morena resaltaba en contraste a la ancha ropa blanca que lo cubría. En España los reos no llevaban uniforme alguno, como en otros países. Había permanecido aislado del resto, e incluso rechazó pasear por el patio a las tardes, bajo la sombra de los árboles. Su nombre era Mateo Sánchez, y tenía sus papeles en regla. Sin antecedentes en España, había estado encarcelado en California por un delito menor. No sabían mucho acerca de él, en realidad. En el cuchitril que vivía, un apartamento cerca de Usera, no encontraron

nada, excepto indicios de consumo de heroína. Parecía un consumidor más que un vendedor, por fortuna tenían la grabación que demostraba lo contrario. Obviamente no era el dueño de la taquería, y el nombre del registro de propiedad no les dio ningún resultado. Otro fantasma.

Landa lo miró con intensidad. Ferreras se merecía estar junto a ella y, de no ser por su falta de control durante la detención, la hubiera acompañado. La jerarquía debía respetarse, aunque en ocasiones careciera de sentido. Jaime González le pidió a la brigada que se ocupara del interrogatorio, y ocupó la silla más alejada de la mampara. Observó al narco con atención, después metió la mano en su bolsillo y sacó una libreta que tenía un pequeño lapicero sujeto por las anillas medio dobladas. Era un hombre de viejas costumbres, y bastante maniático. La mujer se acercó al plexiglás y tomó la palabra.

—¿Cómo te encuentras, Mateo?

—Muchas confianzas te tomas, vieja argüendera[23].

—Es simple cortesía, no te lo tomes en serio —aclaró la brigada mientras lo miraba con curiosidad. Su actitud beligerante le pareció significativa. Decidió ponerlo a prueba—. Tienes mejor aspecto. Ya no pareces un mendigo, bueno, más o menos…

—¿Has venido a insultarme, culera? —Landa sintió la mirada inquisitiva del guardia más veterano, que la miraba con desaprobación. Ahí se quedaría el gesto, pues no tenía autoridad alguna sobre ella—. Malditos chotas[24]…

—¿Cómo se tomarán tus jefes que una mujer te detuviese? Me dijo que te measte en los pantalones.

—¡Eso es mentira, puerca!

—Los dos sabemos que solo eres un inútil —puntualizó Landa —. Solo a un idiota de tu calibre se le ocurriría ocultar semejante alijo dentro de un sofá. Eres un aficionado.

—Tú no sabes quién soy, puerca. —El narco hizo amago de levantarse, y el guardia le presionó el hombro a fin de que permaneciera sentado.

—Somos tu mejor opción ahora mismo. Con toda la droga incautada, tu posición en el cártel ha quedado expuesta, y los dos sabemos lo que les sucede a los que les fallan. Estás bien jodido.

—No habéis inc…

Como bien mencionó Ferreras, aquel tipo era imbécil. No le había hecho falta más que aplicar un poco de presión para que cometiera un error. El rostro del mexicano palideció de forma notable. Siempre le costó mantener la boca cerrada, y su mal carácter no lo ayudaba en absoluto. González alzó la cabeza y estudió el rostro del traficante. Observó con claridad cómo una gota de sudor viajaba desde su frente hasta la mejilla horadada por aquella larga cicatriz. Sonrió levemente.

—Vamos a dejarnos de juegos, Mateo —ordenó la brigada—. Existe un motivo por el que no has contactado ni siquiera con un abogado en todos los días que llevas preso. No te fías del cártel. Permaneces aislado porque quieres salir de una pieza. Lo entendemos, y te daremos una salida… si tu información vale la pena.

El mexicano guardó silencio y echó el rostro hacia atrás, revelando un cuello con varias cicatrices de pequeño tamaño. Señales de advertencia, pequeños errores del pasado. No había sido capaz de enmendar su actitud irresponsable, y ahora tenía un problema mayor. Solo era una pieza del engranaje, sin demasiada importancia, si bien sabía lo suficiente. Su vida no valía un miserable peso y, de estar en México o en Estados Unidos, ya estaría muerto.

—¿Y si no lo hago? ¿Y si permanezco callado?

—Ojalá las cosas fueran diferentes. Me temo que tu esperanza de vida se acortará mucho. No creo que a los presos serbios o albanokosovares les agrade enterarse de que perteneces a un cártel que intenta robarles terreno. Una cosa son cuatro gramos y otra, un cargamento importante.

Mateo Sánchez tembló como una hoja, y se sacudió como si le hubieran dado un golpe en el estómago. Quería vivir, no tenía el menor deseo de morir por nada. Los jefes lo trataban como a un miserable perro, y él hacía lo mismo con sus subordinados. Así funcionaban las cosas. Aquel era un mundo injusto, y el sueño que tenía de permanecer al lado de los vencedores se había hecho añicos. No podía culpar a nadie salvo a sí mismo.

—Os daré lo que queréis, pero es posible que hayan cambiado el destino o, incluso, cancelado el envío. Y más sin poder apretarme las tuercas o mandarme con la tiznada[25]. No os saldrá barato.

—Si no podemos incautarlo, te quedarás sin nada —intervino el jefe del Grupo Antidroga de pronto.

—Lo entiendo —respondió el narco—. El barco ya salió de Puerto Vallarta hace más de diez días. No les queda mucho tiempo. Es posible que intenten desviarlo.

—¿A dónde? —inquirió Landa

—A Amberes.

La expresión aburrida de González cambió por completo, y se levantó, accionado por un resorte invisible.

—Sigamos hablando, chico —formuló con un brillo de deseo que transcendía de sus ojos marrones—. El nombre del buque. ¡Ahora!

—Four Aida —reveló el narco con voz apagada.

47

La estancia era amplia, con el espacio bastante desaprovechado. Una mesa de grandes dimensiones, un archivador de un triste color gris, una alfombra blanca deshilachada, un pequeño aparador donde había una máquina de café y unas tazas; y, por último, a la derecha de la ventana del fondo, un mástil de latón dorado coronado por la bandera de México, cuyos brillantes colores resaltaban junto a la pared blanca desnuda. Juan José Mancías colgó el teléfono, sorprendido por la llamada. Arqueó una ceja, y se inclinó hacia delante. Estiró los brazos e hizo crujir los nudillos mediante un movimiento mecánico. El coordinador territorial de la Guardia Nacional mexicana era un hombre tranquilo, sosegado, de esos que nunca perdían la compostura. Lucía una barba espesa, adornada con algunas canas diseminadas de manera aleatoria, una cabeza desprovista de pelo y unos ojos marrones que lo analizaban todo con sumo cuidado, desde todos los ángulos posibles. Había dedicado toda su vida al cumplimiento de la ley, y pasado por todos los estamentos posibles. Jamás se había desviado un ápice de aquella infranqueable línea roja, trazada por unos principios férreos a prueba de bombas. Le perseguía una justa fama de oficial incorruptible. Nunca hubiera esperado una llamada de Luis Cresencio, general y mando adjunto a la Secretaria de Defensa Nacional, en aquellos términos. La relación entre ambos era excelente, y consideraba a Mancías como su principal hombre de confianza. Una orden suya equivalía a una presidencial, pues solo tenía por encima en el escalafón al presidente de México.

«Recibirás una visita importante en las próximas horas. Se trata de un activo muy importante, con pasado vinculado a la CIA y al ejército estadounidense».

Mancías se levantó y decidió servirse un café. El segundo del día. Apenas eran las nueve de la mañana, y la luz del sol penetraba por las ventanas del despacho. Con el dorso de la mano derecha separó las cortinas y observó con atención el árido paisaje que se extendía ante sus ojos hasta fundirse con la delgada línea del horizonte. El campus de la universidad Xochicalco estaba cerca, demasiado cerca, y siempre lo observaba con cierta desconfianza. No le gustaba la remota posibilidad de recibir alguna visita de alguna panda de universitarios borrachos. Algunos de sus chicos tenían querencia a apretar el gatillo con cierta facilidad, y las desgracias

nunca venían solas. Mala publicidad para la Guardia Nacional, que no pasaba por uno de sus mejores momentos.

Su cerebro formó la imagen de la ciudad de Tijuana, fuente de la mayor parte de sus problemas. Los cuarteles estaban apartados del bullicio de la población, a tan solo media hora de allí en coche. Le costaba ignorar todo lo que sucedía en sus calles. Un amargo remordimiento lo torturaba sin piedad, la sensación de no hacer lo suficiente por mejorar la vida de la gente, meros rehenes de unos narcos empeñados en destrozarse en una guerra sin cuartel, una contienda sin fin, iniciada hacía tanto tiempo que costaba señalar un culpable.

«Colaborarás con él en todo lo que te pida, por disparatado que te parezca».

El café le supo amargo. Se había olvidado de añadir el acostumbrado terrón de azúcar. Se reprendió a sí mismo por su falta de concentración, y trató de visualizar en su mente al visitante. El general Cresencio no le dio descripción alguna, así que dejó volar su imaginación. Un gringo, un vato rubio de piel blanca, alto y con expresión de tener el mundo en sus manos. La mayoría de los policías que los visitaban eran así, estirados, soberbios, que volvían a Estados Unidos con una amarga lección grabada a fuego en su ego desmedido. No sabían un carajo de México. Se les pasaba pronto, y procuraban no volver a pisar el estado de Baja California si podían evitarlo. Al fin y al cabo, no les importaba nada de lo que allí sucediera.

En su mesa se amontonaba un montón de informes que debía revisar. No le gustaba delegar aquellas tareas, aunque nadie le hubiera criticado por ello. Su predecesor en el cargo lo hacía por sistema. Se puso sus gafas de leer, pues la letra de los documentos era demasiado pequeña. Asesinatos, con los cuerpos arrojados en las cunetas, a los que solo respondían con pequeñas redadas. Los cárteles disponían de ejércitos privados, y los muy desgraciados ya no se molestaban ni en taparse el rostro. Barrios enteros bajo la bota del narcotráfico, una realidad que la población cercana escogía ignorar, como si fueran parte de otro mundo, pese a que estaban a pocos kilómetros de sus hogares.

Ni siquiera tuvo tiempo de salir a comer, y le pidió a uno de los hombres a su cargo que fuera a por un plato de pozole rojo y unas cervezas. Al terminar, alguien llamó a la puerta de su despacho. Dio permiso pertinente y Pedro Bernal, su suboficial, traspasó el umbral. Saludó de manera formal, a lo que Mancías respondió con un leve ademán, apenas perceptible.

—Señor, ha llegado la visita que estaba esperando —le comunicó con gesto serio. Bernal siempre proyectaba una imagen solemne. Era un tipo de tez morena, de unos treinta años y de cuerpo

fibroso.

—Hazle pasar —respondió el coordinador. Tenía el grado de teniente coronel, si bien, rara vez hacía ostentación de su rango.

El suboficial mantuvo la puerta abierta dando paso a un hombre que en absoluto era lo que esperaba. No era muy alto, mucho menos rubio, y tampoco era un gringo, o al menos no daba el perfil. Las espaldas de aquel tipo impresionaban, no había visto un conjunto de músculos tan definido en toda su vida. Vestía ropas oscuras, sin ninguna clase de adorno. La sudadera le quedaba como un guante, y resaltaba sus poderosos brazos. La ancha capucha colgaba sobre su espalda, y dejaba al descubierto un rostro cuadrado con una barba perfilada y unos ojos oscuros. Mancías se percató de que en ningún momento Cresencio le había dicho que el tipo fuera *yankee*. Salió de detrás de la mesa y se acercó a estrechar su mano. El saludo resultó cordial y amistoso.

—Supongo que esperaba otra cosa —mencionó el visitante al ver la expresión del coordinador de la Guardia Nacional.

—Me dejé llevar por ciertas ideas preconcebidas. —Mancías no supo identificar del todo el acento del extraño. Detectó una insólita mezcla, imposible de catalogar—. Le ofrezco mis disculpas.

—No se preocupe, lo entiendo. Me llamo Diablo.

—¿Es su nombre en clave? ¿Es esto necesario?

—Es el único nombre que he conocido en mi vida. Seguro que la historia le suena.

Mancías asintió despacio. Niños sin padres, o peor aún, niños vendidos como simple mercancía. Esclavos sin papeles, ni siquiera se molestaban en registrar su nacimiento. Chamacos perdidos, sin identidad.

—Tiene usted amigos poderosos, Diablo. E influyentes.

—Hoy en día el conocimiento es poder. Mi valor no viene determinado por a quién conozco, sino por lo que he visto.

—¿Espera que acceda sin más a lo que se le ocurra pedirme?

—Sí —afirmó Diablo, seguro de sí mismo—. Si no me equívoco, esas son sus órdenes.

Mancías frunció el ceño, sin dignarse a responder. Respetaba la cadena de mando, y de ninguna manera se le ocurriría romperla. Entre otras cosas, porque supondría el fin de su carrera. No se merecía ser tratado como un soldado raso. Un pequeño rubor se manifestó en su semblante, y se mordió los labios. No quería decir algo que pudiera lamentar. Diablo sintió su turbación, y esbozó una leve sonrisa. El jefe de la Guardia Nacional en Tijuana tenía aspecto de ser buen tipo, y decidió ser justo con él. A él no le importaba nada si la verdad trascendía o no.

—¿Ha oído hablar de la operación Fast and Furious? —indagó

el visitante con curiosidad.

—Vi las películas —comentó con ironía Mancías —. Sí, estoy al corriente. Un desafortunado incidente.

—Curiosa forma de llamarlo —objetó Diablo—. Una operación destinada a permitir que casi 2000 armas salieran de Estados Unidos transportadas por ciertos traficantes que el gobierno había identificado y pensó que podía rastrear. La idea era seguirlas hasta las figuras clave del cártel y demostrar que la administración hablaba en serio acerca de detener el tráfico a través de la frontera.

—Que yo sepa, no detuvieron a nadie, y la mayoría acabaron en el cártel de Sinaloa, lo cual nos trajo muchos problemas. Sufrimos serios reveses a causa de esto. Hace ya once años.

—¿Y si le dijera que no se trató de una operación chapucera? ¿Y si le dijera que la Casa Blanca permitió a Andrew Baker durante años la venta de sus excedentes a los cárteles?

Mancías leía los periódicos, como todo el mundo. Baker había fundado en las sombras Blackwater, una agencia privada destinada a preparar a marines con el objetivo de que intervinieran en conflictos armados, todo bajo la supervisión de la NSA[26]. A cambio, la CIA hacía la vista gorda al tráfico de armas con el que el gobernador del estado de New York se enriqueció durante décadas. El escándalo había sido mayúsculo. La prensa se hizo eco de todo, y el político dio con sus huesos en la cárcel, arrastrando consigo al presidente, víctima de una destitución fulminante.

—Pensaba que Baker vendía armas en grandes cantidades a países en guerra, como Camerún, Etiopía, Oriente Próximo…

—Necesitaba colocar esos remanentes —explicó Diablo—. Le fue muy rentable poder hacerlo cerca de la frontera. Dinero fácil.

—¿Por qué me cuenta esto? ¿Acaso tiene remordimientos?

—Nací en Tijuana, ¿sabe? Baker me sacó de allí, y me crio como a un hijo. Nunca supe nada de esto hasta su caída. Nunca creyó conveniente decírmelo. Por motivos obvios. Aún mantengo vínculos con la CIA y la NSA. Esto no ha terminado.

—¿Qué quiere decir?

—Que las armas de los cárteles provienen del mismo lugar. Ahora ya sabe por qué el cártel de Jalisco Nueva Generación dispone de un ejército privado. Son los que más pagan.

—¿Cuál es su papel en todo esto?

—Quiero acabar mi trabajo. Hay que cortar los miembros gangrenados antes de que infecten todo el cuerpo.

—Usted denunció al gobernador, ¿no es cierto?

—Saqué a la luz la información que condujo a su caída —reveló sin titubear. Diablo suspiró y una sombra de tristeza cubrió su rostro —. Mis manos están manchadas de sangre, no me hago ilusiones en

cuanto a redimirme.

—¿Qué es lo que quiere de nosotros?

—Alguien muy importante para mí está en manos del cártel Nueva Generación. Necesito sacarla de allí, antes de que sea demasiado tarde.

—¿Voy a arriesgar la vida de mis hombres por un juego de faldas? —espetó Mancías, lleno de ira.

—No es lo que parece, amigo. —Diablo trató de calmar los ánimos del hombre, con escaso éxito—. Les conduciré hasta los traficantes de armas y les cerraremos el negocio. Expondremos a los responsables vinculados al gobierno federal de Washington. Reivindicaremos el trabajo de la Guardia Nacional y del ejército.

—No apele a mi patriotismo —renegó Mancías —. Ni trate de manipularme. No soy ningún estúpido.

—No apelo a su patriotismo, sino al mío —declaró con el puño en alto—. Es hora de estar del lado correcto de la balanza.

—¿Sabe que ese lado no existe, ¿verdad?

—Lo sé. Fingiré que es el nuestro, jefe —remarcó con una sonrisa irónica.

48

María salió del apartamento, con la cara pálida, escondida en un abrigo casi más grande que ella. Bajó por las escaleras, aturdida. Se había levantado hacía pocos minutos. El despertador no había funcionado, o, mejor dicho, se le había olvidado ponerlo. Dedicó el tiempo justo a lavarse la cara, extender una base de maquillaje leve y pintarse los labios. Salió de forma precipitada de casa, pues la esperaban en el bufete. Tenían un cliente importante, de esos que proporcionaban una generosa minuta. El fraude empresarial y la evasión de capital les aportaban mucho dinero. Casos mediáticos, engorrosos y difíciles de manejar. Un viento frío sacudió su cuerpo al pisar la calle. Miró hacia el cielo y se encontró con una masa de nubes negras por encima de su cabeza, moviéndose con lentitud. No tardaría en llover. Se dispuso a llamar a un taxi cuando una mujer de rostro familiar se acercó a ella e invadió su espacio personal sin pedir permiso, obligándola a retroceder unos pasos. Iba a recriminarle su actitud, pero cambió de parecer en el último instante.

Y entonces recordó.

Reconoció aquel semblante blanquecino, esos ojos profundos azules y el rubio cabello teñido, recogido en una larga coleta. La atractiva policía, compañera del acosador de Dávila. Había desaparecido de la faz de la tierra, por suerte. Mediante un gesto mecánico la agente le enseñó su identificación. La abogada, sin poder evitarlo, dio un respingo y se vio obligada a esbozar una sonrisa forzada.

—¿Puede concederme unos minutos? —Ferreras mantenía un rictus serio. No confiaba en los picapleitos. Le parecían personas muy ambiguas y poco dignas de confianza.

—Tengo una reunión importante —se excusó María, que trató de reanudar su camino. La guardia civil la interceptó al dar un paso hacia un lado. Negó con la cabeza, contrariada.

—Si lo prefiere, podemos hablar en comisaría.

—¿Estoy detenida? ¿Por qué motivo?

—No lo está —matizó Ferreras—. Esperaba que nos ayudase.

—¿En serio? —La voz aguda de María resonó en los oídos de la policía—. ¿Después de que acosaran día y noche a mi amigo?

—¿A su amigo? ¿Ese que le ha cedido su apartamento? Una propiedad que ni siquiera es suya…

—No la sigo, agente.

—Usted no tiene ni idea de con quién está mezclada, eso lo tengo claro.

—Y usted va a ilustrarme, ¿no es así?

—Será mejor que me escuche —expuso Silvia con firmeza—. Pregúntese qué sabe de verdad acerca de él, si merece la pena esperarle cada noche dentro de esas cuatro paredes, dormir noche tras noche sola, con la mirada congelada en esa puerta cerrada.

María se tambaleó, víctima de un mareo repentino. Aquellas palabras le dolieron como una bofetada en pleno rostro. Dedicó una mirada fría a Ferreras, sin evitar preguntarse si tenía razón.

—Esto es por ella, ¿verdad? —replicó con la mirada ensombrecida—. ¿Por Alejandra?

—Ella solo es la punta del iceberg. Puede asumir que las intenciones de Dávila eran nobles, en cualquier caso, se trata de un delito. No veo necesario el explicárselo. Usted ya lo sabe. ¿Por qué lo hizo?

María guardó silencio. No sabía qué responder, o, mejor dicho, sí lo sabía, solo que no podía hacerlo.

—La ayudamos —balbuceó de manera inconsistente—. Estaba rota y no tenía donde ir.

La piel de la abogada palidecía a cada segundo. La mascarada construida en su cerebro apenas se sostenía, y era consciente de ello.

—Tiene el dolor escrito en su cara —observó Ferreras—. Su altruismo es una patraña. Hizo lo que le pidió Dávila sin cuestionárselo siquiera, porque está enamorada. Imagino que habrá hecho todo lo que le ha pedido por una promesa o, peor aún, por una esperanza nacida de su imaginación.

—Basta —rogó María—. No necesito esto.

—Tiene que ayudarnos. Dígame dónde está.

—Volvió a México —respondió con un hilo de voz—. Dávila le consiguió documentación y le dio dinero.

—Joder…

—Este no era su sitio, agente. Tal vez allí pueda recuperar la memoria.

—¿De verdad es usted abogada? Por el amor de Dios… —Ferreras no podía dar crédito a las palabras de la mujer. Intentaba controlar su temperamento, resultándole muy difícil. Tenía unas enormes ganas de abofetearla—. Es suficiente. Se viene conmigo.

María no protestó. El asunto se le había ido de las manos. Las piernas le temblaban con fuerza, como si un terremoto agitara el suelo bajo sus pies. Solicitó llamar al trabajo. La agente escuchó cómo les decía que estaba en cama con fiebre, y que la excusaran. La condujo a su coche sin incidentes. Ninguna de las dos quería montar un

espectáculo que pudieran lamentar.

La sala de interrogatorios de la UCO no era diferente a la de otras comisarias. Una mesa de PVC, tres sillas de idéntico material, un dispensador de agua con sus vasos de plástico, unos altavoces conectados a la sala de vigilancia y un enorme espejo que daba a dicho lugar. La brigada había pasado un rato largo conversando con Ferreras. La puso al día en solo unos minutos. María Galarraga había declinado su derecho a contar con un abogado. A Landa le pareció irónica aquella coincidencia con el narco mexicano; claro que, se debía a motivos muy diferentes. La posición de la abogada en su bufete era endeble, y pretendía mantener su participación en aquel asunto en secreto. La venda de sus ojos había caído por su propio peso y les colocaba en una situación privilegiada.

Detrás de la brigada se encontraba Silvia Ferreras, ya ataviada con su uniforme. Tenía los brazos en jarras, y una mueca de desagrado plasmada en su rostro. Rehusó mirar a la abogada de manera directa, había logrado sacarla de quicio. Amaia se sentó en la silla y depositó unos documentos encima de la mesa, llenos de letras con una tipografía de pequeño tamaño. Las hojeó con lentitud. Mientras, miraba a la abogada de soslayo con rostro serio.

Cinco minutos. Aquel fue el tiempo que enterró la cabeza entre esas hojas, que en realidad no albergaban ningún significado. Una vieja táctica, destinada a crispar los nervios de la detenida. Lo más probable era que conociera dicha maniobra.

—Gracias por colaborar con la Guardia Civil —le comunicó en un tono amable y distendido—. Estoy segura de que podremos llegar a un acuerdo.

—Como si tuviera elección —farfulló la abogada entre dientes.

—Somos víctimas de nuestras decisiones —le reprendió la brigada—. Después toca asumir la responsabilidad de nuestros actos.

María Galarraga bajó la mirada. No le gustaba la superioridad moral exhibida por aquella mujer. Consciente de su situación, por una vez en su vida, decidió pensar en lo que era mejor para ella, y no en los deseos de Dávila. Aquella insana obsesión había acabado por destrozarla. La maldita policía tenía razón. No había vuelto a ver al médico desde la partida de Alejandra. Una vez más, la había utilizado.

—Ya sé cómo funciona esto —declaró en un burdo intento de aparentar seguridad. Sus labios temblaban, como ateridos de frío—. Empecemos de una vez.

—¿Desde cuándo conoce a José Dávila?

—Hará unos tres años —relató María—. Lo conocí en una fiesta privada en el hotel Four Seasons, aquí en Madrid. Acababa de licenciarme en la Facultad de Derecho. Mi padre quería que conociera

a los abogados más influyentes. Le debían un par de favores, y pensó que no estaría de más mostrarme un poco.

—¿Una fiesta de abogados? —intervino Ferreras de pronto—. Lástima que no se hundió el techo…

Landa la miró con severidad. No le gustaba aquella clase de exabruptos, podrían poner a Galarraga a la defensiva, y aquello no les interesaba. La agente enrojeció, se acomodó en su asiento y enmudeció por completo.

—¿Qué hacía Dávila allí?

—Conocía a varios de los más importantes, siempre se rodeaba de gente importante, bueno, de gente que manejaba mucho dinero.

—Prosiga…

—Le tiré la copa encima —recordó con nostalgia—, a propósito. Es un hombre muy atractivo, seguro de sí mismo, y exuda masculinidad por todos sus poros. Deseaba hablar con él. Fue un poco patético, lo admito.

—¿Recuerda algo más de aquel día aparte de eso? ¿Puede darme algún nombre relevante?

—Antes de lo de la copa Dávila hablaba con un juez. Yo no lo conocía, pero mi padre me dijo quién era.

—Un juez…

—Sí, Juan Carreño. Son amigos desde hace años.

Landa guardó silencio durante unos segundos preciosos. Desvió su mirada hacia el espejo. Detrás de él, en la antesala, estaba el coronel Javier Marín, tal vez acompañado de David Juriasti. Todo empezaba a encajar como las piezas de un puzle, con la salvedad de que desconocían el dibujo, solo podían intuirlo. Dejó su mente en blanco y traspasó con la mirada a la abogada.

—¿Alguna vez le habló del juez?

—Solo por encima —replicó Galarraga—. Dijo deberle mucho. Le escuché susurrar un nombre desconocido, creo que ni siquiera se dio cuenta.

«Four Aida».

Al escuchar el nombre del buque la brigada dio un respingo. Un escalofrío placentero recorrió cada poro de su piel, y estuvo a punto de esbozar una sonrisa triunfal, en el último momento logró contenerse. Una pieza más destinada a aquel condenado puzle. Aquella silueta invisible empezaba a tomar una forma reconocible, lo que aliviaba de manera notable la presión que sentía en su pecho.

—¿Y no se lo preguntó? —inquirió Ferreras desde su asiento.

—Me dijo que lo olvidara. Se molestó, y no insistí en ello.

—¿Volvió usted a ver al juez Carreño alguna vez?

—Un par de veces en los juzgados, solo que nunca me tocó participar en un proceso con él como magistrado. No pareció

reconocerme. No le di ninguna importancia.

—¿Y qué hay de Dávila?

—Solo sé que jugaban al golf juntos. Después de romper nuestra relación, Dávila y yo hablábamos menos, aunque seguimos siendo amigos. Al parecer le seguía haciendo favores, ignoro de qué tipo. Tal vez de inversiones.

—¿Por qué lo dice? —quiso saber la brigada.

—Por el dinero que manejaba. Bastante más de lo que podía ganar como cirujano en el Gregorio Marañón.

—De modo que tenía gustos caros —teorizó Ferreras.

—Le gustaba el lujo. Después de todo, ¿a quién no?

—¿Sabe cómo consiguió la documentación que le entregó a la tal Alejandra? —preguntó Landa.

—No lo dijo y no quise preguntar. «Es mejor que no lo sepas», repetía en aquellas ocasiones.

—¿Tiene alguna teoría, María? —demandó Silvia con voz rasgada. Tenía la boca pastosa, por lo que bebió el resto del agua que quedaba en el vaso.

—Ninguna —se limitó a responder.

Landa dio el interrogatorio por concluido. María se sentía aliviada, no podía ocultarlo. La puerta de la sala se abrió y en el umbral de la puerta aparecieron Marín y Juriasti, acompañados de Andrés Muñoz. La abogada pestañeó varias veces y se mordió el labio, inquieta. Suspiró y miró hacia la salida. Estaba lista para volver a casa.

49

Jacques Arnaud era un hombre de unos cincuenta años, que ni siquiera aparentaba treinta. Uno de aquellos tipos con un pacto con el diablo vigente, ignorados por el paso del tiempo. No tenía ni la más leve arruga en todo su rostro, y se afeitaba a diario como parte de un ritual establecido. En realidad, no lo necesitaba. Llevaba unas gafas redondas, de esas pequeñas, que le conferían cierta apariencia intelectual. Un largo flequillo caía sobre el lado derecho de su frente, otorgándole un aspecto juvenil. Jaime González lo miró con curiosidad, sorprendido por su aspecto. Una reputación intachable lo precedía y optó por desdeñar cualquier pensamiento inútil de su mente. El belga dejó escapar una pequeña sonrisa. La imagen a través de la pantalla era nítida y la transmisión, perfecta. Esperaban no tener problemas técnicos, al fin y al cabo, no estaban tan lejos. La sede central de la Interpol se encontraba en Lyon. Un entorno tranquilo y apacible para una organización que huía de cualquier tipo de delito relacionado con crímenes raciales y religiosos; todo por mantener una imagen de neutralidad y pragmatismo de difícil encuadre en el mundo actual.

Su trabajo se centraba en la seguridad pública, terrorismo, crimen organizado, pornografía infantil, delitos económicos y corrupción. Cubrir todas aquellas áreas requería un esfuerzo titánico, mucho personal y una relación constante y fluida con los cuerpos policiales de cada país. El vínculo con la Guardia Civil era muy sólido. Las fuerzas españolas eran muy respetadas debido a su incansable trabajo en materia antiterrorista, en la que estaban varios pasos por delante de la mayor parte de los países europeos. Tenían experiencia, unos protocolos establecidos que funcionaban y una capacidad de trabajo incansable. Arnaud era el responsable del tráfico de drogas, cuyo departamento equivalente en España conducía González. La compartimentación era un aspecto fundamental en la Interpol; y la comunicación, un elemento imprescindible. Era la primera entrevista que mantenían. Hasta entonces no había sido necesario.

—Recibí su informe, señor González.

Arnaud hablaba español con un acento particular. Sin errores, con un característico deje de francés incorporado. Su madre era de Salamanca, y había hablado los dos idiomas desde su niñez. Nació en

Bruselas, llevaba varios años afincado en Francia. Desde 2018 fue designado como máximo responsable de la lucha contra el narcotráfico por el secretario general de la Interpol, Jürgen Stock.

—Lo he encontrado impreciso, si me permite decírselo.

—Bueno, puede ser —reconoció González, que ya esperaba un comentario como aquel—. Tenemos un soplo de última hora. ¿Acaso es mejor ignorarlo?

—No se trata de eso, sino de un tema de jerarquías. La movilización de un equipo necesita de la autorización de mis superiores. No es tan fácil.

—No me venga con esas —replicó el español, enfadado—. Usted tiene la potestad de montarlo, solo que no quiere arriesgarse a fallar. No quiere ver su reputación afectada. Nuestra obligación es trabajar para sacar esa mierda de las calles, no preocuparnos de nuestro culo.

Arnaud suspiró. Entrelazó las manos y, a pesar de la distancia, Jaime González captó aquel gesto condescendiente como si estuviera en la misma habitación. Torció el gesto, y por un breve instante deseó cederle el testigo a Marín, seguramente acomodado en su despacho, divertido ante la idea de verle sudar la gota gorda. Estiró el brazo y capturó entre sus dedos un periódico medio arrugado. Lo dobló por la mitad y lo colocó entre él y la *webcam*. El titular aparecía en letras enormes de color negro:

«Récords de incautaciones de droga en el puerto de Amberes».

—Ahora me irá a decir que son fantasías de la prensa sensacionalista —soltó González.

Arnaud mantuvo los ojos bien abiertos, y se limitó a arquear las cejas. Estaba al corriente del titular; y, mejor aún, del problema. La puerta de entrada de la cocaína a Europa. Así es como se conocía en los últimos tiempos al puerto de Amberes, en Bélgica. Se trataba del segundo más grande de Europa, y por él pasaban cada año millones de contenedores. Con el crecimiento económico a gran escala, llegó también la delincuencia organizada, feliz de alcanzar a un punto intermedio, donde poder mover la mercancía bien al oeste, en dirección a Francia y la península ibérica; o bien hacia el este, donde las mafias serbias, rusas y albanokosovares la esperaban con los brazos abiertos. Más próxima a su zona de influencia principal, donde controlaban las principales rutas de distribución y la fuerza de la Interpol decrecía. El narcotráfico había diluido su presencia en Galicia, anterior destino predilecto de la nieve, y aumentado el flujo de hachís por el sur de España; máxime alrededor de Huelva y Málaga. Apenas daban abasto. Todo aquel tráfico suponía droga, mucha droga. La realidad era descorazonadora. No tenían personal suficiente.

—Desde luego que no —respondió por fin Arnaud—. ¿Sabe cuántos contenedores pasan al día por ese puerto? Controlarlos todos es imposible. Mis hombres se dejan la piel en esto. ¿Sabe cuántas toneladas de cocaína incautamos el año pasado?

—Ilústreme, por favor —replicó el español con tono cínico.

—Ochenta y nueve toneladas —afirmó Arnaud—. Parece un éxito, ¿verdad? Pues, por cada tonelada incautada, nueve más se escapan de nuestro control. Analizamos cada día con rayos X cientos de camiones en busca de productos ilegales. Y apenas conseguimos nada.

—¿Y qué piensan hacer?

—El gobierno belga está en proceso de contratar a cien nuevos agentes de aduanas y trabajan en el desarrollo de nuevos dispositivos capaces de escanear los contenedores dentro de las terminales. La Interpol no puede inmiscuirse en ese proceso, ya lo sabe. Muchos de nuestros hombres están allí asignados de manera permanente.

—Europa no puede permitirse que los cárteles mexicanos entren en juego. Es demasiado peligroso.

—Pensaba que eran rumores —observó el belga.

—Mire, yo también lo pensaba, y no le di el crédito suficiente. Por poco me estalla en la cara. Mi superior tiene un cabreo de narices, y me ha exigido detener esto.

—No puedo paralizar todo el tránsito marítimo, por mucho que quisiera hacerlo. Sea razonable.

—Los mexicanos están reemplazando a los colombianos como jefes en la cadena alimenticia. Ya no se conforman con utilizar mulas y lavar el dinero a través de negocios tapadera como joyerías, inmobiliarias y restaurantes. Están jugando fuerte, metidos hasta el cuello en un importante *holding* con presencia en todo el mundo.

—No había oído nada al respecto.

—Estamos recopilando pruebas —explicó González—. Todavía no hemos podido echarles el guante. Hemos tenido acceso a esta información, y no podemos fallar.

—Necesitamos datos fehacientes, no suposiciones —insistió Jacques Arnaud, que rehusaba a dar su brazo a torcer.

—Tenemos el nombre del buque —reveló el guardia civil, ansioso por apuntarse un tanto ante aquel belga estirado.

—Eso desde luego, cambia las cosas. —El tono del agente de la Interpol continuaba siendo condescendiente, y en su rostro se dibujó una mueca de hartazgo—. Necesitaré pruebas acerca de todo. No puedo acudir a mis superiores solo con su testimonio.

González carraspeó exasperado.

«Este tío es testarudo como una mula».

La mente del comandante divagaba en un mar de dudas.

Suspiró y se llevó las manos a la cabeza. Tendría que superar sus reticencias y enviarle los informes. No tenía otra opción. Arnaud se disponía a dar por finalizada la entrevista, y de sus labios estaba a punto de salir una excusa diplomática formulada con mucha educación cuando un pitido agudo se coló en los oídos de ambos y provocó una interferencia momentánea. González reaccionó con rapidez. Sacó el móvil de su bolsillo y descubrió un correo de Juriasti con un asunto muy llamativo.

«¡Los tenemos!»

Los ojos de González se movieron con rapidez. Leyeron unas líneas, y alzó la mano, solicitando a su interlocutor que no cortase la videollamada. El *mail* traía adjunto un vídeo. Lo puso en marcha y lo observó con los ojos abiertos de par en par. No pudo evitar abrir la boca debido a la sorpresa. Le pidió a Arnaud que tuviera un poco de paciencia y adjuntó el archivo para que el miembro de la Interpol pudiera verlo.

El belga accedió, pulsó el *play* en el icono correspondiente y esperó. La imagen era confusa y, al principio, imposible de distinguir. Poco después reconoció las formas de unas nubes blancas, que dieron paso a un cielo azul. La cámara captaba el inconfundible color del océano, y resistía a duras penas el embate de un viento impetuoso. Un dron. A juzgar por la forma de moverse, uno no demasiado grande. Descendió de forma abrupta hasta mostrar el perfil de una costa blanca. Las masas de hielo empezaron a aparecer flotando por las aguas heladas.

—El mar de Labrador, cerca de Groenlandia —aclaró el comandante de la Guardia Civil.

El dron mantuvo su posición durante un breve lapso, a continuación se pegó a la línea de costa y se colocó entre dos inmensas paredes de hielo. Entonces, los vieron. Dos enormes barcos, próximos el uno al otro, cerca del asentamiento de Kulusk, con sus cascos tiznados de un tétrico color negro. Una pasarela metálica de aspecto sólido los unía y, sobre ella, como pequeñas hormigas, varios hombres con varias capas de ropa invernal cruzaban de un lado a otro cargados con unos fardos atados por unas cuerdas de polietileno. Arnaud se desprendió de las pequeñas gafas y asintió despacio. En la pantalla saltaron dos fotografías enviadas por González. Aunque sacadas desde una distancia considerable, habían sido aumentadas y, en cada una de ellas, se distinguía a la perfección el nombre de cada buque.

Aquellos hombres transportaban mercancía del Four Aida al Revolución.

50

ALanda no le gustaban las despedidas, la hacían sentir incómoda y vulnerable. Afloraban sentimientos que prefería mantener encerrados bajo llave, a salvo de miradas indiscretas. Aquella vez era diferente. De alguna forma sentía que necesitaba cerrar aquella etapa para siempre. Descendió por las escaleras con el rostro ensombrecido. Por alguna extraña razón los sótanos provocaban en su cuerpo una sensación malsana. Se encontró de bruces con un compañero con cara de aburrido, entretenido en dar largos paseos por el angosto pasillo. La brigada lo saludó, y el hombre, como si hubiera sido sorprendido cometiendo algún tipo de felonía, le devolvió el gesto de forma apresurada y se cuadró mediante un movimiento certero, adornado con un exceso de teatralidad. La mujer sonrió y continuó su camino. Pete estaba en la celda del fondo, sentado en el frágil lecho, con las piernas cruzadas con una expresión inquieta en su semblante. Le observó una vez más con atención, no podía dejar de preguntarse lo que sucedía en el interior de esa mente tan particular. Cuando sus ojos se encontraron, el *hacker* perfiló una mueca siniestra valiéndose de sus labios cuarteados. Se incorporó al verla y se aproximó a los barrotes, aferrándolos con ambas manos. Su cabeza se aproximó al frío metal, y sacó su lengua de manera irreverente. Amaia retrocedió un paso de manera instintiva, y se apoyó en la pared. Sus ojos grises brillaban de forma inusual, y él la observaba como un tesoro que ansiaba volver a poseer.

—No creo que este tipo de numeritos vayan a servirte —valoró ella sin alzar un ápice su voz.

—¿Numeritos? —replicó el preso, al retroceder a su vez—. No sé de qué me hablas.

—Dadas las circunstancias, alegar enajenación mental es una pérdida de tiempo.

—No pienso alegar nada —aseguró, obstinado. Parecía ofendido, pero Landa no daba crédito a nada que viniera de él.

—No lo entiendo, Pete —manifestó Landa con sinceridad—. ¿Por qué todo esto?

—No te sigo, Amaia.

—¿Por qué involucrarte en esta mierda? Siempre fuiste un tipo listo. No alcanzo a entenderlo.

Pete sonrió de manera cínica. Disfrutaba al provocar

desconcierto en sus semejantes. Era lo que le daba vida. Le hacía sentirse valioso. Sus acciones tenían importancia, y afectaban a la gente de su alrededor. No soportaba la mediocridad, la irrelevancia. Detestaba ser invisible, en especial para ella.

—Por ti, ya te lo dije —soltó entre risas.

—Eso es absurdo.

—¿De verdad? Yo creo que no. Estamos unidos desde siempre, por mucho que te empeñes en negarlo.

—Lo que nos unió una vez hace años está muerto. Si crees que tienes algún tipo de poder sobre mí, te equívocas. No soy la misma persona insegura que conociste.

—¿Por eso me pediste ayuda con tu caso en Donostia?

—Fue un error, uno grave. No me sirvió de nada.

—Sí te sirvió, cariño —rezongó Pete con una soberbia desmedida—. Te empujó a ser más concienzuda, a valerte por ti misma, a sacar todo lo que tenías dentro. Todo gracias a mí.

—No te debo nada —negó la mujer. Ella podía ser tan obstinada como él y no estaba dispuesta a dejarse manipular por su lengua viperina.

—Quería volver a verte, ¿sabes? Estaba seguro de que la impronta que dejé en ti te empujaría a buscarme. Pudiste buscar otro camino con facilidad, seguir con tu analista. En realidad, es muy bueno. Me encanta provocar a la gente, ya lo sabes. No se lo digas, o se le subirá a la cabeza.

—No todo el mundo es como tú…

—En realidad sí, querida. Te has creado una fachada consistente, tienes varios puntos por creatividad. Solo que a mí no puedes engañarme. Sigues confiando en la gente, y eso, a la larga, es un verdadero problema. No sabes apartarlos. Los necesitas, por mucho que no quieras reconocerlo. Te aterra la soledad, fallar a aquellos que te importan. Por eso huiste de Donostia. Diste la espalda a tus problemas, porque eres incapaz de afrontarlos. Sigues siendo esa niña asustada que buscaba protección entre mis brazos. Me pregunto a los brazos de quién correrás ahora.

Amaia Landa ni siquiera pestañeó. En otra época aquellas palabras cortantes la hubieran lastimado, incluso puesto de rodillas. Había cierta verdad en ellas, no podía negarlo. Ella había aprendido a conocerse, a aceptarse. Evolucionar, cambiar, era parte de la vida. No le daba miedo, y nunca quiso forzarlo. Pete continuaba observándola desde su atalaya de superioridad moral. Ni siquiera le importaba estar encerrado. Era un narcisista de manual. Siempre lo fue. Aquel pensamiento la sacudió como un puñetazo en el estómago, dejándola sin aliento. Todo lo que hacía Pete tenía un motivo oculto. Siempre exhibió un absoluto control de sus emociones. Había estado

demasiado dispersa, con los nervios atenazados, obcecada en buscar todos los hilos y reunirlos en una imagen coherente. Su rostro se transfiguró durante unos preciosos segundos.

—Vaya, vaya —observó el *hacker*—. Por fin despertaste.

—No buscabas venganza contra Muñoz —aventuró la brigada —. Era tu objetivo desde el principio. No estabas aquí por mí, sino por él.

—Ofendes mis sentimientos, *laztana* —replicó de manera burlona Pete mientras se llevaba las manos al pecho. Instantes después empezó a reírse de manera incontrolada.

—No tuviste miedo, era solo una farsa.

Landa se acercó a la celda y aferró los barrotes. Él se apartó con una sonrisa burlona esculpida en aquel rostro sin sentimientos ni empatía. La brigada apretó con fuerza hasta que los nudillos se tornaron blancos. Una voz desconocida dentro de su cabeza la impelía a escupirle en pleno rostro. Aguantó a duras penas.

—Soy un profesional, Amaia. Solo que lo olvidaste. Mordiste el anzuelo, como el resto. La verdad es que me decepcionaste. Esperaba más de ti.

—¿Por qué Muñoz? —gritó exasperada—. ¿Por qué él?

—Eso tendrás que averiguarlo por ti misma. Adiós, Amaia. Volveremos a vernos.

No se trataba de un deseo, sino una afirmación. Una bravuconada en su situación, respaldada por una voz firme, segura de sí misma. La brigada se dio media vuelta y abandonó aquel sótano, llena de dudas. Pudo escuchar la risa de Pete mientras se alejaba.

51

Ferreras miró de soslayo a José Dávila. No había mucha distancia entre ellos, tan solo unas mesas se interponían entre ambos. La cafetería del Gregorio Marañón casi siempre estaba llena, a pesar de que no gozaba de muy buena fama. Café insípido en vasos de cartón arrugados, y un *catering* precocinado de lo más artificial. Estaba junto a la planta Materno-Infantil, donde se amontonaban quienes aguardaban su turno para visitar a los nuevos miembros de su familia. Estresar a la madre era lo menos indicado después del parto, y el hospital limitaba el número de visitantes a dos personas nada más. Los murmullos de conversaciones mundanas llenaron los oídos de la agente, concentrada en estudiar las facciones del médico, que hojeaba un periódico color salmón con expresión distraída mientras daba pequeños sorbos a un líquido humeante. Poseía un perfil atractivo y sus poses parecían estudiadas. Todo planeado, alejado de cualquier tipo de improvisación. Irradiaba una seguridad apabullante, incluso en los gestos más triviales. Silvia se había teñido el pelo de caoba, un color con el que no se sentía identificada, y lo llevaba suelto. Unas gafas de montura grande y cristales ahumados sin graduación encajaban en su rostro pálido. Se sentía rara, apenas había podido reconocerse en el espejo. No creía que él pudiera recordarla, solo estuvieron cerca en una ocasión, en la planta de cirugía, mientras acompañaba a Fuentes en una de sus visitas. Estaba segura de que ni había reparado en su presencia, por supuesto, lo mejor era no arriesgarse.

Suspiró y le dio un sorbo al *espresso*. Sintió un irrefrenable deseo de escupirlo en el vaso. Sabía a demonios fritos. No entendía cómo tenían clientes todavía, por mucho que resultara cómodo esperar allí. Minutos después el médico se incorporó, recogió su abrigo y se dispuso a marcharse. La policía lo observó con frialdad, y dejó que pasara a su lado. El penetrante perfume llamó la atención del hombre, y giró la cabeza. Le dedicó una sonrisa seductora, acentuada por los hoyuelos que se le formaban al adoptar aquel gesto. La mujer tenía la guardia alta, a pesar de ello, sintió una leve sacudida eléctrica por sus brazos. La mirada de él revelaba una mezcla entre curiosidad y deseo. No se molestó en suavizarla. Estaba acostumbrado al éxito también en aquel aspecto.

—Me encanta tu perfume —le dijo mientras se acariciaba el

mentón.

—¿No está fuera de lugar esta frase? —le respondió airada Silvia. Esa parte de la mascarada no le resultó complicada. Lo pensaba de veras—. ¿Y te funciona alguna vez?

—Una vez nada más —bromeó él—, creo que se debía a los efectos de la anestesia.

Silvia rio. No tuvo que fingir, le había hecho gracia. Una respuesta bastante ocurrente. Era un experto en el juego.

—¿Trabajas en el hospital?

—Sí, soy cirujano —reveló él con orgullo. La agente fingió interés; utilizar aquella baza era muy previsible, justo lo que él esperaba.

—Yo soy escritora —mencionó Ferreras. Aquella ocupación solía llamar la atención, y se había preparado un pequeño guion que había estudiado al detalle.

—¡Fantástico! ¿He podido leer algo tuyo?

Silvia bajó la mirada y aparentó sentir vergüenza.

—Bueno, en realidad… trato de serlo. Aún no he conseguido publicar nada.

—Todo lleva su tiempo. Ser perseverante y paciente da sus frutos.

—La paciencia no es lo mío—confesó ella con una sonrisa traviesa—. Sé lo que quiero y cómo conseguirlo.

Dávila rozó su barba y se mordió el labio inferior. Sus pupilas se dilataron. Notaba la llamada de los sentidos rugir en su interior, y desplegó la más radiante de sus sonrisas con tal de impresionar a la que creía su presa.

—Eso te llevará muy lejos. Bien por ti. —Dávila se acercó y apoyó su brazo derecho en la mesa, aproximándose a Silvia—. ¿Tienes a alguien en el hospital?

—No, la verdad es que no. Me gusta ir a los lugares concurridos como este. Siempre existe la posibilidad de escuchar historias interesantes, sugerentes. Adoro estar rodeada de gente.

—¿Y llevas una libreta para tomar notas? —quiso saber el médico—. ¿O es un tópico?

—Estamos en 2023 —observó ella entre risas—. No seas antiguo, doctorcito. Muchas aplicaciones permiten hacer eso. No es necesario contaminar el planeta.

Ferreras abrió su bolso, un elegante accesorio de cuero, cuyo olor resultaba embriagador, y sacó su móvil. Lo desbloqueó y tras trastear durante unos segundos le mostró a Dávila un bloc de notas virtual donde figuraban diferentes ideas, sinopsis, y un esquema de estructura ordenada, dividido entre inicio, nudo y desenlace. Cierta palabra se repetía una y otra vez, en cada sección, un reclamo que los

avispados ojos del hombre no podían ignorar.

Sexo.

Dávila intentó disimular el rubor creciente dentro de su cuerpo. Su sangre hervía ante la promesa de un encuentro pasional. Su respiración se volvió más agitada, y se envalentonó, invitado por aquellos labios sugerentes cuyo olor a rosas lo atraía de manera irresistible. Ni siquiera pensaba con claridad. Un deseo irrefrenable se apoderó de su cuerpo, y no pudo evitar desnudarla con la mirada. Ella tenía razón, no era el lugar indicado, pero su sonrisa lo invitaba a ir un paso más allá.

—Escribes erótica. —No fue una pregunta, sino una afirmación.

—Sí —respondió ella mirándolo con interés. Con el dedo índice empujó la montura de las gafas, y dejó entrever sus ojos azules como el mar—. No me digas que te escandaliza. No pareces de esos.

—No, no —se apresuró a responder con rapidez—. Me ha sorprendido, eso es todo.

—¿Ideas preconcebidas? Ay, doctorcito, no me decepciones.

—No es eso. Me ha sorprendido que me lo mostraras con esa franqueza. Me ha encantado, de hecho —la halagó con una voz varonil, con más presencia. Intentaba estar a la altura del desafío.

—El sexo es una fuerza de la naturaleza imparable, ¿no crees?

—Nunca lo había pensado —mintió Dávila. Trataba de no parecer demasiado ansioso, pese a que el brillo de sus ojos lo delataba. Silvia miró hacia abajo. El pujante bulto de sus pantalones reclamaba atención. Ella rozó su cintura con un dedo durante un solo segundo. Una corriente de electricidad sacudió su cuerpo.

—El disfraz de mojigato te queda pequeño, cariño —le susurró al oído. La cercanía de ella lo sumió en un estado de deseo cercano a la locura.

—¿Tan obvio es?

—Eres un depredador, como yo. Se te nota en la mirada. Irradias seguridad, estás acostumbrado a llevar las riendas. No sé si podrías manejar a una mujer con las ideas claras.

—Ponme a prueba —le invitó él con una sonrisa libidinosa. Fue un alivio no tener que esconder sus deseos. Detestaba mantener una fachada de corrección en la que no creía.

—Invítame a cenar —le pidió ella mientras posaba su mano en el brazo del médico—. Pareces alguien que merece la pena conocer.

—De acuerdo. Será un placer —aceptó él. Trató de contener la euforia que sentía, sin apenas lograrlo—. He de ir a trabajar. ¿Me das tu móvil?

Ferreras lo observó con curiosidad mientras sostenía el aparato en su mano. Lo guardó en el bolso y se limitó a encogerse de hombros. Dávila la miró intrigado.

—Nada de móviles. Nos veremos a las nueve de la noche en el Robuchon. Si uno de nosotros falta…, no podrá asediar al otro con mensajes inútiles.

—¿Al Robuchon? Apuntas muy alto. No es fácil conseguir mesa. ¿Conoces a alguien de allí?

—No, espero que tú sí —señaló con picardía—. Que sea una mesa lejos del servicio. Eso le restaría encanto…

—¿No hemos olvidado un pequeño detalle?

Ferreras lo cazó al segundo. Decidió no mentir en aquel aspecto. Podría despistarse y restar credibilidad a su papel.

—Me llamo Silvia —anunció con naturalidad.

—Yo soy José.

Ferreras se levantó y pasó un dedo por la mejilla del médico, con suavidad, de manera sensual, aunque una profunda rabia en su interior la impelía a abrirle un surco profundo. Se acercó un poco más, y él se agito inquieto, a la espera del roce de sus labios en su piel. Ella se apartó en el último instante, y se alejó de su figura mientras sacudía su mano izquierda a modo de despedida. Dávila siguió su contoneo y se recreó en la visión de su figura por detrás. Ropa elegante, ajustada. Le sentaba como un guante. Aceptó el reto. Le encantaba jugar y no era habitual encontrar a alguien con su misma pasión. Miró su reloj. Hacía quince minutos que tenía que estar en su despacho. No le gustaba pasar consulta, lamentablemente no era Gregory House. Le tocaba apechugar con una sonrisa, y fingir interés. Sería muy fácil, era un actor excelente.

Ferreras tenía ganas de gritar. Se alejó a toda prisa de allí. Comenzó a correr, impulsada por la fuerza de sus piernas. Llevaba tacones, por fortuna no demasiado finos. Veía a la gente que la rodeaba borrosa, difuminada por la mano de un artista cruel, obsesionado con deformar los rostros de los transeúntes. Se detuvo varias calles más adelante, y exhaló un potente grito de rabia. El sonido se elevó hacia el cielo, y se perdió entre las nubes blancas. Los que pasaban a su lado la miraron con extrañeza, algunos la tomaron por loca. Tal vez lo estuviera, después de todo. Le llevó unos minutos serenarse. Cuando lo logró, suspiró con ímpetu y presionó un contacto de la agenda.

—¿Landa? El gilipollas ha mordido el anzuelo.

Ferreras llegó a *L´Atelier* Robuchon alrededor de las nueve y media de la noche. El prestigioso restaurante no podía tener una mejor ubicación, en el corazón del Paseo de la Castellana. Su fama había crecido de forma exponencial y casi siempre estaba lleno. Silvia suspiró. En el loco juego de la seducción estaba casi obligada a llegar tarde. Debía presentarse como un manjar delicioso, por el que merecía

la pena esperar. Ver que a muchos hombres les seducía aquel juego le resultaba patético. No quería pensar en Manuel. Él no era así. De acuerdo, era impulsivo y gruñón. Por el contrario, no tenía caras ocultas, su autenticidad hablaba por él.

Aquella cena la tenía en un profundo estado de agitación. No solo por tratar de cercar a aquel desgraciado, sino por aquella cita que nunca llegó a producirse. Necesitó de todo su coraje a fin de no derramar una sola lágrima. Se lo prometió a su recuerdo. Llevaba un vestido de noche largo con una abertura en la pierna que llegaba casi hasta la cintura. Lucía los hombros al descubierto, apenas tapados por un chal de encaje negro. La prenda era de tirantes, y su piel se erizó a causa del descenso de la temperatura. Aparentaba ser terciopelo, supuso que se trataría de algún tipo de imitación.

Sus ojos índigo se clavaron en la figura de Dávila. Sabía que estaría allí. La tentación de jugar con alguien nuevo no podía resistirla. En realidad, le pareció un tipo muy básico, como la mayoría del rebaño. Su atractivo no lo era, eso debía concedérselo. El traje gris marengo le sentaba como un guante. Acentuaba su cuerpo definido, y realzaba su porte distinguido. La camisa blanca, por supuesto. Una corbata granate de tono suave, y una gabardina colgada de su brazo. Zapatos a juego. El muy cabrón podría pasar por una estrella de cine.

—Estás preciosa —le dijo, y se acercó, rozando mejilla. Ferreras dio un respingo y le permitió besarla. Silvia tenía el brazo izquierdo detrás de la espalda, y apretó el puño con fuerza. Le costaba controlarse.

—Gracias —respondió con una leve sonrisa—. Tú estás arrebatador.

El médico la agarró por el talle y la condujo al interior del restaurante. Los recibió una *hostess*[27]. Ferreras había hecho los deberes. No podía permitirse no encajar en aquel entorno elitista. Después de todo aquello, tal vez considerara el estudiar arte dramático, pensó divertida. La chica era muy atractiva, sus ojos verdes captaban la atención de cada cliente, y hablaba con un acento francés cautivador. La reserva ya estaba confirmada por Dávila, de modo que el *maître* acudió presto a llevarlos a su mesa. La decoración era llamativa, con tonos chillones en las paredes y cortinas llenas de adornos. La agente observó todo con indiferencia, se suponía que el lugar no le era desconocido. Los acomodó en una mesa en el centro del salón, tal y como ella deseaba. Su acompañante le guiñó un ojo de manera cómplice, y ella le sonrió, satisfecha.

Dávila se ofreció a pedir por los dos, y Ferreras consintió. Eso reafirmaría el control que el hombre creía disfrutar, y contribuiría a inflamar su ego. Pidió unas croquetas melosas de confit de pato, tortilla de patata con trufa y unos buñuelos de bacalao con alioli como

entrantes, ensalada de langosta como primer plato y redondo de ternera cocinado en *cocotte* con verduras de temporada. La gastronomía española se cruzaba con lo francesa. Silvia no quería mostrarse como una mera comparsa. Su tapadera podría verse comprometida. Se encargó de pedir el vino. Eligió un *pinot blanc* de Alsacia de 2018, confiada en que les abriría el apetito, y le pidió al *maître* un Borgoña *pinot noir* como acompañante de la carne. El médico asintió satisfecho. Estaba seguro de haber dado con alguien especial. Ella suspiró aliviada. Bendito internet.

Ferreras se concentró en disfrutar de la velada. Apagó aquella voz interior que la mortificaba. Su conciencia se empeñaba en martirizarla.

«Soy una profesional», se repetía una y otra vez.

Sonrió cuando debía, escuchó las anécdotas de su acompañante, y no permitió que la conversación derivara a un terreno personal demasiado pronto. Dávila era cauteloso, y cada uno tuvo la oportunidad de hablar de su trabajo. Ferreras le explicó que trabajaba en bolsa, y realizaba inversiones para ciertos clientes que buscaban aumentar sus ingresos y patrimonio. Su intención era dejarlo cuando cumpliera su sueño. Ya tenía suficiente dinero. El médico arqueó las cejas. El concepto de conformarse le resultaba ajeno. Exhibió una sonrisa irónica y condescendiente. Se sentía superior, y eso relajó su semblante. Desplegó todas sus armas de seducción, recuperó su ánimo y todo volvió a fluir con naturalidad.

El vino estaba delicioso y las conversaciones subieron de tono sin percatarse de ello. Encajaba como un guante en aquella velada. Cuando trajeron los postres, sus dedos se entrelazaban alrededor de las copas de cristal. Silvia sentía un cosquilleo agradable con aquel leve contacto. Su coraza se resquebrajaba por momentos. Llevaba una vida sana, no estaba acostumbrada a beber, y menos en tales cantidades. Él sí. Notaba cómo sus dedos reptaban por su brazo con soltura, y su turbación aumentaba con cada roce. El médico pasaba por encima de las preguntas de la agente con elegancia, sus respuestas eran vagas y superficiales. Un tipo listo. Se sentó más cerca con la excusa de compartir el postre y, jugueteando con la textura del tiramisú, ella permitió que él limpiara la comisura de sus labios con su servilleta. Notó su aliento cerca de su cuello, y su mano en su pierna desnuda. Debía tomar una decisión. Parar o continuar. Se sentía sucia. Pensó en Fuentes, en su amable rostro y su mirada llena de franqueza.

«Estoy contigo, princesa».

Aquella ficción le dio fuerzas. No tenía sentido en realidad, y se conformó con imaginar esas palabras de aliento. Los labios de Dávila rozaron su cuello durante un instante fugaz. Repitió el movimiento una y otra vez, permitiéndose prolongar el contacto. Sabía cómo

hacerlo. Ferreras notó una creciente excitación lacerar su piel. Debía reconducir la situación mientras pudiera hacerlo. Él era muy capaz de llevarla al baño y tomarla allí mismo. Entre jadeos se acercó al cuerpo de él, y le susurró con voz suplicante.

—Aquí no… Llévame a tu casa. Quiero ver el mundo como tú lo ves. Necesito saber qué se siente al contemplarlo desde la cima.

Dávila se separó de ella y la miró con intensidad. Se perdió en aquellos ojos profundos, y cuando logró reaccionar la lujuria lo dominaba por completo. Asintió despacio. Rompería su regla de oro. Se olvidaría de acudir a un hotel por una vez. Esa mujer podría pedirle la luna, y haría lo que fuera por complacerla. Pidió la cuenta, y se impacientó debido a la tardanza del mesero. Ferreras reía, divertida por las prisas del médico. Era lo único que era capaz de mostrar. Su papel se diluía por momentos, ahogado por la deliciosa redoma, cuyo aroma aún flotaba en el ambiente. En unos minutos se marcharon del restaurante, con rapidez, en un vano esfuerzo por aparentar una dignidad que les había abandonado hacía tiempo.

El hombre llamó a un taxi. No tenía deseos de perder el tiempo. Minutos después estaban metidos en un confortable coche que circulaba con lentitud debido al exceso de tráfico de la capital. No les importó. Perdieron la noción del tiempo, ocupados en saborear la piel del otro, en embriagarse de su aroma más profundo. Los ojos del médico centelleaban como los de un depredador, y una sonrisa pérfida asomaba entre sus labios. Pronto podría quitarse aquella ridícula careta que se veía obligado llevar día y noche. La risa de Silvia reverberaba en sus oídos y hacía crecer su deseo. El penetrante perfume embriagaba sus sentidos. Sus manos recorrían la suave tela del vestido. Un tacto agradable, estimulante. Sintió las perfectas formas de sus senos, y refrenó el impulso de arrancarle la prenda y hacerla jirones. Buscó su lengua y jugó con ella, deleitándose con aquella guerra de voluntades.

El coche se detuvo de golpe.

Dávila pagó la carrera con un billete de cincuenta euros y no se molestó en esperar las vueltas. Tiró de Ferreras y la condujo al exterior. El hogar del médico impresionaba. Una vivienda unifamiliar, de un enorme tamaño, en la mejor zona de la Colonia El Viso, una zona residencial que fue un barrio obrero en otro tiempo, que acabó convirtiéndose en la piedra angular del proyecto Ciudad Jardín: chalés de lujo rodeados de zonas ajardinadas. Ferreras trató de calcular el tamaño del inmueble, dándose pronto por vencida.

Pasaron al interior por una puerta verde, sumida en una inquietante penumbra. Apenas había luz en los alrededores. Cruzaron por un patio estrecho mientras se besaban con pasión. Ella perdió sus zapatos, y él, con deseos de alardear, la cargó entre sus brazos. Abrió

la puerta de la entrada como si realizara juegos malabares. Depositó con suavidad a su invitada en un enorme sofá, y se apresuró a introducir el código en la consola de seguridad. Silvia se tumbó de lado, y adoptó una postura provocativa. Apenas se fijó en los lujosos muebles que la rodeaban, la chimenea al fondo del salón, y las escaleras de la izquierda, que conducían a los pisos superiores.

Dávila se abalanzó encima de ella tras despojarse de su chaqueta y lanzar su corbata por los aires. Notó la pujanza de su pubis en las caderas, y dejó que la tocara por todas partes. Lo besó, presa de una pasión fingida, y permitió que su vestido de tirantes se deslizara hasta tocar el parqué de madera. Estaba ebria de deseo, no podía negarlo. Sus ojos se empequeñecieron hasta que apenas podía vislumbrarse una rendija de aquel azul tan intenso. Era el momento de colocar la trampa.

—Déjame prepararte una copa —le pidió con una mirada suplicante—. Necesito un trago.

Él asintió. Ferreras caminó contoneándose hasta el mueble bar. Estaba justo enfrente de ella. Cogió un par de vasos anchos, añadió tres hielos a cada uno, y escogió una botella de *bourbon* Blanton. No lo conocía, tenía aspecto de ser caro y selecto. Sus movimientos eran lentos, calculados.

Dávila no había ido al servicio en toda la velada. Tarde o temprano tendría que hacerlo. La agente cruzó los dedos, y murmuró una súplica silenciosa. Segundos después el médico se disculpó y se ausentó unos minutos preciosos. Recuperó su bolso, y extrajo de un bolsillo interior una pastilla ovalada. Su mano temblaba a causa del alcohol que recorría sus venas, pero no se detuvo. No tenía miedo. Había dejado atrás aquella emoción. Cerró el puño con ímpetu, al abrir la mano el polvo blanco cayó al recipiente. Con el mezclador diluyó la droga, y sonrió satisfecha. El color de la bebida era intenso, de un tono marrón pardo. Se dio la vuelta complacida consigo misma.

Dávila volvió desnudo. Tenía un punto exhibicionista que rara vez podía mostrar. Su cuerpo rozaba la perfección, y era muy consciente de ello. Su figura brillaba de manera artificial. Se había untado una loción de aceite por todo su cuerpo. Se acercó al ritmo de una música imaginaria, y atrapó sus glúteos. No estaba en absoluto interesado en la copa, a pesar de la insistencia de Ferreras. Ella le puso el cristal en la comisura de los labios y él agarró el vaso con fuerza. Vació el contenido en su garganta y arrojó el vidrio a la chimenea. Silvia rio. Decidió imitarlo. Apenas podía sacárselo de encima. El sujetador cayó al suelo segundos más tarde. El médico se comportaba como una bestia ávida de deseo. No fue cuidadoso, sino rudo. Mordió las protuberancias emanadas de sus senos, y ella echó la cabeza hacia atrás. Placer mezclado con dolor. El muy cabrón era

bueno. Quizás demasiado. Silvia se sentía culpable. No podía evitarlo.

La tiró al suelo. Se arrojó sobre ella y sintió todo su peso arrebatándole el aliento. Aquellas manos no perdieron el tiempo. Dávila la despojó de la última prenda. La risa del hombre resonó en su cerebro. Sintió su aliento alrededor de su sexo, y apretó los puños, presa de una frustración demasiado grande. No quería que sucediera, solo que su cuerpo iba por libre.

«Vamos, cabrón. Cae de una puta vez».

Su mente se rebelaba. Retenía las lágrimas a base de puro coraje. Entonces, vislumbró de nuevo el rostro de su compañero. Su libido se apagó de golpe. Solo vio su sonrisa. Y fue entonces cuando Dávila perdió el conocimiento. Silvia prefirió pensar que él la había ayudado. Lo apartó de encima de su cuerpo valiéndose de su antebrazo, y respiró hondo. Volvió a ponerse la ropa interior y el vestido. No tenía tiempo que perder. Sacó el móvil el bolso y activó la cámara.

Se movió por la casa con cautela. La droga le daba cierto margen. Aquel era un secreto que se llevaría a la tumba. Nadie podía saberlo. Registró los muebles uno por uno, en busca de material comprometido. En un cajón inferior encontró un álbum de fotos. Una costumbre antigua hoy en día. Lo abrió y vio imágenes de un niño de piel blanca, con una nariz idéntica a Dávila. Detrás tenían un paisaje de tierra árida. En las siguientes fotografías salía acompañado de otros chicos, la mayoría de tez morena. Utilizó la cámara de su teléfono con cada una de ellas. No le fue difícil reconocer el lugar. México. Una nueva conexión. La agente no pudo evitar sonreír con sinceridad por primera vez en toda la noche. Pudo reconocer a un Carreño más joven, posando en frente de una cantina con un nombre peculiar.

«¡Qué chido!».

Al pasar las hojas del álbum el tiempo avanzó con él. Dávila había crecido, y aparecía con diferentes grupos de chicos. Posaban montados en *jeeps*, y sostenían armas automáticas. Los escenarios cambiaban, la rutina se mantenía. Tijuana, el desierto de Sonora, y finalmente Puerto Vallarta, presumiblemente años después. Reconoció al médico, con su perfil perfecto y su expresión soberbia. A su espalda, un enorme barco de formas oscuras, en las que su nombre, grabado en letras carmesíes, resaltaba como un rubí de Mozambique.

Four Aida.

Casi lo tenían. Aún no era suficiente. Siguió con la búsqueda. El resto del salón estaba limpio. Subió por las escaleras mediante pequeños saltos. La planta era grande, y tuvo que abrir cada puerta a fin de encontrar lo que buscaba. Dos baños, una enorme biblioteca, otro salón coronado con un proyector de cine, dos cuartos pequeños; y, por fin, al fondo del todo, el dormitorio principal. Sus ojos azules

pasaron por encima de cada detalle sin registrarlo en su cerebro. Encima de una de las mesillas había un pequeño *notebook*, conectado a la corriente eléctrica por un cargador. Una luz verde parpadeaba de forma intermitente. Ferreras levantó la tapa del dispositivo y se encontró un protector de pantalla de lo más retro. El fondo del mar con diferentes peces de colores moviéndose entre burbujas de agua. Al tocar el *trackpad,* el océano ficticio se desvaneció. Esperaba dar con un mensaje solicitándole una contraseña que no tenía forma de averiguar. Para su sorpresa, encontró un vídeo pausado. No se molestó en darle al *play*. Un clip pornográfico. Lo tenía tan cachondo que se había dedicado al onanismo antes de ir a verla. No perdió el tiempo en una búsqueda inútil. Aquella no era su especialidad.

Llamó a David Juriasti.

—Sí, estoy bien, de una pieza —respondió con naturalidad a la pregunta de su compañero—. Este gilipollas no tiene activada la contraseña del portátil. ¿Puedes acceder de forma remota y copiar todos sus archivos?

—Sí, claro —respondió él—. Será más rápido si me facilitas la IP.

—Enseguida —respondió ella. Eso sí estaba dentro de sus posibilidades. Resolvió el problema en segundos.

Juriasti completó la operación en unos minutos. Dávila nunca sabría que alguien había hackeado su ordenador.

52

Juan José Mancías observaba a Diablo con interés. Le intrigaba aquella expresión cincelada en su rostro. Respondía a la de alguien que había visto demasiado. Permaneció en un segundo plano mientras el teniente coronel organizaba a sus hombres. No quiso inmiscuirse en nada, aunque resultaba evidente cuando alguna de las maniobras le parecía inadecuada. En su rostro aparecía una mueca crítica, difícil de esconder. Nunca habló de su cargo en el ejército ni en la agencia. Aquel era un tema que lo incomodaba. Solo revelaba pequeños detalles cuando creía que su experiencia podía resultar útil. Su currículum impresionaba, no obstante, no le gustaba hacer alarde de él. No era un tipo muy hablador, y en muchas ocasiones tenía la mente en otro lugar. Aparecía y desaparecía durante horas, sumido en un mutismo desconcertante.

El coordinador de la Guardia Nacional no volvió a hablar con el general Cresencio. A cualquier otro esa situación le hubiera afectado sobremanera. Mancías, hombre paciente como pocos, supo mantener la compostura en todo momento. A la mañana siguiente, solo con observar el adusto rostro del hombre se dio cuenta de que el momento había llegado. Apenas eran las seis de la mañana, y se lo encontró clavado enfrente de la puerta de su despacho, con una expresión solemne dibujada en su semblante. La barba, que le había crecido en los últimos días, se le había rizado en torno a sus abultadas mejillas. Sostenía entre sus manos una *tablet* que apoyaba contra su pecho. Se intercambiaron un breve saludo. Sin formalidades, como dos viejos amigos. La figura del mercenario, pues eso era en realidad, le intrigaba muchísimo. En la esclerótica de sus ojos se observaban ramales del color de la sangre, alegoría a toda la que había derramado en su vida. No le hubiera gustado estar en su pellejo.

—Dentro de dos horas —comenzó a explicar Diablo —, se producirá una explosión en un viejo almacén situado a unos dos o tres kilómetros de la cantina.

—¿Se producirá? —cuestionó con cierta ironía Mancías. El interpelado sonrió encogiéndose de hombros.

—Es un depósito de armas del cártel, les haremos mucho daño con esto.

Mancías percibió el énfasis puesto en aquel término. Era su operación, y reclamaba el derecho a dirigirla y dictaminar la

estrategia. La vida de sus hombres dependía de ella, y esa circunstancia le resultaba difícil de asumir. Diablo le dedicó una mirada intensa, le pedía que confiara en él. Le aseguró disponer de una amplia experiencia en aquel tipo de operaciones. Había estudiado el terreno a fondo y trazado las mejores rutas. En la pantalla del IPad podía verse con claridad. Al noreste y al sur de la taberna se alzaban dos colinas escarpadas, alejadas de la carretera, cruzadas por un viejo camino de cabras en muy mal estado. Ningún vehículo se aventuraba por esas tortuosas sendas. Se abastecían por otra ruta, que conectaba con la primera Garibaldi, hasta alcanzar el barrio de Industrial Pacífico. Aquella zona la tenían muy vigilada, y entrar por allí provocaría un derramamiento de sangre inútil. Asaltarían la plaza por tres flancos.

La explosión mermaría sus fuerzas. Sería más fácil matar a aquellas ratas y sacar a su amiga de allí. Mancías observó a Diablo mientras hablaba de acabar con la vida de los narcos. No había ninguna clase de tensión en su voz, era obvio que no le importaba nada en absoluto. El jefe de la Guardia Nacional albergaba la esperanza de que todo se resolviera con la mínima pérdida de vidas posibles. El mercenario lo miró con cierta condescendencia. Su ingenuidad le resultaba enternecedora. Había una guerra en marcha, real como la vida misma, no existía diferencia alguna entre aquella disputa por el control del tráfico de estupefacientes o cualquier conflicto armado en otra parte del globo. Muerte y conquista equivalían a dinero, y las vidas humanas no eran más que otra moneda de cambio.

El gobierno de México estaba muy interesado en poner freno al cártel de Jalisco Nueva Generación. Su crecimiento como fuerza armada se había convertido en un verdadero problema. Se extendían por todo el país y temían una revuelta, apoyados por las clases más desfavorecidas. Se ocupaban de la gente y los veían como héroes. Pablo Escobar ya hizo lo mismo en su época. Disponían de mucho dinero e influencias. Habían impulsado el narcotráfico por todo el Pacífico a unos niveles nunca vistos con anterioridad. Su mercancía llegaba hasta Canadá; también habían empezado a hacer suyo el mercado asiático y australiano. Se extendían como una plaga, y tenían sus ojos puestos en Europa. Debían ser detenidos.

Ambos hombres se estrecharon las manos con ímpetu. Diablo se dio la vuelta, abandonó el despacho, internándose en la oscuridad. Se movía sin hacer el menor ruido, fruto de su gran experiencia. Tenían dos horas. Mancías dejó pasar un tiempo prudencial hasta llamar al suboficial Pedro Bernal. Debían ponerse en marcha.

Diablo arrancó el *jeep*. La oscuridad lo rodeaba. Esbozó una sonrisa, complacido. Había pasado media vida agazapado entre las

sombras, oculto a simple vista. Las imágenes de las incontables horas de adiestramiento pasaron ante sus ojos como en una vieja película. Sin color, solo retazos de un pasado difícil y demasiado complicado. No lograba entender por qué acudían aquellos recuerdos a su cabeza. No tenían poder alguno sobre él.

La vibración del vehículo los apartó de sus pensamientos, y pisó el acelerador con suavidad. Tenía trabajo que hacer. Abandonó el cuartel de la Guardia Nacional, una vez que levantaron la barrera de acceso. Tomó la carretera hacia Reacomodo Sánchez Taboada guiado por una determinación incuestionable. No podía acercarse demasiado a la parte norte. Una vez en las inmediaciones, debería abandonar el todoterreno. Los dedos de su mano derecha se movían alrededor del salpicadero mientras su mente dibujaba el rostro de Alejandra. Esperaba que no fuera demasiado tarde.

Media hora más tarde, tras serpentear por una carretera llena de baches, detuvo el vehículo en el arcén. Apagó las luces y observó a su alrededor. Aún faltaba bastante para el amanecer. La temperatura era fría y la luna apenas había iniciado su fase inicial. Salió del *jeep*, y se aventuró por un camino lleno de barro que descendía entre dos quebradas en dirección al sur. La negrura lo engulló como a un insecto obligándolo a encender la pequeña linterna que llevaba consigo. Era una luz pequeña, solo la utilizaba cuando era imprescindible. Conocía bien la zona, la había monitorizado durante días. Era consciente de que podría ser demasiado tarde; aquel pensamiento lo torturaba con crueldad. Detestaba ir un paso por detrás, lo odiaba con toda su alma.

Su corazón bombeaba sangre con fuerza, se sentía lleno de energía y vigor. Sin apenas esfuerzo superó un montículo y alcanzó un riachuelo de escaso caudal. No tardó en encontrar el desagüe que vertía residuos al pequeño cauce. Las tuberías permanecían medio enterradas en el terreno, solo tuvo que seguirlas hasta encontrar la tapa de una alcantarilla oxidada. Le costó moverla de su sitio, pues estaba encajada a conciencia. Tuvo que golpearla con el pie repetidas veces. Le pareció que el ruido se escucharía en todo el valle, una idea que achacó a una sensación paranoica. Apartó la cubierta y dirigió el haz de luz hacia abajo. Unas agarraderas herrumbrosas se internaban en el hueco, acompañadas de un hedor nauseabundo. No se lo pensó demasiado. Debía bajar.

Las alcantarillas pasaban por debajo del riachuelo y de vez en cuando varias gotas se filtraban por el techo del pasadizo. Guiado por la pequeña linterna avanzó con paso firme, sin titubear. No era fácil orientarse en el alcantarillado. Era un laberinto repleto de ramales que conectaban con las propiedades aisladas de la zona. Por fortuna, el almacén no tenía pérdida. Todo recto. Unos diez kilómetros. Tardaría menos de una hora y cuarto. Vació su mente por completo. No quería

contaminarla con pensamientos inútiles e intrascendentes.

Los chillidos de las ratas llamaron su atención. Gritaban como posesas, en busca de alimento. El olor a podredumbre creció de manera exponencial al acercarse a su destino. Distinguió restos humanos lacerados por los afilados dientes de las alimañas, cuyos ojos brillaban con intensidad. El cártel tiraba los restos de los infelices que ejecutaban a las alcantarillas. No le sorprendió. Las leyendas urbanas casi siempre procedían de algún lugar. Alzó la vista y encontró la abertura. La salida se erguía encima de su cabeza, pegada a un muro de piedra de aspecto frágil. Ascendió por los escalones de hierro con sumo cuidado y levantó la tapa valiéndose de su hombro. Sus ojos escudriñaron los alrededores. Nadie. Solo el ruido de los grillos rompía aquel silencio monótono. Era su territorio, se sentían seguros allí. Nunca imaginaron que un solo hombre se atrevería a desafiarlos. Diablo sonrió. El fuego les haría cambiar de idea.

Franqueó la abertura y rodó por el pavimento sin hacer el menor ruido. El almacén de los narcos en su día fue el obrador de una pastelería donde servían pan y algunos dulces típicos de la zona, como Mangate, dulce de dátil y Guayabate. Los dueños fueron ejecutados por el cártel por no querer donar los frutos de su trabajo a los traficantes. Aquella era una vieja táctica. La muerte de unos pocos enseñaba al resto a obedecer. Las cantinas solían correr mejor suerte. El silencio dominaba la plaza, cuya aura recordaba a la de un cementerio.

Diablo se movió como un espectro, casi invisible al ojo humano, fundiéndose con la oscuridad y convirtiéndose en una criatura de la noche. Se pegó a la pared y buscó el mejor lugar para colocar las cargas. Habían reforzado el edificio con tejavanas de hierro de apariencia oxidada. Sacó de la bandolera el explosivo plástico. Lo sostuvo entre sus manos durante un segundo y se apresuró a instalarlo. El C-4 era delicado, en ningún momento titubeó, pues estaba acostumbrado a manejarlo. Puso la primera bomba detrás de un delgado soporte de hierro. No se apreciaba desde lejos, la única forma de detectarlo era darse de bruces con él. Conectó un temporizador. Quince minutos. No podía arriesgarse a que lo descubrieran. Repitió la operación cuatro veces.

Regresó a la abertura con paso apresurado. Debía volver. Se internó en el hueco y colocó con tiento la tapa circular de la alcantarilla. Los vapores malolientes ascendieron desde el suelo introduciéndose por su nariz como una maldición. Ya se había acostumbrado durante el trayecto de ida, y había tenido que arrastrarse por lugares peores. Se alejó de allí mediante grandes zancadas, con una certeza inapelable incrustada en su cerebro. Todo quedaba en manos de Mancías y sus hombres.

La explosión tuvo lugar mediante una sincronía perfecta. Cinco estallidos casi simultáneos que hicieron temblar la tierra. Una columna de humo y fuego se elevó hacia el cielo, acompañada de un enorme estruendo que pudo escucharse en todo el valle. El fuego se propagó con rapidez, seguido de otras deflagraciones a causa de las municiones de bajo calibre. Y se desencadenó la locura. Los pocos sicarios que dormían cerca de allí se levantaron de malas maneras y se arrastraron desde sus lechos. La borrachera se les pasó de golpe. Se llevaron las manos a la cabeza. Las armas nuevas estaban allí, bien empaquetadas y colocadas. Ni siquiera habían tenido tiempo de desembalarlas. Se miraron los unos a los otros con el rostro transfigurado. Les castigarían por ello, y no pudieron evitar pensar en todos los cadáveres que habían arrojado a las cloacas sin ninguna clase de miramiento.

Conocían su destino.

Poco después el sonido de varios Land Rovers irrumpió en la plaza. El sol empezaba a asomarse con timidez por el este, y las primeras luces del día se entremezclaron con el intenso color azafrán expelido por aquellas llamas agresivas. Encontraron a los hombres afanados en apagar el fuego mediante una cadena humana en la que los cubos de agua avanzaban hacia delante y hacia atrás. Era una batalla perdida y uno de los jefes les ordenó mediante gritos desaforados que lo olvidaran. Mandó peinar la zona en busca de los responsables, solo que no se le pasó por la cabeza registrar los sumideros.

Debajo de ellos, Diablo, guiado por su voluntad de hierro, caminaba en busca de la salida. La techumbre tembló de manera breve, pero la estructura aguantó sin problema alguno. Había calculado la cantidad de explosivos con la precisión de un cirujano. No se detuvo a pensar en la posibilidad de que alguno de aquellos miserables estuviera dentro de aquel almacén. No tenía sentido alguno y, la verdad, tampoco le importaba. Miró su reloj de soslayo. Mancías estaría a punto de irrumpir en el escenario principal. Esperaba que el señuelo hubiera sido eficaz, o de lo contrario se perderían muchas vidas. Cuando llegara, todo debía haber terminado.

Juan José Mancías alzó el puño al sentir la explosión sacudir la tierra bajo sus pies. Avanzaron en zigzag por tres flancos diferentes. Encabezaba el central, seguido a poca distancia por el suboficial Pedro Bernal por la derecha y la oficial Valeria Martínez por la izquierda. La oscuridad fue engullida de forma paulatina por un pujante cielo azul, adornado por unas nubes de color plateado. Una delgada columna de humo negro se elevaba hacia el cielo, mudo testigo de una amarga tragedia. Minutos después irrumpieron en la explanada donde residía

el núcleo del cártel de Jalisco Nueva Generación, en pleno barrio de Reacomodo Sánchez Taboada. Sorprendieron a unos hombres con expresión sombría, todavía medio dormidos. Sostenían en sus sudorosas manos armas automáticas y fusiles de asalto. El teniente coronel frunció el ceño. No había alternativa. No se molestó en alzar la voz. Quitó el seguro del subfusil y descargó el cargador sobre el primero de aquellos infelices. Sus hombres lo siguieron. El sonido de los disparos retumbó por todo el extrarradio. Los cartuchos vacíos golpeaban el pavimento con tanta fuerza que ahogaban los gritos de los moribundos.

La Guardia Nacional peinó cada esquina de la barriada, cada casa, cada sótano. No tuvieron piedad con los sicarios armados, y pusieron a salvo a las familias, que daban gracias a Dios, desconsoladas por la perspectiva de una muerte que creían segura. Las mujeres besaban a los soldados con sus rostros bañados en lágrimas. Mancías sonrió. Había merecido la pena. Solo habían perdido dos hombres. Se encargaría personalmente de darles la noticia a sus seres queridos. No olvidó la verdadera razón de la misión. Llamó a Martínez y a su escuadrón, y cercaron la cantina. Apenas se veía una luz difusa procedente de su interior. Dispararon tres ráfagas de proyectiles contra la fachada. El yeso que la conformaba apenas resistía cada impacto. Escucharon unos gritos desde el interior. Pedían clemencia. Un leve gesto del teniente coronel puso en movimiento a la oficial. Se plantó en el rellano, y de una patada echó la puerta abajo. La madera se astilló como un mondadientes. Sin mediar palabra, allanaron el local. Agazapada detrás de unas mesas redondas, se encontraba una mujer de mediana edad, de piel morena, con el miedo adherido a su rostro desencajado. Cerca de ella había un hombre de hombros estrechos, de miembros delgados y fino bigote, con las manos en alto. Ella aferró la pistola situada entre ambos y, antes de que pudieran reaccionar, le pegó tres tiros en la cabeza al sicario. Segundos después arrojó el arma a los pies de los soldados.

—Estoy de vuestro lado —afirmó, atropellando las palabras.

Mancías miró a su oficial, e intercambiaron una mirada significativa. Pinche vieja loca. Martínez se apresuró a rodearla y le colocó unas bridas que apretó con fuerza. El teniente coronel se aproximó y la miró con curiosidad. Sus pupilas estaban dilatadas en extremo, y unas enormes bolsas colgaban por debajo de los párpados. No estaba seguro de si se encontraba bajo los efectos de algún tipo de droga o simplemente era una psicópata. Aferrándola por la barbilla, la obligó a mirarlo a los ojos.

—Voy a bajar al sótano —le anunció Mancías —. Como la chica esté muerta, a cierto individuo no le va a gustar, y no sé si voy a poder pararlo.

El teniente coronel descendió por las escaleras todo lo rápido que le permitían sus piernas. Una oscuridad insidiosa rodeaba la enorme puerta de madera. Por un momento pensó que debería dar la vuelta y arrancarle las llaves a la loca de arriba. El candado no estaba cerrado, y con las yemas de los dedos lo separó de la herrumbrosa cadena. Tiró de la manilla oxidada y continuó el descenso. Un hedor a humedad se extendía por toda la estancia, mareándolo. Se tapó la nariz de manera instintiva, y enfocó el haz de luz de su linterna hacia delante. Captó un montón de botellas vacías y varios barriles de gran tamaño. Escuchó con nitidez el inconfundible sonido de un incesante goteo. Buscó una filtración en el techo, sin hallarla. El sonido crecía en intensidad. Procedía del fondo del sótano. Una enorme sacudida hizo temblar el cuerpo de Mancías.

—No… —acertó a susurrar.

El coordinador de la Guardia Nacional encontró a Alejandra, maniatada a una viga con una cadena de gruesos eslabones oscuros como el carbón. El goteo procedía de una brecha en su barbilla. La sangre se acumulaba a sus pies, en un charco que crecía por momentos. Tenía heridas de arma blanca por todo el cuerpo, algunas en proceso de cicatrización. También moratones extendidos por el abdomen y las piernas. Vestigios de palizas habituales. Mancías fue incapaz de determinar cuánto tiempo llevaba aquella chica en esas condiciones. Sus dedos buscaron un pulso presumiblemente débil y lento. No lo encontró. A su espalda escuchó un grito terrible y desgarrador, revelador de una angustia terrible.

53

Ferreras se presentó en la central de la UCO con unas ojeras terribles y el rostro pálido. Una losa de culpabilidad la martirizaba. Se sentía sucia y avergonzada al mismo tiempo. Las caricias de Dávila habían despertado unas sensaciones enterradas en lo más profundo de su subconsciente, y no era capaz de olvidar la excitación que había recorrido su cuerpo, el tacto de aquellas manos firmes y expertas, el sensual hormigueo en su piel erizada… Suspiró, y decidió concentrarse en su trabajo. Llegó a la última planta por las escaleras. El ascensor provocaba en ella una sensación claustrofóbica imposible de ignorar. Su corazón latía a un ritmo desaforado, y un rubor sonrosado pintó su rostro de porcelana. Estaba muy guapa aquella mañana. El uniforme se ajustaba a su figura como una segunda piel, y cuando lo llevaba, una sensación de paz y seguridad se apoderaba de ella. Había nacido para llevarlo, y creía con firmeza en lo que hacía.

Los nudillos de la agente rozaron la puerta de la sala de reuniones. Aquel se había convertido en el despacho oficioso de Landa. Allí encontraba la tranquilidad que necesitaba y podía volcarse en analizar cada detalle del caso. En su departamento el continuo ir y venir de sus compañeros además del sonido de los teléfonos la desconcentraba. La brigada la invitó a entrar, y Ferreras irrumpió en la estancia con una sonrisa. Le gustaba trabajar con ella, admiraba su fina inteligencia y su capacidad de análisis. No le costó darse cuenta de que el rostro de la donostiarra revelaba una profunda inquietud. Tenía los brazos estirados encima de la mesa y, en medio, el portátil permanecía con la pantalla en un ángulo de unos treinta grados. La luz verde de uno de los laterales parpadeaba cada pocos segundos, y se reflejaba en las gafas redondas de Amaia. Silvia la miró con curiosidad. Nunca le había visto con unas.

—No están graduadas —aclaró mientras observaba a la agente —. Las utilizo cuando paso demasiado tiempo delante del ordenador.

—¿Cuánto tiempo?

—Toda la noche —respondió la brigada.

—¿No ha dormido?

—No, hay demasiado en juego.

Ferreras asintió despacio. ¿Cuántas horas habían pasado? Apenas eran las ocho de la mañana, si bien le costaba focalizar su atención respecto a lo sucedido la noche anterior. Una bruma gris

rodeaba sus recuerdos recientes. Juriasti se debía de haber dado mucha prisa en enviarle el contenido a la brigada. Le caía bien aquel chico, a pesar de su aspecto apocado e introvertido, o puede que a causa de él. Le divertía su aspecto de *nerd*, sacado de una película americana de los años noventa. Había trabajado muchísimas horas, metido hasta las cejas en todas las vertientes del caso. Era un valor al alza dentro de la UCO. La agente tomó asiento enfrente de Landa, y esperó unos momentos antes de hablar.

—¿Lo hemos conseguido?

La brigada miró con interés a su compañera. Rehusó a pedirle detalles acerca de la velada con Dávila, le dio órdenes explicitas de no incluir nada de eso en el informe. Sería como si no hubiera ocurrido. Las palabras de Pete habían sembrado una importante duda en su interior, aún se resistía a darles crédito. El *hacker* haría lo que fuera por confundirla y poner su mundo patas arriba. Solo podía confiar en las pruebas. Todo la llevaba a horadar un camino que se había prometido no volver a pisar. Sus ojos grises parecían haber empequeñecido en las últimas horas.

—Sí —afirmó Landa, categórica—. Todo parece cuadrar poco a poco. Ha realizado un trabajo espectacular. Voy a recomendar a Marín su incorporación definitiva a nuestro departamento. Tendrá un papel importante en la Sección de Homicidios.

—¿Bajo su mando?

—Ignoro que será de mí, Ferreras. Lo que sí sé es que me gustaría seguir trabajando con usted.

—Le agradezco mucho todo su apoyo, jefa —manifestó Ferreras, cuya vida aún se tambaleaba cada vez que evocaba el rostro de Fuentes.

La brigada bajó la cabeza despacio, y levantó la pantalla con un par de dedos. Mediante un gesto le pidió a Silvia que se acercara y tomase asiento junto a ella. La agente se apresuró a hacerlo. Landa movió el cursor hasta pinchar una carpeta que ponía JD. Una serie de documentos llenaron la pantalla. Fotos de mujeres ligeras de ropa, primeros planos. En el mismo directorio apareció una carpeta oculta, sin ninguna clase de nombre coherente en ella, solo una mezcla de caracteres aleatorios, o al menos, lo parecían. Al abrirla aparecieron una serie de imágenes de un puerto sumido en la oscuridad. Había escasa luz, apenas unas farolas funcionaban a lo largo de la inmensa avenida en una penumbra. La luna lucía hermosa en el cielo estrellado, y bajo ella se percibía la enorme silueta de un barco petrolífero, o al menos, llevó esa vida durante mucho tiempo. Ferreras no necesitó ver el nombre del buque, sabía a la perfección cuál era.

Four Aida.

Cuatro hombres. Ataviados con ropas oscuras, con rostros

sonrientes. Conocía a dos de ellos, y al observar al último de ellos un inquietante escalofrío sacudió su espalda. ¿Quién era aquel sujeto? Sus facciones le resultaban familiares. Inclinó la cabeza hacia delante, a fin de observar la imagen de cerca. Sintió sobre su nuca la mirada de Landa, llena de impaciencia. Se trataba de alguien que ambas conocían, era evidente. Un tipo fornido, con una barba tupida negra como el carbón, rostro anguloso y nariz ancha. Tenía el ceño fruncido, y sus ojos despedían un brillo especial, acentuado por la pantalla del portátil.

«Joder».

Andrés Muñoz.

Los ojos azules de Ferreras casi se salieron de sus orbitas. Dávila, Carreño y Andrés Muñoz. Ambas intercambiaron una mirada significativa. Ferreras comprendió entonces la zozobra que sacudía a la brigada. Nunca hubiera podido imaginarlo. Tenía un aspecto diferente, aunque se trataba de él. Estaba segura de ello. Ambas suspiraron y la agente volvió a clavar los ojos en la fotografía. En la parte inferior derecha figuraba una fecha. Verano del año pasado...

Más fotografías. En la cubierta del barco y en la bodega de carga. No había resto de crudo; solo unos enormes contenedores vacíos. Ferreras reconoció por fin al cuarto individuo. Héctor Manuel Morales Guzmán, alias *El Gallero*. Uno de los príncipes del narcotráfico, había desertado del cártel de Sinaloa y se había convertido en uno de los cabecillas de la nueva organización. Traiciones, distensiones, guerras internas. Lo de siempre. La conexión entre Dávila y Carreño comenzaba a tener un dibujo reconocible, por contra, la presencia de su compañero, además de dolorosa, les resultó desconcertante.

—¿Al final todo se reduce a eso? —bramó Ferreras a mitad de camino entre la ira y un llanto contenido—. ¿A un ajuste de cuentas?

Landa guardó silencio. Las palmas de sus manos golpearon la mesa, al mismo tiempo que unas marcadas arrugas aparecieron en su frente. Pete podría habérselo contado, pero no le hubiera creído. Debía averiguarlo por sí misma, en eso tenía razón aquel miserable. Llevaba tiempo devanándose los sesos acerca de ello. El comportamiento del *hacker* estaba guiado por el caos. Por más que analizaba cada detalle, no lograba encontrar un patrón definido.

—Tendremos que charlar con él —manifestó la brigada con firmeza.

—Pues nos resultará difícil —comunicó Ferreras. No cuestionó la decisión de Landa, a pesar de las evidencias. Confiaba en ella—. Ha salido hacia Amberes con Jaime González.

—¿Cómo lo sabe?

—Muñoz me manda mensajes de vez en cuando. Ya sabe, para

ver si estoy bien. Fuentes y él eran amigos.

Landa se revolvió en su asiento. Aquello no era bueno. Se levantó de pronto, accionada por un resorte invisible.

—Nos vamos a Bélgica —anunció con solemnidad.

54

En los viajes, incluso en los que no eran demasiado largos, se podía conocer mejor a las personas. Ferreras se percató de que la brigada, como cualquier persona en aquel mundo de locos, había trazado una línea roja, y a poca gente permitía traspasarla. En el vuelo a Bruselas Amaia bajó la guardia, y la agente vislumbró qué se escondía detrás de ese rictus serio y profesional. Una persona sencilla, cuya honestidad trascendía más allá de lo razonable. Poseía un carácter reflexivo y calmado, con una capacidad de observación fuera de lo común. Veía el mundo a través de un prisma diferente, desde unos ángulos imperceptibles para el resto. La admiraba profundamente, nunca olvidaría todo el apoyo que le había brindado en sus peores momentos. Se sentía en deuda. Entre ellas había una conexión especial, era inútil negarlo. Silvia comprendió la razón al escucharla hablar del comisario Elosegui. Aquel hombre, de mal carácter y un desarrollado sentido de la justicia, supo mirar en su interior, encontrando una fuerza desconocida, y la retó a sacarla afuera. No le permitió esconderse detrás de su triste mirada, y la empujó a enfrentarse a sus inseguridades. Siempre le estaría agradecida por ello. Resultaba obvio que la brigada creía haber visto algo similar en ella. Los ojos azules de la agente brillaron con intensidad mientras de sus labios nacía una sonrisa. Agradecía el voto de confianza, pese a que se veía incapaz de asumirlo en ese momento. Sin mediar palabra, desvió la mirada hacia la ventanilla, resignada a perderse en sus pensamientos. Su cerebro dibujó el rostro de Fuentes entre las nubes, sus formas aparecían borrosas y pronto se desvanecieron. El dolor seguía allí, arraigado a una ilusión imposible, al deseo de un futuro irrealizable. Cada día le costaba más retener aquellos rasgos en su cerebro. Sentía cómo su cuerpo se hundía en la oscuridad, devorada por un odio tan intenso que apenas podía respirar. Gracias a la brigada se mantenía en pie, con ganas de luchar. Era un espejo formidable en el que mirarse. Una profunda congoja oprimía su alma y trascendía las fronteras de su propio cuerpo. Las horas muertas se habían convertido en su martirio particular. La adrenalina del trabajo de campo la mantenía a flote. Por ello, se impacientaba a menudo cuando estaba ociosa.

El avión surcaba los cielos como un águila real; y sus ojos se empecinaron en seguir la estela de humo blanco despedida por los

motores, sin conseguirlo. Solo les quedaba una hora de trayecto, y aterrizarían en la capital de Bélgica.

La brigada no mencionó a Muñoz ni una sola vez durante el vuelo. Ferreras no se atrevió a sacar el tema, por temor a incomodarla. Solo desveló que si Juriasti abría la boca de alguna forma, lo castraría sin ninguna clase de miramiento. La mente de Landa tomaba el control de su cuerpo y transportaba su psique lejos de allí. En esos momentos cerraba los ojos y concentraba sus pensamientos en otro momento y lugar. Las piezas encajaban una detrás de otra, a pesar de ello, su instinto le gritaba de manera frenética. Le daba miedo volver a fallar, el hecho de enfrentarse a un agente corrupto le producía terribles escalofríos.

El avión aterrizó en el Aeropuerto de Zaventem, nombre de la localidad donde se encontraba ubicado. Era el principal aeropuerto de Bélgica y la base de operaciones de Brussels Airlines. Había sido elegido en varias ocasiones como el mejor de Europa. Un lugar espacioso, ordenado y muy bien organizado. Landa no recordaba haber abandonado una terminal con tanta rapidez en toda su vida. Los trámites se sucedieron en un leve suspiro, y pronto se encontraron en el exterior, en espera de un taxi que las llevara hasta Amberes. Les pareció mejor solución que la de alquilar un coche. No conocían bien la ciudad, solo una de ellas había estado una vez en su adolescencia, y apenas recordaba nada de aquellos días locos.

Poco más de media hora. Ninguna de las dos habló durante el itinerario. La cara de Landa adquirió un tono mortecino. Ferreras la miraba intrigada. ¿Qué sucedía en el interior de aquella cabeza? La expresión de la brigada se tornó hermética, y aquella máscara de indiferencia volvió a cubrir su rostro una vez más, aislándose del resto del mundo.

Amberes se situaba en el comienzo del estuario del río Escalda, navegable por barcos de más de 100000 toneladas hasta ochenta kilómetros hacia el interior. Su ubicación tierra adentro convertía al puerto en la ubicación más central de Europa, aventajando de manera notable a los del Mar del Norte. Los muelles estaban conectados con el interior por ferrocarril, vías fluviales y carretera. Como resultado, se había convertido en uno de los mayores puertos de Europa, solo por detrás del Puerto de Róterdam por carga total transportada.

La tarde moría con lentitud ante los ojos de ambas guardias civiles, hipnotizados por la belleza del paisaje. El cielo adquirió un tono anaranjado que descendía sobre el horizonte. Parecía como si el mismísimo Charles Verbrugghe[28] hubiera descendido del paraíso con la intención de dejar su impronta en aquel lienzo vivo.

El vehículo se detuvo a la entrada del puerto. Landa pagó la carrera y ambas salieron. Hacía bastante frío. No tuvieron otra opción

que caminar rápido a fin de entrar en calor. La brigada llamó varias veces a Jaime González, sin lograr contactar con él. Se detuvieron a preguntar por el muelle donde amarraría el buque Revolución. El hombre del centro de control les contestó con frialdad y cierta indiferencia. Con un marcado acento francés, les comunicó que dicho barco había atracado hacía media hora. Traspasaron el umbral sin mirar atrás. El lugar era enorme. Ferreras probó suerte con el mismo Muñoz, con idéntico resultado. El silencio. Las indicaciones recibidas fueron bastante crípticas, si bien se abrieron camino entre los diferentes muelles. Los que recibían las embarcaciones de mayor tamaño se encontraban al noreste, flanqueados por una enorme hilera de imponentes grúas, pintadas de un desconcertante verde chillón.

El gentío que rodeaba un enorme buque pintado de negro les facilitó las cosas. Corrieron hasta ellos, impulsadas por un nerviosismo creciente a cada paso. El corazón bombeaba sangre con vigor, y reactivó la adrenalina. Un nutrido número de agentes de la Interpol cercaban a la tripulación del Revolución. La mayoría de los marineros exhibían una sonrisa burlona, y al verla Landa sintió una punzada en el costado. Jaime González salió a su encuentro, sorprendido de ver a ambas. Al interceptarla a medio camino de la pasarela, la traspasó con la mirada.

—¿Qué diablos haces aquí, brigada?

La voz del comandante era cortante como el filo de un cuchillo, desprovista de cualquier tipo de formalidad. En esa oportunidad la familiaridad en el trato no implicaba nada positivo. Los ojos grises de Landa buscaron a Muñoz por todas partes, y por fin lo encontró al fondo del muelle, cabizbajo, sentado encima de una noray. Su rostro revelaba aquella expresión malhumorada de siempre, y sus labios se adherían a un cigarro rubio como si no hubiera un mañana. Amaia intentó rebasar a González como si no fuera nadie, errando en su propósito. El hombre la asió por el brazo y negó con la cabeza.

—Déjalo en paz, Landa.

—¿Todo se ha ido a la mierda, no es así? —bramó la brigada, fuera de sí.

—Lo hemos registrado de arriba abajo, y no hay nada. No logro entender…

—Pregúntale —insistió ella con voz rasgada—. Pregúntale por qué todo se ha jodido.

El griterío llamó la atención de Muñoz. Movió la cabeza con una lentitud exasperante, y expulsó unos aros de humo por la boca. Los ojos de ambos se encontraron, y el teniente le dedicó una mirada soberbia. Se levantó y se acercó con las manos metidas en los bolsillos. Ferreras lo observaba todo en silencio, sin atreverse a abandonar su posición. Miró al hombre con curiosidad, en su rostro no se apreciaba

nada excepto su habitual expresión huraña. Él le guiñó un ojo y se colocó a escasa distancia de la brigada. En la mente de la mujer se arremolinaban multitud de pensamientos y reproches a punto de brotar de sus labios.

«¿Por qué estaba allí en realidad?».

Sintió un escalofrío recorrer su espalda, y dio un respingo. González la miró con rudeza. ¿Qué estaba pasando? Cerró los ojos durante un segundo, dispuesta a desentrañar la verdad. Y entonces, sucedió. Su cerebro reactivó una secuencia de imágenes que creía haber olvidado, aparecieron de nuevo en su mente, proyectadas en su imaginación como una vieja película en blanco y negro. Una por una, convertidas en fotogramas que podía examinar desde diferentes ángulos. Entró en un singular trance del que ninguno de ellos la quiso sacar. Abrió los párpados de golpe, y aquellas perlas grisáceas observaron al insolente agente como si lo vieran por vez primera.

La absurda pose descontrolada que contrastaba con un brillante expediente. Los accesos de ira sin un castigo ejemplar. Su mala prensa dentro de la UCO. Todo apuntaba a la construcción de un personaje miserable, destinado a encajar en un papel de un hombre que se precipitaba directo al infierno. Solo en el *pub* pudo vislumbrar su verdadera personalidad, víctima de una euforia incontenible propiciada por una deuda de sangre. El alcohol hizo el resto. Recordó aquel mínimo temblor en su voz a la mañana siguiente, y se amonestó por no haberse dado cuenta. Se sentía herida en su orgullo, detestaba verse a sí misma como una imbécil. No estaba enfadada, sabía que no tenía derecho a saberlo. Las jerarquías existían por una buena razón.

—¿Desde cuándo? —La pregunta era diferente, y por supuesto, adecuada. Vio a Muñoz esbozar una sonrisa. Su rostro revelaba cierta satisfacción, como si supiera que la brigada acabaría por averiguarlo.

—Tres años —respondió el teniente.

—Eso es mucho tiempo.

—Bueno, no diré que haya sido fácil.

—¿Quiénes lo saben?

—Marín, mi viejo amigo González aquí presente, y ahora tú, bueno, vosotras.

Landa miró a Ferreras. La agente asintió despacio. Estaba igual de sorprendida, y también aturdida. En su semblante se dibujó una sensación de alivio imposible de esconder. Le hubiera dolido mucho que el mentor de Fuentes fuera un traidor. La brigada miró con admiración a Andrés Muñoz, capaz de mantener engañada a toda la UCO, y representar su papel sin fisuras, destruyendo su reputación en el proceso. Había que ser de una pasta muy especial para mantener aquella mascarada, confabulado con el coronel y el jefe del Grupo Antidroga. No había conocido antes a ningún infiltrado, y por su

cabeza pasaron un montón de preguntas que no tenía derecho a realizar.

—¿Por qué no me hablaste de Dávila?

Esa necesitaba formularla. No podía entender su silencio mientras el caso avanzaba. Por su cabeza pasaba la idea de que la muerte de Fuentes podía haberse evitado. Los ojos de Ferreras permanecían atentos a la conversación, tal vez planteándose la misma cuestión. Entrelazó sus dedos con fuerza, pues sus manos temblaban como un grupo de hojas a merced del viento.

—No me estaba permitido hacerlo, no fue mi decisión —explicó Muñoz con el rostro ensombrecido.

—¿De quién entonces?

—Ya lo sabes, eres una chica lista —ironizó el teniente sin parpadear.

González resoplaba como un buey. Se pasó la mano por el cabello, sus mejillas se mostraban enrojecidas por un intenso rubor. Landa lo traspasó con la mirada. No era suficiente, ni de lejos. La cabeza le latía con fuerza, a punto de estallar.

—Muñoz, quiero saber quién sacó las fotos en Puerto Vallarta. Ya sabes, las que sales con Dávila, Carreño, y Morales Guzmán.

—No sé quién era —respondió el teniente—. Nadie dijo su nombre. Que yo sepa era un hombre del narco, un recadero.

—¿Lo volviste a ver después? —indagó Ferreras.

—No estoy seguro —reconoció Muñoz—. Solo era un rostro más entre tantos. No le di ninguna importancia.

Landa no respondió. Los problemas de uno en uno. Entornó los párpados, y solo encontró una explicación para que el maldito buque estuviera vacío. Les habían engañado. Se alejó de ellos y se dirigió a la popa del enorme buque. Se detuvo al borde del muelle, y alzó la cabeza. Las rutilantes letras rojas del nombre del barco capturaban la escasa luz de las farolas. Esbozó una sonrisa. Eran nuevas. Estaban ante el Four Aida, similar en tamaño y tonelaje al Revolución. Una jugada ingeniosa, desde luego. Señaló los caracteres con su dedo índice, y de inmediato González y Muñoz se acercaron de manera apresurada. Sus ojos estuvieron a punto de salirse de sus órbitas, y las maldiciones expelidas por sus rostros iracundos llamaron la atención de los hombres de la Interpol. Incluso Jacques Arnaud se acercó a contemplar la escena. Tenía el rostro desencajado, y le lanzó una mirada furibunda a González, pues temía que las cosas acabaran de aquella manera.

—Solo hay otro destino posible —expresó Landa en voz alta—. El Puerto de Róterdam.

Todos se quedaron petrificados durante unos instantes, de manera inexplicable. Arnaud fue el primero en reaccionar y empezó a

vomitar órdenes de manera frenética. El francés, idioma que la brigada considerada melódico y poético, sonaba sucio y discordante en la boca del belga debido al enfado que tenía. Los petroleros navegaban despacio, y llegar al puerto holandés en un corto período de tiempo sería factible. Por desgracia, los narcos no eran estúpidos y les llevaban la delantera. Landa estaba segura de que la mercancía ya estaba moviéndose por toda Europa, pero escogió el silencio. Lo sabrían muy pronto. Muñoz le dio una palmada en el hombro, indeciso acerca de si ella era muy inteligente y observadora, o ellos unos ineptos.

—Tenemos que hablar, teniente.

—Claro, lo entiendo —consintió él mientras levantaba los hombros—. Espero que no me guardes rencor.

—En absoluto. Estamos obligados a respetar el escalafón. Por cierto, sé quién nos la ha jugado.

El teniente la miró, presa de un profundo desconcierto.

—¿Estás segura?

—Al 100% —insistió Amaia, con sus ojos plomizos brillantes como dos ascuas incandescentes.

55

Jaime González se marchó con Arnaud y los hombres de la Interpol, sin esperanza alguna de lograr incautar el cargamento. La situación entre ambos era tensa, sin visos de mejorar. Se avecinaban problemas, y Marín tendría que tomar cartas en el asunto. No le iba a hacer ninguna gracia, eso por descontado. Los tres compañeros se alejaron de allí, felices de dejar atrás el puerto de Amberes y todo los problemas que acarreaba aquel mastodóntico lugar. Era difícil tener una actitud positiva, el futuro pintaba tan negro como la vieja canción de los *Rolling Stones*. El teniente tenía aspecto de cansado, aunque la tirantez de su rostro se había dulcificado un ápice. Parecía aliviado al desprenderse de aquella pesada carga. Años de preparación con escaso premio. Pequeñas redadas, peces pequeños. Intentaba no pensar en la poca relevancia de lo conseguido. Los recursos de los narcos no paraban de crecer, parte de un río de caudal inagotable. ¿Qué podían hacer? Solo seguir en la brecha. Volvieron a Zaventem, sumidos en un silencio forzoso, aliviado por el aroma del chocolate y el de un café demasiado insípido. El primer vuelo a Madrid no salía hasta las nueve de la noche, y eso les otorgaba cierto tiempo de espera en el aeropuerto. Ferreras se encontraba en otro mundo, muy lejos de allí. Decidieron darle su espacio; sin duda, lo merecía. El viaje transcurrió de la misma manera, cada uno de ellos inmerso en sus propios pensamientos. La llegada a Barajas representó cierto caos, a pesar de bordear la medianoche. Menos personal y peor organizado. Estaban habituados a aquel desastre, solo que en aquella oportunidad les dio un poco de grima. Les llevó excesivo tiempo abandonar la terminal dos y coger un taxi hacia el apartamento de Muñoz. Landa se empecinó en no acudir a la central, aseguró que era lo mejor.

El apartamento lucía desordenado, como no podía ser de otra manera. La vida del teniente era caótica, y su casa reflejaba aquella parte de su personalidad. El hombre observó a Landa de soslayo, en busca de alguna señal de la noche de pasión que compartieron entre aquellas cuatro paredes, sin encontrar ninguna. Se encogió de hombros, no tenía importancia. Su ego a veces desafiaba la lógica. Preparó un termo de café negro, e invitó a las mujeres a sentarse alrededor de una mesa de color blanco marfil. Poseía un regusto amargo muy familiar. El que tomaban en la UCO era similar. Ferreras carraspeó, deseosa de empezar de una vez. La brigada la observó con

atención y volvió su mirada hacia Muñoz.

—Será mejor escucharte primero, sobre todo por ella —aclaró con seriedad.

—Es lo justo —reconoció él mediante un gesto mecánico. Ferreras apenas se movía, se asemejaba a una estatua clásica de formas perfectas—. ¿Por dónde empiezo? —divagó Muñoz, indeciso durante unos segundos—. Recibimos el soplo de que había españoles metidos en negocios con el cártel de Jalisco Nueva Generación, solo rumores, sin confirmar. Alguien importante, con posibles, no camellos de poca monta.

—¿Un chivatazo anónimo? —inquirió Ferreras.

—Sí, lo de siempre. Quería dinero por ampliar la información. No era concluyente, lo normal hubiera sido ignorarlo. Marín insistió. Cuando se lo propone es un cabrón testarudo. Nos advirtió que nadie debía saberlo. Y había que hacerlo bien.

—Algo debía saber el coronel —teorizó la brigada.

—Eso pensamos González y yo —reveló Muñoz—, tal y como confirmamos más tarde.

—¿Carreño? —preguntó Landa.

Muñoz asintió despacio, con su rostro dominado por una manifiesta expresión de agotamiento.

—¿Fue entonces cuando comenzaron tus problemas de conducta? —preguntó Landa, intrigada.

—Una forma curiosa de llamarlos —valoró él—. Tenía que parecer auténtico, así que nadie estaba al corriente, excepto Marín y González. Me vi obligado a cometer muchas estupideces. De la mayoría me avergüenzo. Tres años de un supuesto descenso a los infiernos. Demasiado tiempo viviendo una mentira.

Muñoz torció el gesto. No le hacía muy feliz hablar del asunto. No le quedo otra salida que hacerlo. Iba a suceder tarde o temprano. Sacó una cajetilla de tabaco del bolsillo y extrajo un cigarrillo. Lo encendió sin preguntar si les molestaba. Estaba en su casa, al fin y al cabo. Rozó con sus dedos un cenicero cuadrado de cristal y lo acercó hasta él. Unos pequeños aros subieron hasta el techo del apartamento. Suspiró con desgana y por fin decidió continuar.

—Comencé a traficar a pequeña escala. Material decomisado, ya sabéis. Al principio era una farsa, en un circuito cerrado, por desgracia, no funcionaba. Seguimos controlando el material, y nos movimos por diferentes territorios. Nos centramos en bandas latinas, como los Trinitarios. Fue entonces cuando empezó a fluir. Adquirí cierta reputación y mi nombre trascendió.

—¿Siendo policía? —preguntó Ferreras.

—Porque lo era —aseguró el teniente—. Necesitaban alguien de dentro que les informara de los movimientos del Grupo Antidrogas.

Sacrificamos piezas pequeñas, nada importante. Lo suficiente para organizar un encuentro.

—¿En México? —inquirió Landa.

—Así es. Tijuana y la mayor parte de Baja California. Un itinerario destinado a presumir. Morales Guzmán es un tipo pretencioso, le gusta alardear de su poder. Sus camiones, su ejército…

—¿Y el gobierno federal? —quiso saber Landa—. ¿Ellos no saben nada acerca de esto?

—Lo saben todo, por supuesto. Si nosotros tenemos ciertos problemas de corrupción, lo de ellos es otra escala. La droga da mucho dinero y compra muchas voluntades. En todas partes. Los cárteles están literalmente en guerra. Me alegro de no estar en su pellejo. La Guardia Nacional fue reestructurada y presiona a aquellos canallas, en especial cerca de la frontera con San Diego. Me temo que les viene grande.

—Allí conociste a Dávila —mencionó Ferreras con impaciencia.

—Sí —asintió Muñoz mientras estrujaba la colilla y encendía otro cigarro—. Apareció en algunas fiestas, pasado de alcohol, y siempre con una mujer diferente colgada de su brazo. No era el nombre que utilizaba, por cierto. Si pudiera recordarlo…

—¿No está metido en el ajo? —preguntó la brigada sorprendida.

—La verdad es que no lo sabemos. Es un tipo de buena familia. Sus padres y Morales Guzmán son viejos amigos, solo que no tenemos evidencias de que esté metido. La verdad es que apenas lo recordaba. Al acudir a mí Fuentes y mostrarme una foto suya lo situé, pero la verdad es que nunca hemos tenido una mierda contra él. Llevar a Fuentes con sus sospechas ante ti fue lo único que podía hacer. No podía desvelarlo todo. Esa decisión no me correspondía. Marín se negó.

—¿Por la implicación de Carreño?

—En efecto. Lleva tiempo detrás de él. Demasiadas historias, demasiados rumores. Intuyo que aleccionado por la juez Castro.

—Me parece una locura que apareciera por allí. —Las palabras de Ferreras revelaban una incredulidad manifiesta, acompañada de una profunda indignación.

—Yo pensé lo mismo. En aquel momento yo no sabía nada de su implicación con el cártel. Lo reconocí. ¿Cómo no hacerlo? Su cara sale en los periódicos con cierta frecuencia.

—¿No se extrañó de encontrarse con otro español allí?

—Ni siquiera nos presentaron. No intercambié ni una sola palabra con él. Solo sé que se reunió un par de veces en privado con Morales Guzmán.

—¿Qué hay de Miguel Rojo?

—Jamás lo vi. Si nos hubiéramos encontrado…, todo se habría ido a la mierda —comentó encogiéndose de hombros—. Les facilitamos mucho las cosas. Salvaron varios cargamentos pequeños gracias a la información que yo les facilitaba. Todo dirigido por González. El pobre se subía por las paredes. Había que ganarse su confianza a cualquier precio. Y eso incluía mantener a oscuras a absolutamente todo el mundo.

—¿Todo por el cargamento del Four Aida?

Muñoz apagó el cigarrillo y se llevó otro a los labios. No respondió. No hacía falta. Era evidente.

—Conocíais el nombre del barco —le reprochó Ferreras de mala gana.

—No sabíamos cuando partiría —explicó Muñoz con la voz rota —. Y no teníamos pruebas. No confiaban en mí, y lo dejaron bien claro. Tuve un par de tipos pegados a mí día y noche durante mi estancia.

Landa observó a su compañero con atención. Se mente se hallaba dispersa, en otro lugar, muy lejos de allí. Una mueca de descontento se dibujó en su rostro anguloso. Estaba segura de que se guardaba muchas cosas. Al fin y al cabo, tenía derecho.

—Cuando descubriste el alijo en el restaurante supimos que las cosas se habían torcido definitivamente —le dijo a Ferreras—. No sabíamos nada al respecto. Las comunicaciones se cortaron de pronto.

—Y poco después intentaron asesinarte —señaló Landa.

—Sabíamos que podía ocurrir —ponderó Muñoz sin ningún tipo de emoción en su voz—. Solo nos quedaba tratar de interceptar el cargamento, y hemos fracasado.

—Pete se dejó atrapar para estar cerca de ti —reveló la brigada —. Al confirmar tu identidad trató de eliminarte.

—Un juego arriesgado, incluso tratándose de un lunático como él —cuestionó Muñoz—. ¿Estás segura de eso?

—No puedo demostrarlo —admitió ella—. Con Pete siempre es así. Todo lo que le rodea es confuso y ambiguo. Intentó quitarte de en medio, eso lo sabemos. No encuentro otro motivo.

—En el puerto de Amberes me sorprendiste. Admito que estoy impresionado, incluso intrigado —admitió el teniente, deseoso de conocer la verdad—. Dijiste que sabías quién nos la había jugado.

La brigada terminó su café. Se levantó y caminó despacio hasta la ventana. La noche madrileña se perfilaba ante ella, llena de luces y de vehículos por las calles circundantes. Un lugar diferente a su hogar, al que había aprendido a amar. Suspiró y se acercó a sus compañeros.

—El crimen perfecto no existe —expuso con tranquilidad—. La mayoría de las veces, cuando resolvemos un caso, es debido a un error cometido, bien antes o después. El ser humano es imperfecto, y esa

coyuntura nos permite cosechar ciertos éxitos, o, mejor dicho, aprovecharnos de ciertos descuidos.

—No te tenía por una filósofa, brigada —rebatió Muñoz, un hombre pragmático y ególatra. La idea de renunciar a ciertos méritos no le resultaba atractiva.

—Alguien debió avisar a los narcos del dron que pusimos tras su pista.

—Eso no tiene sentido. Ese maldito cacharro ni siquiera es nuestro —protestó Ferreras.

—Ellos sabían que teníamos al despojo de Mateo Sánchez bien vigilado en la prisión de Soto del Real. Si hubieran podido matarlo antes de permitirle hablar con nosotros, lo hubieran hecho. Les quedaban dos opciones: cancelarlo o continuar. Mucho dinero en juego. Tratan de hacerse importantes y comerles terreno a la *bratva* y a otras mafias europeas. El sentido común me impulsa a pensar que ellos lo tenían todo bajo control, y representaron una farsa mientras el verdadero Revolución llevaba uno o dos días de adelanto respecto a lo que nosotros pensábamos.

—¿Y quién lo hizo? ¿Quién pudo avisarles? —insistía Silvia, presa de un nerviosismo que la superaba.

—Os lo mostraré —sentenció, con voz enigmática.

56

Sus ojos, enrojecidos por la prolongada exposición al brillo de la pantalla, le ardían de forma notable. Una lágrima furtiva se deslizó por su rostro cruel. Adoraba el juego, moverse a lo largo de la delgada línea roja enardecía sus sentidos. Vivía en un éxtasis perpetuo, obligado a enmascararlo en pos de una farsa irónica. El desafío era notable, y no había muchos capaces de asumirlo. Años de preparación, motivados por un deseo insaciable de prosperar. Sonrió complacido. Todo había terminado. Tiempo de cambiar, de abandonar aquella personalidad tan anodina y miserable. Se consideraba un maestro del disfraz, capaz de adoptar diferentes aspectos y cambiar incluso de complexión con las artimañas necesarias. Se miró al espejo. Las gotas de agua aún salpicaban el cristal ovalado. Guardó todos los enseres en la parte baja del armario. Se sentía extraño al ver esa vieja imagen, apenas la asociaba a su ser. Estiró los brazos y sacó músculo. Apenas había podido ejercitarse en los últimos meses, aún conservaba cierta agilidad y aquella fuerza nacida de sus entrañas. A fin de reforzar esos pensamientos, realizó unas flexiones encima de la alfombra del baño. Un acto estúpido e irreflexivo, lo sabía. Le gustaba regodearse en ciertos actos primarios, indignos de su condición. Al fin y al cabo solo era un hombre, como tal, imperfecto, por mucho que esa realidad lo molestara. El recuerdo de la sangre derramada dibujó una sonrisa sádica en su cara. Acabar con una vida representaba poder, dominio. Le permitía imponer su voluntad sobre los débiles.

Se incorporó de un salto y se subió los vaqueros con un rápido movimiento, pues se habían deslizado por debajo de la cintura. Solo tenía una hora para coger el tren y desaparecer. Echaría de menos Madrid. El ensordecedor ruido del tráfico, la algarabía que rodeaba los bares y *pubs* del centro, el aroma a naturaleza del parque del Retiro y tantas otras cosas que no era capaz de enumerar. La capital se había ganado un lugar en su corazón y su alma. Estaba convencido de que en los años venideros recordaría su estancia con agrado.

Pero había más.

Le costaría un mundo olvidarse de ella, con su sonrisa enigmática, su rostro níveo, aquella máscara que trataba de aislarla del mundo, convirtiéndola en alguien inalcanzable. Se sentía herido en su orgullo. La parte pragmática de su personalidad le recordaba que debía aprender de aquella experiencia, asumir lo sucedido como parte

de un vida loca, en la que imperaba el caos. No lograba sacársela de la cabeza, había conquistado un rincón de su cerebro, y se resistía a abandonarlo. No le había sucedido nunca. ¿Era amor? Desde luego que no. No obstante, había despertado su innata curiosidad hasta un límite cercano a la obsesión. Se encogió de hombros y se dirigió a la habitación con paso firme. Debía acabar de vestirse. Justo en el momento en el que traspasaba el umbral, alguien llamó a la puerta. Giró la cabeza extrañado, como si el tenue golpeteo se hubiera producido en su imaginación.

Toc, toc, toc.

Era real. Se acercó con sigilo, sin hacer el menor ruido. Sus pies descalzos apenas rozaron la moqueta. No había pedido nada a la recepción del hotel. Se suponía que no era de ese tipo de alojamientos, lo había escogido por ese motivo. Privacidad y discreción. Pegó el oído a la puerta mientras miraba de soslayo a la silla donde había dejado su cazadora. Su pistola estaba allí, esperándolo. Dudó por unos instantes, y entonces escuchó una voz a través del acceso.

—Soy yo, ábreme.

Reconoció la voz, llena de seguridad y confianza. Volvió a desviar la mirada hacia la banqueta y torció el gesto. No la necesitaba. Siempre que estuviera sola, claro. Como respuesta a sus pensamientos, Landa volvió a hablar.

—Estoy sola.

Abrió la puerta despacio. La parte de abajo estaba hinchada y se vio obligado a tirar de ella con tal de vencer la resistencia de la moqueta. Allí estaba, vestida de paisano, con ropa ancha destinada a ocultar las curvas que tanto deseaba poseer. Su rostro lucía más pálido de lo habitual, y le recordó a la efigie de una muñeca de porcelana. Aquellos ojos grises, semejantes a perlas de lo más profundo del océano, lo observaron con atención. No articuló palabra alguna, ni siquiera parecía sorprendida por su cambio de aspecto. Se apartó y la dejó pasar. La brigada se detuvo en medio de la habitación, examinó la estancia con la mirada de manera fugaz, y se interpuso entre la silla y él. Chica lista. El hombre cerró la puerta con brusquedad. Ella no se movió ni un ápice.

—¿Cómo me has encontrado? —quiso saber él.

—Mandé a Espinosa y López que te siguieran —corroboró Amaia con voz pausada—. Están abajo.

—Vaya, vaya —renegó él—. No me lo esperaba, la verdad.

—Lo imagino.

—Me gustaría saber cómo lo averiguaste.

—¿Por qué no? —Landa aceptó la propuesta y esbozó una sonrisa condescendiente, segura de que le molestaría. No se equivocó —. Tenemos todo el tiempo del mundo.

De manera involuntaria pensó en el tren. Por desgracia, Ámsterdam debería esperar. Sopesó sus posibilidades de huida, y cerró los ojos con fuerza. Tendría que doblegarla, tal vez matarla. No le gustó la idea.

—Debería agradecerte tu actitud infantil tras lo de la gasolinera —comenzó la brigada—. Eso y tu comportamiento posterior me hizo tomar distancia, David, o como quiera que te llames.

El analista la miró con una sonrisa irónica. Tenía que admitirlo, se había descontrolado un poco. Aquel exabrupto había supuesto salirse de un personaje preparado de manera metódica durante mucho tiempo. Le dolió verla en brazos de Muñoz, un tipo miserable y patético.

—Lo gracioso es que aquella noche te quedaste pasmado como un patán —expresó ella en un alarde de sinceridad—. Yo esperaba que fueras tú quien diera el paso.

—Ah, ¿sí?

—Muy torpe en captar las señales. Te aseguro que las había. El mundo es de los audaces, ya lo sabes.

—No te falta razón.

—Tu comportamiento posterior no encajaba con tu personalidad. Eso me hizo dudar, perder parte de mi confianza en ti. Un error estúpido. Irrelevante en apariencia, solo que definitivo.

David Juriasti dio un paso hacia ella. Landa no estaba segura de sus intenciones. Apartó su cazadora y le mostró el aparato que sobresalía del bolsillo interior. Un táser. El hombre se detuvo y retrocedió un par de pasos con las manos levantadas. Era difícil sorprenderla.

—Pete me dijo algo que me hizo reflexionar más adelante.

»En realidad, es muy bueno. Me encanta provocar a la gente, ya lo sabes. No se lo digas, o se le subirá a la cabeza.

—Mi viejo amigo tiene la costumbre de decir muchas cosas, a menudo sin sentido. Es difícil saber cuándo es sarcástico y cuando habla en serio. Su voz denotaba autenticidad. Muy raro escuchar un cumplido viniendo de él.

—Ese tipo es un psicópata —observó Juriasti con un cinismo remarcado.

—No lo creo, su mente es compleja, difícil de clasificar. Ojalá fuera tan fácil.

—Toda esta mierda fue por su culpa —añadió él de forma enigmática.

El hombre se alejó de ella y se dirigió a la butaca tapizada de un color grisáceo. Se sentó y se atusó el cabello con ambas manos. Su pelo ya no era rubio, había recuperado el tono azabache de su juventud. No había ni rastro del fino bigote, y sus ojos parecían más

grandes sin las enormes gafas de cristal redondo. Colocó su pierna derecha encima de la rodilla opuesta mientras echaba la espalda hacia atrás.

—El cargamento de droga era la clave de todo —continuó la brigada—. Con la redada de Ferreras nos apuntamos un tanto. Bueno, se lo apuntó ella en realidad. El tipo cantó como una *mezzosoprano*. Era obvio que harían algún movimiento. La pregunta es: ¿cuál?

—Me encanta escuchar tus ideas, siempre me encandiló. —Landa ignoró el comentario, y prosiguió con su explicación.

—Marín tuvo que tirar de influencias para que los norteamericanos buscasen al Four Aida con varios drones. Ellos lo sabían, y estaban preparados.

—¿Qué tiene que ver eso conmigo?

—Te anticipaste. En cuanto detuvimos al narco pusiste a girar la rueda. Eres un tipo listo. Aunque era difícil de conseguir, no había mucho más que pudiéramos hacer.

—¿Te importa que fume?

Landa negó con la cabeza. Juriasti señaló una de las mesillas de noche. Junto a la pequeña lámpara había un paquete de tabaco. Lo abrió despacio, con absoluta desconfianza. Después se permitió sonreír. Estaba medio vacío, con un encendedor de esos de plástico. Le arrojó la cajetilla que él cazó al vuelo, y en unos instantes tenía un cigarrillo rubio pegado a sus labios. Un hilo de humo ascendió hacia el techo como una libélula en busca de la luz. La brigada observó alarmada el detector de humos situado en el techo de la habitación, si bien un gesto del informático le dio a entender que estaba estropeado.

—Nos llevaban la delantera. Íbamos tarde. ¿Un día, tal vez dos?

—Dos —confirmó Juriasti expulsando humo blanco por la nariz.

—Y aquí patinaste, querido David. Te pudo el orgullo. Te empeñaste en señalar a Muñoz, y al hacerlo cometiste un error.

—La verdad es que ahora mismo no te sigo, Landa —admitió Juriasti. Apagó el cigarrillo aplastándolo contra el cenicero de cerámica.

—Ferreras y yo tragamos el anzuelo, y nos personamos en Amberes rogando que no fuera demasiado tarde.

—Lo era —señaló Juriasti mientras se encendía otro pitillo. Un tono soberbio se escondía detrás de su voz—. Solo soy un jugador más dentro de este juego. Lo importante es que el cargamento está en circulación. Nos reportará mucho dinero.

—Puedes sonreír si quieres —le retó la brigada—. Traer miseria a este mundo dice mucho de ti.

—Ahórrame tus discursos moralistas, Landa. El mundo es lo que es. No vas a cambiarlo con simples palabras. La ingenuidad no te

sienta bien.

—Me hubiera gustado saber que eras tan cínico…

—Es fácil hablar desde tu posición de persona privilegiada. Ni siquiera sabes cómo están las cosas en otros lugares.

—¿En serio? —cuestionó la brigada—. ¿De verdad vas a justificar el tráfico de drogas?

—¡No sabes nada! —gritó Juriasti, fuera de sí. Ansiaba levantarse y saltar sobre ella, pero un nuevo vistazo al táser refrenó su temperamento.

—Voy a jugar a las adivinanzas —notificó Landa—. A ver si acierto.

»Naciste y te criaste en un barrio pobre de Baja California o un lugar similar. No fuiste a la escuela, y vendías chatarra o madera robada. Empezaste como recadero del cártel y te convertiste en un traficante a pequeña escala. Te congraciaste con uno de los jefes y ellos te cuidaron a como a un hijo.

—¿Qué tal? —inquirió la mujer con una sonrisa burlona.

El analista la miró con el rostro transfigurado por la ira. No le gustaba quedar por debajo de nadie. Un suave hormigueo recorría sus puños, instándole a actuar. Los ojos grises de la brigada centelleaban, adivinando sus intenciones. La mirada de ella era firme, segura.

—No está mal —le concedió al fin—. No te has arriesgado mucho.

—Volvamos a lo que nos ocupa —le pidió Landa con gentileza —. ¿Dávila tenía los archivos en su portátil, o solo nos lo hiciste creer?

—No tengo idea de qué me hablas —replicó con el rostro transfigurado. Un escalofrío recorrió su espalda, y su cuerpo se vio sacudido por la cruda realidad. Sus labios temblaban, dominados por una rabia que apenas podía contener.

Pete se la había jugado. Se tapó los ojos con las manos, en un burdo intento de ocultar su desesperación. No entendía el motivo. ¿Por qué lo habría hecho? Le habían pagado de forma muy generosa. Alzó la cabeza y miró a los ojos grises de la brigada. Así que era eso. Aquel tipo era capaz de sentir, después de todo. Recordó alguna discusión pasional acerca de ella, fruto de una estúpida discusión. No le otorgó valor alguno. Le habían subestimado. No encontró la carpeta oculta en aquellos archivos. ¿Cómo era posible? Se mordió los labios y recordó que las habilidades del *hacker* excedían por mucho las suyas.

—Nunca me gustó ese tipo. —Juriasti decidió callar acerca de la última jugada de Pete. No le daría la satisfacción de revelar su triunfo—. No es otra cosa que un *playboy* de tres al cuarto. Ese es su único valor.

—¿Y Carreño? ¿Y Mendes?

—Dávila solo les proporcionaba una cosa —enfatizó Juriasti

con desdén—. Sexo.

Landa se sorprendió. No se lo esperaba. Su expresión de incredulidad hizo reír al hombre.

—Siempre fue un puto. —Por primera vez notó un leve deje en la forma de hablar de Juriasti que recordaba a su verdadero origen. Premeditado, sin lugar a duda—. De los caros. Clientes selectos, como Morales Guzmán y el juez. De vez en cuando le permitían pequeños encargos, le daban algún obsequio frívolo, y poco más.

—Joder… —Landa dio un respingo. Sus ojos se empequeñecieron de repente. No sabía cómo se iba a tomar Ferreras esa noticia—. ¿Y qué hay de Alejandra?

—No tengo ni idea de quién me hablas.

—Ella… —La brigada decidió no decir nada más. No estaba segura de cómo encajaba aquella mujer en el caso. Debería aceptar que se trataba de un cabo suelto que seguramente nunca podrían resolver—. Dejémoslo estar. Háblame de Miguel Rojo.

—Carreño lo trajo. Aseguró que nos sería de gran ayuda. Al principio lo fue, después resultó ser un cabrón avaricioso. Gestionó la falsificación de dinero. Nunca habíamos visto un resultado tan bueno. Debió de pensárselo mejor porque se llevó el dinero con ayuda de Morales.

»Una verdad entre tantas mentiras. Vaya, Pete, debes de estar ablandándote con los años.

—¿Y por eso los mataste?

—Yo no decido, cariño. Solo cumplo órdenes. De todas formas, el destino de Pedrito estaba marcado. Participó en un juego peligroso durante demasiado tiempo. No le sorprendió su final. Incluso fui misericordioso con él. En cuanto a Rojo… no tuve nada que ver. Se encargaron otros.

—¿Por qué ejecutar a Franco Hernández?

—Era un hombre del cártel de Tijuana. No es necesaria otra razón. Un tipo con pocas luces. No fue difícil engañarlo. Utilicé un viejo disfraz. Fue divertido.

La brigada lo traspasó con la mirada. El sicario tenía el alma tan negra que le dio asco estar cerca de él.

—Necesito una copa —rezongó Juriasti—. Voy a estar mucho tiempo sin tomar una, ¿no crees?

Landa no respondió, acercándose a la nevera con cautela. No le dio la espalda en ningún momento, y la abrió con la yema de los dedos. Buscó una de esas pequeñas botellas, triste consuelo destinada a una necesidad acuciante. Le lanzó una de vodka, que cayó a los pies de él. La recogió, desenroscó el tapón y vació el contenido en su garganta. Jugueteó con el cristal y lo lanzó lejos de sí. Un estallido lo fragmentó en varios pedazos de gran tamaño. La brigada lo observó

con una ceja arqueada.

—Estuviste presente en las reuniones de Morales Guzmán con Carreño, Dávila y Muñoz. Sacaste las fotos.

—No recuerdo nada de eso que dices —escupió Juriasti de mala gana.

—Muñoz no te recuerda, claro, a saber qué aspecto tendrías. Saliste en algunas; esas no las incluiste en el archivo que dejaste en el portátil de Dávila. No cambiaste los nombres de cada foto. Faltaban los números de muchas de ellas. Eso demostró que fueron ocultadas de manera deliberada. Y eso solo pudo hacerlo alguien interesado en mantener su identidad en secreto. Aquel que sacó las fotos.

—Joder… —El sicario maldijo su estupidez por haberlas guardado. Pensó que podría usarlas si fuera necesario apretarle las tuercas a Carreño.

—Con que las hubieras renombrado no me habría dado cuenta nunca. O mejor aún, si no las hubieras puesto en juego seguiríamos a oscuras.

Juriasti recibió las últimas palabras de Landa como una bofetada en pleno rostro. Maldijo a Pete para sus adentros una y otra vez. Debió acatar las órdenes del cártel. Una vez puesto a salvo el cargamento debía desaparecer. Años de tapadera directos al infierno. Lo necesitaban en otros lugares, pese a que no deseaba marcharse. Adoraba Madrid. Se entretuvo demasiado, perdido entre sus calles, despidiéndose de ellas, reacio a romper el vínculo. ¿Cómo había podido ser tan torpe? En lugar de ganar tiempo, había servido su cabeza en una bandeja de plata. Miró a la brigada con atención. Exhibía una sonrisa triunfante. No podía culparla. Encendió el último cigarrillo. Lo recibió como un bálsamo de una realidad de la que no podía escapar.

—Lo pasé por alto, obcecada en la imagen de Muñoz con el Four Aida detrás de él. En el puerto de Amberes lo recordé. El cerebro es un órgano curioso. Me trajo de vuelta a la realidad. Si hubiera estado atenta no me habría hecho falta venir a buscarte. Siento que te hayas hecho ilusiones con respecto a escapar, David.

—Ese no es mi nombre —replicó furioso—. Solo es otra de las mentiras construidas alrededor de un personaje imaginario.

—¿Y cuál es entonces?

—No tengo nombre. No soy nadie. Solo una sombra de oscuridad y muerte.

La brigada lo traspasó con la mirada. La lividez de su rostro, sus ojos enrojecidos, la tensión de cada músculo de su cuerpo indicaban una verdad irrefutable. El hombre que tenía ante sus ojos había perdido toda conexión con la realidad… o eso quería transmitir. La humareda ascendió con fuerza en busca del aparato, con la fuerza de

un enjambre de abejas. Al envolverlo, el dispositivo reaccionó de manera violenta. Un pitido estridente inundó la habitación. Landa desvió la mirada, sobresaltada por el sonido de la alarma antiincendios. Juriasti se incorporó, metió la mano debajo del cojín de la butaca y cerró su puño en torno al arma. Apoyándose en su pierna derecha, saltó directo hacia ella. La mujer agarró el táser, pero no pudo utilizarlo. Ambos cuerpos chocaron con ímpetu, atraídos por una fuerza irresistible. La cadera de él aplastó la pelvis de ella, y una poderosa garra retorció su muñeca hasta hacerla gritar. La pistola eléctrica salió despedida varios metros hacia la derecha, convirtiéndose en un artilugio inútil. El filo del cuchillo resplandeció cerca de la garganta de Amaia, y observó el reflejo de la muerte en aquellos salientes dentados.

—Toca reunirte con Morales —exclamó lleno de euforia—. Esto será aún más fácil.

Landa golpeó con su puño en el antebrazo del asesino, que se desplazó hacia delante, de manera dramática. Movió la cabeza hacia un lado, y escuchó cómo la punta del cuchillo hendía la moqueta. Se apoyó en el hombro contrario y descargó un codazo en pleno rostro de Juriasti. El hombre cayó hacia atrás, como un peso muerto, y se golpeó la cabeza contra una de las patas de la butaca. Intentó levantarse, mas le fue imposible. Su visión era borrosa. Una bruma densa rodeaba su cuerpo. Apenas distinguió a la brigada, con su arma reglamentaria apuntándole entre los ojos. Tenía aprisionada la hoja con uno de sus pies. Volvía a lucir esa máscara impenetrable, donde escondía sus emociones, ¿o acaso era un producto de su imaginación? No importaba. Todo había terminado.

La puerta se abrió con violencia a sus espaldas. Espinosa y López irrumpieron en la habitación, con el rostro enrojecido. Saltaron por encima del acceso, fuera de sus goznes, y se abalanzaron sobre Juriasti. Sin miramientos, lo esposaron y, cuando les escupió en pleno rostro, fueron capaces de contenerse. Lo sacaron de allí a empujones. La brigada esbozó una sonrisa. Ambos habían mentido. Se acercó a la ventana, y pegó su cabeza contra el cristal. Una parte de ella se sentía aliviada. Le daba terror equivocarse y, aunque jamás se sacaría aquella espina que tenía clavada en lo más profundo de su ser, en cierta manera se sentía reivindicada. Todo estaba relacionado. Tenía razón. Quedaba mucho por resolver. Y sería largo. Era una pequeña victoria. ¿Por qué no disfrutarla? Sonrió, de manera distendida, y le agradó ver su reflejo en el vidrio. Sacó el móvil del bolsillo, y marcó el número casi a ciegas. Se lo sabía de memoria.

—¿Elosegui? —La voz del comisario permanecía inmutable al paso del tiempo, una de las pocas constantes resistentes al cambio. Siempre podría contar con él, lo que suponía un enorme alivio—. Lo

hemos conseguido.

57

Cada paso la acercaba al cierre de una obsesión malsana, ni siquiera propia, que debía superar. Las escaleras representaban un desafío simbólico, una nimiedad de escasa importancia. Había empezado a aceptarse, a tomar conciencia de quién era en realidad, y por primera vez en su vida fue capaz de mirar al futuro con esperanza. Su voluntad era de hierro y lograría todo aquello que se propusiera. Ya no escuchaba la voz de Manuel, ni reproducía aquellos consejos ficticios, apenas observaba su rostro cobijado en las nubes del cielo de Madrid, su ciudad favorita en el mundo. Aún lo necesitaba, añoraba su presencia, su rostro cuadrado, e incluso aquel bigote pasado de moda. Debía avanzar, era necesario. No podía regodearse en la melancolía, a él no le hubiera gustado. Una firme determinación se dibujó en su rostro, y apretó los dientes con tal de infundirse ánimos. Solo encontró un par de médicos sentados en los peldaños del primer piso. Se apartaron con rapidez para dejarla pasar. El uniforme todavía imponía respeto en algunas personas. El ascensor le producía claustrofobia, y prefería evitar usarlo. La puerta de la planta de cirugía cedió ante el empuje de su mano derecha. Las auxiliares y enfermeras iban de un lado a otro, sobrepasadas de trabajo, como siempre. Un olor a desinfectante penetró en sus fosas nasales, amargo recordatorio del problema de ventilación sufrido por aquella ala de la clínica. Notó la mirada curiosa de cada persona sobre sus espaldas mientras se dirigía al control de enfermería. La encontró allí, con los ojos inmersos en la historia de un paciente. Elena Acosta, sin saber muy bien la razón, alzó la cabeza en ese preciso instante y sus miradas volvieron a cruzarse tras un primer encuentro lleno de tensión. Ninguna de las dos lo había olvidado. A la enfermera le costó reconocerla vestida de uniforme, y cuando lo hizo le dedicó una cálida sonrisa. Había cumplido con su palabra, un policía había vigilado su casa cada noche desde que hablara con la agente.

—Ha llegado el momento —anunció Ferreras—. He pensado que querrías un asiento de primera fila.

La supervisora asintió, y presa de los nervios tiró con el codo un vaso de plástico lleno de bolígrafos que se apresuró a recoger. Varias enfermeras observaban la escena intrigadas, sin entender nada en absoluto. Acosta las tranquilizó mediante un gesto con ambas manos, y descolgó el teléfono situado encima del mostrador. Ferreras

escuchó como le pedía a Dávila que acudiera al control de enfermería. No le dio más explicaciones, se limitó a decirle que era urgente y cortó la llamada. La mujer se sentó en la silla y retrocedió hasta chocar con la pared a su espalda. La rodearon con rapidez, preocupadas por la lividez de su rostro. Le dieron agua mineral y su semblante recuperó enseguida su color. Unos pasos firmes se escucharon con claridad procedentes del pasillo adyacente. La agente desvió la mirada y lo vio acercarse. Su porte era distinguido, y su cuerpo perfecto se apreciaba por debajo de la bata blanca y una ropa elegante de colores sobrios. Se había afeitado, lo que resaltaba aún más su mandíbula perfecta y aquel gesto canalla tan personal. El médico dio un respingo al ver a la policía. Daba el acoso por concluido.

—¿Cómo puedo ayudarla, agente?

No la había reconocido. Silvia había recuperado su color de pelo habitual, y el uniforme escondía las curvas de su cuerpo estilizado. Al aproximarse se fijó en los ojos azules de ella y en la forma de su rostro. Abrió la boca, incapaz de articular una sola palabra. Cada día recordaba el furtivo encuentro y se preguntaba si la volvería a ver. No pudo ocultar su sorpresa, e instantes después una sombra de oscuridad cubrió su semblante. Carraspeó y miró a los lados. Todos lo observaban con atención, y aquel escrutinio despiadado llegó a incomodarlo. Alcanzó a escuchar alguna risita burlona. Sin sorpresas, sabía a la perfección lo que pensaban de él. Su mente ató cabos con rapidez y miró con ira a Ferreras. Encontró a una mujer dura e inflexible. Podría haberle esperado abajo, no había necesidad de montar una escena. En la mirada de la agente centelleaba un odio atroz. Era personal, de eso no tenía duda. No estaba seguro de si era debido a su noche de pasión o si existía otra razón. Recordó entonces al guardia civil malencarado que lo acosaba día y noche con el pretexto de interrogar a Alejandra. Comprendió por qué no lo había vuelto a ver. El policía fallecido debía de ser él.

Ferreras se llevó una mano al bolsillo superior de su chaqueta y sacó una hoja de papel doblada con esmero. Se la entregó y él la desdobló con calma, a pesar de que un ligero temblor en sus manos delató su nerviosismo. Se creía intocable. Leyó la orden de arresto. Se le acusaba de pertenencia a banda criminal, de obstrucción a la justicia y secuestro. Una sonrisa irónica apareció en sus labios. Carreño lo protegería como siempre había hecho. La agente leyó su expresión sin problemas. Lo miró con desprecio.

—El juez Carreño tiene sus propios problemas —le aclaró con malicia—. Estás solo en esto.

Dávila la miró sin entender. Lo que sugería le parecía imposible. La fiscalía, espoleada por la insistencia de Javier Marín y la juez Ariadna Castro, lo tenía en el punto de mira. El asunto del Four

Aida había trascendido a la prensa y no iban a permitir que el magistrado saliera impune. Sería un proceso largo y difícil. Estaban seguros de que no iba a poner en riesgo su defensa por ayudar a un patán como él.

—Más te vale que la chica esté viva —lo amenazó Ferreras sin pensar en las consecuencias. No podía quitarse a Fuentes de la cabeza. Era su legado—. De lo contrario te espera un infierno, amigo.

Dávila no era estúpido. Cualquier cosa que pudiera decir empeoraría las cosas. Se dio la vuelta con las manos detrás de la espalda. Ferreras le arrebató la orden firmada por la juez Castro y le colocó las esposas mediante un movimiento rápido. Una salva de aplausos llenó la planta de cirugía del hospital Gregorio Marañón. En ocasiones, la espontaneidad se imponía a la razón. El comportamiento soberbio y mezquino del doctor había garantizado la repulsa de la inmensa mayoría de sus compañeros de trabajo.

Ferreras lo movió a empellones hacia el ascensor. Se sentía tan bien que olvidó su aversión a los espacios cerrados. Elena Acosta le sonrió al pasar. La agente le guiñó un ojo de forma fugaz y repentina, aunque solo podía pensar en su compañero. Por última vez imaginó su varonil voz susurrando unas palabras de aliento a sus oídos.

«Buen trabajo, cielo».

Una lágrima se deslizó por su mejilla, a modo de despedida. Se sentía preparada para mirar hacia delante, pero una parte de ella se marchó con él, de Madrid al cielo.

58

El Gran Cañón del Colorado permanecía inalterable al paso del tiempo, una constante inmutable en sus corazones, con un importante valor en sus recuerdos. En especial, en los de ella. Alejandra contempló el fondo del abismo desde el automóvil, un viejo Chevy de 1957. Una pieza de museo, que funcionaba como el primer día. Siempre deseó tener uno. Un sueño cumplido, gracias a él. Estaba sentado a su lado, con la mirada perdida. La barba recortada le sentaba de maravilla, dotándole de un poso de rebeldía que le confería un gran atractivo. Era un ángel de la guarda, su refugio en aquel mundo imperfecto. Con él se sentía segura, sin miedo. El amanecer se extendió por todo el paraje, y creó una imagen perfecta digna de ser inmortalizada en un lienzo, o al menos en una foto. Aferró la cámara digital y sacó un montón. El color azafrán se extendía por todo el cielo y envolvía al desfiladero, mezclándose con el tono terroso tan característico. Solo podía escucharse una leve brisa, incapaz de estropear aquel idílico lienzo. Cerró los párpados, y en su imaginación Diablo se acercaba con cuidado, como un halcón, acariciaba su rostro con sus enormes manos y la besaba con ternura. Un beso corto, lleno de significado. Al abrir los ojos todo seguía igual. Él permanecía inmóvil. Guardaba cierto parecido con la estatua de un dios griego, perfecta, capaz de transcender el paso del tiempo, o al menos así lo veía. Le sacó una foto. No pudo resistirse a la tentación. El hombre apenas arqueó una ceja. No le gustaba hacer de modelo.

«Después deberás borrarlas», decía siempre.

Y lo hacía. ¿Cómo negarse? Le debía la vida. Alejandra se aferraba a sus recuerdos temerosa de perderlos de nuevo, incluso a costa de no mirar hacia delante. Había pasado el último mes en el hospital, recuperándose de sus heridas, tras superar con éxito varias operaciones. Su gran amigo no se había movido de su lado, cuidándola día y noche. No se fiaba del cártel, pese a que no era nadie importante, solo una muerta de hambre más. Tenían muchas chicas que vejar y explotar. Una parte de ella deseaba volver y ayudarlas. Diablo se lo había prohibido de forma taxativa. No podía cambiar el mundo, era un sueño imposible. Se había ganado el derecho de empezar de nuevo.

—Tengo algo para ti —anunció con una sonrisa de medio lado.

Con el transcurrir de los años se había convertido en un hombre

circunspecto, poco dado a reír. Aquel brillo ígneo que rodeaba sus ojos había desaparecido, extinguido por la cantidad de sucesos deleznables presenciados. Llevó su mano al bolsillo de la chaqueta, sacó una libreta azul y un sobre blanco. La mujer abrió los ojos de par en par. Había vivido una escena similar hacía no mucho tiempo, solo que él no era Dávila. Le dio la vuelta y observó el pasaporte. Un águila ocupaba el centro de la imagen. Diferente a la mexicana, fundida en el color azul oscuro del documento. Lo abrió y tembló como una hoja al comprobar el nombre impreso.

«Alejandra Morales».

Un torrente de lágrimas se deslizó por su rostro. No intentó retenerlo. Una vez más, las imágenes de aquella noche acudieron a su memoria.

Había robado la tarjeta que Daniela Cruz guardaba en aquel infecto almacén. Se negó a irse sin ella. Un pasaporte falso, un viaje intercontinental con la angustia reflejada en la ventanilla del avión. Lo sorprendió en su despacho. Fue fácil llegar hasta allí, con una sonrisa y un leve coqueteo se podían conseguir muchas cosas. Lo enfrentó furiosa, con el tacto del arma aferrado a sus dedos sudorosos. Había sido muy fácil de comprar en el mercado negro. Solo le llevó unas horas adquirirla. Él no conocía su existencia. Sus ojos eran sinceros y su llanto culpable la convenció. Le rogó una oportunidad y ella le permitió abrazarla. Una nueva ilusión nació en su corazón, podría recuperar su identidad. Sería alguien por fin. Hablaron largo y tendido durante horas. No quiso contarle todas las penurias que había padecido. ¿Por qué torturar a su conciencia culpable?

El tacto de sus dedos arrugados era gentil y cariñoso. Los ojos de Pedro Morales apenas poseían el brillo de sus días jóvenes, y una expresión de felicidad se dibujó en su rostro, un fugaz destello de luz en un mundo lleno de sombras. Le entregó una llave sucia, cubierta de óxido. Abría una puerta oculta al final del pasillo. Le explicó cómo accionarla. La utilizaba de vez en cuando con el propósito de mantener reuniones secretas sin que las cámaras de la entrada lo detectasen. Alejandra se mordió los labios. No le costó entender con qué clase de personas hacía negocios. En eso no le habían mentido.

«Debes irte.», le susurró con la voz rota.

Un dolor intenso se abrió paso en su pecho, sin embargo, la mirada de él era firme. No tenía elección. Los labios amoratados de Morales temblaban como una hoja a merced del viento. Alejandra lo entendió a la perfección. Trataba de protegerla. Su rostro se endureció y salió del despacho con el rostro enrojecido. Le faltaba el aire. Entró en los servicios y empapó su rostro con agua fría. Se apoyó en el lavabo, con la respiración entrecortada. Cerró los ojos y trató de recuperar el control de sí misma.

Las pulsaciones descendieron de forma abrupta a medida que su determinación crecía. No necesitaba la protección de ese hombre. Había sobrevivido sin él durante toda su vida. Volvería al despacho y se lo dejaría muy claro.

Al aproximarse a la puerta se dio cuenta de que estaba entornada. Un largo escalofrío recorrió su espalda, y se quedó petrificada. Escuchó con nitidez un murmullo procedente del interior. El estudio estaba envuelto en sombras, pese a ello, fue capaz de vislumbrar el reflejo de la luz del portátil en el filo de un cuchillo de grandes dimensiones. Tenía la pistola en el bolsillo, notaba su contacto helador en cada poro de piel de la palma de su mano. No fue capaz de reaccionar. Se quedó paralizada mientras una figura encapuchada sesgaba la vida de Pedro Morales. Fue rápido.

Se arrastró hacia al pasillo con las manos temblorosas. Sus dedos buscaron con desesperación la maldita puerta mientras un torrente de lágrimas inundaba su rostro. La halló por puro instinto, e introdujo la llave sin atreverse a mirar atrás. No quería morir, no después de todo lo que había pasado. Aprisionó la tarjeta que la había conducido hasta allí en el interior de su puño, y se permitió sentir todo el dolor, amargo y cruel. Unas escaleras la condujeron a la libertad y también al caos. A un terrible accidente que bien pudo costarle la vida.

Alejandra volvió al presente con una sonrisa cincelada en su rostro. Era agradable sentirse completa.

—Ha debido de costarte mucho —valoró por fin al volver a la realidad—. Me servirá por un tiempo.

—Te servirá para siempre, procura no perderlo —le informó Diablo con tono reprobador.

—No lo entiendo.

—No es falso, cariño —le explicó él—. Eres ciudadana norteamericana. Aún tengo contactos en la agencia, un par de amigos con cuentas que saldar.

—Dios santo…

—No quería arrebatarte tu herencia, lo siento de veras. No tengo tantas influencias en el Gobierno Federal de México por ahora. —Las últimas palabras flotaron por el aire, portadoras de un significado incomprensible—. Además, es más seguro que seas ciudadana gringa si vas a vivir en San Francisco.

Alejandra se sentía abrumada, y trató de retener las lágrimas, consiguiéndolo a duras penas. Un contrato de trabajo en la cadena de supermercados Wallmart, las escrituras de un apartamento en propiedad en pleno Fisherman´s Wharf[29], junto con unas llaves de latón. Un lugar idílico, soñaba con vivir allí, y él lo sabía. Se lanzó a sus brazos y lo abrazó con fuerza, con el deseo imposible de retenerlo junto a ella.

—No vienes conmigo, ¿verdad?

—No puedo, cariño —declaró mientras acariciaba su cara húmeda—. He contraído una serie de obligaciones que me atan a Tijuana.

—Es por mi culpa, ¿no es así?

Diablo la miró con intensidad y negó con la cabeza.

—He de expiar muchos pecados, y ya es hora de que empiece a hacerlo. En realidad, te he utilizado como excusa para ponerme en el mapa y hacer lo correcto de una maldita vez.

—Tienes muchas habilidades, diablillo, mentir no es una de ellas.

Ambos rieron durante unos minutos y se abrazaron con intensidad.

—Ya es hora de estar del lado de los ángeles, cariño. No tienes ni idea del peso que supone una conciencia culpable.

—¿Volveré a verte?

—No lo sé. Es peligroso estar cerca de mí, ahora más que nunca.

Alejandra tembló como una hoja. La misma frase destinada a apartarla de él, sin duda le pertenecía. Pudo reconocer la verdad en ella, del mismo modo que la contemplaba reflejada en sus ojos oscuros. Él abrió la puerta del copiloto y salió del coche. Sus ojos se desviaron a la enorme motocicleta aparcada a pocos metros de distancia. Una Harley Davidson. Le encantaba aquella máquina. Adoraba experimentar la inigualable sensación de libertad con el viento a su espalda. Se subió después de pasar una pierna por encima del asiento y giró la llave con suavidad. El motor aulló como un coyote del desierto de Arizona, y al hacerlo un largo y sensual escalofrío recorrió cada fibra de su cuerpo. No le gustaban las despedidas, y no miró atrás. Se dispuso a abandonar aquel edén, pero la voz de Alejandra se lo impidió.

Corría hacia él mientras agitaba las manos de manera frenética. El viento movía el vuelo de su vestido blanco, y la hacía parecer una criatura incorruptible. Se pegó a la moto, y sintió las vibraciones por todo su cuerpo. Una mano frágil acarició el rostro del hombre. Su amigo, su fiel protector.

Diablo, el que siempre ayuda.

—¿Uno para el camino?

El no dijo nada, solo asintió despacio. Bajó la cabeza y sus labios se encontraron una última vez. Fue un beso largo, lleno de toda la pasión que ella necesitaba. Un sabor a despedida, impregnado de la esperanza de un nuevo encuentro, cálido como el rubor de sus mejillas, lleno de esperanza. El mundo dejó de girar y los ojos esmeralda de Alejandra lo observaron todo con atención, registrando

cada nimio detalle. Nada la haría olvidar. Estaba segura. Lo mantendría junto a su corazón hasta el día de su muerte. Se separaron despacio, con un atisbo de tristeza en las pupilas de ambos. Diablo giró la Harley, y retrocedió por el camino sin asfaltar. Una polvareda de humo seguía la estela de su marcha, incapaz de alcanzarlo. Ella permaneció inmóvil varios minutos, en un inútil intento de seguir su rastro. Lo había perdido de vista. A pesar de ello, sentía la necesidad de buscarlo. Una sensación de paz invadió su cuerpo, y una sonrisa se adueñó de su semblante. Un día soleado y caluroso la aguardaba. Regresó al coche de sus sueños, y apretó el pasaporte contra su pecho. Arrancó el vehículo. Tenía un largo camino hasta llegar a casa. Sin poder evitarlo, empezó a reír. Era feliz, tal vez por primera vez en su vida.

Ya no era una niña perdida, sin identidad.

—¡Soy Alejandra Morales! —gritó por encima del murmullo del viento.

Durante el proceso de escribir esta novela he contado con el apoyo de personas excepcionales, cuyo aliento ha resultado fundamental a la hora de llevar a cabo este proyecto, así como en mi día a día. Muy agradecido por cada palabra de ánimo, por estar siempre ahí, y por no dejarme desfallecer. Mi grupo de lectoras fieles: esto os pertenece, así como a todos los maravillosos compañeros, cuyos conocimientos y generosidad suponen un aprendizaje continuo y enriquecedor.

Manuel Torres.

Querido lector:

Te agradecería mucho contar con tu reseña, conocer tus sensaciones y sugerencias, algo imprescindible para seguir creciendo como escritor. Si es así, y sientes que ha merecido la pena el tiempo que te ha llevado leerla, no olvides dejar tu valoración como cliente de Amazon. Al dar tu opinión, otros usuarios la leerán y podrán decidir si darle una oportunidad o no. Recuerda que también me ayudas a hacerme más visible y, por tanto, a seguir escribiendo. Las aventuras de la brigada Landa acaban de comenzar y me encantaría que me acompañaras en este viaje.

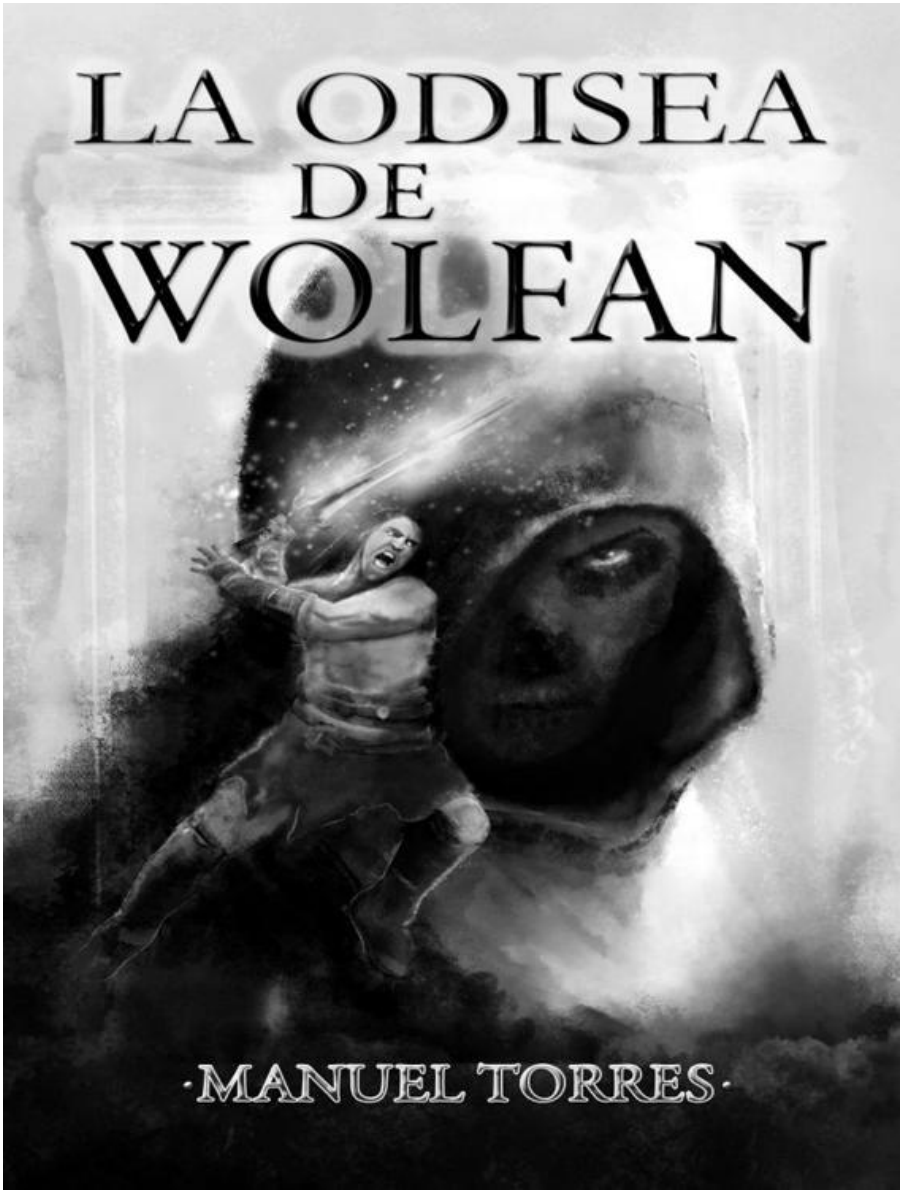
Puedes encontrarme en Facebook, Twitter, Instagram y en mi página web. Estaré encantado de atenderte en cualesquiera de estos lugares. ¡Mil gracias, y no te olvides de disfrutar de la vida!

Contáctame:

Sitio web: https://manueltorresescritor.com/
Facebook: https:/ facebook.com/manueltorresescritor/
Twitter: https://twitter.com/torres_escritor
Instagram:https://instagram.com/manueltorresescritor/
Mail: mtlolotorres@gmail.com

Gracias,
Manuel Torres.

OTROS TÍTULOS DEL AUTOR:



El milenario reino de Kindem se halla en peligro. El mago oscuro acecha oculto en los bosques de Zulorg, ansiando traer dolor y agonía al mundo de Keryan. La profecía de un moribundo representa la única esperanza para sus pobladores... "El mal caerá sobre el reino, envolviéndolo en unas tinieblas de las que no podrá salir jamás, a no ser que el Lobo Blanco descienda del norte para desgarrar las entrañas de la traición..." ¿Podrá Wolfan enfrentarse al mal absoluto y renunciar a su libertad? ¿Logrará superarse a sí mismo y cumplir con su destino?

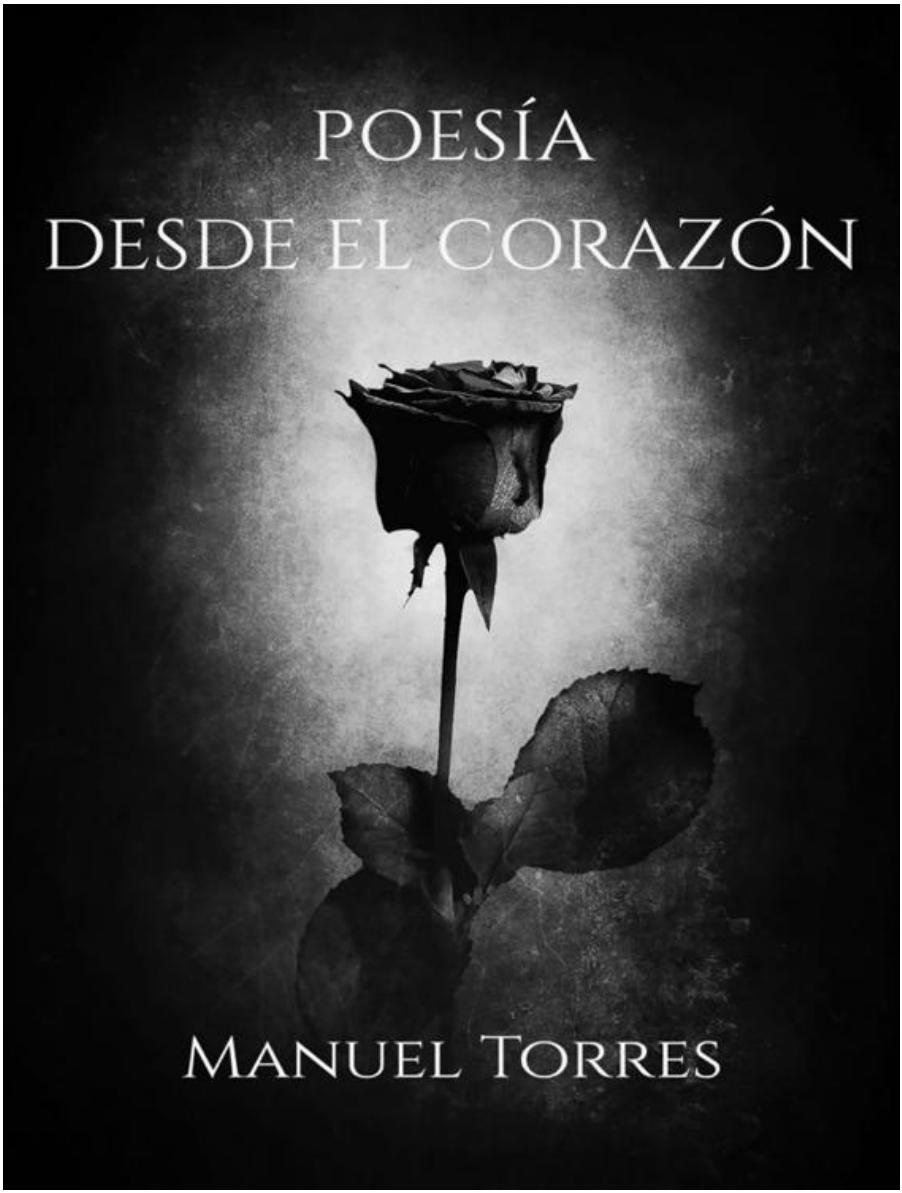
Tercera edición de la obra que incluye el importante relato «El rey de hielo», estrechamente vinculado a la historia de Wolfan, y que nos invita a conocer la fría y distante

Ramk, en la que sobrevivir no es apto para pusilánimes.

https://rxe.me/9WY9GM

El castigo por profanar las tierras de los wrackös era la muerte. La ciudad maldita de Nigrüth esperaba a aquellos extranjeros que tuvieran la osadía de mancillar la sagrada tumba de Kokloth, héroe legendario del pueblo de la selva negra. Khallim y su grupo de aventureros se ven abocados a luchar por sus vidas en cada rincón de la antigua urbe, otrora cuna de la civilización del continente Plygunth. Todas las sendas conducen a un funesto destino a manos del malévolo verdugo, cuya única meta es traer el mal a la tierra de los hombres.

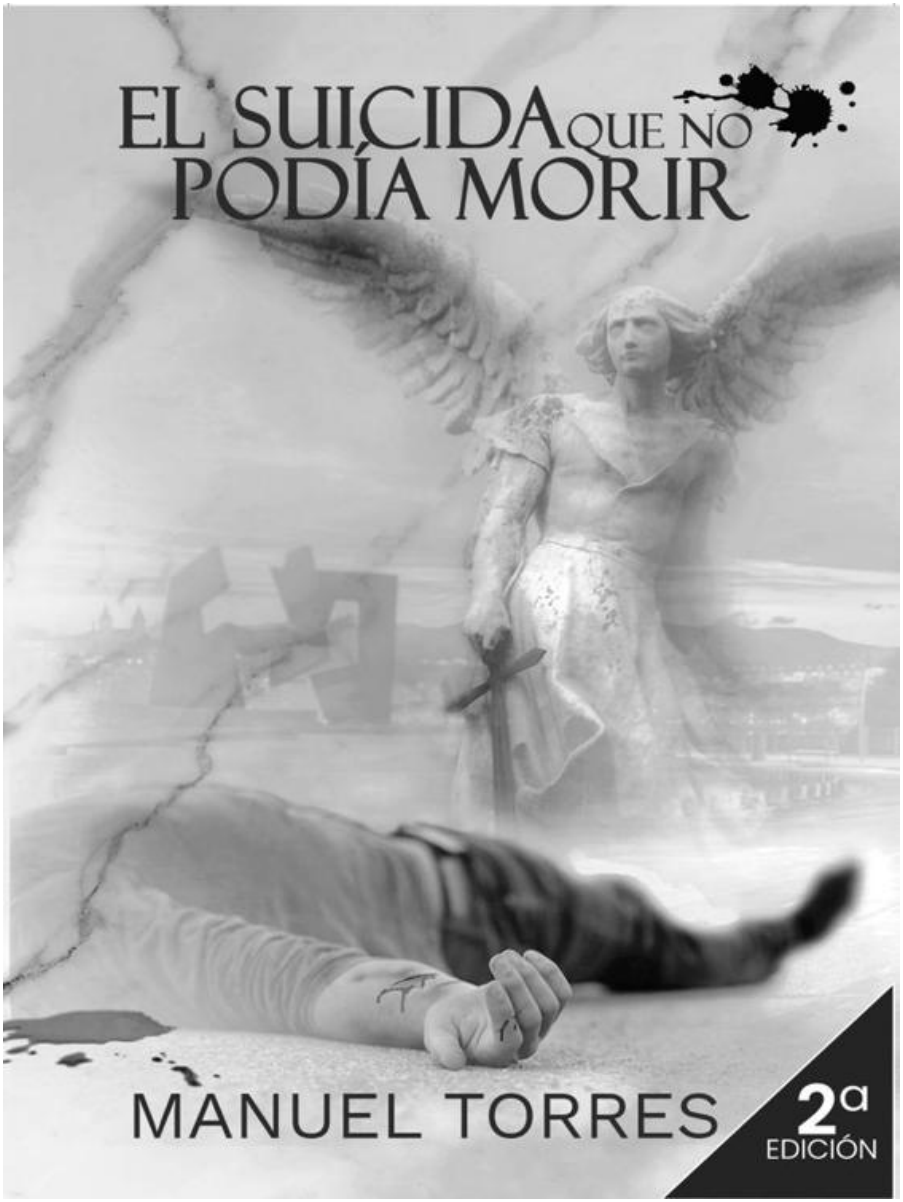
https://rxe.me/RH43S2



Pensamientos de un alma atormentada. El amor, ese ser esquivo y huidizo provoca en nosotros una amalgama de sensaciones dispares, que van desde la más tierna ilusión hasta la más profunda desesperación. ¿Qué es un poeta sin la pasión más bella? ¿Cómo podemos sobrevivir si el toque de nuestro ser más amado?

Este poemario es un recuerdo lleno de nostalgia de una época más sencilla, donde el adulto que vamos a convertirnos da sus primeros pasos en una vida que apenas comprende, guiado por el roce de un sentimiento que se abre paso por nuestro ser y del que no nos podemos desprender. Una profunda introspectiva desde la adolescencia hasta el albor de la edad adulta.

https://rxe.me/RKZ4L5



El agente de la Ertzaintza Jon Gómez ha encontrado algo que no esperaba. En el Paseo Nuevo de Donostia, rodeado de gaviotas, yace un cadáver con un siniestro mensaje grabado con letras sanguinolentas en la frente: Culpable. Un caso que sacudirá los cimientos y convicciones del policía, apenas recuperado de un pasado que se empeña en perseguirlo implacablemente, y que amenaza con llevarlo a la locura. El detective se aferrará a la investigación con toda su alma, sabedor de que representa su última posibilidad de redención, la única oportunidad que le queda para obtener el perdón y salvar su alma de la oscuridad que amenaza con enterrarlo para siempre.

La muerte se esconde en los lugares más recónditos de la agreste costa guipuzcoana, alejada de los investigadores de la policía. La identidad del implacable asesino permanece enterrada entre los amargos recuerdos de la memoria rota de un ayer traumático, desesperado y terrible, lleno de desolación y crueldad.

https://www.azonlinks.com/8412438043

La escritora Melissa McBride necesita un cambio, algo que aleje la presión que siente en su pecho. Dispuesta a ahogar su memoria en el fondo de un vaso de cristal, se encamina a 1 Oak, una de las discotecas de moda del downtown de la ciudad de Nueva York. Impelida por un rencor que no puede refrenar, se entrega a la pasión en manos de un completo desconocido. Cree rozar el paraíso, y sus sentidos se embriagan de las feromonas que exuda aquel hombre sin nombre. El olor de su piel se mete en lo más profundo de su ser, y percibe que por fin está preparada para olvidar al amor de su vida.

Pero el destino no va a ser amable con ella. La paz que tanto anhela le es negada. Su hermana aparece muerta en un callejón, lo que la conduce a revivir un pasado del que lleva toda la vida tratando de escapar. ¿Quién ha arrebatado la vida de Sherlyn? Un caso siniestro,

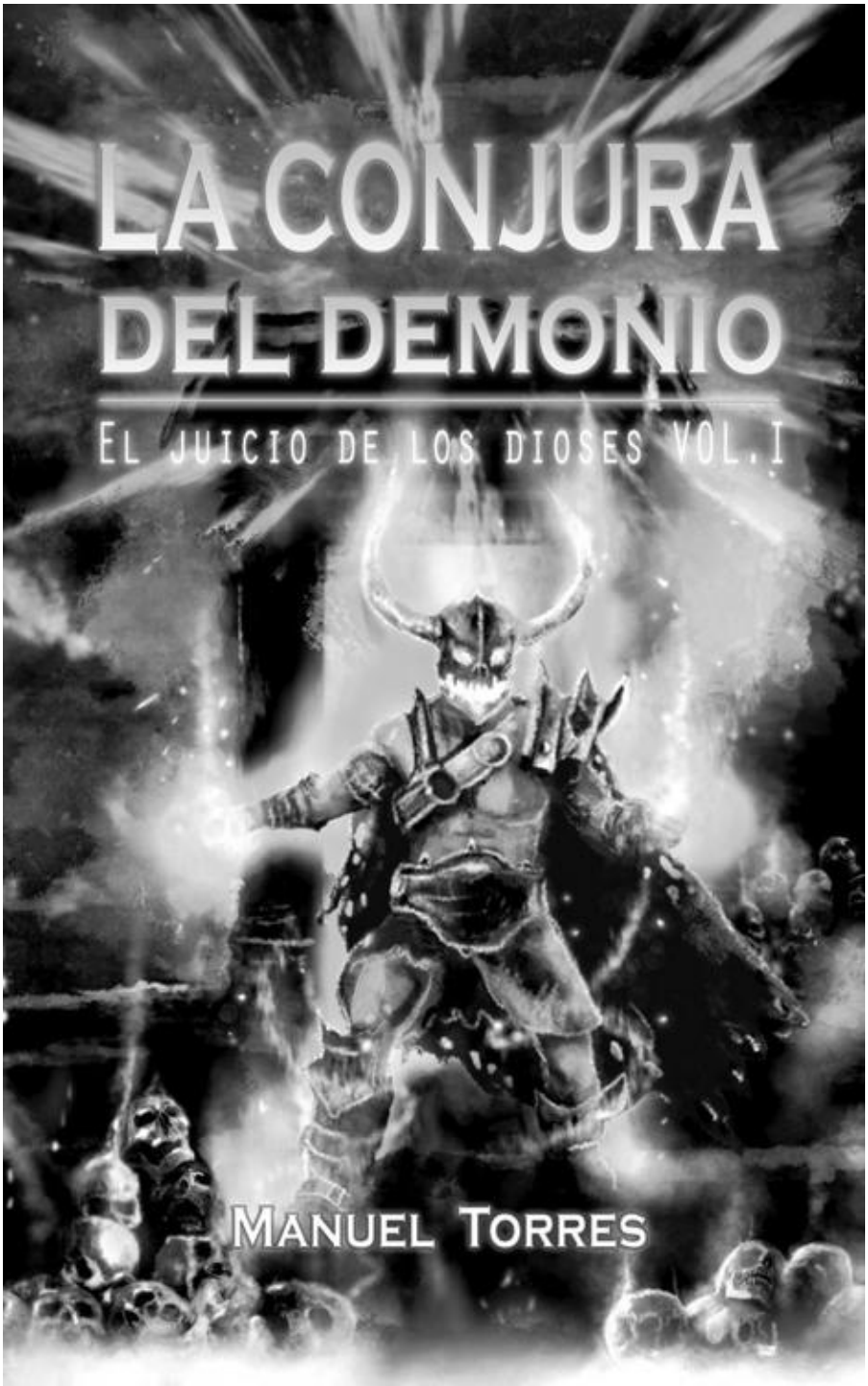
que se complica cada segundo, y sobre el que hay tejido una red de mentiras y engaños imposibles de atravesar.

https://amzn.to/3ilRYl3

Novela escrita junto a la genial y talentosa Lara Fuentes

El castillo de Eilean Donan es el marco de algo terrible que va a suceder. La doncella desaparece, y no hay esperanzas de encontrarla viva. Muchas incógnitas. Numerosos sospechosos. Hasta que el pasado despierta y reclama su protagonismo. Determinados símbolos, referidos a la historia de Escocia, indicarán la salida de este enigma. Pasión, suspense, intriga, misterio y emoción acompañarán al lector a través de la lectura de este trepidante thriller.

https://pge.me/eileandonantl



Mayla se aferra a la vida a pesar de la insidiosa presencia que anida en el interior de la joya-alma. Su cuerpo sufre ante los crueles designios de un maléfico poder, pero no tiene intención de claudicar. Su amado reside en el inframundo y no descansará hasta traerlo de vuelta.

El continente Plygunth está a punto de desmoronarse. Una cruel guerra amenaza con aniquilar el modo de vida del reino de Kindem, cuna de la civilización occidental, mientras un grupo de aventureros parte en busca de una misión imposible, destinada a salvar el mundo o hundirlo para siempre en la oscuridad.

https://www.azonlinks.com/B0B8JWG57Y

[1] La señal es una luz de emergencia que utilizan los vehículos prioritarios para alertar al resto de conductores de la vía de la necesidad de facilitarles el paso al tratarse de una situación de emergencia.

[2] Unidad Central Operativa de la Guardia Civil.

[3] Unión Europea.

[4] Unidad de cuidados intensivos.

[5] Pedazo de cabrón.

[6] Una parte de Internet intencionalmente oculta a los motores de búsqueda, con direcciones IP enmascaradas y accesibles sólo con un navegador web especial.

[7] Recursos humanos

[8] Persona con la más alta responsabilidad dentro de una empresa.

[9] México: narcotrafficante novato o que peca de ostentoso.

[10] *Hackers* que utilizan sus conocimientos para atacar otros sistemas. Así, obtienen acceso donde no tienen una entrada autorizada, con lo que pueden robar datos o destruirlos.

[11] Dispositivos capaces de interceptar tráfico en las redes afectadas, y pueden resultar realmente útiles para los actores de amenazas durante el proceso de diagnóstico de redes e incluso para interceptar contraseñas de usuario.

[12] Yacimientos situados en el mar, fuera de la costa, que incluyen la exploración, desarrollo y explotación de los recursos de petróleo y gas.

[13] Cártel de los Arellano Félix. Una organización criminal mexicana dedicada al tráfico ilegal de drogas, lavado de dinero y otras actividades ilícitas.

[14] Cariño en euskera.

[15] En México, forma coloquial de denominar a un muchacho u hombre.

[16] *Drugs Enforcement Administration* (Administración de Control de Drogas). Agencia gubernamental de los Estados Unidos destinada a la lucha contra el narcotráfico.

[17] Unidad Especial de Intervención de la Guardia Civil.

[18] Dinero obtenido de un particular por un funcionario o empleado, con abuso de las atribuciones de su cargo.

[19] Jerga mexicana: distribuidor de droga de buena calidad.

[20] Antiguamente término despectivo, se trata de un mote que ha quedado en el lenguaje coloquial para hacer referencia a cualquier persona nacida en España.

[21] Ley Orgánica de Protección de Datos.

[22] *Push To Talk* (Pulsar para hablar).

[23] Dícese de aquellas personas que son a su vez metiches y chismosas.

[24] Forma de referirse a la policía en México de forma despectiva.

[25] Una de las muchas formas con la que los mexicanos aluden a la muerte.

[26] National Security Agency en inglés. Agencia de Seguridad Nacional en español. Una agencia de inteligencia a nivel nacional del Departamento de Defensa de los Estados Unidos, bajo la autoridad del director de la Inteligencia Nacional.

[27] Persona encargada de recibir y atender en primera instancia a los clientes que llegan al restaurante, si es preciso los anota en una lista de espera o bien les asigna una mesa disponible.

[28] Charles Verbrugghe fue un pintor belga famoso por sus pinturas al óleo.

[29] Antiguo puerto de San Francisco, zona que conservaba varios edificios históricos